

LA PATINA DEL TIEMPO Y OTROS RELATOS

HENRY JAMES

La Tercera Persona

1

Cuando, hace algunos años, dos buenas mujeres, anteriormente no íntimas y ni siquiera más que ligeramente conocidas, se hallaron domiciliadas en una misma mansión en el pequeño pero antiguo pueblo de Marr, ello fue fruto, lógicamente, de circunstancias peculiares. Se apellidaban igual y eran primas segundas; pero hasta entonces no se habían cruzado sus caminos; no había habido una coincidencia de edad que las uniera; y la señorita Frush más madura había pasado gran parte de su vida en el extranjero. Era ésta una persona dócil, tímida, aficionada a la pintura, a quien el destino había condenado a una monotonía —triunfando sobre la variedad— de *pensions* suizas e italianas; en cualquiera de las cuales, con su sombrero bien ajustado, sus guantes de manopla, sus recios botines, su silla de tijera, su cuaderno de bocetos y su novela de Tauchnitz,¹ habría servido con singular adecuación como portada para una historia natural de la solterona inglesa. Sin duda que a ustedes la pobre Miss Frush les habría dado la impresión de ser una representación tan redonda de esa tipología que difícilmente habrían acertado a atribuirle la dignidad de lo individual. De eso, no obstante, era de lo que gozaba para quienes se le habían aproximado más: de una identidad muy contumaz, incluso vistosa en sus tiempos, pero que ahora, descolorida y enjuta, reservada e inmoderadamente grotesca, con un hablar que era todo vagas interjecciones y con un aspecto todo monóculo y dientes, podía ser reconocida sin inconveniencia y deplorada sin reparo. Miss Amy, su parienta, que, diez años menor que ella, tenía una figura distinta —de modo que, muy sorprendentemente, a pesar de haberse formado casi por entero en el ambiente inglés, parecía traslucir un influjo foráneo mucho mayor—, Miss Amy, en definitiva, era morena, vivaz y rotunda: en sus tiempos verdaderamente jóvenes la habían calificado incluso de hechicera. Mostraba una inofensiva vanidad en lo tocante a su pie, un miembro que de alguna manera consideraba como una demostración de su ingenio o, cuando menos, de su buen gusto. Se jactaba de que incluso aunque no hubiera sido bonito lo habría llevado siempre bien calzado; nunca, no, nunca, a diferencia de la prima Susan, lo habría abandonado a su suerte. Sus brillantes ojos castaños miraban de forma comparativamente audaz, y había clasificado de una vez para siempre a Susan como una mojigata. Incluso la consideraba, y secretamente la compadecía como a tal, una bobalicona. Y eso que esencialmente no dejaba ella misma de ser un corderito.

¹ Editorial alemana cuya *Collection of British and American Authors* (1841-1936) era muy popular entre los viajeros de Europa de aquella época. James sentía gran respeto por ella, porque pagaba derechos de autor aunque no estaba legalmente obligada a hacerlo. (N. del T)

Ellas, este inocuo par, se habían beneficiado del testamento de una tía anciana, una dama prodigiosamente vieja a la que, en las postrimerías de su existencia, sobre todo por intervenciones de otros, no les había sido dado ver casi nunca; conque la pequeña propiedad que vino a parar a manos de ambas se presentó con las felices características de lo que llega llovido del cielo. Cuando menos, cada una pretendió frente a la otra no haber ni soñado jamás con tener aquello... y, a buen seguro, poco había habido que estimulase a los sueños en el triste carácter de aquello a lo que ahora se referían como el «horrible entorno familiar» de la difunta dama. Atemorizada y engañada, según consideraban ellas mismas, por su propia familia, la señora Frush había sido demasiado atosigada como para que se hubiesen sentido movidas a esperar de ella semejante acto casi de justicia poética. La buena suerte de las sobrinas de su marido había sido que ella había acabado por sobrevivir suficientemente a quienes las querían mal, y de ese modo, en el último momento, había podido morir sin el reproche de haber apartado la buena propiedad de los Frush de la buena utilización de los Frush. Con sus bienes estrictamente personales había hecho lo que había querido; pero se había apiadado de la pobre y expatriada Susan y acordado de la pobre y solterona Amy, aunque agrupándolas en su última voluntad de forma quizá un tanto tosca. En su testamento había prescrito que, si no se producía otro arreglo que fuera más conveniente para estas herederas, la vieja mansión de Marr fuese vendida para su común beneficio. Lo que aconteció, sin embargo, a la hora de la verdad, fue que las dos legatarias, debidamente informadas, aprovecharon la primera ocasión —sin acuerdo mutuo— para evaluar sus propiedades *in situ*. Llegaron a Marr cada una por su lado, y tan encantadas se sintieron que en Marr se quedaron. La forma como se encontraron fue la siguiente. Miss Amy, acompañada por el pasante del letrado local, se presentó ante la puerta de la mansión para solicitar a la guardesa que la dejase entrar. Pero cuando se abrió dicha puerta no apareció ante su vista la guardesa, sino una dama inesperada que a su vez no la esperaba, vestida con un impermeable muy viejo y que sostenía un monóculo de mango largo de muy análogo modo a como un niño sostiene un sonajero. De esta guisa, Miss Susan, que ya había estado familiarizándose, vagando, curioseando y meditando mientras la mujer a cargo de la mansión estaba ausente para un recado, se mostró como asentada en sus reales; y fue con esta idea como, a través del monóculo, las primas se observaron la una a la otra con cierta penetración, incluso antes de que pasase adentro Amy. Así que cuando por fin entró Amy, entró, no menos que Susan, para no volver a salir.

Nos llevaría demasiado lejos especular lo que habría podido ocurrir si la señora Frush hubiese puesto como condición de su munificencia el que las recibidoras de la misma morasen, el que conviviesen en paz, bajo el techo que les legaba; pero lo cierto es que ambas, mientras permanecían en pie allí, tuvieron en el mismo momento el mismo pensamiento espontáneo. Cada una percibió en el acto que aquella vieja mansión encantadora era exactamente lo que deseaba, y exactamente lo que deseaba

la otra; satisfacía a la perfección sus anhelos de tener un puerto tranquilo y el futuro asegurado; cada una, en suma, estuvo dispuesta a aceptar a la otra con tal de quedarse con la mansión. De ahí que no se pusiera en venta; en vez de eso se convirtió en propiedad de ambas, tal como estaba, con las «buenísimas» viejas pertenencias de la difunta dama no sólo intocadas e indivisas, sino además restauradas devotamente y admiradas infinitamente, mientras los agentes de la voluntad testamentaria se regocijaban al ver tan simplificadas sus diligencias. Es posible que éstos tuvieran sus dudas interiores... o que las tuvieran sus esposas, quienes tal vez vaticinaran cínicamente la más feroz de las peleas, antes de que transcurrieran tres meses, entre las ilusas nuevas asociadas, así como la disolución de la asociación en medio de una completa gama de recriminaciones. Cuanto es preciso decir es que tales profetas habrían profetizado vanamente en tal caso. Las señoritas Frush no eran vanas; habían apurado el cáliz de la vida en solitario y les había parecido esencialmente amargo: no les eran desconocidos ni el desamparo ni la tristeza, conque agradecieron con la debida humildad esta suprema oportunidad de sus vidas. Transcurridos tres meses, por lo demás, cada una ya conocía lo peor de la otra. Miss Amy se echaba su siesta vespertina antes de cenar, una hora en la que Miss Susan no era capaz de dormir (¡vaya una costumbre más extravagante!); en tanto que Miss Susan se echaba la suya justo después de esa refacción, justo en la hora en la que Miss Amy sentía más ganas de charlar. Miss Susan, erguida y sin respaldarse, tenía sus propias ideas sobre el modo como Miss Amy, en casi cualquier postura que pudiera calificarse de sentada, lograba hacerse sitio para el extremo inferior de la espalda en dos de los tres cojines del sofá... que además era, manifiestamente, un sitio más pequeño que el que estaban pensados para llenar.

Pero, una vez dicho esto, ya estaba dicho todo; no dejaban de gozar, por ambas partes, de la conciencia de poseer un suelo propio, no exento de ruinosos fragmentos, donde excavar. Sostenían la teoría de que sus vidas habían sido enormemente disímiles, y a cada una le parecía en este momento que la otra había conducido su carrera tan diferentemente con la sola finalidad de tener un variado repertorio de anécdotas que contarle. Miss Susan, en las *pensions* extranjeras, había tratado a la nobleza rusa, polaca, danesa, y aun a alguna flor ocasional de la inglesa, así como a bastantes norteamericanos de lo más singular, quienes, como decía ella misma, se habían formado de ella el más favorable concepto, y con los que a menudo había mantenido luego correspondencia; en tanto que Miss Amy, menos convencional en el fondo, tras largos años en Londres, abundaba en recuerdos de la sociedad literaria, pictórica e incluso —Miss Susan lo escuchó con consternación— teatral, bajo cuya influencia había escrito —¡ea, no podía menos que salir!— una novela que había sido publicada anónimamente y una obra para la escena que había sido mecanografiada primorosamente. Para ella, a todas luces, no sería el menos poderoso de los encantos de la pintoresca perspectiva de Marr el incentivo que podría extraérsele para, como insinuaba ella misma, volver, ya heroicamente sacrificada la «sociedad general», al

«trabajo en serio». Llevaba en la cabeza centenares de argumentos, con los que el futuro, en consecuencia, pareció erizarse para Miss Susan. Ésta última, por su parte, no estaba aguardando sino a que amainase el viento para reaplicarse a sus bocetos. El viento era proclive a arreciar en Marr, como era natural en una población antigua, pequeña, arracimada, histórica y con tejados colorados, en la costa sur, que en tiempos pasados, como las primas se recordaban mutuamente, fuera en cierto modo reina y señora del Canal, y de la cual, por muy alta y seca que fuese la cima de su colina, el mar no se había retirado tanto como para no poder infligir continuamente pruebas de su mal carácter. Miss Susan había regresado a la tierra inglesa con un pequeño suspiro de cariño, que el hecho de conocer los Alpes y los Apeninos no hacía sino volver más estremecido; había escogido sus temas pictóricos y, con la cabeza ladeada y una sensación de que dichos temas eran más fáciles en el extranjero, permanecía sentada chupeteando su pincel de acuarelas y aguardando y vacilando nerviosamente, también quizá un poco incoherentemente. Lo que ocurría era que, cada cual a su manera, habían redescubierto sus orígenes; sólo que Miss Amy, que emergía de un hospedaje en Bloomsbury, hablaba de ellos en términos de primulas y puestas de sol, en tanto que Miss Susan, que venía rebotada del Arno y del Reuss, los llamaba, con un recatado orgullo condensador, únicamente Inglaterra.

En cualquier caso, sus orígenes estaban con ellas en la mansión no menos que en la pequeña franja verde y el gran cinturón azul de la localidad. Estaban en los objetos y reliquias que acariciaban juntas y ante los cuales se maravillaban, hallando en ellos fundamento para mucha importancia inferida y mucho romanticismo invocado, embutiendo grandes historias en recipientes muy pequeños y tirando de cualquier oxidada campanilla a la que pudieran arrancarle algún herrumbroso tintineo del pasado. Ellas estaban allí, comoquiera que se mirase, en presencia de sus antepasados comunes, de quienes, más que nunca anteriormente, daban por cierto sólo lo mejor. ¿Acaso no era un hecho, a ese respecto, que lo mejor —vale decir, lo mejor del pequeño Marr, melancólico, mediocre y desheredado— estaba asentado en toda rígida silla que la antigua mansión solemne contuviera, e hilvanado en cada retazo de sus antiguas colchas pintorescas? Doscientos años de todo aquello flotaban en el salón de artesanado oscuro, crujían pacientemente en la ancha escalera y florecían herbáceamente en el jardín de tapias rojizas. No había nada que alguien hubiese hecho o sido en Marr que un Frush no hubiese hecho o sido. Aun así, ellas querían algo más concreto, y cuando charlaban se adentraban en esa fantasía; había media docena de retratos, relativamente recientes (llamaban al 1800 relativamente reciente) y que no acababan de satisfacer a una descendiente que había realizado copias de Tizianos en el palacio Pitti; pero sentían avidez de pormenores y les habría gustado poder poblar un poco más densamente el espacio ante ellas, colocarlo ante sus asientos como un friso con figuras en relieve. Aventuraban teorías y pequeñas suposiciones, y casi se imaginaban consagradas a investigar; todo por mor de la pompa y la circunstancia. Su anhelo era descubrir algo, y la propia Miss Susan,

envalentonada por el vuelo más amplio de su compañera, casi se despojó de su miedo de descubrir algo malo. Era Miss Arny la que había señalado primero, como advertencia, que justamente a aquello podría conducir lo que hacían. Fue a ella, también, a quien se debió el comentario de que, de haber ocurrido algo *muy* malo en Marr, tendrían que sorprenderse si un Frush no hubiera tomado parte en ello. Aquél fue el momento en que el espíritu de Miss Susan alcanzó su tensión más elevada: replicó, con sus nerviosas risas estrambóticas, parecidas a un jadeo prolongado y alarmado o alarmante, que de ser así se sentiría realmente abochornada. Y por ello pararon un poco, sin resolverse a dejar establecido hasta dónde estaban preparadas a mostrarse tolerantes con el delito, ni tan siquiera tratar abiertamente la cuestión. Pero un observador habría concebido escasas dudas de que cada una suponía que la otra pensaba que podría condescender con el asesinato, aunque, puesta a elegir, lo que preferiría sería sacar a la luz... vaya, algún alegre enredo amoroso. Si Miss Susan hubiese sido capaz de preguntar si Don Juan había arribado alguna vez a aquel puerto, Miss Amy seguramente le habría dicho, a guisa de respuesta, que lo que a ella le gustaría saber era a qué puerto *no* había arribado. Sólo que era tristemente irrefutable que ninguno de los retratos masculinos se parecía en nada a él, ni los femeninos evocaban a ninguna de sus habituales víctimas.

Por fin, a pesar de los pesares, las primas se encontraron con un hallazgo: se descubrió un cofrecillo lleno de cosas antiguas, básicamente documentos; algo en letra impresa —periódicos y folletos que el paso del tiempo había amarilleado y desteñido— y el resto material epistolar: varios paquetitos de cartas, borrosas, apenas descifrables, pero manifiestamente clasificadas para su conservación y atadas, con cinta de espiga, según una moda ya remota, por pequeños legajos. Marr, bajo tierra, tiene cimientos sólidos: una base de grandes sótanos firmes y secos, que se asemejan a aristadas criptas de iglesias y que a la humilde imaginación contemporánea se le presentan como las cámaras del tesoro de adinerados mercaderes y tenaces banqueros de las antiguas épocas turbulentas. Una depresión en el espesor de uno de los muros había deparado, como fruto de una resuelta investigación —investigación realizada por uno de los mozos de la localidad empleados para trabajos ocasionales al que se le había ocurrido explorar en aquella dirección por su cuenta—, una colección de enmohecidas nimiedades, entre las cuales había sido sacado a la luz el cofrecillo de marras. Desde luego causó una impresión instantánea y fue tomado por todo un descubrimiento; aunque lo cierto es que resultó más bien decepcionante cuando, al ser forzado y abierto, no tuvo, aun en una evaluación optimista, nada mejor que ofrecer que cierta cantidad de correspondencia hartamente ilegible. Claro está que las buenas mujeres habían abrigado por un momento la palpitante esperanza de hallar unas guineas de oro, escondido tesoro de un avaro, o quizá incluso un buen puñado de esas monedas extranjeras de romance trasnochado, ducados, doblones o piezas de a ocho, que a veces se descubre que, desde allende los mares, acabaron escondidas en los viejos puertos. Pero hubieron de afrontar su desilusión, empeño

que acometieron intentando sacarles el mayor partido posible a los papeles o, en otras palabras, acordando juzgarlos maravillosos. Bueno, *eran* sin duda maravillosos; lo cual no impidió, de todas suertes, que les parecieran asimismo, en su primera inspección, un fastidioso laberinto. Sin embargo, por muy desconcertantes que resultaran para los inexpertos ojos de Miss Susan, los paquetitos de marchitas cintas fueron, durante varias veladas, estudiados a la luz de la chimenea, pues, mientras ella dormitaba fastuosamente, Miss Amy los cogía por su cuenta; ello tuvo el solo resultado de que en cierta ocasión, cuando a eso de las nueve se despertó Miss Susan, ésta se encontrara a su compañera de fatigas profundamente dormida. Una algo exasperada confesión de ignorancia de la escritura gótica fue la consecuencia de aquello, y la conclusión de esto fue a su vez la idea de recurrir a Mr. Patten. Mr. Patten era el vicario y se sabía que se interesaba, como tal, por los viejos anales de Marr; además de lo cual —y de que no faltaba quien sostenía que a veces su deber para con los asuntos del momento era sacrificado en aras de tales investigaciones— era un hombre con un muy peculiar buen humor, rubicundo el rostro, de cejas pobladas y sombrero de teja negro que llevaba campechanamente ladeado.

—Él nos aclarará —dijo Amy Frush— si hay algo en estas cartas.

—¿Y si hubiera —sugirió Susan— algo que tal vez no nos gustase?

—Vaya, precisamente en eso estaba pensando —contestó Miss Amy con su habitual despreocupación—. Si hay en ellas algo que sería preferible no saber...

—...¿no tenemos más que pedirle que no nos lo cuente? Oh, ciertamente —apostilló la decente Miss Susan. Incluso se encargó ella misma de hacerle esta petición cuando, a invitación de nuestras amigas, Mr. Patten acudió a tomar el té con ellas y a charlar sobre el asunto; Miss Amy no elevó ninguna protesta ante dicha petición, pero se prometió firmemente a sí misma que lo que quiera que fuese que hubiera para saber, y por muy censurable que fuera, se lo sonsacaría en privado a su intérprete. Se halló concibiendo desde ese preciso instante la esperanza de que *hubiese* algo demasiado malo para su prima —y demasiado malo para cualquier otra persona— y de que lo más decoroso fuese que quedara entre ellos dos. Al enseñarle los papeles, Mr. Patten exclamó, acaso de forma ligeramente imprecisa y desde luego absolutamente nada clerical:

—¡Mecachis, qué divertido!

Y se retiró, tres tazas de té después, con el gabán abultado por su botín.

2

Aquella noche, como de costumbre, la pareja se separó a las diez, en el pasillo superior delante de sus puertas respectivas, hasta el día siguiente; pero, apenas hubo depositado Miss Amy su vela sobre su tocador, la sobresaltó un extraordinario sonido procedente, al parecer, no sólo de la habitación de su compañera sino,

además, de la mismísima garganta de ésta. Fue algo que Amy Frush habría descrito, si alguna vez lo hubiese descrito, como una mezcla de gárgara y alarido, y que la movió, tras unos instantes de escalofriante silencio que sólo le dieron tiempo para decirse «¡Alguien debajo de la cama!», a dirigir sus pasos de vuelta al pasillo valerosamente y sin respiración. Aún no había salido a él, no obstante, cuando su prima, irrumpiendo en su cuarto, chocó con ella y la detuvo diciendo:

—¡Hay alguien en mi habitación!

Se agarraron la una a la otra.

—Pero ¿quién?

—Un hombre.

—¿Debajo de la cama?

—No, de pie.

Continuaron agarradas la una a la otra, pero se estremecieron.

—¿De pie? ¿Dónde, cómo?

—Pues justo en mitad de la habitación, delante de mi espejo.

El rostro de Amy ya había palidecido hasta hacer juego con el de su compañera; pero su terror fue dominado por sus tendencias especulativas:

—¿Mirándose en él?

—No, dándole la espalda. Mirándome a mí—susurró la pobre Susan con voz apenas audible—. Ordenándome que me mantuviera alejada —agregó, trémulamente—. Con vestimenta extraña, de otra época; con la cabeza torcida.

Amy quedó asombradísima:

—¿Torcida?

—¡Horriblemente! —exclamó la refugiada mientras, apretadas una contra otra, se miraban con intensidad.

Extrañamente, aquél fue, para Miss Amy, el pormenor que la convenció; y debido a él fue capaz, pasado un momento, de realizar el esfuerzo de precipitarse a atrancar su propia puerta.

—Te quedarás aquí conmigo —dijo.

—¡Oh! —gimió Miss Susan con un profundo asentimiento; y seguro es que de haber sido persona más coloquial habría exclamado: «¡Vaya que sí!» Conque pasaron la noche juntas, de acuerdo con los supuestos, establecidos desde el primer momento, de que habría sido vano enfrentarse a su visitante (pues ninguna fingió creer ante la otra que se trataba de un ladrón) y de que dejando la mansión a su merced no podría ocurrir nada peor que lo que acababa de ocurrir. Fue el hecho de que Miss Amy tornara a acercarse inmediatamente a la puerta, con el oído aguzado y tras una invitación al sigilo, lo que representó para ellas un entendimiento profundo y extraordinario; fue eso lo que seguidamente las puso cara a cara con el carácter verdadero de lo ocurrido—. ¡Ah! —exclamó Miss Susan ominosamente, todavía de forma casi inaudible—. ¡No es nadie...!

—No —fue ya capaz de apostillar con magnificencia su compañera—, no es

nadie.

—...¡que pueda hacernos realmente algún daño! —completó Miss Susan su pensamiento. Y Miss Amy, por lo visto, estaba tan indescriptiblemente preparada para acogerlo, que este pensamiento, antes del amanecer, ya había conquistado en ambas, del modo más extraño y sutil, un espacio extraordinario. La persona a quien la de más edad de nuestra pareja había visto en su habitación no era... vaya, no era sencillamente alguien que venía de la calle. Era algo distinto por completo. Miss Amy lo había intuido nada más oír el grito de su amiga, al sentir la conmoción de ésta; o, en cualquier caso, nada más ver el semblante de Miss Susan. Eso era todo... y ahí estaba la cosa. A la pequeña mansión y a su importancia, se dieron cuenta, les había faltado algo hasta entonces; ahora ese algo ya estaba presente, y fueron tan decididamente conscientes de su presencia como si antes lo hubiesen echado de menos. El elemento en cuestión, pues, era una tercera persona en su convivencia, una presencia acechante en las horas oscuras, una figura que, con su cabeza muy — demasiado— torcida, predeciblemente las miraría desde lugares antinaturales; pero desde luego, en todo caso, cabía confiar en que se limitaría a mirarlas. Por fin lo tenían: tenían lo que había que tener en una vieja mansión donde habían ocurrido muchas, demasiadas cosas; donde las paredes mismas que tocaban y los suelos mismos que pisaban habrían podido desvelar secretos y mencionar nombres; donde cada superficie era un borroso espejo de la vida y de la muerte, de lo pervivido, lo recordado, lo olvidado. Sí, el lugar estaba emb...; pero se detuvieron sin acabar de pronunciar la palabra. Y por la mañana, cosa sorprendente, ya se habían habituado a ello, vivían en ello.

Y no sólo eso, sino que tenían también una precoz teoría. Debía existir una relación entre el hallazgo del cofrecillo en el sótano y aquella aparición en el cuarto de Miss Susan. El denso aire del pasado se había agitado al sacar a la luz lo que durante tanto tiempo permaneciera escondido. El préstamo de los papeles a Mr. Patten había producido sus consecuencias. Por la mañana se sentaron a desayunar una frente a otra con la certeza de que su insólito inquilino así despertado era señal de la violación del secreto oculto en aquellas reliquias. No importaba: por el secreto soportarían sus atenciones; y —esto, en las damas, fue lo más singulardebían, aunque fuera tamaña contribución a su grandeza, guardarse aquella aparición enteramente para sí. Podía ser que otras personas oyeran hablar de lo que contuvieran las cartas, pero nunca oirían hablar de *él*. No temían que ninguna de las criadas lo viera: él no era asunto para criadas. La verdadera cuestión era si —de persistir él mucho tiempo — serían ellas realmente capaces de convivir con él. Claro que quizá el hecho de que persistiese fuera justo lo que acabara por volverlas indiferentes. Estuvieron dándoles vueltas a todas estas consideraciones, pero durmieron juntas en la misma habitación las noches siguientes; y el tercer día, en el decurso de su paseo vespertino, divisaron a cierta distancia al vicario, quien, nada más verlas, agitó enérgicamente los brazos — fuese como advertencia o como broma— y se les reunió con gran celeridad. Ello fue

en el centro —o en lo que era tomado por tal— de la enorme, solitaria, desnuda y melancólica plaza principal de Marr: un lugar público, por así llamarlo, de capacidad absurdamente grande para una muchedumbre, con el gran coro cubierto de hiedra y el interrumpido arco crucero de la aristocráticamente proyectada iglesia relatando de qué forma, muchos siglos atrás, ésta había, por su parte, dejado de crecer.

—¡Caramba, queridas amigas mías —exclamó Mr. Patten mientras se les aproximaba—, ¿saben lo que, entre todas las cosas del mundo, parece que comienzo a descifrar para ustedes en sus entretenidas cartas antiguas?! —Como ellas, ahora muy en guardia, no despegaran los labios, se explayó—: Nada más y nada menos, si me lo permiten, que el hecho de que uno de sus antepasados del siglo anterior (llamado, según parece, Cuthbert Frush) murió en la horca.

Nunca supieron posteriormente cuál de las dos fue la que encontró la compostura —la que encontró incluso la dignidad— necesaria para decir:

—Y ¿puede saberse por qué delito, Mr. Patten?

—Ah, precisamente eso es lo que aún no he conseguido averiguar. Pero si no les importa que siga escarbando —y el poblado entrecejo jovial del vicario se volvió de una a otra de las damas— creo que lograré desentrañarlo. Ya saben que en aquellos días —añadió, como si hubiera advertido algo en los rostros de ambas— lo ahorcaban a uno por cualquier nimiedad.

—¡Oh, espero que no fuese por una nimiedad! —dijo Miss Susan, riendo extrañamente entre dientes.

—Sí, desde luego opino que, como suele decirse, puestos a ser colgado —aquí lanzó Mr. Patten una carcajada—, más vale que sea por un carnero que por un corderito.

—¿Colgaban a la gente en aquel tiempo por un carnero? —preguntó asombradísima Miss Amy.

Aquello hizo que su amigo lanzara otra carcajada:

—¡La cuestión es si *a él* lo colgaron por eso! Pero ya lo descubriremos. A fe mía, ¿saben ustedes?, yo mismo he acabado interesado por descubrirlo. Estoy terriblemente ocupado, pero creo que puedo prometerles que tendrán noticias. ¿No les producen inquietud? —sugirió.

—Creo que podremos soportar *lo que sea* —dijo Miss Amy.

Miss Susan la miró, a cuenta de esto, como buscando pedirle una entrevista a solas y plantearle una objeción, pero dijo:

—Al fin y a la postre, ¿qué es él, en este momento, para *nosotras*?

Su parienta, enfrentando la mirada del monóculo, habló con gravedad:

—Oh, un antepasado es siempre un antepasado.

—¡Bien dicho y bien sentido, mi querida amiga! —manifestó el vicario—. Sea lo que fuere lo que él cometiera...

—No todo el mundo tiene —repuso Miss Amy— antepasados de quienes sentirse abochornado.

—¡Pero nosotras no estamos abochornadas *aún!* —le espetó la señorita Frush de más edad.

—Permítanme, pues, que les prometa que no lo estarán. Sólo que, como estoy atareadísimo —dijo Mr. Patten—, habrán de concederme tiempo.

—¡Ah, pero queremos la verdad! —exclamaron ellas con gran énfasis cuando él ya las dejaba. Ahora se sentían apasionadas.

Él respondió deteniéndose y girándose sobre sus talones, tan bruscamente como si hubieran puesto en entredicho su carácter profesional:

¿Acaso no me ocupo de la Verdad y sólo de la Verdad?

En aquello identificaron la afición de él a la broma, y se quedaron juntas en el placentero, aunque ligeramente excesivo, vacío de la plaza, que en determinados momentos tenía un aire como de deliberada y lastimera simbolización del decrecimiento de la población de Marr hasta quedar reducida a un solo gato. Luego echaron a andar, aunque aguardaron a que el vicario estuviera lejísimos para hablar otra vez; tanto más cuanto que el hacerlo tenía forzosamente que originarles una nueva detención en su paseo. Entonces se produjo entre ellas una larga mirada.

—¡Ahorcado! —dijo Miss Amy... casi entusiasmada.

Esto era, no obstante, porque no era ella la que lo había visto.

—Por eso su cabeza... —Pero Miss Susan titubeó.

Su compañera lo comprendió:

—Oh, ¿tan espantosa era la torsión?

—¡Es horrible! —exclamó por fin Miss Susan, hablando como si hubiera asistido a una veintena de ejecuciones.

Toda ponderación sería poca, de cualquier modo, para pintar lo que aquello evocó en Miss Amy. Tras un momento, ella apostilló:

—Se les rompe el cuello.

Miss Susan, apartando el semblante, dijo:

—Ésa es la razón, supongo, por la cual se les tuerce la cabeza de una manera tan horrorosa. Produce un efecto de lo más singular.

Tan singular, por lo visto, que las hizo volver a permanecer silenciosas.

—¡En fin, espero que matase a alguien! —habló Miss Amy por último.

Su compañera lo sopesó:

—¿No debería eso depender de a quién?

—¡No! —replicó ella con su rotundidad característica, una rotundidad que las hizo volver a ponerse en movimiento.

Muy evidente fue que Mr. Patten estaba terrible mente ocupado, pues ni siquiera al concluir la semana tuvo nada nuevo que participarles. Por otro lado, el asunto resurgió el domingo por la tarde, tal como la de menos edad de las señoritas Frush había estado segura de que, en cuestión de pocos días, debía ocurrir. Tenían la inveterada costumbre de ir a los oficios vespertinos, demorando la cena hasta después de su terminación; y, en esta ocasión, Miss Susan, que estuvo arreglada

antes, aguardó tranquilamente a su parienta al pie de la escalera. Por fin bajó Miss Amy, abrochándose un guante, haciendo crujir la cola de su vestido, y con un aspecto, como siempre pensaba su compañera, conspicuamente joven y desenvuelto. No había nadie en Marr, opinaba ésta última, que vistiese igual que ella; y también Miss Amy, hay que reconocerlo, se había afianzado en esa opinión de Miss Susan, aunque tomándosela con un distinto espíritu. El crepúsculo las envolvía, pero nuestra austera pareja siempre encendía las velas tarde, y la gris declinación del día, en medio de la cual la mayor de las damas estaba sentada en una silla de alto respaldo del vestíbulo con las manos pacientemente entrelazadas, no se veía atenuada más que por el resplandor discreto —siempre discreto— del pequeño fuego del salón, visible a través de una puerta que permanecía entreabierta. A esta estancia pasó Miss Amy, en busca del devocionario que dejara allí después de los oficios matutinos, y de ella volvió, al cabo de un instante, y sin ese libro de oraciones, al lugar donde estaba su compañera. Hubo algo elocuente en su modo de regresar, algo que de momento habló tan explícitamente que nada más se dijo entre ellas hasta que, con rápida unanimidad, salieron de la mansión por la vía más directa. Allí, delante de la puerta, en el apacible crepúsculo frío de finales de invierno, mientras repicaban las campanas de la iglesia y los vitrales del gran coro se teñían de un rojo débil sobre la vacía plaza, volvió a salir el asunto. Pero fue Miss Susan, esta vez, la que hubo de hacer las preguntas:

—¿Está ahí?

—Junto a la chimenea: dándole la espalda.

—¡Pues ahora ya lo has visto! —exclamó Miss Susan con exaltación y como si su amiga hubiese dudado de su palabra hasta entonces.

—Sí, lo he visto... y también he visto lo que me contaste. —Miss Amy se mostró hondamente absorta.

—¿Lo tocante a su cabeza?

—*Está* torcida —tornó a hablar Miss Amy—. Eso lo vuelve... —empezó a decir. Pero vaciló como si él continuara aún en su presencia.

—¡Lo vuelve espantoso! —se lamentó Miss Susan—. ¡Y la forma —gimió a media voz— que tiene de mirarla a una!

Miss Amy, con un destello en los ojos, asintió:

—Sí, ¿verdad? —Luego su mirada se posó en los enrojecidos vitrales de la iglesia—. Pero lo hace para dar a entender algo.

—¡Sabe Dios lo que querrá dar a entender! —suspiró con pesadumbre su compañera. Y, pasado un instante, Miss Susan preguntó—: ¿Él se movió?

—No... ni tampoco *yo*.

—¡Pues yo sí que me moví! —afirmó Miss Susan, evocando su algo más pronta retirada.

—Quiero decir que tardé en hacerlo. Esperé un poco.

—¿Hasta verlo desvanecerse?

Miss Amy guardó silencio unos instantes; y por fin espetó:
—No se desvanece. *Ése* es el quid.
—¡Oh, conque sí que te moviste! —observó su parienta.
Ella tornó a guardar silencio unos instantes; y en seguida dijo:
—*Hay* que hacerlo. Pero ignoro lo que pasó realmente. Desde luego me moví para volver contigo. Lo que quiero decir es que lo escudriñé con mucha atención. — Agregó—: Es muy joven.
—¡Pero es muy *malo*! —dijo Miss Susan.
—¡Es muy guapo! —manifestó Miss Amy un momento después. Y aun se mostró dispuesta a añadir—: Espléndidamente.
—¿«Espléndidamente»? ¿Con ese cuello roto y esa terrible mirada?
—Es precisamente la mirada lo que lo hace serlo. Son sus maravillosos ojos. Quieren dar a entender algo —recapacitó Amy Frush.
Había hablado con una convicción cuyo efecto se reflejó inmediatamente en Susan:
—Y ¿qué es lo que quieren dar a entender?
De nuevo su amiga fijó la vista en los vitrales tenuemente enrojecidos de St. Thomas of Canterbury, y se limitó a decir:
—Ya es hora de que nos dirijamos ala iglesia.

3

Esa misma tarde ofició solo el clérigo asistente del vicario; mas a la mañana siguiente fue a visitarlas el vicario en persona y, tan pronto como estuvo en el salón, las informó sin andarse por las ramas:
—¡Fue ahorcado por contrabandista!
Quedaron heladas por la sorpresa, creando una atmósfera en la que, extrañamente, aquel delito menor sonó como el más cruento de todos.
—¿*Contrabandista*? —hizo de eco Miss Susan, desilusionada; en su primer estremecimiento de comprensión se les acababa de hacer presente que aquel hombre había sido simplemente vulgar.
—Oh, pero es que ahorcaban por eso con mucha liberalidad, ¿sabían ustedes?, y soy un estúpido por no haberlo dado, en este caso, por sentado. Si alguna vez, en estas intermediaciones, un hombre terminaba colgado, *era* por eso casi siempre. ¿Acaso ignoran que por eso nos enorgullecemos en este punto y hora: por el hecho de que nuestros abuelos, osados y bribones, carecían de miedo? Es algo que está sobre los suelos que pisamos y bajo los techos que nos cubren. Hacían tanto contrabando que no les quedaba tiempo para hacer otra cosa; y si derramaban sangre ajena era sólo durante el aventurado trasiego de desembarcar sus barricas de coñac. No es mi intención, queridas amigas —concluyó el excelente Mr. Patten—, deslustrar la

memoria de *sus* antepasados cuando les digo que (tal como me figuraba que, al igual que todo el resto de nosotros, ya lo sabían ustedes) vivían muy holgadamente de eso.

Miss Susan estaba atónita; era patente que casi no podía creerlo:

—¿Y la gente bien?

—La gente bien era la peor.

—¡Debían de ser los más valientes! —apostilló Miss Amy. Le había ido volviendo rápidamente el color al escuchar la pormenorizada explicación de su visitante—. Y, puesto que de ello vivían, también de ello morían.

—¿Nada va a reprocharles usted? Me parece muy acertado —dijo el vicario riéndose— pese a mi sotana; y aun me atreveré a afirmar, por muy chocante que le parezca en mí, que les debemos, en nuestro presente mediocre y aburrido, la sensación de un pasado brillante, de una especie de empañado tono romancesco. Ellos nos han dado —perseveró con un buen humor peligrosamente rayano, habida cuenta de la sotana, en el contrasentido puro y simple— nuestro pequeño puñado de leyendas y nuestra remota posibilidad de fantasmas. —Hizo una breve pausa, en su más genuino estilo del púlpito; pero las damas no aprovecharon este momento para intercambiar ninguna mirada entre sí. De hecho, en un inmenso cambio súbito, ya habían quedado fascinadas hasta ese grado—. De veras que todos los peniques de este lugar, exceptuando los ganados por artes más sutiles (aunque no más nobles) en nuestros tiempos virtuosos, y aunque haya que decir que es una lástima que no tengamos más de esos peniques... todos los peniques que había en el lugar, digo, eran cosechados mediante alguna infracción astuta, y a riesgo del cuello, burlando a los funcionarios del rey. Resulta chocante, ¿verdad?, lo que le estoy diciendo a usted, y no se lo diría a cualquiera; pero pienso en algunos de los objetos antiguos y ajados que nos rodean, y que son producto de los referidos modos de cosechar, con una especie de oculta ternura... por su cualidad de reliquias de la época heroica de esta localidad. ¿En qué nos hemos convertido hoy día? ¡En aquel entonces éramos al menos tipos endiablados!

Susan Frush lo meditó todo gravemente, pugnando contra el hechizo de aquella evocación:

—Pero ¿debemos olvidar que eran perversos?

—¡Jamás! —exclamó riendo Mr. Patten—. Gracias, querida amiga, por amonestármelo. ¡Se ve que yo soy aún peor que ellos!

—¿Es que usted lo habría hecho?

—¿Asesinar a un vigilante de la costa? —El vicario se rascó la cabeza.

—Espero —dijo pasmosamente Miss Amy— que se habría defendido usted. —Y le lanzó a Miss Susan una mirada de superioridad —: ¡Yo lo habría hecho! —añadió, con gran nitidez.

Su compañera le salió inquietamente al paso:

—¿Habrías estafado al fisco?

Miss Amy no vaciló sino un instante; acto seguido, con una extraña sonrisa que,

sin embargo, ocultó girando la cabeza rápidamente, declaró de manera harto notable:

—¡Sí!

Su visitante, ante aquello, la asió, socarrón y entusiasta, por el brazo:

—En ese caso, ¿puedo contar con usted a medianoche para que me ayude a dar el golpe?

—¿Que lo ayude a...?

—...a desembarcar la última remesa de Tauchnitzs.²

Ella acogió la propuesta como alguien cuya fantasía se encendiera de súbito, en tanto que su prima se aplicó a contemplarlos a los dos mientras improvisaban entre ambos una especie de farsa de salón.

—¿Es un trabajo peligroso?

Al pie del acantilado, cuando vea arrimarse el lugre.

—¿Armada hasta los dientes?

—Sí, pero disfrazada. ¡Su viejo impermeable!

—El mío es nuevo. ¡Pero me pondré el de Susan!

No obstante, la señorita buena tenía sus reservas:

—¿No podría ser, a pesar de todo, que de vez en cuando se arrepintiese alguno de ellos?

Mr. Patten expresó su sorpresa:

—¿Por alguna operación sin provecho?

—Por el mal, ya que *era* mal, que hacía.

—¿«Alguno» de ellos? —Ella había hablado demasiado, pues de improviso no pareció sino que el vicario hubiese adivinado una intención oculta en su pregunta.

Ellas se mostraron, sin embargo, raudamente unánimes en conjurar el peligro, ante el cual Miss Susan en particular hizo gala de una inspirada presencia de espíritu:

—¡Dos de ellos! —sonrió dulcemente—. ¿No podríamos Amy y yo...?

—...¿arrepentirse en su nombre? —preguntó Mr. Patten—. Eso, ¡por el honor de Marr!, dependerá de cómo lo muestren.

—¡Huy, *no* lo mostraremos! —exclamó Miss Amy.

—¡Oh, en ese caso —contestó Mr. Patten—, aunque se supone que las expiaciones deben ser públicas para que resulten efectivas, pueden ustedes hacer toda la penitencia secreta que les venga en gana!

—Bien, pues yo la *haré* —dijo Susan Frush.

De nuevo, por algún matiz de su tono, pareció aguzarse la atención del vicario:

—¿Tiene usted pensada alguna forma en concreto...?

—...¿de expiación? —Ahora ella se arreboló, mirando algo desvalida, muy a su pesar, a su compañera—. Oh, si una es sincera, siempre encuentra la forma.

² A causa de la heterogeneidad de la normativa de derechos de autor en la época, la circulación de las ediciones Tauchnitz era considerada ilícita en varios países. Tal era el caso de Gran Bretaña, donde estaba prohibida su venta y figuraban entre los productos confiscables en aduana. (N. del T)

Amy vino en su ayuda:

—El modo como ella me trata (aunque al fin y a la postre sea inofensiva) la ha familiarizado frecuentemente con los remordimientos. En cualquier caso —prosiguió la de menos edad de las señoritas—, ¿tendría usted la bondad de devolvernos ya nuestras cartas?

Conque el vicario se despidió dándoles la seguridad de que recibirían el paquete a la mañana siguiente.

Las dos convenían tan hondamente en lo tocante a velar por su secreto que no hubo necesidad de acuerdo explícito ni de intercambios de promesas entre ellas; se limitaron a atenerse, desde entonces, para la incompartible posesión de su misterio, a cierta economía en el uso y en, podría incluso decirse, el disfrute del mismo, la cual resultaba coherente con su sempiterno instinto y hábito de ahorratividad. Había sido la predisposición, la costumbre y la necesidad de ambas el recoger, o mejor dicho agarrar, todo cuanto, como solían expresarlo, se cruzara en su camino; y no era ésta la primera vez que una tal influencia las movía a una afirmación de propiedad sobre cosas sobre las cuales podía cernirse el ridículo, la sospecha o algún otro indecoro. Su sencilla filosofía era que una nunca sabía la utilidad que, llegado el caso, *no* pudiera poseer un objeto extraño; y ahora había días en que gozaban de la impresión de haber hecho mejor negocio con el legado de su tía de lo que reflejaban los documentos legales, que en un principio fueran considerados por ellas, llenas de desconfianza, como un acta de los beneficios que les robaran los albaceas amparándose en cuestiones de detalle. En suma, habían sacado más de lo que superficialmente, incluso más de lo que sagazmente, se suponía: era éste un incremento que no se habían ganado «limpiamente», tan inconfesable que no sabían muy bien si juzgarlo un motivo de deleite o de temor. Se confabularon, al modo de las viejas solteronas, en un celoso y receloso apego a la idea de que un temor de su exclusiva propiedad —y desde luego, por fortuna, no porque carecieran de nada que fuera esencial— podría, conocido más a fondo, convertirse francamente en un deleite.

En un intento de ver de esa precisa manera su actual asunto fue en lo que, de todas suertes, se encontraron embarcadas después de su última entrevista con Mr. Patten, y quedó implícito entre ellas, sin redundancia de discusiones ni repeticiones orgullosas ni insistencias enojosas, un entendimiento basado en una sensación de margen añadido, de historia apropiada, de libertades que se habían tomado con el tiempo y el espacio, un entendimiento que las dejó dispuestas a encarar tanto lo mejor como lo peor. Lo mejor consistiría en que resultara hallarse en el lugar algo que acabara revelándose provechoso para ellas; lo peor, en que llegaran a sentirse cada vez más dependientes de la excitación. Se notaron sorprendentemente reconciliadas, gracias a la información de Mr. Pacten, con el carácter particular así imputado a su inquilino: por tradición y por ficción, sabían que incluso los salteadores de caminos de aquella misma época pintoresca eran con frecuencia galantes caballeros; por consiguiente, un contrabandista, medido con arreglo a ese rasero, pertenecía en rigor

a la aristocracia del crimen. Cuando el paquete de documentos regresó de la vicaría, Miss Amy, a quien su compañera siguió confiándoselos, tornó a cogerlos de su mano... pero con un renovado resultado de desánimo y languidez, con una mareada constatación de tinta desvaída, de ortografía extraña y caracteres intrincados, de alusiones que no sabía identificar y fragmentos que no sabía casar. Juntó piadosamente los deteriorados papeles, envolviéndolos con cariño en un retazo de seda estampada antigua; después, con la misma solemnidad que si se hubiese tratado de unos archivos, unos estatutos o unos títulos de propiedad, los guardó aparte en uno de los diversos armarios empotrados en el grosor de los muros revestidos de madera. Lo que, a decir verdad, más fuerzas les procuró en todos los sentidos a nuestras amigas, fue su conciencia de tener al fin y a la postre —y tan a pesar de lo que insinuasen las apariencias— un hombre en casa. Eso las excluía de esa categoría de hembras sin hombre a la cual ninguna mujer se resigna verdaderamente hasta que se le han agotado todas las salidas. Su inquilino era una salida, cuando menos en la imaginación, y hacia el final alcanzaron, bajo la influencia de las circunstancias, intensidades de excitación en las cuales se sentían tan comprometidas por las apariciones de él que el hecho de que nadie estuviera enterado no podía despertarles otro sentimiento que el de alivio.

En un principio, de todas suertes, la auténtica congoja fue que durante algunas semanas tras sus conversaciones con Mr. Patten cesaron por completo las apariciones; circunstancia ésta que en cierto grado creó en ellas la sensación de haber sido indiscretas y carentes de delicadeza. No lo habían mencionado a él, no; pero habían estado peligrosamente al borde de hacerlo, y, en todo caso, sin duda que de un modo excesivamente atolondrado habían dejado penetrar la luz en cosas enterradas y resguardadas, en aflicciones y culpas antiguas. De tanto en tanto, cada cual vagaba por la mansión, caprichosamente y en solitario, cuando suponía que la otra estaba ausente o atareada; se detenían y demoraban, cual mudos espectros, en los rincones, los umbrales y los pasillos, y a veces se tropezaban inesperadamente la una con la otra, durante aquellos experimentos, produciéndose un sobresalto sofocado y una confesión tácita. No hablaban de él prácticamente nunca; pero cada una sabía cómo pensaba la otra... tanto más cuanto que lo hacía (¡oh, sí, inequívocamente!) desde un punto de vista distinto del suyo. No por ello dejaron de estar unidas en el sentimiento mientras, semana tras semana, él no se dignaba mostrarse, cual si hubiesen cometido la falta de estornudar, con el efecto de un sacrilegio, sobre venerables cenizas plateadas. Les quedó francamente de manifiesto que, estando tan extraordinaria aunque tan ridículamente hechizadas, iban a ser incapaces de hacer nada en la vida hasta que la presencia de él se viera nuevamente confirmada. Fuera lo que fuese lo que el protagonista del asunto pudiera tenerles preparado de alegría o de tristeza, de ganancia o de pérdida, había hecho que perdieran el gusto por todas las demás cosas. Las había convertido *a ellas* en almas en pena. Por fin, un día, sin que posteriormente supieran colegir qué lo produjo, llegó el cambio; llegó, al igual que lo

hiciera la conmoción anterior a su periodo mustio, mediante el testimonio pálido de Miss Susan.

Ésta esperó a después del desayuno para hablar de ello... o, mejor dicho, fue Miss Amy la que esperó para oír de ello; pues, durante toda esta refacción, Miss Susan exhibió el semblante de emoción reprimida que su compañera ya le conocía y que, si el juego era jugado limpiamente, tenía que servir de prólogo a revelaciones. En realidad, la más joven de las amigas escudriñó a la mayor, por encima del té y las tostadas, como si por primera vez la viera capaz de una tortuosidad, como si la creyera inclinada a guardarse para sí lo que hubiese ocurrido. Lo que había ocurrido era que por la noche se le había reaparecido la figura del hombre ahorcado; pero únicamente después de que pasaran juntas al salón le fue dado a Miss Amy saber de los hechos.

—Yo estaba junto a la cama en la butaquita baja, a punto —puesto que Miss Amy quería saberlo— de quitarme la zapatilla derecha. Nada especial había observado hasta aquel instante, y había tenido tiempo para desvestirme en parte: me había puesto la bata. De improviso me dio por mirar... y allí estaba. Y allí —dijo Susan Frush— se quedó.

—Pero ¿dónde, si puede saberse?

—En el asiento de respaldo alto, en la vieja butaca de calicó y con orejeras que está junto a la chimenea.

—¿Toda la noche? ¿Y tú en bata? —Tras un momento, como si esa idea casi resultase excesiva para su credulidad, Miss Amy inquirió—: ¿Por qué no te acostaste?

—¿Teniendo un... una persona en la habitación? —preguntó maravillada su amiga, añadiendo en seguida como con decidido orgullo—: ¡No rompí el hechizo!

—Y ¿no te moriste de frío?

—Sí, casi. Y ni que decir tiene que no he dormido nada, te lo puedo asegurar; ni una cabezadita. Yo cerraba los ojos durante lapsos prolongados, pero cuando los abría, él seguía allí; y no perdí la consciencia ni por un momento.

Miss Amy formuló un comentario de escrupulosa condolencia:

—Así que, naturalmente, ahora te sientes medio muerta.

Su compañera orientó su vidriosa mirada macilenta hacia el espejo de la chimenea, y dijo:

—*Debo* tener un aspecto imposible.

Miss Amy, pasado un instante, volvió a mostrarse escrupulosa:

—En efecto. —Sus propios ojos se desviaron hacia el espejo y se demoraron en él mientras se abandonaba a sus pensamientos—. ¡Realmente —reflexionó con cierta sequedad—, si es así como va a ir la cosa...! —En pocas palabras, que en tal caso parecía que la cosa iba a resultar conflictiva para ambas. ¿Por qué, se preguntó luego para sus adentros, el espíritu inquieto de un aventurero difunto tenía que acudir a una persona como su grotesca, estrafalaria e inepta compañera de residencia? Era en *ella*, arguyó en silencio y un tanto amargada, en quien un alma errante de la vieja

raza debería depositar su confianza. La reafirmó aún más en esta convicción su parecer de que Susan albergaba ahora, en lo tocante a haber sido ella la preferida, vulgares y necios sentimientos de complacencia. Amy tenía su propia idea sobre lo que, en tan comprometida situación sobrenatural, habría debido «hacerse», como decía ella, y a partir de aquel momento se entregó a cultivar la pequeña agresividad consistente en no dignarse siquiera discutir con ella la cuestión. Ciertamente exhibía la mayor de las señoritas una novedosa reticencia obscura y, como no iba a ser ella la primera en hablar, habría silencio hasta la saciedad. Miss Amy, así y todo, poblaba el silencio con conjeturadas visiones de los contactos secretos de su prima. Miss Susan, en verdad, no daba muestras, en ninguna ocasión concreta, de nada fuera de lo normal; pero sin duda que eso era precisamente el resultado de la felicidad que había empezado a fortalecerla y sustentarla. Desde entonces los días y las noches transcurrieron sin llevarle felicidad de índole alguna a Amy Frush. Si no recibía emociones, sospechaba ella, era porque Susan las recibía todas; y —esto habría sido ridículo de no ser patético— pasó raudamente a abrazar la opinión de que Susan era una egoísta e incluso un ser ladino. La corrección siguió imperando entre ambas, pero la confianza se desvaneció, y vinieron a ocupar el lugar vacante ceremoniosidades y cautelas manifiestas. Miss Susan parecía perpleja pero conforme; lo cual hacía, desdichadamente, que se mantuvieran su apariencia de superioridad y la presunción de su duplicidad. Su actitud era de no alcanzársele qué mosca había picado a su amiga; pero un ojo suspicaz podía interpretarla como sorpresa ante el cuestionamiento de su monopolio. La inopinada firmeza de sus nervios era verdaderamente un portento; ¿era acaso la consecuencia, incluso aunque se tratara de una anciana achacosa, de emociones suficientemente repetidas? Miss Amy se aplicó a extraer abundantes conclusiones de la suposición de que, si la primera de tales emociones no aniquilaba y las siguientes no trastornaban, se podía seguir adelante con ellas tan agradablemente como... vaya, digamos, como con una relación personal inconfesa o como con un comercio epistolar secreto. La sorprendió esta comparación con que fue a dar, mas ¿qué era todo aquello sino una intriga amorosa como otra cualquiera? ¡Y nada menos que Susan llevando una intriga! Aquel relato de la larga noche de la pareja en dos butacas mantuvo en Amy —pues lo tenía siempre presente— la sensación de estar absolutamente en lo cierto. La situación implicada, ¿era solamente burda o era siniestramente grandiosa? Se le antojaba que ambas cosas; pero ése mismo era el caso de todas las situaciones semejantes que hubiesen considerado ellas alguna vez. ¿Sería ella capaz, en cualquier caso, de aguantar firme? Tales eran las preguntas que se hacía hasta quedar harta. Unos pocos buenos momentos para ella habrían pacificado el ambiente. Por fortuna habrían de llegar.

Fue una mañana dominical de abril: un día pletórico del cambio de estación. Miss Amy estaba en el jardín poco antes de la hora de los oficios; ambas adoraban por igual, con sus aficiones jardineras y sus visiones contrapuestas y su fantástica panoplia de guantes viejos y desplantadores y escardas y tarjetitas taxonómicas atadas a palitos, aquel elemento de su heredad acerca del cual podían aún discrepar abiertamente y convenir no por diplomacia y que ahora, con su promesa vernal, derramaba belleza y frescor y luz y anchura, un gran sosiego benéfico, en las oscilantes balanzas de ambas. Amy estaba vestida para asistir a la iglesia; pero cuando Susan, que desde una ventana la había observado deambular, inclinarse, examinar y tocar, apareció en el umbral como signo de que ella también estaba ya preparada, su prima sintió apagársele repentinamente la intención.

—Gracias —dijo, llegándose hasta Miss Susan—; pero creo que, pensándolo bien, a pesar de estar arreglada no voy a ir. Así que, si no te importa, vete sin mí.

Miss Susan la escudriñó:

—¿No te encuentras bien?

—No demasiado. Me sentiré mejor (con esta mañana tan radiante) aquí.

—¿De veras estás enferma?

—Indispuesta; pero no tanto (aunque te lo agradezco) como para que te quedes aquí conmigo.

—Pero ¿te ha venido así por las buenas?

—No: ya había comenzado a sentirme no del todo bien cuando me estaba arreglando. Pero no será nada.

—Y, a pesar de ello, ¿piensas quedarte aquí afuera?

Miss Amy tendió la mirada en derredor y dijo:

—¡Eso depende!

Su amiga realizó una pausa lo bastante prolongada como para estar pensando si preguntarle de qué dependía, pero bruscamente, tras aquella indecisión, optó por girarse sobre sus talones, limitándose a exclamar por encima del hombro un «¡Al menos cuídate!», y por marcharse crujiendo, en su más almidonado estilo dominical, a sus asuntos. Miss Amy, ya a solas, que era claramente como deseaba estar, permaneció un poco más en el jardín, donde los dulces sonos altaneros procedentes del campanario de la iglesia hacían, en cierto modo, aún más deleitoso el sentido de las cosas; pero a los diez minutos retornaba ya a la mansión. El sentido de las cosas no era deleitoso allí, porque a lo que se había llegado a parar era a que, como lo que pensaban la una de la otra no eran capaces de decirlo abiertamente, toda su comunicación era difícil e hipócrita. La culpa la tenía lo que pensaba Susan, respecto de lo cual ella era demasiado orgullosa y estaba demasiado dolida para decirle cuatro palabritas. Miss Amy, vagando, entró en el salón.

Ambas, luego de acabados los oficios, se sentaron frente a frente, como era su costumbre, a su temprano almuerzo de los domingos; pero pocos comentarios se intercambiaron, exceptuando el de que Miss Amy se encontraba mejor, el de que era

el clérigo asistente quien había predicado, el de que nadie más había estado ausente y el de que todo el mundo había preguntado por qué lo había estado Amy. Amy, al calor de esto último, satisfizo a todo el mundo mediante el procedimiento de encontrarse lo bastante bien para asistir por la tarde; ocasión durante la cual fue Miss Susan, por lo demás —y por razones aún menos diáfanas que las que obraran en su compañera por la mañana—, la que se quedó en casa. Su compañera volvió tarde, tras hacer algunas visitas después de los oficios, y se la halló en el salón, en el momento en que la luz del día empezaba a irse, sentada plácidamente y vestida de calle pero sin siquiera un libro de oraciones —la estancia contenía anaqueles enteros de tales lecturas— en la mano. Hasta tal punto ofrecía el aspecto de que un visitante acabara de dejarla, que Amy no tuvo más remedio que preguntarle:

—¿Ha venido alguien?

—No, por cierto; no he podido estar más sola.

Esto era asimismo ambiguo, y al instante suscitó en Miss Amy una convicción: una convicción que, al sentarse ella también y en un silencio prolongado, derivó a su vez en una resolución. Concluyó el crepúsculo de abril y seguían allí sentadas las compañeras, sin haber vuelto a despegar los labios. Pero, finalmente, Miss Amy dijo en un tono nada usual en ella:

—Esta mañana vino él, mientras estabas en la iglesia. Supongo que en realidad fue para verlo (aunque yo, naturalmente, no podía estar segura de que se me apareciera) por lo que sentí el impulso de quedarme. —Esta vez, debido a su satisfacción, hablaba como para obsequiar explicaciones.

Pero fue insólito cómo le salió al paso Miss Susan:

—¿Te quedas en casa por él? ¡Yo no! —Se rió abiertamente ante lo absurdo de tal suposición.

A Miss Amy, lógicamente, aquello le chocó y, al cabo de un instante, incluso la provocó:

—Entonces, ¿por qué te has quedado esta tarde?

—¡Oh, no ha sido por eso! —dijo Miss Susan con un ligero temblor. Puntualizó —: Yo me encontraba mal *de verdad*.

Ante esto su prima abordó la cuestión a las claras:

—Pero ¿ha estado contigo?

—¡Mi querida amiga —dijo Susan, asombrosamente impelida aun a su propio modo de ver—, está conmigo tan a menudo que si me saliera de quicio cada vez que lo veo...! —Pero, como si a través de la penumbra hubiera visto dibujarse algo en el semblante de su parienta, se interrumpió.

Amy, no obstante, habló con estudiada calma:

—En ese caso, ¿has dejado de salirte de quicio? ¡En cierta ocasión, no lo olvidas, me diste un ejemplo de cómo sí te salías! —E intentó, por su parte, una carcajada.

—Oh, sí: eso fue al principio. Pero desde entonces lo he visto con tanta frecuencia. ¿Vas a decirme que *tú* no? —preguntó Susan. Y, como su compañera la

mirara de hito en hito, añadió—: ¿De verdad que ha sido ésta la primera vez para ti... desde la última de la que hablamos?

Durante un instante, Miss Amy no dijo nada. Luego inquirió:

—¿De veras creías que yo...?

—...¿que tú a tu vez recibías, como mínimo, lo mismo que recibía *yo*? ¡¿Cómo iba a creer menos —espetó Miss Susan— cuando, si me permites decirlo, me has venido pareciendo remota y extraña?!

Amy vaciló. Y por fin dijo:

—¡Espero haber venido pareciéndote asimismo decente!

Pero éste fue un disparo que por fortuna, con la preocupación casi cómica que sentía su amiga por el simple hecho que estaban comentando, no llegó al blanco:

—¿Estabas tan sólo esperando algo que nunca venía?

Miss Amy se arreboló en la penumbra:

—Ha venido, como digo, hoy.

—¡Más vale tarde que nunca! —Y Miss Susan se levantó.

Amy Frush continuó sentada, mirándola:

—¿Es porque creías tener motivos de celos por lo que *tú* has venido mostrándote tan rara?

La pobre Susan, ante aquello, casi dio un brinco:

—¿Celos?

Fue su tono —que nunca anteriormente se oyera en ella— lo que hizo que Amy Frush se pusiera en pie; conque durante unos instantes, en la estancia sin iluminar donde en honor a la primavera no habían encendido el fuego y así se había acumulado el fresco del atardecer, estuvieron incorporadas frente a frente como enemigas. Por fortuna, aquello llegó a durar lo suficiente para darle tiempo a una de ellas a encontrarlo súbitamente espantoso:

—Pero ¿por qué pelearnos *ahora*? —espetó Amy con un tono diferente.

Susan no estaba aún lo bastante alterada para no convenir con bastante rapidez:

—Es absolutamente lamentable.

—Ahora que estamos a la par —completó Amy.

—Sí... supongo que lo estamos. —Seguidamente, no obstante, como para atenuar un poco esta admisión, Susan efectuó una última desviación de la buena voluntad—: Se dice, ¿sabes?, que cuando dos mujeres se Pelean suele ser por un hombre.

Amy lo reconoció, pero asimismo introdujo una matización:

—¡En ese caso, debe primeramente *existir* uno! —Y ¿no lo calificarías *a él*...?

—¡No! —dejó sentado Amy, y se giró sobre sus talones mientras su compañera exteriorizaba una fútil sorpresa. Así quedó establecida su igualdad de privilegio, pero no está claro si el aire con que Amy indicó que era mejor dejar zanjada la cuestión no inclinó de su lado por un instante la balanza. Era consciente de ser la que, de las dos, más sabía de hombres.

La cuestión quedó zanjada de momento, acordando que, en adelante, ninguna esperaría de la otra confesiones ni información. Tratarían todos los acaecimientos como indignos de mención: un camino fácil de seguir desde el instante en que la sospecha de celos había sido, por ambas partes, resueltamente enterrada. Durante un mes o dos, guiaron sus vidas por el liso terreno de darlo todo por supuesto; al final de cuyo plazo, no obstante, y por mucho empeño que pusieran, aún no habían atinado con ningún asunto que —cuando se encontraban, como debían lógicamente encontrarse dos mujeres que vivían juntas— pudiera pretender con éxito ocupar el lugar vacante dejado por el asunto de Cuthbert Frush. La primavera se suavizó y ahondó, extendió sus brazos afables y derramó sus delicadas dádivas; la tierra se removió y el aire se agitó con emanaciones que eran como roces y voces del pasado; nuestras amigas arrimaron el hombro en su jardín y la nariz a los síntomas del mismo; abrieron sus ventanas a la dulzura climática y le siguieron la pista por los caminitos y junto a los setos; y, sin embargo, la planta de su conversación mutua no acertó a renovarse a la par que las otras. Desde luego no es que la suavidad no estuviera en el interior de ellas dos igual que afuera; cuando menos, habían sido limadas todas las asperezas; se sentían más satisfechas que nunca con el conjunto de su heredad, la cual, habiendo concluido el invierno, parecía obsequiar con un mayor número de sus viejos secretos, resonar, siquiera tenuemente, con un mayor número de sus viejos ecos, y crujir, aquí y acullá, con el agonizante latido de viejos dolores. La más profunda benignidad de la primavera de Marr radicaba precisamente en ser hasta tal punto un testimonio de ancianidad y reposo. Nunca pareciera el lugar haber vivido y perdurado tanto como cuando la gentil naturaleza, cual virgen bendiciendo a una anciana, posó ahora sus manos de rosa sobre su canosa cabeza. Entonces la nueva estación fue una luz encendida para alumbrar toda la dignidad de los años, aunque también todas las arrugas y cicatrices de los mismos. Las buenas mujeres que nos conciernen cambiaron, sea como fuere, con los días bonancibles, y por último sucedió que la nota de su animosidad no ya bajó de tono, sino que se transformó decididamente en música. Todo el aire de la estación contribuía tanto a la ternura, que en verdad parecía que en ocasiones se apiadaran la una de la otra. Por fin tenían algo en común: cada una lo encontraba en su propia consciencia; mas, por otra parte, era como si ambas esperaran, cada cual por su lado, a poder hablar seguras de no ofender. Por último, afortunadamente, la tensión cedió.

El viejo cementerio de Marr sigue siendo generoso; desde tiempos inmemoriales hace cuanto puede por poblar, con nombres y fechas y apologías, con las generaciones condensadas y entremezcladas, la elevada y vacía meseta que la vetusta y tullida iglesia mira, bajando la vista, por encima de la tapia baja. Sirve de cómoda vía pública, y el forastero se ve deteniéndose en él con un sentimiento de respeto y piedad por las grandes espaldas pétreas decapitadas y cubiertas de hiedra, pues ésa es la imagen que le da. Miss Susan y Miss Amy eran todavía lo bastante forasteras como para sentarse, una mañana de mayo, sobre la soleada lápida de una

tumba antigua y tender la mirada en derredor, en una especie de paz anhelante. En estos últimos tiempos sus paseos eran todos sin rumbo, como si siempre pararan y dieran media vuelta, debido a una inconfesada falta de ganas, antes de lograr cierto objetivo. En cada salida ese objetivo se presentaba como idéntico para ambas, pero habían regresado demasiadas veces sin alcanzarlo. Extrañamente, esta mañana, ya de vuelta hacia su mansión y casi a la vista de la misma, se sentían más en presencia de él de lo que lo estuvieran jamás, y de veras parecieron acercarse a tocarlo cuando finalmente dijo Susan, con alguna vacilación y sin que viniera muy a cuento:

—Discúlpame, querida, si me siento inmensamente apenada por ti.

—Oh, ya sabía que así era —repuso Amy—. Lo había notado. Pero ¿qué bienes nos vienen con ello? —preguntó.

Entonces Susan comprendió, con sorpresa y lástima, cuán poco habría debido temer resentimientos contra la perspicacia y la conmiseración, y con qué profundidad de sentimiento similar al suyo acababa de hablar tristemente su compañera:

—¿Estás tú apenada *por mí*?

Al pronto, Amy se limitó a mirarla con ojos fatigados, tendiéndole una mano que permaneció un rato en su brazo.

—¡Querida y vieja amiga! Debiste decírmelo antes —completó mientras iba asimilándolo todo—; claro que, pensándolo bien, ¿no lo hemos estado sabiendo cada cual por nuestra cuenta?

—Caramba —dijo Susan—, hemos guardado silencio. No podíamos hacer otra cosa que guardar silencio.

—En ese caso, si hemos guardado silencio juntas —repuso su amiga—, eso nos *ha* servido.

—Sí... para conservarlo a él en su sitio. ¿Quién creería en él? —se preguntó Miss Susan cansinamente—. De no ser por ti y por mí...

—¿Sin dudar la una de la otra? —apostilló su amiga—; sí, no habría nadie. Tenemos suerte —dijo Miss Amy de *no* dudar.

—Oh, si lo hiciéramos no estaríamos apenadas.

—No... excepto, egocéntricamente, cada cual por sí misma. Yo estoy apenada, te lo aseguro, *por mí*; todo esto me ha hecho envejecer. Pero por fortuna, sea como fuere, creemos la una en la otra.

—Desde luego —dijo Miss Susan.

—Desde luego —hizo de eco Miss Amy, y se apoyaron en estas palabras—. Pero, además de lograr que hayamos terminado sintiéndonos más viejas, ¿qué ha hecho él por nosotras?

—¡Buena pregunta!

—Y, pese a que lo hayamos conservado en su sitio —prosiguió Miss Amy—, él nos ha mantenido a nosotras en el nuestro. Con eso hemos vivido —afirmó con melancólica justicia—. ¡Y al principio nos preguntábamos si podríamos! —agregó con

ironía—. Pues bien, ¿lo que ahora sentimos no es, por ventura, que ya no podemos más?

—Exacto, esto debe acabarse. Tengo mi plan —dijo Susan Frush.

—¡Oh, te aseguro que yo también tengo el mío! —repuso su prima.

—Pues, si quieres ponerlo en práctica, por mí no te preocupes.

—¿Porque tú ciertamente no te vas a preocupar *por mí*? No, me figuro que no. ¡Bien! —Amy exhaló un suspiro, como si únicamente con aquello hubiera llegado por fin el alivio. Su compañera se hizo eco de él; permanecieron allí una junto a otra; y nada habría podido contener mayor singularidad que lo que implicaba tanto lo que se habían dicho como lo que se habían callado. Para un investigador de su caso habrían tenido de meritorio por lo menos lo siguiente: que cada una, cargada y extenuada por su propia experiencia, había dado, en lo tocante a la otra, lo extraordinario —y de hecho lo inefable— enteramente por supuesto. No habían vuelto a nombrarlo, pues en realidad no era cosa fácil de nombrar; toda la cuestión había quedado velada en reservas y retraimientos personales; la comparación de notas se había hecho imposible. Lo nítido era que habían vivido dentro de su extraña historia, que habían pasado por ella como por un observado y estudiado eclipse de lo normal, por un periodo de reclusión, o por una bancarrota material o espiritual, y que su solo anhelo ahora era volver a vivir fuera de ella. El investigador que hemos imaginado habría podido llegar al extremo de suponer que cada una por su lado había estado esperando de su extraña historia que le diera algo que finalmente había comprendido que nunca le daría, algo que era exactamente, además, el alma de su propio secretismo y la explicación de sus propias reservas. Al menos, pese al punto a que había llegado todo, no se habían puesto a prueba la una a la otra, y a cuenta de esto, aunque de hecho estuvieran desilusionadas y frustradas, acababan de acercarse mutuamente, y de un modo sólido, tras su largo distanciamiento. Les quedó francamente de manifiesto que se sentían muy envejecidas. Cuando se levantaron de su soleada losa, empero, recordándose mutuamente que ya era la hora de almorzar, ello fue con un visible incremento de su tranquilidad y con la mano de Miss Susan pasada, durante el trecho hasta la mansión, por debajo del brazo de Miss Amy. De esta guisa, el «plan» de cada cual continuó inexpresado e inobjetado. No parecía sino que ambas desearan que primeramente probase la otra el suyo; de lo cual podía inferirse que los de ambas ofrecían dificultades y aun entrañaban gastos. Las grandes interrogantes continuaban en el aire. ¿Qué era lo que él quería dar a entender? ¿Qué era lo que deseaba? Absolución, paz, descanso, su perdón definitivo...; el decir *eso* nada más, no las llevaba más lejos de lo que hasta ahora habían llegado. ¿Qué era lo que en definitiva debían hacer por él? ¿Qué podían ofrecerle que él necesitase tomar? Los planes que respectivamente acariciaban parecieron seguir sin dar fruto, y, pasado un mes más, Miss Susan se sentía francamente inquieta por Miss Amy. Miss Amy admitía con idéntica sinceridad que la gente *había* tenido que empezar a notar un comportamiento extraño en ellas y a buscar las razones. Ellas habían cambiado, así

que tenían que cambiar de nuevo.

5

Sin embargo, no fue sino durante una mañana de mediados del verano, al reunirse para desayunar, cuando la mayor de las señoritas atacó abiertamente el último atrincheramiento de la más joven. «¡Pobre, pobre Susan!», se había dicho ésta última en su fuero interno al entrar su prima en la estancia; y un momento después formuló, por auténtica lástima, su requerimiento:

—¿Cuál es el tuyo?

—¿Mi plan? —Sin duda era por fin un cierto lenitivo para Miss Susan el hecho de que se lo preguntasen. No obstante, su respuesta fue desconsolada—: ¡Oh, no sirve de nada!

—Pero ¿cómo lo sabes?

—Pues porque lo puse en práctica; hace diez días, y al principio creí que surtía efecto, pero no es así.

—¿Ha vuelto él otra vez?

Pálida, cansada, Miss Susan lo confesó:

—Otra vez.

Miss Amy, después de una de las singulares miradas largas que ahora se habían convertido en su mutua forma de relación más frecuente, lo consideró:

—¿E igual que siempre?

—Peor.

—¡Cielos! —exclamó Miss Amy, entendiendo claramente lo que aquello quería decir—. ¿En qué consistía tu plan, pues?

Su amiga lo expresó con contundencia:

—En hacer mi sacrificio.

Miss Amy, aunque todavía más profundamente inquisitiva, dudó:

—Pero ¿sacrificio de qué?

—Caramba, de todo lo poco que tenía... o casi.

Aquel «casi» pareció confundir a Miss Amy, a quien, aparte, manifiestamente no se le alcanzaba cuál podía ser la propiedad o atributo descrito de semejante guisa:

—¿De «todo lo poco» que tenías?

—Veinte libras.

—¿Dinero? —Miss Amy quedó boquiabierta.

A su vez, su entonación produjo en su compañera un asombro tan grande como el suyo propio:

—¿Qué piensas tú que habría que darle, pues?

—¿Mi plan? ¡No consiste en *dar*! —exclamó Amy Frush.

Ante el refinado orgullo que eso puso de manifiesto, la palidez de la pobre

Susan se acaloró:

—En tal caso, ¿qué es lo que hay que hacer?

Pero la perplejidad de Miss Amy se impuso sobre el reproche de su compañera:

—¿Pretendes decirme que él acepta dinero?

—El ministro de Hacienda sí acepta dinero donado «por motivos de conciencia».

A Miss Amy se le perfiló más claramente la hazaña de su amiga:

—¿«Dinero donado por motivos de conciencia»? ¿Se lo has enviado al Gobierno? —Seguidamente, en tanto que, a consecuencia de su propia sorpresa, su parienta parecía demasiado anonadada, Amy se derritió en amabilidad—: ¡Vamos, vamos, no seas una vieja guardadora de secretos!

Miss Susan logró sobreponerse un poco:

—Cuando el antepasado de una ha estafado al fisco y su espíritu se levanta debido a los remordimientos...

—...¿una paga las deudas del antepasado para librarse de él? Ya entiendo... y así se convierte la cosa en lo que el vicario denomina una expiación en nombre de una tercera persona. Pero ¿y si en su caso no se trata de remordimientos? —preguntó avispadamente Miss Amy.

—Pero *sí* que se trata de eso... o así me parece a mí.

—Pues a mí no —dijo Miss Amy.

De nuevo se escudriñaron la una a la otra.

—Obviamente, entonces, él es diferente contigo.

Miss Amy apartó el semblante:

—¡No me sorprendería!

—Así, pues, ¿cuál es tu plan?

Miss Amy recapacitó:

—Te lo contaré sólo si surte efecto.

—¡Entonces, por el amor de Dios, ponlo en práctica!

Miss Amy, todavía con la mirada desviada y ahora con una serena actitud de sapiencia, continuó recapacitando:

—Para ponerlo en práctica tendré que abandonarte pasajeraamente. Por eso he aguardado tanto tiempo. —Acto seguido se volvió otra vez del todo hacia ella, con gran expresividad—: ¿Eres capaz de soportar estar sola tres días?

—¡Oh, «sola»! ¡Ojalá lo estuviese alguna vez!

Ante esto, su amiga, como por auténtica compasión, le dio un beso; pues parecía haber salido a relucir por fin —¡ya era hora!— que la pobre Susan era la menos resistente.

—¡Lo voy a hacer! Pero tengo que ir a la capital. No me preguntes nada. Todo lo que por ahora puedo decirte es...

—¿Y bien? —apremió Susan mientras Amy la miraba impresionantemente.

—Que si en su caso se trata de remordimientos, *yo* soy contrabandista.

—¿De qué se trata, pues?

—De un acto de desprecio.

Un «¡Oh!» más asustado y perplejo que ningún otro de cuantos en aquel asunto le habían salido de la boca, manifestó la conformidad de la pobre Susan en este acuerdo, pareciendo representar además una inferencia un tanto terrorífica. Amy, manifiestamente, tenía sus propias ideas. Fue, por lo tanto, con ayuda de las mismas como se preparó inmediatamente para la primera separación que iban a arrostrar; la consecuencia de todo lo cual fue que, dos días después, Miss Susan, alicaída y pesarosa, ascendió despacio en solitario, después de despedirla, la escarpada cuesta que arranca de la estación ferroviaria de Marr y traspuso tristemente la ruinosa puerta del pueblo, una de las viejas defensas de éste, coronada por un arco.

Pero no hubo un desenlace definitivo hasta un mes después, un cálido anochecer de agosto en que bajo las pálidas estrellas se hallaban sentadas juntas en su querido jardín de tapias rojizas. Pese a que a estas alturas, en líneas generales, ya habían vuelto a encontrar —como sólo saben encontrarlo las mujeres— el secreto de la conversación fluida y copiosa, llevaban media hora sin decirse nada: Susan permanecía sentada esperando a que se despertase su compañera. Últimamente, Miss Amy se había aficionado a un dormitar interminable... como si tuviera atrasos que recuperar; habría podido ser una convaleciente de fiebres reparando fuerzas y pasando el tiempo. Susan Frush la contempló en la cálida penumbra y, venturosamente, las relaciones entre ellas eran al fin tan gratificantes que tuvo libertad para pensar que estaba guapa mientras dormía y para temerse que ella, en el abandono del sueño, debía de tener un aspecto menos agraciado. Estaba impaciente, pues por último había llegado su necesidad de hablar; pero aguardaba, y mientras aguardaba reflexionó. Ya lo había hecho a menudo con anterioridad, pero esta noche el misterio se espesaba con lo que insinuaban, según lo veía ella, las frecuentes dormidas de su compañera. ¿En qué había consistido, tres semanas atrás, su esfuerzo lo bastante intenso como para dejarle tal secuela de fatiga? Las huellas de aquel esfuerzo, a buen seguro, ya habían sido perceptibles en la pobre mujer la misma mañana del cese de su convenida separación, que necesitara durar no tres sino nada menos que diez días, sin una palabra ni señales de vida. A unas horas antinaturales había regresado Amy de su ausencia, con pinta polvorienta, desgredada, inescrutable, y no confesando de momento más que un largo viaje nocturno. Miss Susan se preciaba de haber jugado el juego respetando escrupulosamente sus condiciones, por muy atormentadoras que fueran. Tenía la convicción de que su amiga había estado fuera del país, y, recordando sus propios vagabundeos pretéritos y sus actuales miedos sedentarios, se maravillaba ante el ánimo con que una persona que, por muchas cosas que hubiera hecho anteriormente, nunca había viajado de verdad, había sido capaz de realizar semejante escapada. Ahora era ya el momento de que esa persona explicara en qué había consistido su plan. Lo que así lo determinaba era que Susan Frush, allí sentada, admitía que a estas alturas ya no

podía ser puesta en entredicho la eficacia de dicho plan. Había surtido efecto, en tanto que el suyo no; y Amy, al parecer, hasta ese momento había estado únicamente aguardando a que lo reconociera. Pues bien, ella estaba cabalmente dispuesta a reconocerlo cuando Amy se despertó y, nada más despertarse, se cruzó inmediatamente con su mirada y tuvo, pasado un momento, mientras así hacía, un atisbo de los pensamientos de su prima.

—Así, pues, ¿cuál *era*? —dijo Susan por fin.

—¿Mi plan? ¿Es posible que no te lo hayas figurado?

—Oh, tú eres más espabilada, mucho más espabilada —suspiró Susan—, que yo.

Amy no negó aquel aserto; en realidad pareció, con bastante placidez, darlo por verdadero; pero seguidamente habló como si aquella diferencia, pensándolo bien, careciera ya de relevancia:

—Felizmente para nosotras, ¿verdad?, nuestra situación es tranquila ahora. En cualquier caso, eso puedo afirmar de la mía. Él me ha dejado para siempre.

—¡Loado sea Dios en tal caso! —murmuró devotamente Miss Susan—. Pues *a mí* me ha dejado para siempre.

—¿Estás segura?

—Oh, creo que sí.

—Pero ¿cómo?

—Vaya —dijo Miss Susan después de alguna vacilación—, ¿cómo puedes estarlo *tú*?

Amy, por unos momentos, imitó su pausa.

—Ah, eso no sabría decírtelo —declaró—. Sólo puedo responder de que se ha ido.

—Discúlpame, pues, si yo tampoco me siento capaz de explicarte nada. Durante la última media hora la sensación de sosiego se ha fortalecido extrañamente en mí. Tan honda tranquilidad es suficiente, ¿no?

—¡Oh, de sobra! —La fachada de su vieja mansión, la que daba al jardín, con una o dos ventanas débilmente iluminadas, se alzaba oscuramente en la noche estival, y ellas, en un impulso común, le lanzaron, desde el otro lado del pequeño césped, una prolongada mirada afectuosa. Sí, podían estar seguras—. ¡De sobra! —repitió Amy—. Se ha ido.

Los ojos de Susan, más viejos, quedaron confortados detrás del elegante monóculo al pensar en su fantasma desvanecido:

—Se ha ido. Y ¿cómo —insistió— lo *has* logrado?

—Caramba, mi pequeña bobalicona —Miss Amy habló de una forma un tanto insólita—, me fui a París.

—¿A París?

—Para ver qué podía traerme; algo que no pudiera, que no debiera, traerme. ¡Para dar un golpe! —especificó Miss Amy.

Pero su amiga continuó despistada:

—¿Dar un golpe?

—Quiero decir, colarlo por la aduana: de estraperlo. Fue sólo ante esto cuando alboreó una lucecita en el entendimiento de Miss Susan:

—¿Querías hacer contrabando? ¿Era *ése* tu plan?

—Mío no: de él—dijo Miss Amy—. Lo que él quería no era que se gastase en él «dinero donado por motivos de conciencia» —añadió, riéndose ahora abiertamente— Todo lo contrario: quería que se realizase una gesta temeraria como las de los audaces aventureros de antaño; quería que se asumiese un gran riesgo. Y yo lo asumí. —Y, triunfante, se puso en pie de un brusco salto.

Su compañera, boquiabierta, la miró de hito en hito:

—¿Habrían podido ahorcarte a ti también?

Miss Amy alzó la mirada hacia las cárdenas estrellas y respondió:

—Sí, si me hubiese visto en la necesidad de defenderme. Pero por fortuna no fue necesario. Aquello que quería yo colar, lo logré colar —espetó cada vez más radiantemente a medida que hablaba—. Victoriosamente. Para aplacarlo los burlé. Corrí un riesgo en Dover, pero nunca se sabrá.

—Y ¿dónde llevabas escondido aquello?

—En mi persona.

A causa del estremecimiento que esto le produjo, Miss Susan se incorporó, y permanecieron ambas de pie, juntas en la noche.

—¿Tan pequeño era? —musitó en su asombro la prima mayor.

—Era lo bastante grande para satisfacerlo a él —contestó su compañera con cierto matiz de sequedad—. Lo elegí, tras reflexionar mucho sobre el particular, de entre la lista de objetos confiscables.

La lista de objetos confiscables refulgió un instante ante la mente de Miss Susan, logrando sugerirle, empero, tan sólo una desilusionada conjetura:

—¿Fue un Tauchnitz?

Miss Amy tornó a comunicarse con las estrellas de agosto y replicó:

—Era el *espíritu* del acto lo que importaba.

—¿Conque fue un Tauchnitz? —insistió su amiga.

Por último, ella descendió la mirada, y las señoritas Frush se encaminaron juntas hacia la mansión.

—En fin, él ya está satisfecho.

—Sí, y —reflexionó Miss Susan un tanto melancólicamente mientras andaban— ¡tú al final pudiste disfrutar de tu semana en París!

La Patina Del Tiempo

1

Me sentía demasiado contento del gran favor que a ella podía hacerle, en mi calidad de buen amigo suyo desde hacía bastantes años, como para no ir corriendo a llevarle la noticia aquella misma tarde. Sabía que trabajaba hasta la noche, como también solía hacer yo mismo; pero sacrifiqué de buena gana una hora de luz de un día de febrero. Tal como esperaba, la encontré en su taller de pintora, a cuya puerta estaba masculinamente adherida su tarjeta de presentación («Mary J. Tredick»): no Mary Jane, sino Mary Juliana); estaba algo cansada, algo envejecida y muy manchada, pero se quitó sus feas gafas, apenas hube traspuesto su umbral, para atenderme. Conservó puesta, mientras arreglaba la paleta y secaba los pinceles, la gran bata pringosa que la recubría de la cabeza a los pies y que muchas veces la había visto yo llevar en circunstancias que daban fe de su renuncia a gustar. Cada vez que se me ofrecía una nueva ocasión de comprobarlo me apercibía de que Mary había renunciado a todo excepto a su trabajo, y de que en su historia personal debía de existir alguna razón peculiar para ello. Pero yo seguía lejos de adivinarla. Ella había renunciado a demasiadas cosas; precisamente por eso sentía yo deseos de echarle una mano. Le comuniqué, pues, que tenía un sustancioso encargo en perspectiva para ella.

—¿El de copiar alguna obra apreciable?

Su queja, y yo lo sabía, era que las gentes sólo le hacían encargos, cuando se los hacían, de copiar obras que ella no apreciaba. Pero en esta ocasión no se trataba de copiar... cuando menos, no en el sentido habitual del término.

—Se trata de un retrato... más bien singular.

—¡Pero si tú mismo pintas retratos!

—Sí, pero ya sabes de qué estilo. En este preciso caso, mis dotes no son las apropiadas. Piden un retrato todo armonía.

—¿De quién, si puede saberse?

—De nadie. Es decir, de cualquiera. De quienquiera que gustes.

Lógicamente, quedó maravillada:

—¿Quieres decir que yo deberé escoger al modelo?

—Vaya, la singularidad estriba en que no ha de *existir* un modelo.

—Entonces, ¿a quién representará el cuadro?

—Pues a un hombre guapo, distinguido, agradable, que no haya cumplido los cuarenta años, perfectamente rasurado, perfectamente ataviado: el perfecto caballero, en una palabra.

Continuó mirando de hito en hito:

—Y ¿soy yo quien ha de proporcionarlo?

Me reí ante el verbo que ella había empleado:

—Sí, igual que «proporcionas» el lienzo, los colores y el marco. —Tras lo cual pasé a ofrecerle explicaciones—: He recibido una visita sumamente «desusada», que tuvo por consecuencia hacerme pensar en ti. Una mujer, desconocida para mí y que no había anunciado su presencia con antelación, entró en mi taller a las tres de esta tarde. Acudía a mí sin preliminares, según me hizo saber, a causa de mi elevada reputación (como de costumbre) y de su admiración por mi obra. Claro está que percibí instantáneamente (quiero decir que lo percibí tan pronto como me expuso sus deseos) que no había comprendido nada de mi obra. ¿Acaso soy yo capaz de otra cosa que de fijar sobre el lienzo mi impresión de una realidad dada, presente? Sólo sé plasmar los rostros que veo.

—Y ¿a mí sí me crees capaz de plasmar un rostro que no he visto?

—No, pero tú ves tantísimos más. Los ves en tu imaginación y en tu memoria, repletas de ellos gracias a todos los museos que has visitado y todas las grandes obras que has estudiado. Sé que lograrás plasmar el que necesita mi visitante y conferirle (esto es la *crux* del encargo) la pátina del tiempo.

Sopesó el asunto:

—¿Por qué lo necesita?

—Precisamente *por* eso: por la pátina del tiempo. Y, a excepción de que el cuadro adornará la parte superior de su chimenea, no me facilitó detalles. Cuento sólo con mi sensación de que debe representar, debe simbolizar, por así decirlo, a su marido, que ya no está en este mundo o que quizá no estuvo nunca en él. Es justamente eso lo que te da carta blanca.

—¿Sin nada para guiarme: ni fotografías ni otros retratos?

—Nada.

—¿Simplemente piensa describírmelo?

—Ni eso; desea que sea el retrato quien se lo describa a ella. Su sola condición es que se trate de un *très-bel homme*.

Había comenzado por fin, con cierto aire pensativo, a desabotonarse la bata.

—¿Es francesa? —inquirió.

—Lo ignoro. Imposible decirlo. Se hace llamar señora Bridgenorth.

Mary se extrañó:

—*Connais pas!* Jamás había oído hablar de ella.

—Mejor así.

—¿Insinúas que se trata de un apellido inventado? Vacilé:

—Insinúo que se presentó con una apariencia evidente y tangible, afirmando taxativamente que pagaría una suma evidente y tangible. Seguro estoy de que aceptará cualquier precio que se te antoje pedirle; y por consiguiente es una oportunidad que no toleraré que desdeñes. —Mi amiga no hizo ningún ademán de asentimiento ni de negación, y yo proseguí mis explicaciones—: Es una mujer de

unos cincuenta años, o quizá más, que debió de ser muy hermosa *y cuyo* aspecto, pese a sus cabellos muy empolvados para, a lo que juzgo, ocultar sus canas, sigue siendo extraordinariamente atractivo. Se me presentó con un aire cohibido y avasallador al propio tiempo: lo segundo para disimular lo primero. Pero se desenvolvió notablemente bien, en mi opinión, teniendo en cuenta la excentricidad de su encargo. Ella misma fue la primera en admitir lo de la excentricidad; lo cierto es que empezó insistiendo tantísimo sobre la misma, que yo ya me esperaba no sabía muy bien qué. A veces rompía a hablar en francés con una pronunciación perfecta, aunque no mejor que la de su inglés, nada vulgar... por lo menos, no más vulgar que el de cualquier hijo de vecino. ¡Cuando uno piensa en las cosas que las gentes nos *dicen a* los artistas, *y* el modo como nos las dicen! Albergaba un inmenso interés, bien lo vi, en ser tomada en serio, en no ser tenida por una chalada; y me quedó infinitamente agradecida por prestarle tan respetuosa atención. Iba vestida con exquisita elegancia y había venido en un cupé propio.

Mi interlocutora lo asimiló; por último preguntó muy quedamente:

—¿Es persona respetable?

—¡Buena pregunta! —dije riéndome—; ¡tú siempre sabes centrar la luz sobre el punto esencial, incluso cuando uno se afana por extender una especiosa difuminación sobre todo el conjunto! Es persona anómala —proseguí tras un instante—; y para lo que desea el cuadro, sospecho, es justamente para parecerlo un poco menos.

—Pero, en definitiva, ¿quién es, qué es? —insistió mi compañera.

Ello me retrotrajo inmediatamente a una de mis pasiones:

—Oh, mi querida amiga, ¿qué hay más interesante que la vida? ¿Qué hay, en particular, más fabuloso que Londres? En Londres está todo, cualquier cosa imaginable, y nada es excesivamente imposible como para que no nos pueda salir al paso algún día. ¿Qué es una mujer entrada en años, bien conservada, hermosa, empolvada, elusiva, excéntrica, que se presenta sin referencias de ninguna índole, pero con carruaje propio y excelentes encajes? ¿Qué es una tal persona sino alguien que ha *podido* tener grandes aventuras, *y* que les ha extraído, de una manera u otra, provecho? Sus aventuras no son, sin embargo, asunto de nuestra incumbencia; me parecería fuera de lugar intentar forzarla a enseñar sus cartas. ¡Ya me gustaría a mí conocer al individuo capaz de lograr eso de la señora Bridgenorth! Ahora aspira a la decencia, y de la mejor calidad. Aunque sospecho que su personalidad es creación de su talento, posee claramente, por otra parte, amplísima experiencia de la vida. ¿Aceptarías verla? —planteé a continuación.

Mi anfitriona reflexionó, y dijo:

—No.

—Entonces, ¿no vas a intentar el encargo?

—¿Tengo necesidad de verla para intentarlo? —Y esta pregunta me reveló que también ella, en la medida en que había atendido, había empezado a sentirse

cautivada—. Resultará incómodo —musitó pese a ellotratar de satisfacerla con tales exigencias. Tratar —añadió en seguida— de satisfacerla en modo alguno. ¿Tienes la impresión de que no está casada? —preguntó, acto seguido, una pizca inconsecuentemente.

—Vaya —contesté—, apenas si he tenido tiempo para pensar sobre ello, pero, extrañamente, ya puedo figurarme la escena. No inmediatamente, no al siguiente día, ni siquiera al siguiente año de haber colgado en su residencia el cuadro que pide, pero, de todas suertes, la transfiguración se producirá a su debido tiempo y en la ocasión oportuna. «¿Quién es ese hombre tan endiabladamente apuesto?» «¿Ése? Oh, es un antiguo retrato de mi amado marido difunto.» Pues es que le dije (sondeándola insidiosamente) que sin duda desearía que pareciera antiguo, y que es de la pátina del tiempo de lo que tú rebasas.

—Yo diría que sí —suspiró Mary finalmente.

—Pues ve a ponerte el sombrero.

Al llegar le había propuesto que me acompañara a tomar el té, y cuando me dejó momentáneamente a solas en el taller para arreglarse en la habitación contigua fue cuando empecé a sentirme seguro del buen éxito de mi visita. La visión que una hora atrás me había decidido se me fue haciendo más intensa y radiante a medida que vagaba examinando sus obras. Había allí muchas más de las que uno habría deseado ver; pero por lo menos tuvieron el don de fortalecer mi confianza, lo cual me fue grato al pensar en la de mi visitante, quien había aceptado sin reservas mi recomendación de la señorita Tredick. Cuatro o cinco de sus copias de célebres retratos —ornato de grandes colecciones públicas y privadas— colgaban de las paredes, y verlas juntas de nuevo equivalió a sentirme tranquilo en lo tocante a haber recomendado a la persona apropiada. Su suave estilo era lo que yo había tenido presente al decirle a la señora Bridgenorth para excusar mi negativa: «¡Oh, mis retratos, ¿sabe usted?, parece que hubieran sido pintados mañana!» Poco importaba que los Van Dycks y Gainsboroughs de Mary fueran reproducciones y réplicas, pues yo sabía que alguna que otra vez se había entretenido en pintar, como decía ella, algo de su propia cosecha. Tan audazmente había copiado tantas obras audaces, que poseía una extraordinaria gama de recursos en la punta de su pincel. Ella siempre me había replicado que tales obras no eran más que hábiles fraudes, pero se daba la circunstancia de que era un hábil fraude lo que nuestra denta deseaba. Sólo se necesitaba entregárselo; ciertamente, ella sola pondría el resto. Pero al tiempo que yo meditaba así me dije para mis adentros que había más de lo que parecía a simple vista, como suele decirse, en una reacción como la que creía haber advertido en mi amiga. Yo había activado, sin pretenderlo, más de un resorte; había encendido más de un impulso. A decir verdad, quedé convencidísimo de ello cuando volvió ataviada con su sombrero y su chaqueta. Estaba transformada, había madurado el proyecto; y con una luz manifiestamente nueva me sonrió desde detrás del estirado velo mientras se ajustaba un par de tersos guantes en sus manos firmes y delicadas.

—Me harías un favor si le dijese a tu amiga que os estoy sumamente agradecida a ambos y que acepto el encargo.

—Espléndido. ¿Aceptas asimismo adornar al caballero con todos los atributos de la belleza masculina?

—Acepto justamente a fin de hacer *eso*. Lo pintaré superlativamente apuesto... y superlativamente vil.

—¿Vil? —Quedé enteramente estupefacto.

—El más elegante caballero y la peor persona que nadie haya visto jamás.

Me sentí no menos desconcertado que alarmado; pero un instante después me eché a reír para quitarle hierro a la situación:

—¡Oh, bien, puesto que yo no habré de conocerlo en persona! Ya veo que lo *tendremos* —dije según salíamos, pues verdaderamente había activado un resorte. De hecho había activado *el* resorte.

Sus repercusiones iban a ser, más o menos, como muy pronto tendría ocasión de comprobarlo, multilaterales. Fiel a mi promesa, fui a casa de la señora Bridgenorth para informarla del resultado, y aunque dijo sentirse muy complacida por el buen éxito de mi misión, me di cuenta de que la defraudaba un poco el hecho de que la señorita Tredick no hubiese manifestado el menor deseo de una entrevista preliminar.

—Me parece que lo lógico habría sido que deseara verme, y que se imaginara que yo desearía verla *a ella* —declaró.

Pero procuré infundirle todos los ánimos posibles: —La verá una vez que esté acabado el cuadro. Podrá verla para expresarle su gratitud.

—Y para pagarle su precio, supongo —dijo mi anfitriona, riéndose con un deje de aspereza que, al fin y a la postre, resultaba comprensible—. ¿Tardará mucho en acabarlo?

Reflexioné:

—Está tan interesada en el tema que yo diría que lo pintará de un tirón.

—¿*Está* interesada, pues? —preguntó; y al enterarse de hasta qué punto, aunque yo sólo se lo desvelé a medias, exclamó admirada—: ¡Ustedes los artistas son seres rarísimos! —Fue casi con un sentimiento de culpabilidad como le di la razón, y mientras ella aclaraba que había querido referirse a nuestra infinita capacidad de comprender y yo aducía que también a eso había querido referirme *yo*, me hizo pasar a otra estancia para enseñarme el lugar reservado al cuadro; acto éste que tuvo por efecto confirmar singularmente la verdad en cuestión. El lugar reservado al cuadro —en su habitación personal, como la denominó ella, un gabinete de la parte posterior desde el cual se contemplaba el jardín comunitario de uno de esos modernos conjuntos residenciales y al cual, dijo, únicamente le faltaba ese detalle final— resultó ser exactamente el lugar (un amplio panel del blanco maderaje encima de la repisa de la chimenea) de la descripción que yo le hiciera a mi amiga. Me preguntó abiertamente—: ¿Se da usted cuenta del efecto que causará? —Y me miró con gran

intensidad, como buscando algún indicio de que, gracias a mi sensibilidad, yo comprendía lo que no había manifestado ella en palabras. Tan transparentemente lo manifestaba la pobre mujer, que no tuve dificultad ninguna en comprenderlo. El retrato del más elegante caballero que nadie hubiera visto jamás, una vez enmarcado con sumo gusto y colocado allí reverentemente, contribuiría a realzar el prestigio de ella misma todavía más que el de su habitación.

He de consignar sin demora que mi escrutinio de la señora Bridgenorth no pudo menos que reafirmarme en el cultivo de esa pasión a que ya he aludido. A la luz de la impresión que ella me producía, la vida se me antojó tan prodigiosa y Londres tan asombroso como yo nunca había dejado de afirmar, y nada habría podido confirmar más plenamente esta idea que la manera en que todo nos quedó de manifiesto sin que nada fuera verbalizado. Nos mantuvimos en la superficie con esa tenacidad de los náufragos que se aferran a una tabla. Nuestra tabla fue nuestra mirada excluyentemente concentrada en el presente de la señora Bridgenorth. Permitimos que el pasado existiera para nosotros bajo la sola forma de las bellezas que había sabido ella conservar donosamente y a las cuales permanecían adheridos algunos vestigios de su antigua identidad. Era persona afable, distinguida, siempre decorosa. Me producía sobre todo la impresión de ser, esencialmente, una mujer que aguardara. Se parecía a una casa tan reciente y felizmente «reformada» que maravillara no verla habitada. Aguardaba que algo aconteciera, que alguien apareciera. Aguardaba, más que nada, el cuadro de Mary Tredick. Obviamente contaba con sacar partido de él.

Mis previsiones se revelaron atinadas; el cuadro fue ejecutado con prisa febril: raudamente, o por lo menos confiadamente, habida cuenta de la clase de obra que resultó ser. Al principio respeté la soledad de mi amiga, dejé actuar el fermento, sin importunarla con sugerencias ni asaelearla a preguntas; así transcurrieron dos o tres semanas sin que me acercara a ella. Por fin, una tarde, a la hora en que la luz declinaba, me dejé caer por su taller. Inmediatamente comprendió lo que yo deseaba:

—Oh, sí, estoy enfrascada en él.

—Pues bien —dije—, he respetado tu intensidad, pero *he* sentido mi curiosidad.

Quizá no sea exacto decir que ella nunca estaba tan triste como cuando se reía, pero lo que sí es cierto es que siempre se reía cuando estaba triste. En puridad, sin embargo, ¿cuándo no lo estaba la pobrecilla, aunque procurara ocultarlo? Sus pequeños éxtasis de risa correspondían justamente a sus peores amarguras. Pero ¿por qué tenía que sentir amargura precisamente en ese instante?

—¡Oh, ya me conozco tu curiosidad! —repuso; pero mi curiosidad no fue satisfecha por el pequeño estremecimiento que me produjo su carcajada—. Ya va saliendo, pero aún no puedo mostrártelo. He de resolverlo a mi manera. Ha insistido en ser, después de todo, el retrato de una persona reconocible —añadió—. Pero nadie lo sabrá jamás.

—¿Nadie?

—Nadie que vaya a visitarla *a ella*.

—¡Oh, a la pobre —repliqué— no parece ir a visitarla nadie!

—Tanto mejor. Voy a arriesgarme. —Tras lo cual comprendí que habría yo de aguardar todavía, pese a mi súbita impaciencia. Pero me demoré allí y, mientras tanto, explicó—: Si lo que estoy haciendo es intrínsecamente un retrato, la culpa es de la condición requerida. Si tenía que pintar al hombre más guapo del mundo, sólo podía pintar uno determinado.

Intercambiamos una mirada; seguidamente me eché a reír.

—¡Dudo que tal hombre sea *yo*! Pero ¿reflejará —pregunté— el matiz esencial?

—¿La vileza? Oh, sí, Dios mediante.

Me asaltó nuevamente la sensación de desconcierto, e incluso, de momento, apenas si me sentí autorizado a exigirle mayores confianzas. Pero quedaba siempre el recurso al buen humor:

A lo que me refería era a la pátina del tiempo.

—¿Que si la reflejará, mi querido amigo? La pátina del tiempo es algo que no puede fallarme. ¿Acaso no la *exhibo* en mí misma? —suspiró repentina y extrañamente, adquiriendo su rostro una expresión hasta entonces desconocida para mí—. ¿Acaso no voy a saber darle ese tono a mi modelo cuando, durante todos estos años, él me lo ha estado dando *a mí*?

Me fue imposible discernir qué pretérita pasión, qué perjuicio inolvidado, qué mezcla de placer y de dolor habían reavivado inintencionadamente mis palabras. Semejante consecuencia de las mismas no pudo menos que suscitar, en mí, una inmediata lástima, la cual, sin embargo, sólo exterioricé de forma indirecta:

—Es el tono —sonreí— con que hablas ahora.

Esto sirvió, desgraciadamente, como una especie de obstáculo.

—No era mi intención hablar ahora. —En seguida, fijando la mirada en el lienzo, añadió—: Todo quedará dicho aquí. Vuelve dentro de tres días. La obra estará completa.

Sin duda que lo estaba cuando finalmente pude verla. Ella había pintado algo extraordinario: un cuadro maravilloso, ideal, para el papel que había sido llamado a desempeñar. Mi sola reticencia, desde el primer instante, fue que resultaba demasiado bueno para su prefijado destino, que algo mucho menos «sincero» habría servido igualmente al propósito de la señora Bridgenorth, y que su relegación a la «habitación personal» de esta dama —por mucho efecto que pudiera causar allí— lo condenaría irremisiblemente a una cruel obscuridad. Ahora mismo tengo el cuadro frente por frente de mis ojos, de modo que nada me cuesta describirlo, aunque ninguna descripción puede hacerle justicia. La figura representada es un hombre de alrededor de treinta y cinco años, mostrado de cintura para arriba, y ataviado, como percibe el espectador, según una moda obsoleta y que ya en la propia época de su composición distaba de estar en boga. Su arrogante rostro, un poco longilíneo, que tal vez parecería excesivamente aguileño a no ser por el equilibrio de la frente y la

seducción de la boca, desprende un hechizo que aún hoy, al cabo de tantos años, subyuga mi imaginación. El personaje posee una distinción que uno juzga enérgicamente plasmada pero no groseramente enfatizada. Los ojos quizá están demasiado próximos entre sí, pero, merced a una extraña paradoja, son al mismo tiempo indiferentes y apasionados, en tanto que los labios, las mejillas y el mentón, tersos y límpidos, son de un delineado admirable. Toda su presencia expresa, de un modo palpable, juventud, así como alegría y orgullo de vivir, la desenvoltura de un temple altanero y la esperanza de una gran fortuna, con la insolente inconsciencia de quien piensa que todo le es debido. Un hombre que nunca ha conocido una humillación o una decepción y cuya presentación toda, si mi imaginación no se engaña, es prueba de que morirá sin haber sufrido jamás. En pocas palabras: un ser tan bello que apenas si puede leerse en su pensamiento, y tan afortunado que apenas si puede leerse en su corazón.

Por supuesto, me apresuro a agregarlo, el cuadro es de perceptiblemente femenina elaboración, ligera, delicada, misteriosa, imperfectamente sintética: insistente y esquiva, sobre todo, en los lugares donde no debería serlo; pero no por eso deja de ser bella la composición e infinita su sugestividad. En verdad me pareció, al primer vistazo, que su mayor fuente de grandiosidad provenía de la inmensa audacia artística con que se fingía pintado hacia 1850. En aquella tenebrosa época habría constituido una extraña flor de refinamiento. La «pátina» —la del tiempo pretérito al que el cuadro afectaba pertenecer— se hallaba en él casi con exceso: un halo negruzco hacia el cual parecía retirarse la imagen misteriosamente. En este instante la figura representada me mira al través de muchos años y muchos acaecimientos, pero lo que en un principio sentí fue que había logrado erigirse simultáneamente en un experimento logrado y en una evocación plausible. Me redujo al silencio por tan variados motivos de sobrecogimiento, lo recuerdo, que ni en sueños se me habría ocurrido preguntar quién era. Todo cuanto dije, tras mis primeros balbuceos de admiración ante la consumada maestría de mi amiga, fue:

—Y ¿has llegado sin ningún documento a tal efecto de realidad?

—Depende de lo que entiendas por documento.

—¿Sin apuntes, sin estudios, sin bocetos?

—Los destruí todos hace muchos años.

—Entonces, ¿los tuviste en otro tiempo?

Hizo una pausa momentánea.

—En otro tiempo lo tenía todo.

Esto me reveló a la vez mucho más y mucho menos de lo que yo pretendía; lo suficiente, en todo caso, para que mi siguiente pregunta, tal como la formulé, sonara un poco absurda aun a mis propios oídos:

—Así, pues, ¿está hecho enteramente de memoria?

Desde donde ella estaba contempló su obra una vez más; tras lo cual se orientó bruscamente hacia mí y, avanzando varios pasos, se me reunió con una expresión

desconocida —pese a que llevaba algún tiempo viéndole muchas expresiones hasta entonces desconocidas para mí— en su aspecto y sus palabras:

—¡Está hecho enteramente de *odio*! —me espetó, y seguidamente salió del taller. Entonces creí comprender el motivo de aquella retirada. Extremadamente conmovida por la impresión que su cuadro me había producido, no podía evitar las lágrimas y quería ahorrarme el espectáculo. Me dejó a solas con su portentosa creación durante un rato, y nuevamente, en su ausencia, reflexioné sobre la situación. El hombre del cuadro estaba muerto, debía de estarlo hacía ya muchos años; la sola humillación, como la he denominado, que estaba destinado a sufrir le había sido impuesta por la muerte. El lienzo lo plasmaba y lo contenía, en todo caso, como únicamente se hace con los muertos. Ella había sufrido por él, se me antojó, todo lo que una mujer puede sufrir, y la herida que él le infligiera, aunque oculta, no había cicatrizado jamás. Había tornado a sangrar mientras ella lo pintaba. Cuando volvió a entrar en el taller, no obstante, sólo supe decirle una cosa:

—Advierto, bien lo sabe Dios, su belleza. Pero lo que soy incapaz de advertir es eso que denominas su vileza.

Le lanzó una última mirada; nuevamente se orientó hacia mí:

—Oh, así era él.

—Pues bien, comoquiera que él fuese —recuerdo que repuse—, no se me alcanza que accedas a desprenderte de él. ¿No sería mejor enseñarle primero el cuadro aquí a la señora Bridgenorth?

Titubeó respecto de aquello:

—Creo que no me apetece que venga. Quedé maravillado:

—¿Sigue resultándote tan desagradable la idea de verla?

—¿De qué serviría? Si me pidiera que modificase el cuadro, por nada del mundo consentiría yo en hacerlo.

—¡Oh, no te pedirá *eso*! —dije riéndome—. Lo adorará tal como está.

—¿Tan seguro estás de lo que quería?

—¿De que quería alguien a quien hacer pasar por el señor Bridgenorth? Vaya, aunque no hubiera estado seguro desde el principio, mi querida amiga, lo estaría en este momento. ¡Es imposible que, ante una oportunidad así, *no* se entusiasme! Sí, lo hará pasar por el señor Bridgenorth.

—¡El señor Bridgenorth! —hizo de eco, logrando, con su helada risita, que el nombre sonara grotescamente indigno de él. En verdad podía ser un príncipe, y me pregunté si no lo habría sido. Ella tuvo, en todo caso, una idea novedosa—: ¿Te molestaría que lo hiciera llevar a tu taller para que ella lo viera allí? —Lo cual (toda vez que yo acepté de inmediato, inclinándome ante sus razones, cualesquiera que fuesen) hizo cumplir a la mayor brevedad.

Al día siguiente recibí el cuadro, en consecuencia, y al otro se presentó la señora Bridgenorth, a quien ya había enviado recado. Yo lo había ubicado bien a la vista, enmarcado y en un caballete, y jamás olvidaré la mirada y el grito que, nada más percatarse de él, asomó en su rostro y brotó de sus labios. Fue un momento insólito, tanto más cuanto que me cogió enteramente desprevenido; tan insólito que, en un principio, apenas si comprendí lo que sucedía. Cuando cobré conciencia de ello, por lo demás, ya habían sucedido otras cosas, de modo que al sobreponerme procuré asimilar la situación en toda su complejidad. Ella había identificado al modelo inmediatamente: he aquí la impresión que dominó a todas las otras y que era inconfundiblemente vívida en ella. Esta identificación le había insinuado, con la rapidez del rayo, la posibilidad de que el golpe le hubiera sido preparado adrede: he aquí la segunda impresión, que la había hecho arrebolarse como si hubiera recibido una bofetada en plena cara. La tercera de las impresiones —y fue realmente la más portentosa— fue su raudo impulso de disimular tanto su singular reconocimiento del modelo como su oscura sospecha. Lo que no pudo disimular, sin embargo, pobre mujer, fue el gran sonrojo de sus mejillas y las prontas lágrimas de sus ojos. No dejaba de mirar fijamente el lienzo, nerviosa, boquiabierta, procurando ganar tiempo. Sorprendida o despechada, reflexionaba intensamente, sintiendo, por encima de todo, el riesgo que corría si se dejaba dominar por la emoción; e incluso en ese momento me di cuenta de que nada habría podido ser más admirable que su esfuerzo por sofocar su conmoción en diez segundos.

Cuántos segundos terminó necesitando, no lo cronometré; los suficientes, a buen seguro, para que yo también sacara provecho de la coyuntura. Yo gané más tiempo que ella, y sin duda lo más singular de todo fue mi jugada: el más rápido cálculo que, guiado por una mera intuición imprecisa, haya realizado yo jamás. Dado que ella había identificado al imponente caballero representado en el lienzo y, sin embargo, instantáneamente había resuelto no darlo a entender, toda mi lealtad hacia Mary Tredick me inspiró una rápida contramaniobra. Me ofrecieron un buen pretexto sus arreboladas mejillas:

—¡Caramba, pero si lo conoció usted!

Advertí que por un instante se preguntaba si no podría fingir convincentemente que su turbación se había debido nada más que a un arretrato de placer, a la natural alegría que le causaba su adquisición. Estaba patéticamente, aunque a la vez casi cómicamente, indecisa. Su propensión era hasta tal punto borrar sus huellas, que cualquier confesión de una relación pasada se le aparecía como un peligro; pero asimismo le convenía a su seguridad el averiguar, a la luz de nuestra pasmosa coincidencia, en qué medida estaba ya desenmascarada. Por lo pronto escamoteó el problema con objeto de evitar su discusión. Sonrió entre las lágrimas:

—¡Es una obra absolutamente magnífica!

Pero yo le concedí, como digo, escasísimo tiempo:

—¿Quién es él? ¿Quién *era* él?

Probablemente lo que la decidió fue mi mirada en aún mayor medida que mis palabras. No vaciló sino un instante más, resolló, rió, lloró nuevamente, y luego, desplomándose en el asiento más próximo, se rindió tan por completo que me sentí casi avergonzado.

—¿Cree usted que pienso decirle su *nombre*? —El peso de los años pretéritos (todo lo borrado y destruido) revivió en el tono mismo de sus palabras, casi como los sonos de una música olvidada resucitan con la violencia de un choque emocional. Las intuiciones, sin embargo, según me lo demostró inmediatamente, eran un juego al cual podían jugar dos. Le bastó escudriñarme un instante—. ¡Caramba, pero si usted realmente *no* lo sabe!

Juzgué que lo mejor sería mostrarme franco:

—No lo sé.

—Entonces, ¿cómo es que lo sabe *ella*?

—¿Cómo es que lo sabe usted? —dije riéndome—. Mi caso es aparte.

Por un momento les dio vueltas interiormente a las cosas, fija la mirada en el lienzo:

—¡Qué parecido, qué parecido! —Resultaba casi excesivo.

—¿Tan fiel es el retrato?

—Mucho más de lo que pueda usted figurarse.

Reflexioné:

—Pero semejante parecido con una persona reconocible... va contra sus deseos.

Ante esto se incorporó con una protesta vehemente:

—Oh, nadie más se dará cuenta.

Exterioricé nuevamente, me temo, mi diversión:

—¿Nadie salvo usted y ella?

—¡Que lo haya pintado *a él*! —No cabía en sí de asombro—. ¿Palabra de honor que ella no lo sabía?

—¿Que éste es el mismísimo caballero que usted habría solicitado si hubiera tenido el valor? Ni por asomo. ¿Cómo *podía* saberlo? Ella no sabía nada... palabra de honor.

La señora Bridgenorth continuó maravillándose:

—¿Lo escogió como modelo simplemente a causa de que su tipología...?

—...¿corresponde a la descripción que yo le hice de lo que usted deseaba? Exactamente.

—Pero *¿cómo*... al cabo de tantos años? ¿De memoria? ¿Porque fue amiga suya?

—A partir de sus recuerdos, sí. En nuestro rarísimo gremio, ¿sabe usted?, la memoria visual es algo portentoso. Él era lo ideal, sencillamente, para su propósito. Bien, ¿*está* usted satisfecha? —añadí tras un instante.

Se había aplicado a contemplarlo de nuevo, y ante aquello volvió la mirada hacia mí; pero advertí que no podía hablar, o por lo menos no pudo más que articular

irreproduciblemente: «¡Satisfecha!», de modo que no me sorprendió en lo más mínimo que —al igual que lo hiciera Mary, pues, por lo visto, el modelo tenía la facultad de desatar el llanto femenino— estallara repentinamente en sollozos. Al confesarlo ahora, piénsese de mí lo que se quiera, no siento mayores remordimientos que entonces, pero lo cierto es que mientras se entregaba a llorar me asaltó literalmente una nueva inspiración destinada a servir los intereses de la señorita Tredick. Yo sabía exactamente, por lo demás, antes de que mi visitante pudiera sobreponerse, la petición que ésta me formularía en seguida; conquie la suscité deliberadamente para terminar de una vez por todas. Expliqué que no sospechaba yo en modo alguno la identidad del modelo, ya que nuestra artista no me había brindado ningún indicio. Únicamente tenía la impresión de que ella lo había conocido... conocido bien; y de que, cualesquiera que hubiesen sido sus razones para utilizarlo, el hecho de que la señora Bridgenorth compartiera ese conocimiento era, lisa y llanamente, una coincidencia. Tan pasmosa como se quisiera, pero estas cosas sucedían. Mi visitante me escuchó con avidez y confianza. Se sintió tranquilizada en cierta medida. Entonces llegó su petición:

—Pues bien, si ella no se figura ni remotamente que él desempeñó un papel en mi vida (ni que ahora lo volverá a desempeñar), voy a pedirle a usted, como un muy especial favor, que no se lo diga jamás. A buen seguro, ella querrá saber qué impresión me ha producido su obra. Naturalmente que usted le dirá que estoy entusiasmada, pero ¿puedo exigirle que no agregue nada más?

Había súplica en su semblante, pero tuve que meditar:

—Hay condiciones que antes debo exigirle a mi vez, y una es asimismo una pregunta, sólo que más directa que las suyas. Ese hombre misterioso, malgrado por la muerte, ¿tenía que casarse con usted?

Lo afrontó con valentía:

—Ciertamente, si hubiese vivido más.

No sentí sino diversión ante la rotundidad de aquel «ciertamente».

—Muy bien. Entonces, ¿por qué desea que esta coincidencia...?

—...¿le sea ocultada a ella? —Sabía exactamente el porqué—: Porque si la sospechara se negaría a entregarme el cuadro. Por consiguiente —añadió con resolución— tiene usted que aceptar que le lo pague en seguida.

—¿A qué llama usted en seguida?

—Tan pronto como llegue a casa le mandaré un cheque.

—Oh —dije riéndome—, vamos a ver. ¿Por qué cree usted que se negaría a entregárselo?

Su respuesta se hizo esperar, pero cuando la formuló fue perfectamente clara:

—Porque adivinaría lo mucho que debo desearlo.

—¿No sería más bien al contrario... ya que una parte del acuerdo estipulaba claramente que el cuadro no habría de presentar ninguna semejanza con una persona real?

—Oh —dijo con impaciencia la señora Bridgenorth—, el hecho de que no me haya importado la semejanza sería lo que la alertase. Sacaría sus conclusiones por sí sola. —Entonces manifestó su verdadera aprensión—: Se pondría celosa.

—¡Ah! —exclamé riendo. Pero me había sobresaltado.

—¡Me odiaría!

Quedé maravillado:

—Pero no creo que él le resultase simpático.

—¿No lo cree? —Me miró fijamente, mientras hacía de eco a cuenta de todo lo que pudiera haber en ello, y luego pareció decidir que era muy poco—: ¡Yo lo *afirmo*! Se ponía casi cómicamente al descubierto la antigua señora Bridgenorth.

—Pero, por lo que he podido inferir, él se condujo mal con ella —dije.

—Y ¿cómo se condujo *ella* con él?

Apenas si vacilé:

—Y ¿cómo se condujo *usted*?

—Eso es asunto de mi exclusiva incumbencia. —Y fijó otra vez la mirada en el retrato—. Él se condujo lo bastante bien con ella como para que ella lo recuerde *así*.

Lo contemplé una vez más:

—Artísticamente hablando, habida cuenta del modo como ha sido hecha, es una de las obras más singulares que haya visto yo jamás.

—¡Es una verdadera joya! —dijo más sencillamente la pobre señora Bridgenorth.

Lo era, lo es en verdad; eso era precisamente lo que volvía tan interesante el caso:

—Sin embargo, tengo la indefinible sensación de que, como digo, él no ha sido pintado con amor.

Fue extraordinario cómo me entendió:

—Ha sido pintado con rabia.

—Entonces, ¿qué tiene usted que temer?

De nuevo, lo sabía exactamente:

—Lo mismo que ha sucedido cuando ella me ha puesto celosa *a mí*. Hasta tal punto —manifestó— que si usted me da su palabra de guardar silencio...

—¿Y bien?

—Pues que doblaré la cantidad.

—¡Oh —repuse, paseándome de un lado para otro en mi excitación ante el hecho de que concordáramos—, eso es justamente lo que (para mejor servir los intereses de ella) *yo* iba a proponer!

—¿Queda convenido, pues, que tengo su palabra de honor? —Se mostraba tan vehemente que esto decidió a efectos prácticos el asunto, aun cuando seguí paseándome un poco mientras ella me observaba en suspenso. La vibración del ambiente atestiguaba que se había enamorado de la obra con reprimido apasionamiento y que una relación muy íntima había resucitado en aquel rato. No se

ignora que una persona genuinamente desprendida es capaz de plantear en beneficio ajeno exigencias que nunca plantearía en beneficio propio. Resueltamente, se imponía servir los intereses de Mary. La obra valía realmente mucho más de lo estipulado, y si la propia compradora optaba por creerlo así era problema suyo. Me decidí:

—Si queda igualmente convenido que yo tengo la de *usted*.

De tan buena gana convinimos, que nos estrechamos la mano para sellar nuestro entendimiento.

—¿Cuándo podré hacer que vengan a recoger el cuadro?

—Caramba, esta noche tengo que verla a ella. Digamos mañana a primera hora.

—Mañana a primera hora.

La escolté hasta su cupé, y mientras se despedía, lo recuerdo, expresó su pesar por no poder llevarse el lienzo en él en ese mismo punto y hora. La consolé observando que no habría podido meterlo en un carruaje de esas características... lo cual no era cierto.

Antes de cenar fui a ver a Mary Tredick y, a pesar de no sentirme idealmente seguro del terreno que pisaba, le comuniqué la noticia sin pérdida de tiempo:

—Quedó tan entusiasmada que sentí en conciencia que debía sacar partido de ello en beneficio tuyo. No lo comprará en los términos iniciales. Subí el precio.

Mary quedó sorprendida:

—Pero ¿hasta cuánto?

—Pues hasta cuatrocientas libras. Si lo deseas procuraré incluso que sean quinientas.

—Oh, no me parece correcto.

—¿Por qué?

—¿Después de haber hecho un trato? —Estaba muy seria—. No me gustan nada los regateos.

—Pero, mi querida amiga, te las has ganado. Te comprometiste a entregarle una baratija simplemente decorativa y has producido una viviente obra maestra.

Reflexionó:

—¿Es así como lo calificó ella? —Luego, como yo vacilara por tener que reflexionar también, prosiguió—: ¿Qué es lo que sabe?

—Sabe que desea poseerlo.

—¿Con tanto ardor?

Ante esto hube de hacer acopio de fuerzas:

—Con tanto ardor que esta misma noche me mandará el cheque, y yo te lo reexpediré para que lo recibas en el primer correo de la mañana.

—¿Antes de que ella haya tomado posesión del cuadro?

—Oh, hará que vengan a buscarlo mañana. —Y, como iba yo a cenar fuera y aún tenía que cambiarme, se me había agotado el tiempo. Mary me escoltó hasta la puerta, donde le confirmé mi garantía—: Recibirás el cheque en el primer correo. —A

lo cual añadí—: ¡Si el primer precio era aceptable para una mujer deseosa de *cualquier* marido, hay que convenir en que el segundo es irrisorio por uno como el que le has proporcionado!

Yo tenía prisa, pero ella me retuvo:

—¿O sea que has visto confirmada tu idea?

—¿Mi idea?

—La de que es eso lo que le *he* proporcionado.

Súbitamente tuve la sensación de haber ido quizá demasiado lejos; pero ya había hecho esperar mucho a mi carruaje de alquiler y monté en él sin demora.

—¡Vaya, digamos —le grité con forzada jovialidad mientras me alejaba— que le has proporcionado, en cualquier caso, una esposa *a él!*

Cuando regresé a casa aquella noche después de cenar, mi primer cuidado, en el oscuro taller, fue encender una luz para contemplar otra vez al caballero pintado por Mary. Sentía el impulso de darle las buenas noches, pero, para mi indecible sorpresa, ya no estaba allí. Su lugar estaba vacío: había desaparecido sin dejar rastro. Comprendí, no obstante, pasado mi primer asombro, lo sucedido; y además lo comprendí, sinceramente, con cierto alivio. Como mis criados estaban acostados era imposible interrogar a nadie, pero la señora Bridgenorth, cuya nota adjuntando el cheque reposaba sobre la mesa, seguramente no había sido capaz de reprimir su impaciencia. La nota, comprobé, no mencionaba nada excepto el cheque adjunto; pero debía de haber sido traída por un emisario particular, y era su silencio sobre cualquier otra cuestión lo que desvelaba el misterio. El emisario había debido de acudir con instrucciones de «actuar»: habría venido en un vehículo, se habría llevado en él tela y marco. Por consiguiente, ya estaba pagado el precio y concluida la aventura. Al día siguiente, no sé muy bien por qué, había dormido mucho mejor gracias a mi conciencia de ambas cosas, y tan pronto como acudió mi fámulo le pedí detalles. Por ello me dejó tanto más atónito su respuesta:

—No, señor, no vino ningún emisario; se presentó ella personalmente. Vino sola en una berlina de alquiler, pero yo la ayudé, y entre los dos introdujimos el lienzo en ella. Hubo peligro de romperlo, señor, pero estaba *decidida a* llevárselo.

Quedé maravillado:

—¿Vino en una berlina... pero sin su criado?

—En efecto, señor. Vino, como quien dice, por su cuenta y riesgo.

—¿Y ni siquiera en su cupé, que habría resultado más espacioso?

Mi fámulo, según acostumbraba, sopesó aquello:

—¿Es que ella *tiene* un cupé, señor?

—Caramba, el mismo con que ayer vino aquí.

Entonces se hizo la luz:

—¡Ah, *esa* dama! No fue ella, señor. Fue la señorita Tredick.

Se hizo la luz, pero fue seguida de cierta oscuridad: una oscuridad que, tras haber desayunado, me encaminó a visitar nuevamente a mi amiga. Allí, en el lugar

originario, reencontré su creación; pero me apercibí de que iba a ser espinoso reencontrarla a *ella*. Lo primero que hizo fue depositar sobre la mesa, cual si ya se hubiera esperado mi visita, el cheque que le reexpidiera antes de acostarme.

—Sí, me lo llevé yo. Y no puedo aceptar este dinero.

Sentí desesperación:

—¿Quieres quedarte con el cuadro?

—Yo misma no comprendo lo que me ha sucedido.

—¿Es que te desdices del trato?

—Yo misma no comprendo —repitió— lo que me ha sucedido. —Pero ya me había dado cuenta de que ella misma, por el contrario, comprendía bien lo que le había sucedido, de que en realidad lo comprendía mejor que bien. Al parecer, mi exceso de interés me había delatado el día anterior, e intuí que ahora iba a ser objeto de todo un interrogatorio. Ella había pasado la noche entera meditando detenidamente, y la generosidad de la señora Bridgenorth, junto con las prisas de la señora Bridgenorth, la habían tenido insomne. De ahí, siendo una mujer ansiosa y especulativa, sus sospechas, deducciones, interrogantes—. ¿Por qué, cuando me escribiste anoche, diste por sentado que *ella* había arramblado con el cuadro? ¿Por qué —preguntó Mary Tredick— iba a sentir impulso alguno de arramblar con nada?

Pues bien, si yo había sido capaz de regatear en beneficio de Mary, pensé que podía *a fortiori* mentir también en beneficio suyo.

—Porque tal es su manera de ser. Es de las que arramblan. Es impaciente y no sabe contenerse. Y tú finges al hablarme —dije cautelosamente— como si no vieras razón para que se enamorara...

—¿Enamorarse? —Me había salido al paso con celeridad.

—...del caballero. Ciertamente. ¿Qué mujer no se enamoraría de él? ¿Qué mujer no se enamoró de él? De veras no creo, ¿sabes?, que tengas derecho a desdecirte de un trato formal.

—No me desdiré —replicó en seguida— si me contestas una pregunta. ¿Conoce al hombre que he pintado? —Entonces, como yo no despegara los labios, insistió—: Se me ha ocurrido que lo conoce. Eso explicaría varias cosas. La sensación tan rara que tengo y la exorbitante suma que conseguiste sacarle.

Era una lástima, y me arrebolé por ello, además de estremecerme ante el verbo que ella había empleado. Pero el caso es que, claramente, la señora Bridgenorth y yo, al alimón, habíamos elevado en exceso la cifra.

—¿Piensas que, por descontado, si ella *hubiese* identificado al caballero, yo me habría aprovechado de ello para «sacarle» más?

Ante esto apartó el semblante y, pareciendo ensimismada en su turbación, se paseó imprecisamente de un lado para otro. Por último se detuvo:

—Me lo imagino colgado allí. Me la imagino recitando su estudiada frase. Lo que dijiste sobre el personaje por el cual lo haría pasar.

Creo que traté insensatamente —aunque sólo fuera por un instante— de

hacerme el olvidadizo:

—¿Por su marido?

—Nunca lo fue.

Al siguiente instante asumí el riesgo:

—¿Lo fue tuyo?

Ignoro qué me habría esperado yo, pero me asombró que se limitara a negar serenamente:

—No.

—Entonces, ¿por qué no pudo ser...?

—...¿el marido de otra? Porque, según tengo constancia absoluta, murió soltero. —Habla todavía con la misma serenidad—. Él conocía a muchas mujeres, y hubo una en particular con la cual entabló (y mantuvo durante demasiado tiempo) unas deplorables relaciones. Ella intentó arrastrarlo al matrimonio, y él estaba a punto de ceder. La muerte, sin embargo, lo salvó. Pero ella fue la causa...

—¿De qué? —Temí nuevamente una explosión de dolor por su parte, conque al ver que guardaba silencio proseguí—: ¿La conociste?

—Me negué a ello. —Entonces lo manifestó—: Fue la causa de que él me abandonara. —Su sostenida calma acabó de decirlo todo, y me redujo a un conmovido y lastimoso: «¡Ah!» que condensó mi impresión de que me había revelado, contra todas mis expectativas, más de lo que podía yo asimilar. Pero fue justamente mientras reflexionaba qué hacer con su confidencia cuando ella repitió, con distinta voz, su anterior pregunta—: ¿Conoce al hombre que he pintado?

—No tengo la menor idea. —Y, habiendo salvado con esto mi deber, añadí de un modo que ahora se me antoja frívolo—: Ayer, ciertamente, no lo nombró.

—¿Se limitó a reconocerlo?

—De ser así, lo disimuló brillantemente.

—¿De modo que no sacaste nada en limpio por lo que a ella respecta?

Ésa fue una pregunta que me concedió cierta ventaja:

—Creía que me acusabas de haberle sacado demasiado.

Me lanzó una larga mirada, y en aquel instante leí en su rostro como en un libro abierto.

—Es hermosísimo lo que haces por mí —comentó—, y lo haces irreplicablemente. Es algo precioso, precioso, y te lo agradezco de todo corazón. Pero yo sé.

—Y ¿qué es lo que sabes?

Se aplicó ahora a preparar su paleta.

—Lo que debió significar él para ella.

—¿Quieres decir que ella es la mujer...?

—Vaya —dijo, poniéndose sus viejas gafas—, una de entre ellas.

—Y ¿aceptas tan tranquilamente la pasmosa coincidencia...?

—...¿de hallarme envuelta ahora, al cabo de tantos años, en una relación tan

extraordinaria con ella? ¿A qué llamas tú tranquilamente? He pasado una noche atroz.

—Pero ¿qué es lo que te hizo pensar...?

—...¿que yo le había restituido tonta y ciegamente ese hombre a ella? Tú me lo hiciste pensar, ayer.

—Y ¿cómo?

—No sabría explicarlo. A buen seguro no era ésa tu intención, sino la contraria. Pero sembraste la semilla. La planta, después de que te marcharas —dijo mientras corregía profesionalmente la posición del caballete—, la planta empezó a germinar. Y los *vi* allí, en tu taller, cara a cara.

—¿Te pusiste celosa? —dijo riéndome.

Me lanzó una nueva mirada a través de sus gafas, las cuales parecieron, a partir de aquel momento, en su rareza, haberla transportado definitivamente al otro lado del abismo del tiempo. Allí se mantuvo decidida, se mantuvo inamovible, se mantuvo fuera de mi alcance.

—Ya veo que te dijo que me *pondría* celosa. —Sin duda no conseguí disimular suficientemente mi sobresalto ante esto, y se apresuró a añadir—: Dices que acepto la coincidencia, verdaderamente pasmosa. Pero estas cosas suceden. ¿Por qué no iba a aceptarla, cuando la aceptas tú?

—¿La acepto *yo*? —sonreí.

Se aplicó a trabajar en silencio, pero exclamó de improviso:

—¡Celebro no haberla visto!

—Aún no comprendo por qué te negaste a ello.

—Yo tampoco. Me lo dictó mi instinto.

—Tu instinto —traté de ironizar— es milagroso.

—*Debe* serlo, para prevenir semejantes posibilidades. Me harías un favor si le dijases a tu amiga, para de volverle su cheque, que ahora que he acabado el cuadro veo que, pensándolo bien, deseo quedármelo yo.

—¿Sin mayores explicaciones?

Continuó pintando.

—Ella adivinará —dijo.

Pues bien, a estas alturas había adivinado yo también: había adivinado tantas cosas, que mucho me temo que protesté muy débilmente. Si nuestra portentosa clienta no había sido su esposa en la realidad, ella no pensaba ayudarla a serlo en la ficción. Yo había adivinado casi más de lo que puedo expresar, más de lo que, en todo caso, supe traslucir entonces. La más elemental compasión habría debido mover a ese hombre a permanecer fiel a mi amiga, pero la había abandonado de manera inhumana. A decir verdad, esto espesaba el misterio, que exploré tímidamente:

—¿Por qué, aun admitiendo tu teoría, le niegas el retrato? Lo pintaste con amargura.

—Sí. ¡De lo contrario...!

—...¿no habría sido pintado nunca? Precisamente. ¿Es con amargura, pues, como piensas quedártelo?

Alzó la vista de su trabajo:

—¿Con qué espíritu te lo quedarías tú?

Ello me alentó:

—¿Quieres decir que *podría* quedármelo? —Entonces tuve una idea—. ¡Te pagaré el precio que te ofrecía ella!

Fue hermosa su sonrisa desde detrás de las gafas:

—¿Con la intención de vendérselo inmediatamente? Será tuyo después de mi muerte. —Tras lo cual se apartó del caballete, y me apercibí de que mi presencia no la dejaba trabajar y sería preferible que me marchara. Conque le tendí la mano—. Para pintarlo he necesitado... ¡todo lo que quieras imaginar! —dijo—, pero me lo quedaré con alegría. —Ahora me sentí incapaz de replicarle nada, hube de cesar de fingir; ella tomó el retrato entre sus manos. Permanecimos allí en silencio unos instantes, y nuevamente tuve la sensación, melancólica y definitiva, de que ella estuviera, por así decirlo, abstraídamente barnizada e integrada en la propia obra surgida de su pincel —. Me lo quitaron, y durante todos estos años estuvo para mí en la más absoluta de las sombras. ¡Y he aquí que ella misma, de un modo extraordinario...! —Volvió a sumirse en la consideración del prodigio.

—...¿te lo ha restituido sin pretenderlo?

Abismada en el prodigio, cerró los ojos un instante:

—Me lo ha restituido.

¡Fue entonces cuando vi con qué espíritu iba a quedárselo! Pero ahí concluyó mi visión. No tuve más remedio que escribirle, bastante pesados, una nota a la señora Bridgenorth, a quien jamás volví a ver, pero de cuya muerte —acaecida un par de años antes que la de Mary Tredick— me enteré por un azar. Éste es el relato de un anciano. Heredé el cuadro, cuya belleza profunda, no obstante, sigue bañada en misterio. Y, cosa curiosa, nadie ha reconocido nunca al modelo, aunque todo el mundo pregunta por su nombre. Ni yo mismo lo sé.

La Bestia En La Jungla

En buena ley, los platónicos podrían imaginar que existe en el Cielo (o en la insondable inteligencia de Dios) un libro que registra las delicadas emociones de un hombre a quien nada, precisamente nada, le ocurre, y otro que va deshilvanando una serie infinita de actos impersonales, ejecutados por cualquiera o por nadie. El primero en la tierra es The Beast in the Jungle de Henry James; el otro, el Libro de las mil y Una Noches o nuestro amontonado recuerdo del Libro de las Mil y Una Noches. El primero es la meta de la novela psicológica; el otro, de la novela de aventuras.

Jorge Luis Borges

1

Poco importa lo que provocó, en su encuentro, la perturbadora conversación; probablemente sólo fueron unas palabras que él mismo había pronunciado sin intención, pronunciado cuando, tras haberse reconocido, se rezagaron y, juntos, empezaron a caminar lentamente. Hacía una o dos horas que unos amigos le habían acompañado a la casa en que ella se alojaba; el grupo de visitantes de la otra casa, entre los que él se encontraba, había sido invitado a almorzar allí y, según su teoría habitual, ellos eran la causa de que estuviera perdido entre la multitud. Después del almuerzo hubo una desbandada general acorde con el objetivo primordial de la visita: contemplar Weatherend y los delicados objetos, peculiares elementos, cuadros, reliquias familiares y tesoros de las distintas artes que hacían casi famoso aquel lugar. Las enormes habitaciones eran tantas que los invitados podían deambular a su antojo, desprenderse del grupo principal y, cuando estos asuntos se tomaban muy en serio, entregarse a misteriosas apreciaciones y cálculos. Se veían personas, en rincones apartados, solas o en parejas, inclinándose sobre objetos, con las manos en las rodillas y moviendo la cabeza con el mismo énfasis que si olisquearan algo. Cuando había dos, o bien entremezclaban sus exclamaciones de éxtasis o se fundían en silencios todavía más significativos; de modo que para Marcher había detalles en aquella visita que tenían ese aire de «inspección», previo a una venta hartamente anunciada, que excita o enfría, según los casos, el sueño de la adquisición. El sueño de adquisición tuvo que haber sido desenfrenado en Weatherend, y, entre tantas sugerencias, John Marcher se encontraba casi tan desconcertado por los que sabían demasiado como por los que no sabían nada.

La poesía y la historia que aquellas enormes salas suscitaban le abrumaban de tal modo que necesitaba alejarse para establecer con ellas una relación adecuada, aunque su manera de hacerlo no fuera, como sucedía con el perverso regocijo de algunos de sus compañeros, comparable a los movimientos de un perro olfateando un aparador. Muy pronto esta actitud tuvo consecuencias en una dirección imprevista.

En resumen, aquella tarde de octubre le llevó a un encuentro más estrecho con May Bartram, cuyo rostro, como una señal del pasado más que como un recuerdo, había comenzado a turbarle muy placenteramente mientras se sentaban a la gran mesa, distantes entre sí. Le afectaba como la secuela de algo de lo que había perdido el principio. Lo sabía, y de momento lo aceptaba con agrado, como continuación de algo de lo que ignoraba el origen, lo que resultaba interesante o divertido, más aún porque, en cierto modo también era consciente de que la joven, aunque sin dar señales evidentes, no había perdido el hilo. No lo había perdido, pero vio que no se lo devolvería sin que él alargara la mano para recogerlo; y no vio sólo aquello sino otras muchas cosas; cosas que resultaban extrañas teniendo en cuenta que, cuando el azar de la reunión les puso frente a frente, él simplemente jugaba con la idea de que cualquier contacto entre ellos en el pasado no debía de haber tenido la más mínima importancia. Y si no la había tenido, no alcanzaba a comprender por qué parecía tener tanta importancia el efecto actual que ella le producía; no obstante, la respuesta era que en la vida que todos ellos parecían llevar en aquel momento, uno no podía sino tomar las cosas como venían. Estaba satisfecho, sin poder decir ni remotamente por qué, de que aquella joven dama pudiera haber accedido penosamente a su posición en la casa como una pariente pobre; satisfecho también de que no estuviera allí de paso, sino que fuera en cierto modo miembro de aquel círculo, casi un miembro activo, remunerado. ¿No disfrutaba ella, en ciertos momentos, de una protección, que pagaba ayudando, entre otros servicios, a enseñar el lugar y a explicarlo, a tratar con gente tediosa, a contestar preguntas sobre las fechas de los edificios, los estilos del mobiliario, la autoría de los cuadros o los parajes predilectos del fantasma? Y en cambio, no tenía el aspecto de alguien a quien se le pudieran ofrecer unos chelines; era imposible parecerlo menos. Aun así, cuando se le acercó, evidentemente hermosa aunque mucho mayor —mayor que cuando la había visto anteriormente—, bien pudiera haber sido a consecuencia de haber adivinado que en un par de horas él le había dedicado más pensamientos que a todos los demás juntos y por tanto había intuido una verdad sobre ella que los otros eran demasiado torpes para ver. Estaba allí en condiciones más duras que nadie; estaba allí como resultado de cosas sufridas de un modo u otro en aquel intervalo de años; y ella le recordaba tanto como él a ella, sólo que mucho mejor.

Cuando por fin llegó el momento de hablar, se encontraban solos en una de las habitaciones —extraordinaria por el delicado retrato sobre la chimenea— por la que sus amigos ya habían pasado, y el encanto de la situación era que incluso antes de empezar a hablar ya habían acordado rezagarse para charlar. Felizmente, el encanto estaba también en otras cosas; en cierto modo, en que apenas hubiera un lugar en Weatherend

que no tuviera algo por lo que quedarse rezagado; en la forma en que el día otoñal acechaba por las altas ventanas mientras declinaba; en cómo, al atardecer, la luz roja desprendiéndose bajo un cielo encapotado y sombrío, se estiraba en un largo haz y jugueteaba entre viejos frisos, viejas tapicerías, oro viejo, viejos colores. Tal vez estuviera sobre todo en la forma en que ella se le acercó, como si ya que se ocupaba de tratar con los visitantes más comunes, él pudiera, si prefería, restar importancia al asunto, tomar su delicada atención como parte de sus obligaciones. Sin embargo, tan pronto como oyó su voz el hueco se rellenó y recuperó el eslabón perdido. La ligera ironía que adivinó en su actitud cedió terreno y él casi saltó tratando de adelantarse a sus palabras.

—La conocí en Roma hace muchísimos años. Lo recuerdo todo perfectamente.

Y con gran decepción para él, ella le confesó que había tenido la certeza de que no; y para demostrar lo bien que se acordaba empezó a desgranar evocaciones precisas, que surgían a medida que las necesitaba. El rostro y la voz de la mujer, ahora totalmente a su disposición, obraron el milagro; el efecto actuó como la antorcha de un farolero que enciende, uno a uno, una larga fila de quemadores. Marcher se complacía contemplando el brillo de la iluminación, pero lo cierto es que aún le complacía más ver cómo ella sostenía divertida que, en su prisa por aclarar todo, él había confundido la mayor parte. No había sido en Roma, sino en Nápoles; y no habían pasado siete años, sino más bien casi diez. Ella no estaba con su tío y su tía, sino con su madre y su hermano; además, él no había bajado de Roma en compañía de los Pemples, sino de los Boyers, detalle en el que insistió, confundiéndole un poco, y del que tenía evidencia a mano, pues ella había conocido a los Boyers, pero no conocía a los Pemples sino por referencias y fue la gente con la que él estaba quien los había presentado. El incidente de la tormenta que, rugiendo con gran violencia a su alrededor, les obligó a refugiarse en una excavación, no tuvo lugar en el Palacio de los Césares, sino en Pompeya, en cierta ocasión en que se encontraban allí con motivo de un importante hallazgo.

Él aceptó sus correcciones, disfrutó con ellas; aunque ponían de manifiesto, tal como ella señaló, que, en realidad, no la recordaba lo más mínimo; y sólo lamentó el inconveniente de que, una vez aclarados los hechos, no parecía que quedara nada más de qué hablar. Pasearon juntos en silencio, ella desatendiendo sus tareas —porque, como Marcher era tan perspicaz, ella no tenía una razón de peso para acompañarle— y ambos desatendiendo la casa, a la espera sólo de la revelación de uno o dos recuerdos más. Después de todo, no les había llevado tanto tiempo poner sobre la mesa las cartas que, como en una baraja, les correspondían jugar a cada uno; lo único que sucedía era que la baraja estaba incompleta; que, naturalmente, el pasado, una vez invocado, invitado, estimulado, no podía darles más de lo que les había dado. Les había llevado a conocerse, ella con veinte años y él con veinticinco; pero lo más extraño, parecían decirse, era que después de ocuparse de aquello, no hubiera hecho algo más en su favor. Se miraban como sintiendo la ocasión perdida; la que ahora tenían hubiera sido mucho mejor si aquella otra, ya lejana, en tierra extraña, no hubiera resultado tan estúpidamente escasa. Aparentemente no habían compartido más de una docena de

cositas en total: trivialidades juveniles, tonterías de los pocos años, estupideces de la inexperiencia, pequeños gérmenes en potencia, pero enterrados demasiado profundo, demasiado profundo (¿acaso no lo parecía?) para retoñar después de tantos años. Marcher se decía que debería haberle prestado algún servicio: haberla salvado de un bote a punto de zozobrar en la bahía, o por lo menos haber recuperado el bolso, que un *lazzarone*, armado de un *stiletto*, le hubiera robado del taxi en las calles de Nápoles. Habría sido estupendo que a él le hubieran llevado al hotel con fiebre y, estando allí, solo, ella hubiera venido a cuidarle, a escribirle las cartas familiares y sacarle a pasear durante la convalecencia. De haber sido así, tendrían alguna que otra cosa en común que en la presente ocasión se echaba en falta. No obstante, la oportunidad se presentaba, en cierto modo, como algo demasiado bueno para que se malograra; así que durante unos minutos más se vieron reducidos a preguntarse un poco inútilmente por qué, si parecían tener un cierto número de conocidos comunes, habían tardado tanto en volverse a encontrar. No lo dijeron abiertamente, pero su progresiva demora en unirse a los demás era un modo de confesar que no deseaban que el encuentro fracasara. Las supuestas razones que daban para no haberse encontrado sólo demostraban lo poco que se conocían. De hecho, llegó un momento en que Marcher sintió una auténtica punzada de angustia. En vano pensar que, faltándoles tantas vivencias en común, fuera una vieja amiga; pero a pesar de ello también él percibió que le hubiera gustado que lo fuese. Tenía bastantes amigos nuevos, estaba rodeado de ellos; por ejemplo, en la otra casa y, como amistad reciente, posiblemente no le habría prestado ninguna atención. Le habría encantado inventarse algo, hacerle creer que, en un principio, hubo entre ellos algún episodio romántico o crítico. Lo cierto es que exprimía su imaginación, luchando contra el tiempo para encontrar algo que sirviera, y se decía que, si no se le ocurría nada, este nuevo incidente terminaría sencilla y torpemente. Se separarían y ya no habría segunda ni tercera oportunidad. Lo habrían intentado sin éxito. Fue entonces, en aquel preciso momento, como después se dio cuenta, cuando, agotados todos los recursos, ella decidió hacerse cargo del caso y, de hecho, salvar la situación. Tan pronto como empezó a hablar, él notó que había estado ocultando conscientemente lo que ahora decía, esperando haberlo podido soslayar; una delicadeza que le conmovió enormemente cuando, minutos más tarde, fue capaz de valorarlo. En todo caso, lo que ella manifestó aligeró el ambiente y les proporcionó el eslabón, el eslabón que, sin saber cómo, él se había ingeniado para perder de modo tan frívolo.

—Usted sabe que me dijo algo que no he olvidado jamás y que desde entonces me ha hecho pensar en usted repetidas veces; fue aquel calurosísimo día en que fuimos a Sorrento atravesando la bahía en busca de brisa. Estoy aludiendo a lo que me dijo cuando regresábamos, mientras, sentados bajo el toldo del bote, disfrutábamos del aire fresco. ¿Lo ha olvidado?

Lo había olvidado y estaba incluso más sorprendido que avergonzado. Pero lo realmente importante fue advertir que no se trataba del recuerdo vulgar de una

conversación «amorosa». La vanidad femenina tiene una dilatada memoria, pero ella no le reclamaba un cumplido ni denunciaba un error. De una mujer totalmente distinta podía haberse temido incluso la posible evocación de alguna «proposición» tonta. Por eso, al tener que admitir que realmente lo había olvidado, tuvo mayor sensación de pérdida que de ganancia; entonces percibió el interés del asunto al que ella se refería.

—Intento pensar, pero me rindo. A pesar de todo, recuerdo el día en Sorrento.

—No estoy muy segura de que se acuerde —dijo May Bartram un momento después—, y tampoco estoy muy segura de desear que usted lo haga. Es espantoso devolver a una persona en un momento dado, a lo que fue diez años atrás. Si usted lo ha superado, muchísimo mejor —sonrió.

—Oh, si no lo ha superado usted, ¿cómo iba a hacerlo yo? —preguntó él.

—¿Quiere usted decir superado, lo que yo misma era?

—Superado lo que *yo* fui. Desde luego, fui un asno —continuó Marcher—, pero, ya que usted tiene su propia opinión, preferiría saber exactamente qué clase de asno fui en lugar de quedarme sin saber nada.

Sin embargo, ella dudaba aún.

—Pero, ¿y si usted ha dejado por completo de ser así...?

—Entonces, lo podré soportar mucho mejor. Además, tal vez no he dejado de serlo.

—Tal vez, aunque si no hubiera dejado de serlo, supongo que lo recordaría. Por supuesto no es que yo asocie ni por lo más remoto mi impresión con el ofensivo nombre que usted ha utilizado. Si se me hubiera ocurrido que era un necio —explicó—, el asunto del que ahora hablo no me habría causado tan honda impresión. Fue algo sobre usted mismo.

Esperó, como si él fuera a recordar; pero como Marcher no dio señales de hacerlo al encontrar su mirada interrogante, ella decidió quemar las naves.

—¿Ha sucedido ya?

Fue entonces, mientras mantenía fija la mirada, cuando se le hizo la luz y la sangre le afluyó lentamente al rostro, que enrojeció al reconocer de qué se trataba.

—¿Trata de decirme que yo le conté...? —Pero titubeó, por miedo a que no fuera lo que estaba pensando, por miedo a delatarse.

—Era algo sobre usted que, naturalmente es imposible de olvidar si se le recuerda a usted. Por eso le pregunto si lo que me contó ha sucedido ya —sonrió.

Oh, entonces se dio cuenta, pero estaba atónito y se sentía incómodo. También era consciente de que su estado provocaba la compasión de su compañera, como si la alusión hubiera sido un error. Sin embargo, no le llevó más de un momento advertir que se trataba más bien de una sorpresa que de un error. Por el contrario, pasada la primera impresión, empezó a parecerle extrañamente delicioso que ella lo supiera. Era la única persona en el mundo que lo sabía y lo había sabido durante todos aquellos años, mientras que a él, inexplicablemente, se le había borrado el haber revelado de

aquel modo su secreto. No era raro que su reencuentro no hubiera sido el de dos extraños.

—Me parece que sé a qué se refiere —dijo al fin—. Sólo que curiosamente yo había perdido la conciencia de haberle hecho partícipe hasta tal punto de mis confidencias.

—¿Se debe quizás a que lo ha hecho también a otros muchos?

—No se lo he contado a nadie, absolutamente a nadie, desde entonces.

—¿Así que soy la única persona que lo sabe?

—La única en el mundo.

—Bien —contestó rápidamente—, yo no lo he contado jamás. Nunca jamás he repetido lo que usted me reveló sobre sí mismo. —Sus ojos dejaban lugar a pocas dudas. Un instante después, sus miradas se encontraron de tal forma que ya no le cupo ninguna—. Y nunca lo haré.

Ella hablaba con gravedad casi excesiva, lo que le hizo descartar una posible intención de burla. En cierto modo, todo aquel asunto era un lujo nuevo para él; y lo era desde el momento en que ella lo había asumido. Si no adoptaba una actitud irónica, quería decir que obviamente se solidarizaba y eso era precisamente lo que nadie había hecho en todo aquel largo tiempo. Se daba cuenta de que ahora hubiera sido incapaz de empezar a contárselo y, sin embargo, tal vez podía beneficiarse intensamente de la circunstancia de habérselo contado hacía tanto tiempo.

—Entonces, por favor, no lo haga. Estamos perfectamente así.

—¡Oh, yo lo estoy si usted lo está! —a lo que añadió—: ¿Todavía sigue sintiéndose igual?

Le era imposible no darse cuenta de que tenía auténtico interés y todo le aparecía como una forma de revelación. Se había creído espantosamente solo durante tanto tiempo y, ¡mira por dónde!, no estaba solo en absoluto. Aparentemente no lo había estado ni una hora desde aquellos momentos en el bote de Sorrento. Al mirarla, le pareció ver que era ella la que había estado sola debido a su torpe falta de fidelidad. El contarle lo que le había contado ¿no había sido acaso una forma de petición? Algo a lo que ella había respondido con generosidad sin que él, a falta de otro encuentro, se lo hubiera agradecido siquiera con un recuerdo o una gratificación espiritual. Lo que le había pedido en un principio era simplemente que no se burlara de él. Admirablemente no lo había hecho durante diez años y ahora seguía sin hacerlo; así que, en recompensa, le debía eterna gratitud. Unicamente debía averiguar qué imagen tenía de él.

—¿Qué le conté exactamente...?

—¿De cómo se sentía? Bien, fue muy sencillo. Me dijo que desde muy temprana edad había tenido la profunda convicción de estar predestinado para algo excepcional e insólito, seguramente prodigioso y terrible, que tarde o temprano le sucedería; que lo presentía en lo más hondo de su ser y estaba convencido de ello, y que tal vez aquello le aplastaría.

—¿Y a eso le llama usted muy sencillo? —preguntó John Marcher.

Ella reflexionó un momento.

—Tal vez fuera porque a medida que usted hablaba, me parecía entenderlo.

—¿Lo entendía de verdad? —preguntó con vehemencia.

Volvió a fijar en él su comprensiva mirada.

—¿Sigue teniendo la misma convicción?

—¡Oh! —exclamó débilmente. Había demasiado que decir.

—Cualquier cosa que hubiera de ocurrir, no ha sucedido todavía —concluyó ella claramente.

Movió la cabeza con absoluto abandono.

—Aún no ha sucedido. Únicamente que, como usted sabe, no se trata de algo que *yo* tenga que hacer, que vaya a lograr en el mundo, algo por lo que se me distinga o admire. No soy tan imbécil como para pensar eso. Sin duda, sería mucho mejor si lo fuese.

—¿Se trata de algo que vaya simplemente a padecer?

—Bueno, digamos algo que hay que esperar; algo con lo que debo encontrarme, afrontar y ver cómo de repente irrumpe en mi vida; seguramente destruyendo toda conciencia ulterior; posiblemente aniquilándome. Por otro lado, puede que únicamente actúe transformándolo todo, atacando por completo la base de mi mundo y abandonándome a las consecuencias que puedan desencadenarse.

Le escuchaba, pero el brillo de su mirada continuaba sin ser de burla.

—¿No estará quizás describiendo tan sólo la expectativa o, en todo caso, la sensación de peligro, común a tanta gente, de enamorarse?

—¿No me preguntó eso en el pasado? —dijo John Marcher.

—No; entonces no era tan abierta ni tan clara. Pero es lo que ahora se me ocurre.

—Claro que se le ocurre —dijo él pasado un momento—. Claro, a mí también se me ocurre. Puede ser que, naturalmente, lo que me esté reservado sea tan sólo eso. Lo único que creo es que de haber sido así —continuó— ya me hubiera enterado a estas alturas.

—¿Lo dice usted porque ha estado enamorado? —Y entonces, como él no hizo sino mirarla en silencio, continuó—: ¿Ha estado enamorado y no ha significado tal cataclismo?, ¿no ha resultado ser el gran acontecimiento?

—Ya ve que sigo aquí. No ha sido apabullante.

—Entonces, no ha sido amor —dijo May Bartram.

—Bueno, al menos, pensé que lo era. Así lo consideré y lo he seguido considerando hasta ahora. Fue agradable, delicioso, triste —aclaró—. Pero no fue extraordinario. No fue lo que *mi* gran acontecimiento ha de ser.

—¿Desea usted algo completamente suyo, algo que nadie más conozca o haya conocido?

—No se trata de lo que yo «dese»; bien sabe Dios que no deseo nada. Se trata tan sólo del temor que me obsesiona, con el que vivo día a día.

Lo dijo de forma tan lúcida y contundente que, obviamente, aquello se imponía por sí mismo. Si ella no hubiera estado interesada con anterioridad, se habría interesado entonces.

—¿Es una sensación de violencia inminente?

Evidentemente, también ahora le volvía a gustar hablar de ello.

—No tengo la impresión de que, cuando llegue, sea necesariamente violento. Pienso en ello como algo natural y, sobre todo, inconfundible; simplemente pienso en ello como *la cosa*. *La cosa* en sí parecerá algo natural.

—Entonces, ¿cómo va a resultar extraordinario?

Marcher reflexionó.

—Para *mí*, no lo será.

—Así pues, ¿para quién?

—Bueno —contestó, sonriendo por fin— digamos que para usted.

—Ah, entonces, ¿tengo que estar presente?

—Pero, puesto que lo sabe, usted está presente.

—Ya veo —observó ella—. Pero me refiero, en la catástrofe.

Por un momento, al llegar a este punto, la ligereza dio paso a la gravedad; fue como si la prolongada mirada que intercambiaron les mantuviera juntos.

—Sólo dependerá de usted, de si quiere velar conmigo.

—¿Tiene miedo? —preguntó ella.

—No me abandone *ahora* —continuó él.

—¿Tiene miedo? —repitió.

—¿Cree usted que estoy simplemente loco? —porfió, en lugar de contestar—. ¿Le conmuevo tan sólo como un lunático inofensivo?

—No —dijo May Bartram—. Le comprendo. Le creo.

—¿Quiere decir que siente cómo mi obsesión, ¡esa pobre cosa!, puede relacionarse con alguna posible realidad?

—Con alguna posible realidad.

—Entonces, ¿velará usted conmigo?

Dudó; luego, volvió a formular su pregunta por tercera vez.

—¿Tiene miedo?

—¿Le dije en Nápoles que lo tenía?

—No, no me dijo nada de eso.

—Entonces, no lo sé. Y me *gustaría* saberlo —dijo John Marcher—. Usted misma me dirá si cree que lo tengo. Ya lo descubrirá si vela conmigo.

—Muy bien.

Para entonces, habían atravesado la habitación y antes de cruzar la puerta, se detuvieron junto a ella como para dar por concluido su acuerdo.

—Velaré a su lado —dijo May Bartram.

2

El hecho de que ella «supiera», supiera y aún así no se burlara ni le traicionara, había hecho surgir entre ellos, en poco tiempo, un vínculo perceptible que fue pronunciándose cada vez más cuando, a lo largo del año siguiente a su tarde en Weatherend, se multiplicaron las oportunidades de estar juntos. El acontecimiento que auspició estas ocasiones fue la muerte de la anciana señora, su tía abuela, bajo cuyas alas había encontrado refugio a la muerte de su madre y quien, aunque sólo era la madre viuda del nuevo heredero de la propiedad, había logrado, gracias a una gran dignidad y a un fuerte carácter, no ceder la suprema posición dentro de la gran casa. La caída de este personaje llegó sólo con la muerte, que, seguida de muchos cambios, marcó una diferencia en concreto para la joven en quien la experta atención de Marcher había reconocido desde el principio una subordinada con un orgullo capaz de sufrir, pero no de encolerizarse.

Durante una temporada, nada consiguió aliviarle tanto como pensar que la aflicción de Miss Bartram debía haberse suavizado mucho al encontrarse ahora en posición de montar su pisito en Londres. El dinero, que hacía posible aquel lujo, le había llegado a través del complicadísimo testamento de su tía, y, cuando, tras un cierto tiempo, comenzó a desenmarañarse todo aquel asunto, ella le comunicó que el feliz resultado estaba por fin a la vista. El la había vuelto a ver después de aquel día; por un lado, May había acompañado a la anciana a la ciudad en más de una ocasión y, por otro, él había vuelto a visitar a los amigos que tan oportunamente convertían a Weatherend en uno de los encantos de su propia hospitalidad. Estos amigos le habían llevado allí de nuevo y él había conseguido una vez más tener un discreto aparte con Miss Bartram. En Londres, había logrado persuadirla para que dejara sola a su tía algún que otro ratito. En estas últimas ocasiones, iban juntos a la National Gallery al museo de South Kensington, donde, entre vívidas evocaciones, conversaban largamente sobre Italia, sin tratar ahora, como al principio, de recuperar el sabor de su juventud e inexperiencia. Lo recuperado, aquel primer día en Weatherend, había cumplido bien su objetivo; sin duda les había dado bastante; así pues, a juicio de John Marcher, ya no estaban dando vueltas a las fuentes de su arroyo, sino que sentían su bote impulsado con fuerza corriente abajo. Literalmente estaban a flote juntos; para nuestro caballero aquello era evidente, como también lo era que el feliz motivo de aquella situación se debiera únicamente al tesoro enterrado de lo que May Bartram sabía.

Él había desenterrado con sus propias manos y sacado a la luz este pequeño tesoro (es decir, lo había puesto al alcance de la tenue claridad surgida de las discreciones e intimidades de ambos), el valioso objeto que él mismo enterró y de cuyo escondite se había olvidado extrañamente durante tanto tiempo. La maravillosa suerte de aquel renovado hallazgo, le dejaba indiferente para cualquier otro asunto; sin duda habría dedicado más tiempo al extraño accidente de su lapsus de memoria si no se hubiera sentido inclinado a entregarse a la dulzura y consuelo futuro que, según él lo

sentía, el propio accidente había ayudado a mantener vivo. Jamás había entrado en sus planes el que alguien lo «supiera»; fundamentalmente, porque no tenía intención de contárselo a nadie. Habría sido imposible porque sólo hubiera servido de pasatiempo a una sociedad indiferente. Sin embargo, puesto que, aun a su pesar, un misterioso sino le había abierto la boca en la juventud, lo consideraría como una compensación y le sacaría el máximo provecho. Que la persona adecuada lo supiera, suavizaba la aspereza de su secreto incluso más de lo que su timidez le había permitido imaginar; y May Bartram era claramente la persona adecuada, porque... bueno, porque lo era. El que ella lo supiera, zanjaba sencillamente el asunto; si no hubiera sido la persona adecuada, él lo habría sabido con seguridad para entonces. Sin duda, aquello era lo que, en su situación le predisponía, tal vez en exceso, a verla como una simple confidente, aceptando la luz que le ofrecía, por el hecho, y únicamente por eso, del interés que ella mostraba en su caso; por su compasión, simpatía, seriedad y por haber condescendido a no considerarle el más cómico de los cómicos. En resumen, consciente de que el valor que ella tenía para él residía precisamente en la sensación permanente de asombrosa protección que le ofrecía, no olvidaba que, a pesar de todo, ella tenía también su propia vida, que podían ocurrirle cosas, cosas que en la amistad también debían tenerse en cuenta. En relación con eso, le sucedió algo absolutamente extraordinario, algo simbolizado por una especie de travesía mental repentina y de un extremo al otro.

Él se había creído, sin que nadie lo supiera, la persona más abnegada del mundo, llevando su concentrada carga, su perpetua ansiedad siempre tan silenciosamente, manteniendo sus labios sellados, no dejando que los otros vislumbrasen aquello ni el efecto que producía en su vida, no pidiéndoles concesiones y, por su parte, haciendo todas las que le pedían. No había molestado a nadie con la excentricidad de tener que conocer a un hombre obsesionado, aunque había pasado por momentos en los que estuvo bastante tentado de hacerlo, como cuando oía a la gente decir que se sentía «desequilibrada». Si hubieran estado tan desequilibrados como él —él, que no había tenido un momento de equilibrio en toda su vida—, sabrían lo que aquello significaba. Aun así, no era asunto suyo enseñárselo y les escuchaba con bastante cortesía. Por eso tenía tan buenos modales, aunque sin duda más bien fríos; razón por la que, en un mundo avaricioso, podía contemplarse a sí mismo como un ser decentemente, aunque en realidad tal vez un poco exaltado, generoso. En consecuencia, nuestra opinión es que valoraba esta cualidad de su carácter lo bastante como para calcular el peligro actual de permitir que se deteriorase, y contra lo que prometió mantenerse firmemente en guardia. No obstante, estaba dispuesto a ser sólo un poco egoísta, pues con seguridad jamás se le había presentado una oportunidad de serlo más atractiva que ésta. En una palabra, «sólo un poco» era justo aquello que Miss Bartram le permitiera, entre un día y otro. Jamás la coaccionaría lo más mínimo y tendría bien presente las líneas en las que debería reflejarse la consideración altísima que tenía de ella. Establecería con minucia los epígrafes bajo los que los asuntos, peticiones y peculiaridades (se permitió darles la amplitud de aquel nombre) de May Bartram entrarían en sus futuras relaciones.

Naturalmente, todo esto era una señal de que daba por sentado que habría una relación. No cabía hacer nada al respecto. Simplemente existía; había surgido con aquella primera pregunta desgarradora que ella le hizo bajo la luz otoñal, allí, en Weatherend. La forma real que debiera haber adoptado, basándose en la pervivencia de la relación, era la del matrimonio. Pero lo malo era que aquello mismo en lo que se basaba hacía imposible el matrimonio. En resumen, no podía invitar a una mujer a que compartiera su situación de condena, temor y obsesión; y el resultado de aquello era precisamente lo que le preocupaba. Algo se ocultaba, acechándole, entre el ir y venir de los meses y los años, como una bestia agazapada en la jungla. Poco importaba si la bestia agazapada estaba destinada a matarle o a morir. El punto decisivo era el inevitable salto de la criatura; y la lección decisiva que había que extraer era que un hombre con sensibilidad no se hace acompañar por una dama a una cacería de tigres. Tal era la imagen bajo la que había acabado por representar su vida.

No obstante, al principio, en las desperdigadas horas que pasaron juntos, no habían aludido a esa imagen; señal de que estaba generosamente dispuesto a demostrar que no esperaba —ni en realidad le importaba— estar siempre hablando de aquel tema. Ese rasgo aparente de uno es como una joroba en la espalda. La diferencia que implicaba existía cada minuto del día, independientemente de que se hablara o no de ello. Por supuesto, uno argumentaba como un jorobado porque, aunque no fuera por otra cosa, la cara del jorobado estaba siempre allí. Eso perduraba y ella le observaba; pero como, en general, se observa mejor en silencio, su vigilia adoptaría predominantemente esa forma. Al mismo tiempo, y aun así, no quería ser solemne; creía que tendía a mostrarse demasiado solemne con los demás. Había que ser claro y natural con la única persona que lo sabía —aludir a ello más que dar la impresión de evitarlo, evitarlo más que dar la impresión de hacerlo—, y, en cualquier caso, conservarlo, fresco e incluso divertido antes que pedante y lúgubre. Consideraciones de aquella índole estaban sin duda en su mente cuando, por ejemplo, escribió amablemente a Miss Bartram que el gran acontecimiento, que durante tanto tiempo creyó en manos de los dioses, no era sino el incidente, que tan de cerca le tocaba, de su adquisición de la casa en Londres. Aun así, fue la primera alusión que habían vuelto a hacer, no habiendo necesitado ninguna otra hasta la fecha; pero cuando, tras informarle de cómo iban las cosas, le respondió que no estaba en absoluto satisfecha con que aquella trivialidad fuera el climax de una expectativa tan especial, casi le obligó a preguntarse si no tendría ella incluso mayor concepto de su singularidad del que él tenía sobre sí mismo. De todos modos, a medida que pasaba el tiempo, estaba destinado a darse cuenta, poco a poco, de que ella observaba su vida tan constantemente, juzgándola y midiéndola, a la luz de lo que sabía, que con el paso de los años, aquello llegó por fin a no mencionarse nunca entre ellos, salvo como «su auténtica verdad». Ésa había sido siempre la forma que él tenía de nombrarlo, pero ella se había plegado a esa forma tan discretamente que, mirando atrás desde el final de una etapa, él sabía que no era perceptible el momento en que, como él diría, May había

penetrado su circunstancia o cambiado su actitud de hermosa indulgencia por la más hermosa aún de creer en él.

Siempre estaba dispuesto a acusarla de que lo consideraba el más inofensivo de los maníacos, y a la larga —puesto que duró tanto tiempo— fue la descripción más sencilla de su amistad. Ella pensaba que a él le faltaba un tornillo pero, a pesar de eso, le gustaba y, frente al resto del mundo, era prácticamente su amable y sabia guardiana, sin remuneración pero bastante entretenida y, a falta de otros vínculos más cercanos, ocupada sin descrédito. El resto del mundo le consideraba un excéntrico, pero ella, y nadie más que ella sabía cómo y, ante todo, por qué era un excéntrico y aquel conocimiento le permitía, por tanto, disponer el velo encubridor con los pliegues correctos. Ella aceptaba la animación que él le ofrecía —puesto que entre ellos debía pasar por animación— como aceptaba todo lo demás; pero ciertamente ella, con su inequívoca sensibilidad, se daba perfecta cuenta de la exquisita percepción que Marcher tenía del extremo al que había llegado a persuadirla. Ella, por lo menos, nunca se refería al secreto de su vida salvo como «la auténtica verdad sobre usted» y, en realidad, tenía un modo maravilloso de hacer que pareciera que, como tal, era también el secreto de su propia vida. Aquel era, en resumen, el modo como Marcher percibía constantemente que ella le asumía. En general, no podía llamarlo de otra manera. Él se tomaba en cuenta a sí mismo, pero ella, con exactitud, le tomaba en cuenta mucho más todavía; en cierto modo porque, con mejor perspectiva para ver el asunto, rastreaba su desgraciada perversión en etapas de su desarrollo que él difícilmente podía seguir. El sabía cómo se sentía, pero, además ella sabía también el aspecto que tenía al sentirlo; sabía cada una de las cosas importantes que insidiosamente se abstenía de hacer, pero ella podía calcular la suma a la que ascendían, comprender cuánto podía haber hecho si su espíritu no hubiera tenido que soportar un peso tan abrumador, y en consecuencia establecer cómo, a pesar de ser inteligente, no alcanzaba a entender ciertas cosas. Ella conocía sobre todo el secreto que encerraban las diferentes posturas que él adoptaba: en su pequeña oficina gubernamental, en la administración de su patrimonio, en el cuidado de su biblioteca, de su jardín en el campo, con la gente de Londres cuyas invitaciones aceptaba y devolvía, y el despego que se ocultaba tras ellas y que convertía todo su comportamiento, todo lo que de algún modo podía llamarse comportamiento, en un acto de permanente disimulo. Había acabado poniéndose una máscara pintada con el rictus social de la sonrisa, a través de cuyos orificios asomaba la expresión de una mirada que no casaba en absoluto con el resto de las facciones. El necio mundo, incluso después de tantos años, nunca había llegado a descubrirlo por completo. May Bartram era la única que lo había hecho y, con un arte indescriptible, había logrado la hazaña de encontrarse al mismo tiempo, o tal vez sólo alternativamente, con los ojos frente a ella y fundir su propia visión, como por encima del hombro, con los ojos que atisbaban por los orificios.

Así, mientras envejecían juntos, vigilaba con él y dejó que la alianza que componían diera forma y color a su propia existencia. También bajo sus modales

aprendió a instalarse el desapego, y su comportamiento, en el sentido social, se convirtió en una falsa expresión de sí misma. Sólo había una expresión suya que hubiera podido ser verdadera en todo momento y que, directamente no podía manifestar a nadie, y menos que a nadie a John Marcher. Toda su actitud era una declaración virtual, pero para él, aquella percepción parecía estar destinada sólo a ocupar su lugar como una de las muchas cosas expelidas necesariamente de su conciencia. Además, si, como él, ella debía ofrecer sacrificios a la auténtica verdad de ambos, había que dar por sentado que la recompensa a tales sacrificios podría haber tenido para May un efecto más inmediato y natural. En esta etapa de Londres, hubo largos períodos en los que, cuando estaban juntos, un extraño podría haberles escuchado sin aguzar el oído lo más mínimo; por otra parte, la auténtica verdad podía igualmente emerger a la superficie en cualquier momento y entonces el oyente se hubiera preguntado, en verdad, de qué estaban hablando. Desde un principio habían resuelto que la sociedad era, afortunadamente, poco inteligente, y el margen que esto les concedía se había convertido justificadamente en uno de sus lugares comunes. No obstante, aún había momentos en que la situación volvía a ser casi nueva, generalmente bajo el efecto de alguna expresión que ella misma formulaba. Sin duda, sus expresiones se repetían, pero los intervalos eran amplios.

—Lo que nos salva, sabe, es que respondemos por completo a una apariencia muy común: la del hombre y la mujer cuya amistad se ha convertido en un hábito tan cotidiano como para ser al fin indispensable.

Éste era, por ejemplo, uno de los comentarios que había tenido oportunidad de hacer con bastante frecuencia, aunque lo exponía de modo diferente según la ocasión. Lo que nos atañe en especial es el giro que ella dio a uno de ellos en el transcurso de una tarde en que Marcher había ido a verla con motivo de su cumpleaños. El aniversario había coincidido con un domingo de una temporada de niebla densa y ambiente general sombrío; pero John le había traído su acostumbrada ofrenda, porque la conocía ya desde hacía el tiempo suficiente como para haberse establecido entre ellos cientos de pequeños hábitos. El regalo que le hacía en su cumpleaños era un modo de probarse a sí mismo que no se había sumido en el más absoluto egoísmo. En su mayor parte, sólo se trataba de pequeñas bagatelas, pero dentro de su estilo siempre era algo fino y, sistemáticamente, tenía cuidado de pagar por ello más de lo que pensaba que se podía permitir.

—Al menos, nuestro hábito le pone a salvo ¿no se da cuenta?; porque después de todo, para la gente común, le hace indistinguible de los demás hombres. ¿Cuál es el distintivo más arraigado de los hombres en general? Pues, la capacidad de pasar un tiempo ilimitado con mujeres insulsas; no diría que lo pasan sin aburrirse, pero no les importa, es decir no cambian por ello bruscamente de actitud; lo que resulta lo mismo. Yo soy su mujer insulsa, una parte del pan cotidiano por el que reza en la iglesia. Eso borra sus huellas mejor que ninguna otra cosa.

—¿Y qué borra las tuyas? —preguntó Marcher, a quien su insulsa mujer podía casi siempre divertir hasta aquel punto—. Desde luego, me doy cuenta de lo que quiere decir con lo de salvarme de alguna forma, frente a los demás: me he dado cuenta desde el principio. Pero ¿qué le salva a *usted*? Sabe muy bien que pienso en ello a menudo. Daba la impresión de que a veces también ella lo pensaba, pero de muy distinta manera.

—¿Quiere decir en lo que respecta a la gente?

—Bueno, realmente se ha implicado tanto en mi vida como una especie de consecuencia de haberme implicado yo en la suya. Quiero decir que siento una gran estima por usted y le estoy inmensamente agradecido por todo lo que ha hecho por mí. A veces me pregunto si es totalmente justo. Quiero decir si es justo haberla involucrado así y, si se me permite decirlo, interesado. Me siento casi como si no le hubiera quedado realmente tiempo para hacer nada más.

—¿Para nada más que estar interesada? —preguntó—. ¿Oh, ¿y qué otra cosa podría desear hacer? Si he estado «velando» con usted, tal como acordamos hace mucho tiempo, la vigilia es siempre absorbente en sí misma.

—Desde luego —dijo John Marcher—. ¡Si no hubiera tenido esa curiosidad! Pero, ¿no se le ocurre a veces, a medida que pasa el tiempo, que su curiosidad no está siendo visiblemente recompensada?

May Bartram hizo una pausa.

—¿Por casualidad me lo pregunta porque siente que la suya no lo ha sido? Quiero decir, por tener que esperar tanto tiempo.

Comprendió muy bien lo que ella quería decir.

—¿A que suceda la cosa que nunca sucede? ¿A que salte la bestia? No, mi actitud respecto a eso no ha cambiado. No es un asunto en el que pueda *elegir* o decidir un cambio. No se trata de algo que *pueda* ser alterado. Está en manos de los dioses. Y uno está sujeto a sus propias reglas: así es como se está. En cuanto a la forma que tomen esas reglas y el modo en que actúen, es asunto de ellas.

—Sí —contestó Miss Bartram—, claro que el propio destino se cumple; claro que no ha dejado de cumplirse, a su propio modo y manera. Sólo que, ¿sabe?, en su caso, el modo y la manera de cumplirse deberían haber sido algo... bueno, tan excepcional y, podríamos decir, tan exclusivamente personal, que...

Al oír esto, algo le obligó a mirarla con desconfianza.

—Dice que «debería haber sido», como si en su corazón hubiera empezado a dudar.

—¡Oh! —protestó ella vagamente.

—Como si creyera —continuó— que nada sucederá ya.

May movió la cabeza lentamente, pero permaneció insondable.

—Está muy lejos de lo que pienso.

Él continuó mirándola.

—¿Qué es lo que le pasa entonces?

—Bien —respondió tras otra pausa—, lo que me pasa sencillamente es que estoy más segura que nunca de que mi curiosidad, como usted la llama, será recompensada con creces.

Ahora estaban francamente serios; él se había levantado de su asiento y una vez más daba vueltas por el saloncito en el que, año tras año, sacaba a relucir su inevitable tópico; en el que, como él hubiera dicho, había saboreado una íntima armonía en cada sugerencia; donde cada objeto le resultaba tan familiar como los de su propia casa y las mismísimas alfombras estaban tan desgastadas por su vacilante caminar como las mesas de las viejas contadurías lo están por generaciones de codos de contables. Las generaciones de sus inestables estados de ánimo habían trabajado allí y aquel lugar era la historia escrita de toda su vida adulta. Bajo la impresión de lo que su amiga acababa de decir, se sintió, por algún motivo, más consciente de estas cosas, por lo que tras una pausa, volvió a detenerse frente a ella.

—¿Es posible que haya llegado a tener miedo? —preguntó.

—¿Miedo? Al oírla repetir la palabra, Marcher pensó que su pregunta había alterado ligeramente el color en el rostro de May; así que temeroso de haber dado de lleno en una verdad, explicó muy amablemente:

—Como recordará, eso fue lo que me preguntó hace tanto tiempo, aquel día en Weatherend.

—Oh sí, y usted me dijo que no sabía, que tendría que verlo yo misma. Hemos hablado muy poco de eso desde entonces, a pesar del tiempo transcurrido.

—Precisamente —intervino Marcher— como si efectivamente fuera un asunto demasiado delicado para tratarlo con libertad. Como si presionados por ello, pudiéramos descubrir que tengo miedo. Porque entonces —dijo— tal vez no sabríamos qué hacer, ¿verdad?

De momento, no contestó a esta pregunta.

—Hubo días en los que pensé que tenía miedo. Únicamente que, por supuesto ha habido días en los que hemos pensado casi de todo —añadió.

—De todo, ¡oh! —Marcher gimió suavemente con un jadeo medio extinguido, frente al rostro, más descubierto entonces de lo que había estado durante mucho tiempo, de la fantasía que siempre les acompañaba y que, en incontables ocasiones, tenía en la mirada un destello feroz, como si fueran los propios ojos de la Bestia, y, acostumbrado a ellos como lo estaba, aún podían arrancarle el tributo de un suspiro que emergía de las profundidades de su ser. Todo lo que habían pensado, al principio y al final, rodaba a su alrededor; el pasado parecía haberse reducido a una mera especulación estéril. En realidad, le parecía que aquello era lo que colmaba el lugar: la simplificación de todo excepto del estado de alerta. Solamente quedaba eso, colgando en el vacío que lo rodeaba. Incluso su miedo inicial, si había sido miedo, se había perdido en el desierto.

—No obstante, me figuro que ya ve que ahora no tengo miedo —continuó.

—Lo que veo es que, como yo lo percibía, ha logrado algo casi sin precedentes en su modo de acostumbrarse al peligro. Al vivir tanto tiempo y tan íntimamente con él, ha dejado de sentirlo como tal; sabe que está ahí, pero es indiferente e incluso ha dejado de silbar en la oscuridad como hacía antes. Teniendo en cuenta de qué peligro se trata —May Bartram concluyó—: yo diría que no creo que su actitud pueda superarse.

—¿Es heroica? —John Marcher esbozó una tenue sonrisa.

—Por supuesto, puede llamarlo así.

—¿Soy, entonces, un hombre valeroso? —reflexionó.

—Eso es lo que iba a demostrarme.

Sin embargo, continuó preguntándose.

—¿Pero acaso el hombre valeroso no sabe lo que teme y lo que no teme? Yo no lo sé. No logro enfocararlo. No puedo nombrarlo. Sólo sé que estoy expuesto.

—Sí, pero expuesto —cómo lo diría— directa e íntimamente. De eso estoy totalmente segura.

—¿Tan segura como para estar convencida, en lo que podríamos llamar el final de nuestra vigilia, de que no tengo miedo?

—No tiene miedo. Pero no es el final de nuestra vigilia. Es decir, no es el final de la suya. Aún le queda todo por ver —dijo.

—Entonces, ¿por qué a usted no? —preguntó. Durante todo el día había tenido la sensación, y aún la tenía, de que le ocultaba algo. Como ésta había sido la primera impresión, marcó una especie de hito. El caso fue aún más manifiesto al no contestar ella inmediatamente a su pregunta; lo que a su vez le dio pie para continuar—: Usted sabe algo que yo no sé. —Entonces su voz, para ser la de un hombre valeroso, tembló ligeramente—. Sabe lo que va a suceder. —El silencio y la expresión del rostro de May que eran casi una confesión, le afianzaron en su ideal—: Lo sabe y teme decírmelo. Es tan malo que teme que lo descubra.

Todo esto podría ser cierto, porque a ella le parecía como si, de improviso, él hubiera atravesado una línea misteriosa que ella secretamente hubiera trazado a su alrededor. Aun así, May no debería, después de todo, haberse preocupado, y la culminación real de aquello era que, de todos modos, él tampoco debería hacerlo.

—Jamás lo averiguará.

3

Sin embargo, tal como he dicho, todo esto iba a marcar un hito. Se revelaba en cómo, repetidamente, incluso tras largos intervalos, otras cosas que sucedieron entre ellos mostraban, en relación a aquel momento, un carácter de recuerdo y consecuencia. Su efecto inmediato había sido obviamente, el de aligerar la insistencia, casi el de provocar una reacción; como si el asunto que compartían hubiera caído por su propio peso y como si, además, por aquel motivo, Marcher hubiera recibido una de sus

ocasionales advertencias contra el egotismo. Sentía que, en general, había mantenido alerta muy decentemente su conciencia sobre la importancia de no ser egoísta; y era verdad que nunca había pecado en esta dirección sin intentar, casi de inmediato, inclinar la balanza al otro lado. Si la temporada lo permitía, reparaba con frecuencia su falta invitando a su amiga a acompañarle a la ópera; y así, a menudo sucedía que, para demostrarle que no deseaba que nutriera su alma con un solo tipo de alimento, él la llevaba allí una docena de noches al mes. Solía ocurrir incluso que, al acompañarla de vuelta a casa en tales ocasiones, entrara con ella a terminar la velada, como él decía; y para conseguir su propósito aún mejor, se sentara a la frugal pero siempre esmerada cena que aguardaba para su deleite. Conseguía su propósito, pensaba, no insistiéndole constantemente sobre sí mismo; lo conseguía, por ejemplo, en los momentos en los que, estando el piano a mano y ambos familiarizados con él, repetían juntos fragmentos de la ópera que acababan de escuchar. Sin embargo, fue casualmente en una de esas ocasiones cuando le recordó que no había respondido a cierta pregunta formulada en la conversación que tuvieron en su último cumpleaños—. ¿Qué es lo que le salva a usted? —quería decir qué le salvaba a ella de aparecer como una variante del tipo humano común. Si prácticamente él había escapado a los comentarios, según ella, haciendo lo que la mayoría de los hombres hacen en lo fundamental: encontrar respuesta a la vida componiendo algún tipo de alianza con una mujer del mismo tipo que ellos, ¿cómo había escapado May y cómo podía haber fracasado su alianza, tal como era, y suponiendo que fuera más o menos evidente para los demás, en evitar que seguramente la gente hablara de ella?

—Nunca dije que nuestra alianza no haya sido la causa de que hablaran de mí —contestó May Bartram.

—¡Ah bueno, entonces no se ha «salvado»!

—Para mí no ha sido un problema. Si usted ha tenido su mujer, yo he tenido mi hombre —dijo.

—¿Y quiere decir que eso la deja indemne?

¡Oh, siempre parecía que había tanto por decir!

—No sé por qué no debería dejarme tan indemne como le deja a usted, humanamente, que es de lo que estamos hablando.

—Ya veo —contestó Marcher—. «Humanamente», sin duda, prueba que vive con una finalidad. Es decir, no sólo para mí y mi secreto.

May Bartram sonrió.

—No pretendo que pruebe exactamente que no vivo para usted. Lo que está en tela de juicio es mi intimidad con usted.

Rió al darse cuenta de lo que quería decir.

—Sí; pero puesto que, como dice, yo soy sólo un tipo normal en relación a lo que la gente entiende, usted no es más que otro tipo corriente, ¿no? Me ayuda a pasar por un hombre como los demás. Por tanto si lo soy, si la entiendo bien, usted no está comprometida. ¿Es así?

Tras otro momento de vacilación, habló con suficiente claridad.

—Eso es. Lo único que me preocupa es ayudarle a pasar por un hombre como cualquier otro.

Puso la máxima atención en agradecer el comentario con generosidad.

—¡Qué amable y maravillosa es usted conmigo! ¿Cómo podré recompensarla?

Hizo su última grave pausa, como si contemplara varias alternativas. Pero eligió:

—Continuando siendo como es.

Se sumergieron en aquel «continuar siendo como él era». Y realmente duró tanto tiempo que llegó inevitablemente el día de un nuevo sondeo de sus profundidades. Era como si estas profundidades, salvadas constantemente por una estructura lo bastante firme, a pesar de su ligereza y su ocasional oscilación en el aire en cierto modo vertiginosa, invitaran de vez en cuando, para tranquilizar los nervios, a lanzar la plomada y medir el abismo. Además, había que señalar una diferencia definitiva debido a que, durante todo aquel tiempo, ella no parecía sentir la necesidad de rebatir la acusación que él había formulado justo antes de terminar una de las más intensas de sus últimas discusiones, de guardar una idea que no se atrevía a expresar. Él había tenido entonces la sensación de que ella «sabía» algo y que era malo, demasiado malo para contárselo. Cuando habló de ello como de algo tan ostensiblemente malo que temía que él llegara a descubrirlo, su respuesta había sido demasiado ambigua para que el asunto quedara así y, no obstante, para la especial sensibilidad de Marcher, demasiado temible para volver a tocarlo. Daba vueltas a su alrededor a una distancia que se estrechaba y ensanchaba alternativamente y que sin embargo no estaba influida por la conciencia que él tenía de que, después de todo, no había nada que ella pudiera «conocer» mejor que él. Ella no tenía ninguna fuente de conocimiento que él no tuviera igualmente, salvo que, por supuesto, podía tener una receptividad más acusada. Eso era lo que las mujeres tenían respecto a lo que les interesaba; podían percibir cosas, en lo que se refería a los demás, que ellos a menudo no habrían podido percibir por sí mismos. Su receptividad, sensibilidad e imaginación eran conductores y reveladores, y lo maravilloso de May Bartram radicaba especialmente en que se hubiera entregado de aquel modo a su caso. Sentía en estos días lo que, por extraño que parezca, no había sentido con anterioridad: el terror creciente de perderla en alguna catástrofe —una catástrofe que, sin embargo, no sería en absoluto *la* catástrofe; en parte debido a que, casi de repente, ella había empezado a parecerle más útil que nunca hasta entonces y, en parte debido a un atisbo de incertidumbre respecto a su salud, coincidente e igualmente nuevo—. Era característico del íntimo desapego que hasta aquel momento había cultivado con tanto éxito y del que toda nuestra descripción es una referencia, era característico que sus complicaciones, tal como se presentaban, no le hubieran parecido nunca, como en esta crisis, concentrarse a su alrededor hasta el punto incluso de preguntarse si, en verdad, no estaría por casualidad al alcance de la vista o el oído, en contacto o al alcance de la mano, dentro de la inmediata jurisdicción de la cosa que aguardaba. Cuando llegó el día que había de llegar, en que su amiga le confesó su

temor de una grave enfermedad de la sangre, sintió de algún modo la sombra de un cambio y el escalofrío de un sobresalto.

Inmediatamente comenzó a imaginar adversidades y desastres y sobre todo a pensar en el peligro que ella corría como una amenaza directa de privación personal para sí mismo. Esto, desde luego, le proporcionó una de esas parciales recuperaciones del equilibrio que tan agradables le resultaban: ponía de manifiesto que lo primero que aún tenía en su mente era el daño que ella podía sufrir. «¿Qué pasaría si ella muriese antes de saber, antes de ver...?» Hubiera sido brutal hacerle esta pregunta en los primeros estadios de su enfermedad; pero a él, la pregunta se le había formulado de inmediato, con ansiedad, y la posibilidad de que aquello sucediera antes de resolver el enigma era lo que más sentía. Además, si May «sabía» a consecuencia de haber tenido alguna... ¿cómo podía llamarlo?, iluminación mística irresistible, esto no mejoraría el asunto sino que lo empeoraría, puesto que la adopción inicial por parte de ella de su propia curiosidad había llegado casi a convertirse en el fundamento de su vida. Había estado viviendo para ver lo que había de ser visto y sería cruel que tuviera que rendirse antes de que la visión se consumara. Estas reflexiones, como digo, reavivaron su generosidad; sin embargo, aunque le era posible hacerlas, a medida que pasaba el tiempo, se encontraba cada vez más desconcertado. El tiempo se deslizaba para él con un flujo extraño y constante, y lo más singular de aquella singularidad era que, independientemente de la amenaza de un gran problema, le proporcionaba casi la única sorpresa cierta que el curso de su vida, si es que se le podía llamar curso, le había ofrecido hasta entonces. Ella se quedaba en casa como no lo había hecho nunca; estaba obligado a ir allí si quería verla: ahora no podía reunirse con él en ningún lugar, aunque apenas quedara un rincón de su amado y viejo Londres en el que, en distintas ocasiones del pasado, no se hubiera reunido con él; y la encontraba siempre sentada junto al fuego en la silla honda y antigua de la que cada vez le costaba más levantarse. Un día, tras una ausencia más dilatada de lo habitual, se había sorprendido de encontrarla súbitamente mucho mayor de lo que siempre había pensado que era; más tarde reconoció que lo súbito había sido su percepción: le había sorprendido súbitamente. Parecía mayor porque, inevitablemente, después de tantos años, era mayor, o casi, lo que, por supuesto, era válido, aún en mayor medida, para su compañero. Si ella era mayor, o casi, John Marcher lo era con toda seguridad, y sin embargo fue la revelación en ella, y no en sí mismo, lo que le hizo ver claramente la verdad. Aquí empezaron sus sorpresas, y una vez que empezaron se multiplicaron; llegaron en torrente: fue como si, del modo más extraño del mundo, hubieran estado todas ocultas, sembradas en un apretado haz para el atardecer de la vida, la hora en lo que, para la mayoría de la gente, lo inesperado se ha extinguido.

Una de las sorpresas fue haberse descubierto (porque así lo había hecho) preguntándose realmente si el gran accidente no sería otra cosa que estar condenado a ver cómo esta encantadora mujer, esta admirable amiga, llegaba a su fin. Nunca la había calificado tan francamente como al verse mentalmente confrontado con semejante

posibilidad; a pesar de lo cual, apenas le cabía duda de que, como respuesta a su largo enigma, la mera destrucción de uno de los más hermosos atributos de su circunstancia, sería una abyecta decepción. En relación a su actitud mental anterior, representaría el derrumbamiento de su dignidad, bajo cuya sombra su existencia sólo podría convertirse en el más grotesco de los fracasos. Había estado lejos de considerarla un fracaso a pesar del largo tiempo que había esperado la aparición de lo que iba a convertirla en éxito. Había esperado otra cosa bien distinta, no algo como aquello. Sin embargo, el aliento de su buena fe se ahogaba al advertir cuánto tiempo había esperado, o por lo menos, cuánto tiempo había esperado su amiga. De todos modos, el que pudiera recordársela como alguien que había esperado en vano le afectaba intensamente y aún más porque en un principio él no había hecho sino recrearse con la idea. Esta se fue haciendo más grave a medida que las condiciones de salud de su amiga se agravaban, y el estado mental que le producía, que él mismo acabó por observar, como si se tratara de una definida deformidad física, podía considerarse otra de sus sorpresas. Esta última fue seguida de otra más: la conciencia realmente pasmosa de una pregunta que habría permitido que tomase cuerpo si se hubiese atrevido. ¿Qué significaba todo?; es decir, ¿qué significaba ella y su vana espera y su probable muerte y la insondable admonición de todo ello, a no ser que, en este momento de la vida, fuera simple y abrumadoramente demasiado tarde ya? En ninguna fase de su peculiar estado de conciencia había admitido nunca el susurro de tal censura; jamás, hasta estos últimos meses, había sido tan infiel a su convicción como para no sostener que lo que le esperaba tenía su tiempo, tanto si a él le parecía que lo tenía como si no. La certeza de que, por fin, por fin, prácticamente no lo tenía, o que si lo tenía era en una cantidad ínfima, llegó a ser, muy pronto y a medida que le iban pasando cosas, una realidad con la que su vieja obsesión tuvo que contar; y la apariencia, progresivamente confirmada, de que a la gran incertidumbre que proyectaba la larga sombra en la que había vivido no le quedaba ningún margen en el que afirmarse. Puesto que debió haberse enfrentado a su destino en el Tiempo, también su destino debió haber actuado en el Tiempo; y mientras despertaba a la sensación de no ser ya joven, que era exactamente la sensación de ser viejo, y a la vez, del mismo modo, a la sensación de ser débil, despertó además a otro asunto. Todo estaba unido; él y la gran incertidumbre estaban sujetos a la misma ley indivisible. Cuando, por consiguiente, las posibilidades mismas habían envejecido, cuando el secreto de los dioses había languidecido, tal vez incluso se había evaporado, aquello y sólo aquello era el fracaso. No hubiera sido fracaso estar arruinado, deshonorado, puesto en la picota o ahorcado; el fracaso era no ser nada. Y así, en el oscuro valle en el que desembocaba el imprevisto giro que su camino había tomado, se sentía no poco inseguro caminando a tientas. No le importaba qué golpe espantoso podría aguardarle, con qué ignominia, con qué monstruosidad pudieran aún asociarle —puesto que, después de todo, no era tan anciano como para no poder sufrir—, si tan sólo fuera decentemente proporcional a la postura mantenida durante toda su vida ante la presentida presencia. No le quedaba sino un deseo: no haber sido «estafado».

4

Fue entonces, una tarde en que la primavera del año era joven y nueva, cuando ella se enfrentó a su manera a la más sincera revelación de estas inquietudes. Había ido tarde a visitarla, pero la noche no había caído y May apareció ante él a la luz fresca y clara de los atardeceres de abril que a menudo nos afectan con una tristeza más intensa que las horas más grises del otoño. La semana había sido cálida; se suponía que la primavera había comenzado pronto y May Bartram se sentaba, por primera vez aquel año, frente a la chimenea apagada; un hecho que para la sensibilidad de Marcher confería al escenario del que ella formaba parte un aspecto sereno y definitivo, un aire como si supiera, en su orden inmaculado y su austera alegría sin sentido, que no volvería a ver nunca otro fuego. Su propio aspecto (no hubiera sabido decir por qué) intensificaba la sensación. Casi tan blanca como la cera, con señales y marcas en el rostro, tan finas y numerosas como si hubieran sido grabadas con una aguja, con suaves y blancos ropajes realzados por un chal verde pálido, cuyo tono delicado había sido consagrado por los años, era la imagen de una esfinge serena y exquisita, aunque impenetrable, y cuya cabeza, o tal vez toda su persona, hubiera sido recubierta con polvo de plata. Era una esfinge; no obstante, con sus pétalos blancos y el follaje verde podía haber sido también un lirio; pero un lirio artificial, maravillosamente imitado y mantenido constantemente, sin polvo ni mancha —aunque no exento de una suave languidez y un laberinto de imperceptibles arrugas—, bajo una campana de cristal. La perfección en el cuidado de la casa, de gran pulimento y detalle, reinaba siempre en sus habitaciones, pero ahora, en especial, a Marcher le parecía como si todo en ellas hubiera sido envuelto, doblado y guardado, de forma que ella pudiera sentarse con las manos enlazadas sin nada más que hacer. Tal como la veía, estaba «al margen de aquello»; su trabajo había terminado; se comunicaba con él como a través de un golfo, o desde un islote de descanso al que ya había llegado, y eso le hacía sentirse extrañamente abandonado. ¿Sería (o quizás no lo fuera) que, por haber pasado tanto tiempo velando con él, la respuesta a su pregunta hubiera flotado ante su vista y asumido un nombre, de modo que su tarea había concluido realmente? Había llegado a acusarla de esto cuando, muchos meses atrás, le había dicho que, incluso entonces, le estaba ocultando algo que ella sabía. Era un tema sobre el que no se había aventurado a insistir desde aquel momento, temiendo vagamente que, si lo hacía, podían crearse diferencias e incluso desavenencias entre ellos. En resumen, en los últimos tiempos se sentía más irritable que nunca en todos aquellos años. Y resultaba extraño que su irritabilidad hubiera aguardado hasta el momento que había empezado a dudar y que se hubiera contenido tanto tiempo cuando estaba seguro. Tenía la impresión de que algo caería sobre su cabeza si decía la palabra incorrecta, algo, que de esa forma al menos, pondría fin a su ansiedad. Pero no quería proferir la palabra incorrecta; eso haría que todo fuera

horrible. Deseaba que el conocimiento del que carecía descendiera sobre él, como si se dejara caer por su propio y majestuoso peso. Si era ella quien iba a abandonarle, con toda seguridad se despediría. Por este motivo no volvió a preguntarle directamente lo que sabía; pero también por la misma razón, abordando el asunto desde otro ángulo, le dijo en el curso de su visita:

—¿Qué considera que es lo peor que puede sucederme en esta etapa de mi vida?

Se lo había preguntado bastante a menudo en el pasado; con el curioso e irregular ritmo de sus vehemencias y suspicacias, habían intercambiado opiniones sobre ello y después habían visto cómo aquellas ideas se desvanecían, por intervalos de frialdad, como figuras dibujadas en la arena del mar. Había sido siempre característico de su conversación que las alusiones más antiguas que se hacían no requerían sino un pequeño rechazo y reacción para que volvieran a surgir, pareciendo nuevas en aquel momento. Por eso, ahora, ella podía enfrentarse a su pregunta con bastante paciencia y frescura.

—¡Oh, sí, lo he pensado repetidas veces, pero desde el comienzo siempre me pareció imposible decidirme. He pensado en cosas terribles entre las que era difícil elegir; y lo mismo debe de haberle pasado a usted.

—¡Por supuesto! Ahora me parece que apenas he hecho otra cosa. Tengo la sensación de haber pasado mi vida sin pensar en nada salvo en cosas espantosas. Muchas de ellas se las he mencionado en diversas ocasiones, pero hubo otras que no pude mencionar.

—¿Eran demasiado, demasiado espantosas?

—Demasiado, algunas eran demasiado espantosas.

Ella le miró durante un momento, y al mirarla Marcher se enfrentó a la sensación ilógica de que sus ojos, contemplados en toda su claridad, eran aún tan hermosos como lo habían sido en su juventud, aunque aquella hermosura tuviera un extraño y frío destello; un destello que, de algún modo, era parte del efecto, o tal vez más bien parte de la causa, de la dulzura pálida y rigurosa de la estación y la hora.

—Y sin embargo —dijo, por fin—, hay horrores que hemos nombrado.

El ver una figura como ella en un cuadro como aquel hablar de «horrores», acentuaba la extrañeza pero, pasados unos minutos, iba a hacer algo todavía más extraño (aunque él no adquiriera plena conciencia de ello sino más tarde) y los indicios de aquella acción flotaban ya en el aire. Uno de los indicios relacionados con aquello era el que sus ojos tuvieran de nuevo el temblor vehemente de su plenitud. No obstante, tenía que admitir lo que ella había dicho.

—Oh, sí, hubo veces que fuimos muy lejos.

Se daba cuenta de que hablaba como si todo hubiera terminado. Bueno, ojalá fuera así; y, para él, la consumación dependía claramente, cada vez más, de su compañera.

Ahora, sin embargo, ella sonreía suavemente.

—¡Oh, sí, muy lejos...

Resultaba singularmente irónico.

—¿Quiere decir que está dispuesta a ir más lejos todavía?

Mientras continuaba mirándole, May resultaba frágil, anciana y encantadora; y sin embargo era como si hubiese perdido el hilo.

—¿De verdad considera que fuimos tan lejos?

—Pero yo creía que era precisamente eso en lo que estaba haciendo hincapié, en que habíamos mirado de frente la mayoría de las cosas.

—¿Incluyéndonos a nosotros? —Todavía sonreía—. Pero tiene mucha razón. Hemos vivido juntos enormes fantasías; a menudo, grandes miedos; pero no hemos expresado algunos de ellos.

—Entonces aún no nos hemos enfrentado a lo peor. Creo que yo *podría* enfrentarlo si supiera de qué cree que se trata. Siento —explicó— como si hubiera perdido la capacidad de concebir tales cosas. —Se preguntaba si su aspecto resultaba tan confuso como sus palabras—. Se me ha agotado.

—Entonces, ¿por qué supone que la mía no? —preguntó.

—Porque me ha dado señales de lo contrario. No se trata de que usted conciba, imagine, compare. Ahora, no se trata de elegir. —Por fin lo soltó—: Usted sabe algo que yo no sé. Ya me lo dejó entrever antes.

En aquel momento se dio cuenta de que sus últimas palabras le habían afectado considerablemente, pero habló con firmeza.

—Yo no le he dejado entrever nada, querido.

Él negó con la cabeza.

—No puede ocultarlo.

—¡Oh, oh! —murmuró May Bartram sobre lo que no podía ocultar. Era casi un gemido ahogado.

—Lo admitió hace meses cuando le hablé de ello como de algo que temía que yo descubriese. Me respondió que yo no podía descubrirlo, que no lo haría, y no pretendo haberlo descubierto. Pero, por lo tanto, pensaba en algo, y ahora veo que debía ser, que todavía es, en la posibilidad que, entre todas las posibilidades, se le ha confirmado como la peor. Por esta razón recurro a usted —continuó—. Ahora sólo temo la ignorancia, el conocimiento no me asusta. —Y como durante unos instantes ella no decía nada, continuó—: Lo que me hace estar seguro es que veo en su cara y siento aquí, en este aire y entre estas paredes, que usted ha salido de esto. Lo ha conseguido. Ha vivido su experiencia. Me abandona a mi destino.

May le escuchaba, inmóvil y blanca en su silla, como si de hecho tuviera que tomar una decisión, de manera que todo su porte era una confesión virtual, aunque aún mantenía una mínima, delicada y profunda rigidez, una rendición imperfecta.

—Sería lo peor —dijo por fin—. Quiero decir la cosa que no he hecho jamás.

Aquello le acalló unos instantes.

—¿Más monstruoso que todas las monstruosidades que hemos nombrado?

—Más monstruoso. ¿O acaso no es eso lo que expresa con suficiente claridad al llamarlo lo peor? —preguntó.

Marcher reflexionó.

—Ciertamente, si se refiere, como yo, a algo que incluye toda la pérdida y la vergüenza que cabe imaginar.

—Así sería si sucediera —dijo May Bartram—. Pero recuerde que sólo estamos hablando de lo que a mí me parece.

—Es lo que usted cree —contestó Marcher—. Para mí es suficiente. Siento que su creencia es acertada. Por tanto si, teniéndola, no me la esclarece, es que me abandona.

—¡No, no! —repitió—. Aún estoy con usted, ¿no lo ve?

Como si quisiera hacérselo más gráfico, se levantó de la silla —un movimiento que rara vez hacía por aquel entonces— y se mostró completamente ataviada y apacible en toda su hermosura y delgadez.

—No le he abandonado.

Aquella era realmente una garantía generosa en lo que tenía de esfuerzo contra la debilidad, y si el resultado del impulso no hubiera sido felizmente admirable, le hubiera conmovido más dolorosa que placenteramente. Pero el frío encanto de sus ojos se había extendido, mientras revoloteaba ante él, a toda su persona como si recobrara la juventud durante un momento. No podía compadecerla por eso; sólo podía aceptarla como se mostraba, como alguien todavía capaz de ayudarle. Al mismo tiempo, era como si su luz pudiera apagarse en cualquier instante, por lo que debía aprovechar la situación al máximo. Ante él pasaban con intensidad las tres o cuatro cosas que más deseaba saber; pero la pregunta que descendió a sus labios por su propio peso incluía realmente a las demás.

—Entonces, dígame si voy a sufrir conscientemente.

Ella negó rápidamente con la cabeza.

—¡Nunca!

Aquello confirmó la autoridad que él le atribuía y le produjo un efecto extraordinario.

—Bien, ¿y qué puede haber mejor? ¿A eso le llama lo peor?

—¿Cree que no hay nada mejor? —preguntó.

Ella parecía querer decir algo tan especial que él volvió a quedarse absolutamente perplejo, aunque con indicios de una expectativa de alivio.

—¿Por qué no, si no se sabe?

Después, cuando sus miradas se encontraron en silencio a propósito de esta pregunta, los indicios se intensificaron y el rostro de May Bartram le reveló algo que venía prodigiosamente en su ayuda. Al comprenderlo, el rubor le subió de repente hasta la frente y se quedó sin aliento al sentir la fuerza de una percepción con la que todo encajaba en aquel momento. El sonido de su respiración entrecortada llenaba el aire; después empezó a articular.

—Ya veo... ¡Si no sufro!

Sin embargo, había duda en la mirada de ella.

— ¿Qué es lo que ve?

— Pues lo que quiere decir... lo que siempre ha querido decir.

Ella volvió a negar con la cabeza.

— Lo que quiero decir no es lo que siempre he querido decir. Es diferente.

— ¿Es algo nuevo?

Dudó un momento.

— Algo nuevo. No es lo que piensa. Veo lo que está pensando.

Su pronóstico tomó aliento; tal vez la rectificación que ella hacía fuera errónea.

— ¿No será que *soy* un burro? —preguntó entre el desfallecimiento y la inflexibilidad—. ¿No habrá sido todo una equivocación?

— ¿Una equivocación? —repitió compasivamente.

Se dio cuenta de que *aquella* posibilidad le resultaba monstruosa y si ella le garantizaba la inmunidad contra el dolor no sería por tanto a lo que ella se refería.

— Oh, no —manifestó—, no es nada de eso. No se ha equivocado. —Aun así, no podía evitar preguntarse si, al sentirse presionada, no hablaría sólo para salvarle. Le parecía que, si su historia resultaba ser una trivialidad total, estaría absolutamente perdido.

— ¿Me está diciendo que es verdad para que no me dé cuenta de que he sido un idiota más grande de lo que puedo soportar al enterarme? ¿No he vivido con una fantasía estéril, en el más fatuo espejismo? ¿No he esperado sino para ver cómo la puerta se cierra ante mi rostro?

Ella negó de nuevo con la cabeza.

— Sea como sea el caso, *ésa* no es la verdad. Cualquiera que sea la realidad, es una realidad. La puerta no está cerrada. La puerta está abierta —dijo May Bartram.

— ¿Entonces va a suceder algo?

Ella hizo otra pausa, con sus fríos y dulces ojos siempre fijos en él.

— Nunca es demasiado tarde.

Con paso deslizante, había acortado la distancia que les separaba y se quedó de pie, junto a él, a su lado, un momento, como llena todavía de lo inexpresado. Su movimiento podía estar motivado por querer dar un énfasis sutil a lo que, al mismo tiempo, dudaba y se atrevía a decir. El había permanecido de pie junto a la chimenea apagada y escasamente adornada, con un relojito francés antiguo perfecto y dos figuritas rosadas de Dresden como único mobiliario; la mano de May se aferraba al estante mientras le mantenía a la espera; se aferraba buscando apoyo y estímulo, sin embargo, sólo le mantuvo a la espera; es decir, él solamente esperaba. De pronto, de su movimiento y actitud se desprendía de manera hermosa y vívida para él que ella tenía algo más que darle; su cara devastada resplandecía delicadamente con aquello que centelleaba en su expresión, casi como el blanco satinado de la plata. May tenía razón, incontestablemente, porque lo que veía en su rostro era la verdad; y era extraño que, de manera inconsecuente, mientras aún estaba en el aire la conversación que presentaba

aquella verdad como algo espantoso, ella parecía ofrecerla como excesivamente suave. Completamente perplejo —aquello le dejó boquiabierto de gratitud por su revelación— continuaron en silencio durante unos minutos más, ella con el rostro radiante junto a él, apremiándolo con su contacto imponderable y Marcher con una mirada colmada de afecto pero también de expectación. Al final, sin embargo, lo que él había esperado no se manifestó. En su lugar sucedió otra cosa, que en un principio pareció consistir tan sólo en que ella cerrara simplemente los ojos. Pero en aquel mismo instante se dejó llevar por un lento y tenue estremecimiento; y, aunque él permaneció mirándola fijamente (en realidad la miraba con intensidad), May se volvió y alcanzó su silla. Fue el final de lo que ella se había propuesto, pero aquello le dejó pensando únicamente en eso.

—¿Bueno, no me dice usted...?

Al pasar había tocado una campana junto a la chimenea y se había hundido en la silla, extraordinariamente pálida.

—Me temo que estoy demasiado enferma.

—¿Demasiado enferma como para decírmelo?

El miedo a que pudiera morir sin mostrarle la luz, se le impuso violentamente y a punto estuvo de expresarlo. Se contuvo, a tiempo, de formular la pregunta, pero ella contestó como si hubiera oído las palabras.

—¿No lo sabe ahora?

—¿Ahora...?

Hablaba como si en aquel momento hubiera surgido algo que supusiera una diferencia. Pero la sirvienta, obedeciendo con prontitud a la llamada de la campanilla, estaba ya con ellos.

—Yo no sé nada.

Más tarde, se diría que tal vez había hablado con abominable impaciencia, al revelar con tal impaciencia que, absolutamente desconcertado, se lavaba las manos de todo aquel asunto.

—¡Oh! —dijo May Bartram.

—¿Tiene dolores? —preguntó, mientras la sirvienta iba hacia ella.

—No —dijo May Bartram.

Su sirvienta, que la rodeaba con un brazo, como para llevarla a su habitación, fijó en él una mirada suplicante que contradecía la respuesta de May; sin embargo, a pesar de esto él volvió a mostrarse desconcertado.

—¿Qué había sucedido entonces?

Ella se había vuelto a poner en pie con ayuda de su compañera, y Marcher, advirtiéndole que se imponía la retirada, recogió torpemente el sombrero y los guantes y alcanzó la puerta. Aún esperaba su respuesta.

—Lo que tenía que suceder —dijo.

Volvió al día siguiente, pero May no estaba en condiciones de recibirle y como era, literalmente, la primera vez que esto ocurría en el largo intervalo de su amistad, regresó vencido y lastimado, casi enfadado (o por lo menos sintiendo que semejante ruptura de sus hábitos era realmente el principio del fin), y deambuló solo con sus pensamientos, especialmente con uno que sentía imposible de reprimir. Se moría y él iba a perderla; se moría y su muerte ponía fin a su propia vida. Se detuvo en el parque por el que había cruzado y contempló fijamente la insistente duda que surgía ante él. Lejos de ella, la duda acuciaba de nuevo; en su presencia, él la había creído; pero al sentir su soledad se entregó por completo a la explicación que, por estar más a mano, le producía una calidez más triste y un tormento menos frío. Le había engañado para salvarle: le había despachado con algo en lo que él pudiera apoyarse. Después de todo, ¿qué podía ser lo que había de sucederle sino precisamente esto que había empezado a suceder? Su agonía, su muerte y la soledad consiguiente; *aquello* era lo que había imaginado como la bestia en la jungla; aquello era lo que había estado en manos de los dioses. Se lo había oído decir cuando se marchaba; porque ¿qué diablos si no habría querido decir? No era algo de categoría monstruosa; ni un destino excepcional y distinguido; ni un golpe de suerte de los que abruman e immortalizan; tenía únicamente la marca de los destinos anodinos. Pero, en este momento, el pobre Marcher pensaba que tenía suficiente con un destino anodino. Colmaría sus necesidades e incluso como consumación de su infinita espera, doblegaría su orgullo y lo aceptaría. Se sentó en un banco a la luz del crepúsculo. No había sido un imbécil. Como ella dijo, algo había sucedido. Lo cierto es que, antes de levantarse, había tenido la impresión de que el hecho final encajaba con el largo camino que había tenido que recorrer para alcanzarlo. Al compartir su incertidumbre y al entregarse por completo, ofreciendo su vida hasta agotarla, ella le había acompañado en cada paso del camino. Él había vivido gracias a su ayuda y dejarla atrás sería una forma atroz y espantosa de perderla. ¿Qué podía ser más abrumador que esto?

Pues, iba a saberlo en el transcurso de la semana, porque aunque ella le mantuvo a distancia un cierto tiempo y le dejó inquieto y desdichado durante una serie de días, en cada uno de los cuales preguntó por ella sólo para tener que volver a marcharse, terminó por poner fin a sus tribulaciones recibéndole donde siempre le había recibido. Sin embargo, ella había sido expuesta, no sin cierto riesgo, en presencia de tantas de las cosas que, consciente y vanamente eran la mitad del pasado que habían compartido; y de poco servía, por parte de ella, la bondad del mero deseo demasiado visible, de refrenar la obsesión y poner fin a la larga angustia que él padecía. Eso era claramente lo que ella deseaba; hacer algo más, para quedarse tranquila, mientras aún pudiera tenderle la mano. Él estaba tan afectado por el estado en el que ella se encontraba que, una vez sentado junto a su silla, estuvo tentado de dejar las cosas como estaban; así que

fue May quien le recordó y retomó, antes de despedirse, sus últimas palabras del encuentro anterior. Le demostraba que quería dejar su asunto en orden.

—No estoy segura de que me entendiera. No tiene que esperar nada más. Ha sucedido.

¡Oh, de qué forma la miró!

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Aquello que usted dijo que tenía que ocurrir?

—Aquello que empezamos a esperar en nuestra juventud.

Cara a cara con ella volvió a creerla; era una declaración a la que, resignadamente, poco tenía que oponer.

—¿Quiere decir que ha ocurrido como un suceso seguro y definido, con nombre y fecha?

—Seguro y definido. No sé el nombre, pero sí una fecha concreta.

De nuevo volvió a encontrarse perdido.

—¿Pero es que llegó en la oscuridad... llegó y pasó de largo?

May Bartram mostraba una sonrisa vaga y extraña.

—¿Pero si no he sido consciente de ello y no me ha rozado...?

—El no haber sido consciente de ello —y al decir aquello pareció titubear un segundo—, el que no haya sido consciente de ello, es lo extraño dentro de lo extraño. Es lo inexplicable de lo inexplicable.

Hablaba casi con la morbidez de un niño enfermo, pero ahora, por fin, con la perfecta exactitud de una sibila. Evidentemente sabía lo que sabía, y a él le producía el efecto de algo que armonizaba, por su elevada índole, con la ley que le había gobernado. Era la verdadera voz de la ley; como si la ley hubiera hablado por sus propios labios.

—Le ha rozado —continuó diciendo—. Ha cumplido su función. Le ha hecho completamente suyo.

—¿Tan completamente suyo sin yo enterarme?

—¿Tan completamente suyo sin enterarse usted?

Al inclinarse hacia May, apoyó la mano en el brazo del sillón, y entonces, sonriendo como siempre vagamente, ella colocó la suya sobre la de él.

—Es suficiente con que yo lo sepa.

—¡Oh! —exclamó atropelladamente, como ella lo había hecho tantas veces últimamente.

—Lo que dije hace mucho tiempo es verdad. Ahora nunca lo sabrá y me parece que debería alegrarse. Ya le ha sucedido —dijo May Bartram.

—¿Pero qué me ha sucedido?

—Ciertamente, lo que le estaba destinado. La prueba de su ley. Ha actuado. Estoy contentísima —agregó entonces con valentía— de haber podido ver lo que no es.

Él continuaba mirándola fijamente con la sensación de que todo aquello estaba fuera de su alcance y de que ella también lo estaba; le hubiera desafiado impacientemente para que continuara de no haber considerado un abuso de su debilidad hacer otra cosa que no fuera recibir con devoción lo que le ofrecía, recibirlo tan calladamente, como una revelación. Si él hablaba era debido al augurio de soledad que le esperaba.

—Si está contenta por lo que «no» es, ¿quiere decir que podía haber sido peor?

Ella dirigió su vista a otra parte, miró fijamente adelante y, tras un momento, dijo:

—Bien, usted conoce nuestros miedos.

—¿Es entonces algo que nunca hemos temido? —preguntó.

Al oír esto, ella se volvió lentamente hacia él.

—¿Es que alguna vez soñamos, con todos nuestros sueños, que estaríamos sentados hablando de ello así?

Él trató de pensar por un momento si lo habían hecho; pero era como si sus innumerables sueños estuvieran disueltos en una niebla fría y densa en la que el pensamiento se perdía.

—¿Podría haber sucedido que no pudiéramos hablar?

—Bien —May hacía por él todo lo que podía— no lo mire desde este ángulo. Estamos, ya sabe, en el ángulo opuesto —dijo.

—Me parece —respondió el pobre Marcher—, que para mí todos los ángulos son iguales.

Sin embargo, en aquel momento, mientras ella movía la cabeza suavemente, corrigiéndole, dijo:

—¿Tal vez no nos fue posible cruzar...?

—En donde estamos... no. Estamos aquí —dijo con débil énfasis.

—¿Y de qué nos sirve? —fue el sincero comentario de su amigo.

—Nos sirve de lo que puede. Nos sirve el hecho de que no esté aquí. Ha pasado. Ha quedado atrás —dijo May Bartram—. Antes... —pero su voz desfalleció.

El se había levantado para no cansarla, pero era difícil combatir su anhelo. Después de todo, ella no le había dicho nada excepto que su luz había palidecido (algo que ya sabía sin que se lo dijera).

—¿Antes...? —repitió desconcertado.

—Antes, ya sabe, era algo siempre por lo que lo mantenía presente.

—Oh, no me importa lo que llegue ahora. Además, me parece que preferiría que estuviera presente, como usted dice, más que ausente con su ausencia —añadió Marcher.

—¡Oh, mi ausencia! —y sus pálidas manos le restaron importancia.

—Con la ausencia de todo.

Tenía la espantosa sensación de estar allí, ante ella por última vez en su vida (si se puede dar por buena una mera sensación, la sensación de caer en un vacío insondable).

Esto gravitaba sobre él con un peso que apenas podía soportar y era este peso el que aparentemente extraía aún lo que quedaba en él de protesta articulable.

—Le creo; pero no puedo aparentar que entiendo. *Nada* ha terminado para mí; nada habrá terminado hasta que yo mismo termine, lo cual ruego a mi estrella sea lo más pronto posible. Dígame —añadió—, aunque no haya apurado mi copa hasta las heces, como usted sostiene, ¿cómo es posible que aquello que no he sentido jamás sea, entre todas las cosas, lo que estaba destinado a sentir?

Se enfrentó a él quizás menos directamente, pero se le enfrentó impasible.

—Usted da por sentados sus «sentimientos». Debía padecer su destino. Eso no significa necesariamante conocerlo.

—¿Y cómo es posible, cuando tal conocimiento no es sino sufrimiento?

Levantó la mirada hacia él en silencio.

—No, no lo entiende.

—Sufro —dijo John Marcher.

—¡No lo haga, no lo haga!

—¿Cómo puedo evitar al menos *eso*?

—¡No lo haga! —repitió May Bartram.

Lo dijo en un tono tan especial, a pesar de su debilidad, que él la miró fijamente un momento, la miró tan fijamente como si una luz, hasta entonces oculta, hubiera brillado tenuemente ante sus ojos. La oscuridad se cernió de nuevo a su alrededor, pero el destello ya se había convertido para él en una idea.

—¿Por qué no tengo derecho a...?

—No quiera saber lo que no necesita —le instó compasivamente—. No lo necesita... porque no debemos.

—¿No debemos? —¡Si tan sólo pudiera saber lo que ella quería decir!

—No..., es demasiado.

—¿Demasiado? —siguió preguntando con un desconcierto que, repentinamente, desapareció un momento después. Sus palabras, si algo significaban, le afectaban a la luz de esto, la luz también de su rostro demacrado, como si significaran *todo*, y la sensación de lo que el conocimiento había sido para ella, cayó sobre él como un torrente que desembocó en una pregunta:

—¿Entonces, es de eso de lo que se está muriendo?

Ella tan sólo le miró, seria al principio, como para ver, de esta forma, hasta dónde comprendía él, y algo debió ver o temer que la movió a compasión.

—Seguiría viviendo para ti... si pudiera.

Cerró los ojos un momento, como si, recogida en sí misma, estuviera intentándolo por última vez.

—¡Pero no puedo! —dijo, al abrirlos de nuevo, para despedirse. Desde luego no podía, como se puso de manifiesto muy pronto y de forma harto rigurosa; y después de esto no volvió a tener una imagen suya que no fuera oscuridad y muerte. Se habían separado para siempre con aquella extraña charla; el acceso a su lecho de dolor,

guardado estrictamente, le fue casi totalmente prohibido; además, ahora, frente a médicos, enfermeras y los dos o tres parientes atraídos sin duda por los presuntos bienes que ella tenía que «dejar», sentía qué pocos derechos, como se dice en estos casos, podía esgrimir, y qué extraño podía resultar incluso que la intimidad habida entre ellos no le otorgara algunos más. El más estúpido de los primos lejanos tenía más que él, a pesar de que ella no hubiese significado nada en la vida de aquella persona. En la *suya*, ella había sido primordial entre lo primordial, porque ¿qué otra cosa era haber sido tan indispensable? Indeciblemente extraños eran los derroteros de la existencia y desconcertante para él la anomalía de su falta, como él sentía, de derechos reconocibles. Una mujer podía haber sido, supongamos, todo para él, y aun así aquello no le presentaba ante los demás, como una relación que parecieran obligados a reconocer. Si esto había sucedido en las últimas semanas, aún sucedió más pronunciadamente con ocasión de las últimas exequias, en el gran cementerio gris de Londres, en honor de lo que había sido mortal, de lo que había sido precioso en su amiga. La concurrencia en torno a su tumba no fue numerosa, pero él se vio tratado como si apenas tuviera más relación con aquello de la que hubieran podido tener otros miles de personas. En resumen, desde este momento se vio enfrentado al hecho de que el interés que May Bartram se había tomado por él iba a beneficiarle extraordinariamente poco. No hubiera podido decir con exactitud lo que esperaba, pero era seguro que no había esperado tener que abordar esta doble privación. No sólo le faltaba el interés de su amiga, sino que parecía sentirse privado, por razones que no podía entender, de la distinción, dignidad y decoro, aunque no fuera más, del hombre manifiestamente afligido. Era como si, a los ojos de la sociedad, no hubiera estado manifiestamente afligido; como si faltara algún signo o prueba de ello y como si, a pesar de todo, ese carácter no pudiera ser confirmado nunca, ni su deficiencia subsanada jamás. A medida que las semanas pasaban, hubo momentos en que le hubiera gustado, por medio de un acto casi agresivo, pronunciarse sobre la intimidad de su pérdida, para que, al ser cuestionada, pudiera dejar constancia de su réplica para alivio de su espíritu; no obstante, los momentos de más impotente exasperación se sucedieron rápidamente; momentos en los que al considerar estas cosas con la conciencia tranquila, pero sin perspectiva de futuro, se encontró preguntándose si no debería haber empezado, por así decirlo, mucho antes. Se encontró, en realidad, preguntándose muchas cosas, y esta última especulación vino acompañada de otras. Después de todo, ¿qué hubiera podido hacer él mientras ella vivía sin que ambos, por expresarlo de alguna forma, quedaran en evidencia? No hubiera podido revelar que ella estaba vigilándole, porque eso hubiera sido hacer pública la superstición sobre la Bestia. Eso era lo que ahora mantenía cerrada su boca, ahora que la Jungla había sido batida hasta quedar arrasada y la Bestia se había escabullido. Parecía demasiado tonto y demasiado insípido; la diferencia para él en este punto concreto, la extinción en su vida del elemento de incertidumbre, era tal que de hecho le sorprendía. Apenas hubiera podido decir a qué se parecía el efecto que causaba; el cese abrupto, la prohibición tajante, tal vez de la música, más que de

ninguna otra cosa, en un lugar donde todo estaba dispuesto y habituado a la sonoridad y a la atención. Si, de todos modos, se le hubiera ocurrido levantar el velo de su propia imagen en algún momento del pasado (después de todo, ¿qué otra cosa había hecho sino levantarlo para *ella*?), o levantarlo así ahora, y hablar a la gente sin restricciones de la jungla desbrozada y hacerles la confidencia de que ahora la sentía como un lugar seguro, hubiera sido no sólo verles escuchar un cuento de comadres, sino realmente oírsele contar a sí mismo. Lo que en verdad sucedió al poco tiempo fue que el pobre Marcher avanzaba con dificultad por sus pastos arrasados, donde la vida no bullía, donde ninguna respiración era audible, donde ningún ojo maligno parecía centellear desde una posible madriguera, como si buscara vagamente a la Bestia, y aún más como si la echara de menos. Deambulaba por una existencia que de forma extraña se había hecho más espaciosa, y deteniéndose a intervalos, en lugares donde la maleza de la vida le parecía más tupida, se preguntaba con ansiedad, inquiría secreta y dolorosamente si habría estado al acecho aquí o allí. Hubiera saltado de todos modos; lo que por lo menos estaba íntegro era su fe en la verdad de la certidumbre que se le había ofrecido. El cambio de sus viejas sensaciones a esta otra nueva era absoluto y definitivo: lo que estaba destinado a suceder había sucedido tan absoluta y definitivamente que se sentía tan poco capaz de ver con miedo su futuro como de concebir esperanzas; carente en suma de cualquier interrogante sobre lo que pudiera sucederle. Tendría que vivir exclusivamente con la otra interrogante, la de su pasado sin identificar, la de haber tenido que ver su suerte impenetrablemente embozada y enmascarada. El tormento de esta visión se convirtió entonces en su ocupación; tal vez no hubiera accedido a seguir viviendo a no ser por la posibilidad de resolver el acertijo; ella, su amiga, le había dicho que no tratara de averiguar; le había prohibido, hasta donde le fuera posible, saber, y en cierto modo había negado en él la capacidad de aprender: obviamente, demasiadas cosas como para privarle de descanso. No era que deseara, argumentaba con imparcialidad, que lo que le había sucedido volviera a sucederle de nuevo; era únicamente que, como anticlimax, no debería haberle sorprendido tan profundamente dormido como para no ser capaz de recobrar con un esfuerzo mental el elemento perdido de su conciencia. En ciertos momentos se declaraba a sí mismo que lo recobraría o terminaría con la conciencia para siempre; convirtió esta idea en su único tema; en definitiva, la convirtió en una pasión como ninguna otra, en comparación, parecía no haberle afectado nunca. El elemento perdido de su conciencia llegó a ser para él como un niño extraviado o cautivo para un padre desesperado; lo buscaba por todas partes incansablemente como si llamara a las puertas o consultara con la policía. Éste fue el estado de ánimo con el que, inevitablemente, se dispuso a viajar. Empezó un viaje que duraría tanto como pudiera alargarlo; ante él danzaba la idea de que, puesto que el otro lado del globo no tendría menos que contarle, era probable que le ofreciera más posibilidades de sugerencia. Antes de abandonar Londres, sin embargo, peregrinó a la tumba de May Bartram, se dirigió allí a través de las interminables avenidas de la tétrica necrópolis suburbana, la buscó entre la

multitud de tumbas, y, aunque no había ido más que para renovar el acto de despedida, cuando al fin estuvo de pie frente a ella, se encontró seducido por remotas fuerzas. Durante una hora permaneció allí de pie, incapaz de volverse e incapaz de penetrar la oscuridad de la muerte: con los ojos clavados en el nombre y la fecha grabados en la piedra, golpeando su frente contra el secreto que guardaban, tomando aliento, como si esperase que, por piedad, alguna sensación surgiera de las lápidas. Sin embargo, se arrodilló en vano sobre las lápidas; guardaban lo que ocultaban; y si el rostro de la tumba llegó a ser un rostro para él fue porque los dos nombres de su amiga eran como un par de ojos que no le conocieran. Les dirigió una última y larga mirada, pero ni la más tenue luz apuntaba.

6

Después de esto, estuvo fuera un año; visitó lo más recóndito de Asia, consumiéndose en parajes de interés romántico, de suprema santidad; pero en todo lugar se le hacía presente que, para un hombre que había conocido lo que él había conocido, el mundo era vulgar e insignificante. El estado mental en el que había vivido durante tantos años resplandecía para él, al reverberar, como una luz que embellecía y purificaba; comparado con aquella luz, el brillo del Este resultaba chillón, vulgar y débil. La terrible verdad era que había perdido, junto a lo demás, la capacidad de ser distinto; las cosas que veía no podían ser sino comunes puesto que quien las miraba se había convertido en un ser común. Ahora era simplemente uno de ellos, estaba en el polvo, sin una excusa que marcara la diferencia; y había momentos en los que, frente a los templos de los dioses y los sepulcros de los reyes, su espíritu recurría, asociando su nobleza a la de May, a la lápida anónima de aquel barrio de Londres. Aquello se había convertido para él, y más intensamente con el tiempo y la distancia, en el único testigo de su pasada gloria. Era todo lo que le quedaba como prueba o esplendor y, aun así, cuando lo pensaba, la pasada gloria de los faraones no significaba nada para él. En consecuencia, no hay que extrañarse de que volviera allí al día siguiente de su regreso. Esta vez se sintió arrastrado tan irresistiblemente como en la ocasión anterior, con cierta esperanza, debida sin duda al efecto de los muchos meses transcurridos. Había sobrevivido, a su pesar, a este cambio de sentimientos, y, al vagar por la tierra había vagado, podría decirse, del borde al centro de su desierto. Se había acomodado a su seguridad y aceptado su inevitable extinción; se imaginaba a sí mismo, en cierto aspecto, con la apariencia de esos viejecitos que recordaba haber visto, de los que, por enjutos y marchitos que ahora pareciesen, se contaba que en sus tiempos se habían batido en veinte duelos o que habían sido amados por diez princesas. Ellos habían sido asombrosos para los demás, mientras que él sólo era asombroso para sí mismo; lo que, sin embargo, fue exactamente el motivo de su prisa por renovar el asombro volviendo, por decirlo de algún modo, a su propia presencia. Aquello había acelerado sus pasos e

impedido su demora. Si su visita fue inmediata era porque había estado separado demasiado tiempo de la única parte de sí mismo que ahora valoraba.

En consecuencia, no es falso decir que alcanzó su meta con un cierto júbilo y de nuevo se quedó allí, de pie, con una cierta seguridad. La criatura bajo la tierra conocía su rara experiencia, de modo que, extrañamente ahora, el lugar perdió para él su mera vacuidad de expresión. Le recibía con benignidad, no con burla como antes; le mostraba el aire de consciente bienvenida que encontramos, después de la ausencia, en las cosas que nos han pertenecido estrechamente y que parecen confesarse a sí mismas esa relación. La parcela de tierra, la lápida esculpida, las flores cuidadas le conmovían como si le pertenecieran, de manera que se sentía en aquel instante como un terrateniente satisfecho pasando revista a una propiedad.

Cualquier cosa que hubiera sucedido... bueno, había sucedido. Esta vez no había vuelto con la vanidad de aquella pregunta, su antigua preocupación: «¿Qué, qué?», ahora prácticamente desaparecida. No obstante, no volvería nunca jamás a separarse de aquel modo de ese lugar; volvería todos los meses, porque aunque su ayuda no le sirviera de otra cosa, al menos, podría llevar alta la cabeza. Así, aquello se convirtió para él, del modo más extraño, en un recurso positivo; llevó a cabo su idea de visitas periódicas que por fin llegaron a ocupar un lugar entre sus costumbres más arraigadas. Todo esto llegó a significar que, por extraño que parezca, en su mundo tan simplificado ahora, este jardín de la muerte le ofrecía los pocos metros cuadrados de tierra sobre la que aún podía, a lo sumo, vivir. Era como si, no siendo nada para nadie en ninguna parte, nada incluso para sí mismo, aquí lo fuera todo, y si no lo era para una multitud de testigos, o incluso para ningún testigo excepto John Marcher, en tal caso lo sería por el evidente derecho de la inscripción que podía escudriñar como una página abierta. La página abierta era la tumba de su amiga y allí estaban los hechos del pasado, la verdad de su vida; allí estaban las remotas extensiones en las que podía perderse. De vez en cuando se perdía con tal efecto que parecía vagar por los años pasados del brazo de un compañero que resultaba ser, de forma extraordinaria, su yo más joven; y lo que era aún más extraordinario, vagaba dando vueltas y más vueltas alrededor de una tercera presencia, que no vagaba, sino que estaba inmóvil, quieta, cuyos ojos giraban con su rotación, sin dejar de seguirle un momento y cuyo foco era, por así decirlo, su punto de orientación. En resumen, determinó vivir alimentándose únicamente de la sensación de haber vivido una vez y dependiendo de ella no sólo como sustento sino como identidad. Aquello, a su manera, le bastó durante meses, y así transcurrió el año; sin duda aquel sentimiento le hubiera sostenido más tiempo a no ser por un accidente, trivial en apariencia, que le conmovió, en una dirección bastante distinta, con una fuerza superior a cualquiera de sus impresiones de Egipto o la India. Fue la más pura de las casualidades (por un pelo, como más tarde sintió); aunque iba a vivir para creer que si la luz no le hubiera llegado de esta manera peculiar le habría llegado de otro modo. Iba a vivir para creerlo, digo, aunque no iba a vivir, puedo decirlo de manera no menos definitiva, para hacer mucho más. De todos modos le concedemos el beneficio

de la convicción, abriéndose paso hasta él de que, al final, cualquier cosa que hubiera pasado o dejado de pasar, él habría alcanzado la luz por sí mismo. El incidente de un día de otoño había encendido la mecha al reguero de pólvora que su sufrimiento había tendido hacía tiempo. Con la luz ante él supo que incluso en estos últimos tiempos su dolor tan sólo se había calmado. Estaba extrañamente adormecido, pero palpitaba; con el contacto comenzó a sangrar. Y el contacto, en este caso, fue el rostro de un semejante. Este rostro, una tarde gris, cuando las hojas se agolpan en los callejones, miró el de Marcher, en el cementerio, con una expresión como el filo de una espada. Es decir, lo sintió tan profundo dentro de él que se encogió ante la firme estocada. La persona que le asaltaba tan silenciosa era una figura que había visto al llegar a su propio destino, absorto junto a una tumba a poca distancia de él, una tumba reciente en apariencia, de modo que la emoción del visitante era seguramente tan nueva como aquélla en su sinceridad. Esto sólo le impedía a Marcher observarle con más detenimiento, aunque durante el tiempo que permaneció allí no dejó de ser vagamente consciente de su vecino, un hombre de mediana edad aparentemente, de luto, cuya espalda agobiada estaba constantemente presente entre los grupos de monumentos y lápidas mortuorias. La teoría de Marcher de que había elementos a cuyo contacto él revivía, había experimentado en esta ocasión, puede asegurarse, una confirmación apreciable aunque inescrutable. El día de otoño le resultaba espantoso como ninguno se lo había parecido últimamente y se apoyaba, con una pesadez desconocida para él hasta entonces, en la baja lápida de piedra que llevaba inscrito el nombre de May Bartram. Se apoyaba sin fuerzas para moverse, como si algún resorte en él, fruto de algún encantamiento, se hubiera roto de repente para siempre. Si en aquel momento hubiera podido hacer lo que quería, simplemente se habría estirado sobre la piedra dispuesta a acogerle, considerándolo un lugar preparado para recibir su último sueño. ¿Con qué fin en este mundo tenía que mantenerse ahora despierto? Miraba fijamente ante sí preguntándose esto y fue entonces, puesto que uno de los paseos del cementerio discurría junto a él, cuando recibió el impacto de aquel rostro.

Su vecino junto a la otra tumba se había retirado, como lo hubiera hecho él mismo para entonces de haber tenido fuerzas para moverse, y avanzaba ahora, por el sendero, de camino hacia una de las verjas. Se iba acercando y como caminaba lentamente, y más aún porque había una especie de hambre en su mirada, los dos hombres se encontraron frente a frente durante unos momentos. Marcher lo reconoció en el acto como un ser profundamente afligido; una percepción tan penetrante que nada más existía en aquella imagen; ni su vestimenta, ni su edad, ni su presumible carácter o clase social; nada existía salvo la profunda devastación que mostraba en sus facciones. La *mostraba*, eso era lo importante; y, al pasar ante Marcher, se vio sacudido por un impulso que era o bien una señal de simpatía o, más posiblemente, un desafío frente a otro dolor. Podría haberse dado cuenta de la presencia de nuestro amigo; podría ser que, en cierto momento anterior, hubiera visto en él la serena costumbre de aquella escena con la que el estado de sus propias sensaciones tan escasamente armonizaba, y podría por eso

haberse sentido provocado por una especie de evidente discrepancia. En cualquier caso, Marcher era consciente de que, en primer lugar, la imagen de malherida pasión presentada ante él era también consciente de que algo profanaba el aire; y, en segundo lugar, de que, agitado, asustado, sobresaltado, él estaba un momento después siguiendo aquella imagen con los ojos, mientras se iba, con envidia. Lo más extraordinario que le había ocurrido —aunque le había dado ese nombre también a otros asuntos— sucedió, tras aquella inmediata y vaga mirada, como consecuencia de esta impresión. El extraño pasó, pero el fulgor en carne viva de su dolor permaneció, forzando a nuestro hombre a preguntarse compadecido qué agravio, qué herida expresaba, qué lesión incurable. ¿Qué había tenido aquel hombre para que su pérdida le hiciera sangrar así y no obstante seguir viviendo?

Algo —y esto le alcanzó con una punzada de dolor— que *él*, John Marcher, no había tenido; y la prueba de ello era precisamente el árido final de Marcher. Ninguna pasión le había tocado jamás, pues aquello era lo que la pasión significaba; había sobrevivido y divagado y languidecido, pero ¿dónde estaba *su* profunda devastación? Lo más extraordinario de lo que estamos hablando fue la repentina embestida de la respuesta a esta pregunta. La escena que sus ojos acababan de contemplar señalaba, como con letras de fuego, algo que él, insensatamente, había pasado completamente por alto; y lo que había pasado por alto convirtió aquellas cosas en un reguero de pólvora e hizo que se grabaran en él como una angustia de latidos interiores. Había visto *fuera* de su propia vida, no aprendido desde dentro, el modo en que se llora a una mujer cuando se la ha amado por sí misma; tal era la fuerza de su convicción sobre el significado del rostro del extraño, que aún llameaba para él como una antorcha humeante. El conocimiento no le había llegado de mano de la experiencia; le había rozado, empujado, tumbado, con la desconsideración de la casualidad, con la insolencia de un accidente. Sin embargo, ahora que la iluminación había comenzado, resplandecía en su apogeo y lo que en este momento estaba allí mirando con asombro era la profunda vacuidad de su vida. Miraba con asombro, tomaba aliento con dolor; se revolvió desalentado y al revolverse vio ante sí, escrita en caracteres más definidos que nunca, la página abierta de su historia. El nombre en la lápida le golpeó como lo había hecho el encuentro con su vecino, y lo que le manifestó, en pleno rostro, fue que *ella* era lo que había pasado por alto. Éste era el terrible pensamiento, la respuesta a todo el pasado, la visión cuya espantosa claridad le dejó tan helado como la piedra que tenía a sus pies. Todo se desmoronaba al mismo tiempo, se revelaba, se explicaba, le abatía y dejaba sobre todo estupefacto ante la ceguera que había abrigado. El destino para el que había sido destinado se había cumplido con creces: había bebido la copa hasta las heces; había sido el hombre de su tiempo, a quien no le iba a suceder nada en el mundo. Ese era el extraño golpe, ése era su castigo. Así lo veía, podría decirse, con un terror apagado, mientras las piezas iban encajando. Ella lo había visto, mientras que él no veía nada, y así ella le ayudaba en estos momentos a ver la verdad. Era la verdad, vívida y monstruosa que había esperado todo aquel tiempo, y la propia espera había sido su

suerte. En un momento dado, la compañera de su vigilia lo había percibido y le había ofrecido entonces la posibilidad de burlar su destino. Pero uno no puede burlar su destino, y el día que ella le dijo que el suyo había llegado no hizo sino quedarse mirando fija y estúpidamente la liberación que ella le ofrecía.

La liberación hubiera sido amarla; entonces, *entonces* hubiera vivido. *Ella* había vivido —¿quién podría decir ahora con qué pasión?— porque le había amado por sí mismo; mientras que él nunca había pensado en ella (¡oh, con qué espanto lo veía ahora!), sino en la frialdad de su egoísmo y con la vista puesta en su utilidad. Las palabras de ella volvían a resonar para él y la cadena se tensaba y tensaba. Ciertamente la bestia había acechado y, en su momento, la bestia había atacado; había atacado en aquel frío crepúsculo de abril cuando, pálida, enferma, debilitada, pero toda hermosura, y tal vez incluso entonces recuperable, se había levantado del sillón para estar frente a él y dejar que probablemente adivinara. Había atacado en el momento que él no adivinó; había atacado cuando desesperanzada se alejó de él, y la señal, cuando él se marchó de la casa, ya había caído donde tenía que caer. Había justificado su miedo y cumplido su destino; había fracasado, con la máxima exactitud, en todo lo que tenía que fracasar; y, al recordar que ella le había rogado que no tratara de saber, un gemido acudió a sus labios. Este horror de despertar: *esto* era el conocimiento, un conocimiento bajo cuyo aliento las mismísimas lágrimas parecían helarse en sus ojos. No obstante, a través de ellas, trataba de asegurarlo y retenerlo; lo mantenía allí, frente a sí, para, de esta forma, poder sentir el dolor. Aquello al menos, aunque tardío y amargo, conservaba algo del sabor de la vida. Pero, de repente, la amargura le enfermó, y fue como si, de una manera espantosa, viera en la verdad, en la crueldad de su propia imagen, lo que había sido dispuesto y cumplido. Vio la Jungla de su vida y vio la Bestia acechante; después, mientras miraba, la percibió, como una conmoción en el aire, alzarse, enorme y repugnante, para dar el salto que le destrozaría. Los ojos de Marcher se oscurecieron: la Bestia estaba cerca y, en su alucinación, volviéndose instintivamente para esquivarla, se arrojó de bruces sobre la tumba.

El Banco De La Desolación

1

En su opinión, a lo largo de su última y desagradable charla, ella le había transmitido prácticamente la insinuación, la espantosa, brutal y vulgar amenaza, aunque, a pesar del valor y la confianza que le quedaban —confianza en lo que alegremente él hubiera llamado con un poco más de agresividad la fuerza de su posición—, había juzgado mejor no tomarlo en cuenta. Pero ahora no se trataba de no entender o de fingir que no entendía; las amenazadoras y repulsivas palabras que despiadadamente salían de sus labios, eran como dedos de una mano que ella se metiera en el bolsillo con el fin de extraer el monstruoso objeto que mejor sirviera para —¿cómo podría definirlo?— una declaración de guerra.

—Si dentro de tres días no he recibido una respuesta distinta por su parte, pondré el asunto en manos de mi abogado, a quien, por si le interesa saberlo, ya he visto. Presentaré una denuncia por «incumplimiento de promesa matrimonial» contra usted, Herbert Dodd, tan cierto como que me llamo Kate Cookham.

Allí estaba, contundente y sin ambages; aún así, cuando lo escuchó, e incluso al escuchar, sentía que por su parte era como si aquello alumbrara, como si ella hubiera pulsado un interruptor eléctrico, la luz más radiante de su mismísima razón. Allí estaba ella, en toda la magnitud de su natural grosería, en toda su prepotencia excesiva y carencia de escrúpulos; y aquella mujer, capaz de tan innoble amenaza —tener una clara conciencia de su naturaleza le aterraba—, era quien ahora hacía que pareciera un crimen el que él no deseara ligarse a ella de por vida. El hecho significativo y espeluznante era la realidad, sin equívoco posible, de su propósito; había considerado el caso con todo detalle; había calibrado su odiosa y aparente respetabilidad; estaba seguro de que había conseguido el mejor asesoramiento que se podía obtener en Properly, donde siempre existía una recepción de primera clase para cualquier asunto de ínfima categoría; en resumen, era repugnantemente cierto que le demandaría; era astuta y hábil; más aún, en ciertos manejos, claramente una experta, pues, de no ser así, ¿cómo había sido que, contando sólo con sus limitados atractivos, había conseguido hacerlo caer en sus redes? No podía permanecer ciego ante la verdad más que probable de que, si se lo proponía, lo aplastaría. Ella sabía con toda seguridad que lo lograría; y esa certidumbre se convertía así en prueba irrefutable de su crueldad.

Al lado de eso, haber simulado que lo amaba no significaba nada; otras mujeres habían fingido lo mismo y también hubo otras que lo amaron de verdad, pero que le hubiera hecho creer a él que era posible que hubiera estado con agrado, protegido y a salvo amándola, a ella, una criatura capaz de olisquear aquella mugre de los tribunales, de supuestos daños y perjuicios, mentiras descaradas y besos pregonados, de cartas de

amor leídas entre obscenas carcajadas como un tónico contra el resentimiento, como incentivo poderoso en su camino, esto fue lo que terminó abriéndole los ojos. En verdad, ¡qué mente más diabólica y qué naturaleza tan asombrosa! Pero, por desgracia, tampoco le cabía ninguna duda de que la intensa percepción que ahora tenía de estas cosas lo llevara a pisar más firme. Aparentemente, tendría que vivir en adelante atormentado de forma abominable, vivir conscientemente arrepentido, tal vez tendría que vivir lo que un mundo sarcástico llamaría abyectamente expuesto; pero, al menos, viviría a salvo. Sin embargo, a pesar de aferrarse a aquella verdad tranquilizadora y, a pesar de haberle manifestado, junto a muchas otras protestas y súplicas airadas, que la línea de conducta que ella planeaba seguir era propia de una camarera vengativa, un miedo latente, demasiado profundo para limitarse a despreciarlo, le obligaba a simular que dejaba entreabierta la puerta a un posible arreglo hasta que de un modo u otro pudiera enfrentarse a ella de nuevo. Él se había burlado de su petición, de su amenaza, de que hubiera llegado a pensar que podía estafarle y amedrentarle. ¡Pues vaya manera de resucitar un amor muerto!; aun así, con prudencia pero inútilmente, su impulso natural era ganar tiempo, incluso si el tiempo sólo le conducía a temblar más lamentablemente todavía; de momento, lo ganaba no lanzando el ultimátum de que no pensaba ceder a su petición. No tenía la más remota intención de ceder, pero, como era típico en él, durante tres o cuatro días respiraría mejor dejándola bajo la impresión de que tal vez lo haría. Al mismo tiempo, hubiera sido incapaz de decir qué era lo que le había impulsado a pronunciar la frase con la que se habían despedido, como réplica a las últimas palabras de Kate.

—¿De verdad quiere decir que estaría dispuesta a casarse y a vivir con un hombre que, tras la boda, diera la impresión de verla constantemente como una odiosa coacción?

—No se preocupe por mi disposición, ya sabe cuál ha sido durante los seis últimos meses. Déjeme a mí con mi disposición, me ocuparé de ella perfectamente; usted ocúpese tan sólo de la decisión que adoptará sobre la suya —había contestado Kate.

Más tarde, se preguntaría si, cuando vuelto hacia ella en silencio, mientras su aborrecible lucidez dominaba irrefrenable, su rostro le había mostrado algo semejante al inmenso odio que sentía hacia ella. Seguramente no; no había rostro humano que pudiera expresarlo; especialmente el rostro bello, refinado, intelectual, su rostro de caballero que, según la propia Kate había admitido repetidas veces, había sido al principio tan decisivo para enamorarse.

—Y ahora, con franqueza, personalmente ¿qué preferiría usted que hiciera? —le había preguntado con intención absolutamente irónica—: ¿Un casamiento sórdido después de todo esto o concederle el placer de su encantadora presencia ante los tribunales con sus inmovibles (puesto que es así como lo ve), graves daños y perjuicios? ¿No se sentiría totalmente frustrada si en realidad no consiguiera de mí nada mejor que un pobre y sencillo anillo de oro de diez chelines y el resto de la

blasfema basura que habría entre nosotros, proclamada ante el altar? Desde luego, doy por supuesto —había fanfarroneado— que no pretenderá por un momento que, tras este acto profano, emprendamos una vida juntos.

—Mi sueño sigue siendo como siempre emprender la mía con usted, Herbert Dodd. ¡Recuerde que lo deseo, querido, que estoy incluso tan a su favor como usted mismo! —había gritado—; recuérdelo, Herbert Dodd; ¡recuerde, recuerde!

Estas palabras le habían dejado francamente, con un escalofrío mortal. Podría haber sido el último eco de una súplica o una muestra de persistente y perversa ternura, por muy descabellado que fuese el asunto; pero, de hecho, su cara morena, grande, limpia y vulgar parecía tan expresiva como la estantería de la librería de Herbert cuando la amarillenta persiana ancha y lisa estaba echada. Ahora percibía mejor que nunca cómo su rostro era demasiado grande para su cabeza, de la misma forma que su cabeza era demasiado grande para su cuerpo y de igual modo que sus sombreros parecían rechazar de un modo irritante toda selección y avenencia respecto a cualquiera de las dimensiones de su cuerpo. A Herbert le gustaba la estantería de su librería, con una exposición bien seleccionada; le agradaban los estantes bien ordenados y era especialista en veinte esquemas distintos en el arreglo de libros y grabados antiguos; «rarezas de primera categoría» las llamaba en el modesto catálogo con el que negociaba y que su tío materno, David Geddes, le había «transmitido», como a él le gustaba decir. Su madre viuda le había sacado todo al respetable anciano poco antes de morir: las existencias, las relaciones y la casita bastante ruinosa en la calleja bastante ruinosa, en nombre del más joven e interesante de sus hijos, el más «delicado» y literario de sus cinco diseminados y esforzados hijos. Él sabía disfrutar con la colocación, los contrastes y efectos más acertados, con las armonías y variedades de piel y tela matizada y desvaída, sus buscadas tarjetas de color y la intensa claridad, aquí y allá, de las etiquetas blancas y hermosamente numeradas con el precio, que le gustaban lo suficiente en sí mismas como para consolarle casi por no tener que irrumpir más a menudo, ante la insistencia de un cliente, en la equilibrada composición. Pero la extensión de lona echada, sucia por el tiempo, la cosa de los domingos y días de fiesta, con sólo su nombre: «Herbert Dodd, Heredero», pintado sobre el ya antiguo diseño de su tío, las tenues florituras como a plumilla —bastante arcaicas ya—, aquella horrible máscara vacía que podía tan fácilmente tomarse como la máscara del fracaso, siempre le producía en cierto modo un escalofrío.

La analogía era completa, porque precisamente aquella había sido la clase de escalofrío que le produjo la última mirada de Kate Cookham. Suponía que la gente que hacía magníficos negocios, seguros y firmes, en el campo que fuese, podía ver la fachada completa vuelta hacia el vacío de aquella misma manera, y pensar simplemente en las horas pasadas que les había costado conseguir aquello. Solamente por esta razón (difícil de aguantar en otras palabras, y puesto que Herbert Dodd, que efectivamente tenía temperamento literario, era capaz de aquel juego imaginativo o incluso de análisis morboso), uno tenía que apoyarse en alguna base, uno tenía que

sentir algún tipo de confianza, muy diferente de la que él había sentido hasta ahora. Nunca había dejado de disfrutar pasando delante de su librería por la otra acera de la calle y observándolo desde allí con una indiferente oblicuidad; pero nunca había mantenido comercio óptico con la persiana bajada más tiempo del necesario. Le parecía siempre horriblemente terminante y como si nunca más fuese a levantarse. Grande y desnuda, con su nombre mirándole fijamente desde el centro, ofrecía en su inflexibilidad un punto de comparación con el rostro siniestro de Miss Cookham. Ella nunca se ponía hermosos velos transparentes con puntitos como los que llevaba Nan Drury; y las palabras «Herbert Dodd» —si no fuera porque en un par o tres de ocasiones las había proferido más como una Meg Merrilies o como la intrépida mujer mala en uno de los melodramas de alta sociedad representados durante el verano en el Pabellón situado al final del muelle en Properley— estaban de manera permanente y molesta en sus labios. No cabía duda de que era inflexible.

Aquella noche, solo, en la habitación trasera de encima de la tienda, veía tan pocas escapatorias que, conscientemente desmoralizado en aquellos momentos, dio rienda suelta a las lágrimas. No podía sobreponerse a la actitud increíblemente rastrera que ella había adoptado. La singular amargura de este trago era causada por haberse dejado arrastrar a una lucha en semejantes términos. El uso, por parte de Kate, del procedimiento legal más vulgar: el más vulgar, el más vulgar, seguía repitiendo, aferrándose al consuelo que le ofrecía atribuir a su atormentadora el vicio al que, a pesar de las dificultades —¡y sólo él sabía cuántas!—, sinceramente creía haberse mantenido ajeno. Sabía quién era él, en una posición social bastante miserable y oprimida: el joven propietario pobre de un viejo negocio que, más que robustecerse, se había encogido con la edad: la compraventa de libros usados y grabados, en la calle trasera de un balneario de gran fachada en la costa sur (en la Ciudad Vieja por suerte) donde transcurría el oscuro curso de su vida. Pero se había preocupado de educarse al máximo: sus clientes cultos rondaban a menudo para charlar un poco más de la media hora que, cada vez, con cautela y casi con escrúpulos, les retenía allí; eso significaba que tenía (no podía permanecer ciego ante aquello) gusto natural y que lo había cultivado y formado con amor. Así, hasta donde le era dado recordar, había habido cosas a su alrededor que le hicieron sufrir y ante las que otra gente permanecía indiferente; y él había guardado para sí la mayor parte de su sufrimiento, lo que le enseñó, en cierto modo, cómo sufrir y casi cómo llegar a disfrutarlo.

En todo caso, nunca había perdido el sentido de ciertas diferencias; había hecho lo que podía para mantenerlas vivas y acordes con el hecho de que la vulgaridad estaba en el polo negativo de su línea de conducta. Durante una serie de meses extraños y opresivos, creyó que los modales y el tono de Kate Cookham eran irreprochables; había sido institutriz en dos excelentes y distinguidas familias, y ahora daba clases de literatura e historia a chicas mayores, persuadidas a veces por sus madres; en realidad, había entrado en la librería a mirar su colección de libros de texto y se había demorado, como tantos otros, por el placer de la conversación, deslumbrándole en aquella primera

ocasión por sus aparentes cualidades intelectuales —¡bien sabe Dios que no por las físicas!—, que exhibió hábilmente hasta que le tuvo atrapado y sin escapatoria. Todo había sido —cuando logró desmontar las piezas una a una—, la más burda de las trampas, tendida sobre la más descarada avaricia. No obstante, lo que ahora le hundía —lo que le dejaba abatido en el sillón junto a la mesa y alimentaba los sollozos débiles y aterrados entre sus brazos en reposo—, era el hecho de que, fuera cual fuera la trampa, le tenía atrapado como una garra de acero cortante y sanguinaria. Ahí estaba, ahí, solo, en el dorado atardecer de verano que entraba por sus ventanas, llorando y llorando. No podía escapar sin perder algún miembro. Lo que no sabía era cuál de sus miembros sería.

Más tarde, antes de salir —pues finalmente sintió la necesidad de hacerlo— sólo pudo, inclinado sobre el lavabo, intentar borrar de su rostro y de los ojos que le delataban las huellas de su falta de fortaleza. Se recompuso y, al sorprender en un viejo espejo deslustrado su ligeramente espectral imagen agotada, volvió a vislumbrar, como un relámpago, el fulgor del justo resentimiento. ¿Quién podría estar a salvo de un trato grosero si un hombre de su condición realmente elegante, en realidad tal vez de apariencia excesivamente refinada o decadente, y absoluta caballerosidad, no podía estarlo? Nunca había llegado al extremo de vanagloriarse de ser un caballero; pero estaba dispuesto a mantener contra viento y marea, con total candor, y alegrándolo como una enorme ventaja, que, a pesar de su facilidad para el llanto, «parecía» un caballero; que sin duda lo *era* en lo referente a varios extremos de este asunto. ¿Qué tipo de dama entonces era Kate Cookham? ¿Quién podría confundirla alguna vez con una dama? y, en consecuencia, ¿cómo podía uno tener algo que ver con ella —algo de orden íntimo y privado— limpiamente y a un nivel de igualdad mutua, que era el único posible? Podía quedar tullido para siempre; cuanto más lo pensaba más firmemente creía que eso era lo que le aguardaba. Pero acabó por ver este destino a la luz casi redentora del hecho de que todo había sucedido por ser él en comparación con ella demasiado aristocrático. Sí, un hombre de su posición no podía haberse permitido llevar aquello tan lejos; antes o después, de un modo o de otro, le habría acarreado la ruina. No importaba, no podía ser de otra manera. Por supuesto, podía sufrir intensamente, pero ¿cuándo no había sufrido él intensamente? ¿Cómo, por el sistema que fuese, iba a vivir sin eso? No era de extrañar que una mujer como Kate Cookham hubiera deseado apropiarse de algo tan valioso, por lo escaso. Lo justo hubiera sido que ella pagara el precio más elevado, y no que fuera él quien, por una lógica extraña, se encontrara en la agobiante situación de tener que pagar.

Por supuesto, así se lo relató a Nan Drury —cuando sintió la inmediata e imperiosa necesidad de hacerlo— porque, quizás, de un modo o de otro, pensaba que

sería capaz de soportarlo todo con ella, mientras estaban sentados —cuando tenían ocasión y posibilidad— en uno de los últimos bancos del extremo occidental del interminable paseo marítimo. No todo el mundo se aventuraba hasta allí, especialmente en aquella desabrida estación —ahora, el único eco de bullicio, a no ser por la gente locuaz y estrepitosa que rondaba el flamante Malecón cuyas luces brillaban a lo lejos, se reservaba para el alegre desfile de mediados de invierno—. No todo el mundo prestaba atención a las puestas de sol —que desde allí se divisaban maravillosamente bien, un singular punto fuerte del horizonte meridional de Properley, el más «favorable», como le gustaba llamarlo a Herbert Dodd— con la misma intensidad que él se la había prestado siempre, y cómo descubrió que Nan Drury se la prestaba, por no hablar de lo poco que le interesaban a Miss Cookham, según observó también. Había enseñado a su tiránica compañera a fijarse un poco en ellas, del mismo modo que le había enseñado muchas otras cosas, pero aquello era otro asunto. Aquel «finisterre» (en su punto más alejado se le daba aquel nombre), había sido forzosamente, a falta de lugares más recogidos y más cómodos, el escenario de la mayor parte de lo que ella llamaba su noviazgo o, para ser más exactos, del tiempo en el que ella le había cortejado de la forma más constante y descarada; del mismo modo que en lo sucesivo haría posible que, con igual rigor, él disfrutara de períodos de consuelo ofrecidos por la hermosa, dulce y tierna Nan, a la que ahora por fin, después de lo maravillosamente que ambos se habían comportado, iba a hacerle la corte con tanta energía como nunca lo había hecho, sin reservas y con absoluto abandono, con un amor totalmente romántico y atolondrado, como un refugio de la venenosa realidad.

La retirada dársena de una legua de longitud, pavimentada, alumbrada, ajardinada y con bancos, abandonaba sus atracciones más o menos alabadas y se interrumpía a poca distancia de aquí describiendo una curva hacia el interior de la benigna costa oeste como una bahía de amplios brazos que abarcaba todo lo feo entre la ciudad y el campo, y la lejana cenefa ocasional de la costa volviéndose, a medida que el día declinaba, hacia los intensos colores de la tarde, grises, marrones y un lejano azul que podría haber sido justificadamente el del hermoso Hampshire. Aquí fue donde, a lo largo de todo aquel desgraciado verano con Nan —desde el espantoso día de mayo—, se abandonó a un sentimiento de intimidad con la clase de mujer que por lo menos le gustaba; aun cuando tuviera que verse privado para siempre, por lo que podía deducir, del resto de cosas que hacían la vida pasable. Aquí fue donde —a la primera ocasión— Nan empezó a quitarse, doblar y guardar en el bolso el bonito y digno velo moteado, como si a consecuencia de la turbulenta ruptura del compromiso de Herbert con otra mujer, hubiera sido sacudido por un oscuro vendaval de tormenta. La supresión de aquel obstáculo frente a un amigo de confianza al que se aseguraba que la piel de melocotón de sus finos rasgos faciales toleraba la prueba del escrutinio más directo de su fría dulzura, como podía confirmarlo una mirada perpleja, y la entrega total y decisiva de sus encantos, digamos que marcaron el cambio en la situación de la pareja y eran prueba del total respeto a las convenciones que habían guardado hasta entonces.

En realidad, más tarde, podían haberlo fechado como el día en que estrangularon su libertad por completo y en que sintieron la felicidad de no tener, en adelante, demasiadas cosas por las qué preocuparse, salvo por su impotencia, su pobreza, su ruina; fechado desde la hora en que Herbert contó a Nan —ruborizado— el pasmoso estallido de la segunda y concluyente «escena de violencia» con la dueña de su suerte, con la que había tenido que pactar expresamente y de manera vergonzosa las calamitosas condiciones de su liberación. Ella «se avino», la bestia despiadada, a recibir cuatrocientas libras —ni un penique menos— como precio por su renuncia a presentar una demanda judicial. Ningún jurado del país le hubiera condenado a pagar menos de seiscientas libras. («¡Muchas gracias, pero Kate sabía muy bien el terreno que pisaba!»), y podía considerarse afortunado de salvar la piel en aquel asunto. Así pues, ésta era la suma por la que rastreramente había capitulado, tras un acuerdo sellado por un intercambio final de recriminaciones.

—¿Dónde demonios va a encontrar cuatrocientas libras? —le había repetido Miss Cookham en tono burlón mientras él jadeaba como si le estuviera retorciendo el cuello con sus garras—. Allá usted; yo hubiera pensado que estaba seguro de a qué se exponía antes de decidirse a su ruin traición. —Y después, había formulado con voz hueca y remilgada, más gentil y falsa que nunca, su firme y repugnante conclusión—. Desde luego —se lo vuelvo a repetir—, si usted se opone claramente a las incomodidades de tener que buscar el dinero, ya sabe dónde *encontrarme*.

—¡Antes me moriría de hambre que acercarme a una milla de distancia de usted! —Herbert comentaba que le había respondido con dulzura; y en consecuencia, así estaban los dos, él y la indigente Nan Drury consagrados el uno al otro pero desesperados. El padre de Nan, de la firma Drury & Dean, era, hasta la fecha, uno de los tantos personajes inquietos que atisbaban a través de los cristales empañados de las oficinas polvorientas de Properley, agente de la propiedad inmobiliaria, topógrafo, tasador y subastador; ella era la más bonita de seis hermanos, con dos chicos que no servían para nada, pero gracias al modo en que su principal protector natural parecía languidecer bajo la acumulación de sus múltiples atribuciones, no podía decirse de forma muy concreta o con seguridad cómo sobrevivían. La continuación de su existencia colectiva tenía mucho de milagroso incluso para ellos mismos, aunque se habían habituado a no intercambiar sin necesidad comentarios demasiado tensos sobre el tema, e incluso, en cierta manera, con el tiempo habían acabado por acostumbrarse. La meditativa rubicundez de Nan cuando hablaba con ella, sus labios muy entreabiertos, que dejaban a la vista los hermosos dientes, sus párpados muy amplios, que dejaban ver los hermosos ojos, todo aquello que podía haber correspondido a una imagen de cera que representara la fe incondicional, enfriaba el ardiente desamparo de Herbert como si reclinara la cabeza en una tensa almohada de seda. Ella usaba, era cierto, formas de lenguaje, consignas familiares que le conmovían como si desde dentro surgieran pequeñas perforaciones punzantes en la lisa superficie; pero el placer que encontraba en ella y lo mucho que la necesitaba eran independientes de estas cosas, y

en realidad estaban casi totalmente determinados por sus modales alegres, aun cuando todo fuera tan triste, y los impulsos naturales en ella, afines a los suyos. Con su elegancia natural, impresa como con troquel, su velado y desposeído donaire personal, que hubiera impedido que pasara desapercibida en cualquier lugar: sombrero con velo, boa de plumas, sombrilla de elegante empuñadura y todo lo demás, amén de la distinción de la figura sin excesos que Dios le había dado, Nan, en resumen, era tan incapaz como él de soportar la vulgaridad.

Así pues, considerando la tensión a la que Herbert estaba sometido, no parecía importarle mucho que, por ejemplo, Nan continuara remitiendo tantas cosas a la época, como ella decía, en que entró en su vida; Herbert mantenía con gran insistencia y argumentos que ella de ninguna manera había entrado allí hasta que él no se hubo decidido por completo a prescindir de su otra amiga; lo que Kate, aquella furia sistemática, quería darle a entender claramente, era que le había traicionado con Nan; en tanto que el precioso derecho de Herbert a mantener bien alta la frente ante todo, al menos ante sí mismo, radicaba en que ella no pudiera hacer coincidir las fechas de ningún modo. Él ni siquiera había oído hablar de la existencia de su verdadera belleza (hacía sólo unas pocas semanas que Nan había regresado de Swindon, tras pasar dos años con su espantosa y exasperante tía recién fallecida; antes de aquella ausencia, era sólo una niña que pasaba inadvertida) hasta mucho tiempo después —lo juraba por su honor— de haber tratado de recuperar su libertad mediante su primera gran carta de retirada: el precioso documento que haría las delicias de un jurado británico y que, según los abogados de Miss Cookham, ofrecía a su poseedora una fortuna en perspectiva. La manera en que los secuaces habían pasado a ser «sus» secuaces (¡parecía que les hubieran apostado por ella desde el inicio de aquel juego!); el modo en que las «órdenes» salían despedidas, con un alcance gigantesco, ¡como si ella hubiera llegado con los bolsillos llenos de ellas!; la fecha de la carta, asociada a otras cosas relacionadas con ella, y la fecha de lo que para él era la primera traición de Kate: haberla visto descender del tren de Brighton con Bill Frankle aquel día que fue a la oficina de correos de la estación a protestar por el extravío de una caja que venía de Gales; aquellos eran los hechos que a él le bastaba señalar, como los había señalado —¡bien lo sabía Dios!— repetidas veces, en consideración a Nan Drury. Si no había buscado la ocasión de hacerlo ante nadie más —en los tribunales, tal como le aconsejaban— era asunto suyo, o por lo menos suyo y de Nan.

Entretanto, poco importaba si en su banco de la desolación, durante todo aquel verano —y tal vez durante veranos y más veranos, por no contar los futuros inviernos allí y en cualquier lugar— Nan cediera a su ingenua costumbre de no contradecirle, lo que la llevaba a arrastrar ante él, una y otra vez, con excesiva complacencia e inoportunamente, los jirones y pedazos del abatimiento y desesperación del propio Herbert.

—«Bueno, me alegro de formar parte de tu vida, por terrible que sea, y de haber entrado en ella cómo y cuándo quiera que fuese!» «*Por supuesto* que preferirías morirte

de hambre —como sin duda sucederá— antes que haber pagado tu rescate con un amor aborrecible y falso, ¿no es cierto?» «¿No te cortejó del modo que lo hizo aun antes de haberla mirado siquiera o como si no le hubieras demostrado lo que en realidad pensabas de ella antes incluso de fijarte en mí?, ¿es que no tengo razón?» Y, «¿cómo demonios vas a lograr reunir otro chelín si no empeñas hasta los zapatos que llevas puestos? *Eso* es lo que te gustaría saber, ¿verdad, cariño?»

3

Su acreedora, en el momento que le convino, trasladó su base de operaciones a la ciudad, a cuyo impenetrable escenario también ella se había retirado; la recolecta de las primeras doscientas libras a lo largo de cinco meses de tristeza y desesperación y luego de otras setenta libras más, fue una sangría penique a penique, tras largas demoras y bajo el latigazo epistolar que el abogado londinense hacía restallar en su desdichado oído, similar al chasquido producido por el mismísimo informe en boca de Miss Cookham. Estos deprimentes esfuerzos semejaban una ascensión a gatas por un abrupto precipicio con falsos escalones que fallaban, en el que las rodillas desnudas se desollaban, y donde las manos lograban agarrarse a los matojos del camino o fracasaban en su intento, siguiendo un sistema al que la pobre Nan habría podido acceder de forma más inteligente si no hubiera sido tan remilgada. Ella continuaba, con morboso tono trémulo, insinuándole dónde encontraría el resto del dinero, el inextinguible resto, mucho después de que él, en un acceso de cólera muda, hubiera suspendido los pagos. En un principio, se había sentido de un modo atroz, ante la todavía probable no exclusión de algún penetrante rayo que le dejara *expuesto*. Ahora no le importaba un maldito comino; y de hecho, una vez que hubo conseguido a todo trance devolver la cantidad de doscientas setenta libras, simplemente devolvió sin abrir el último documento recibido conminándole a pagar. Este último signo de rebeldía, tardío pero real, el primero al que se había atrevido, curiosamente no provocó que sucediera nada en absoluto; por lo menos nada que no fuera su disposición a preguntarse con dramática tristeza si un gesto semejante no hubiera sido más eficaz de haberse producido antes.

De todos modos, para entonces Herbert podía calcular el grado de su ruina; tres exorbitantes hipotecas sobre su casa, su tienda, sus existencias y una carga de intereses bajo cuyo peso su negocio quedó postrado sin vida, sin fuerza para dar un puntapié de protesta, sin aliento para un gemido de súplica. Los clientes, que se demoraban para gozar de los sustanciosos comentarios que intercalaba con discreta y cultivada habilidad, habrían encontrado, en esta crisis, un buen modo de recompensárselos, si su ingenio se hubiera desviado un poco más abiertamente de la inmediata cuestión de los méritos de un autor u otro o de las condiciones de este o aquel volumen y hubiera suscitado en sus clientes interés por sus problemas materiales. Se había dado cuenta de

que miraba a la gente de una forma extraña cuando intentaban regatear y no, como antes, con la mirada irónica del que comenta una broma pesada de los clientes, sino con la mirada absolutamente idiota de la rendición; como si se equivocaran al suponer, por razón de la conversación, que él podía considerarse redimible por la diferencia entre siete y nueve peniques. Veía cómo todo tipo de cosas insoportables y deplorables sucedían como una interminable prolongación de su pesadilla; se veía a sí mismo avanzar con la más sutil y espléndida incoherencia hacia la esperada preparación de su catástrofe. Todo acabó pareciendo formar parte de ella, a despecho de las proporciones; el extremo incluso al que, en aquel banco de la desolación (donde cada hecho sucesivo de su abrumador caso se recortaba contra el poniente rojo como una tenebrosa y absurda silueta), llegó su desinterés por las vulgares desgracias de la pobre Nan, que en su mayor parte no evolucionaban con el paso de los años y los cambios sino que únicamente se agitaban como guisantes secos en un sonajero infantil, siempre los mismos guisantes, desde luego, hasta que el sonajero no se resquebraje y se abra por el uso o por un acceso de cólera. Sus desgracias representaban, o al menos habían representado durante mucho tiempo, la contribución de Nan a la más superficial de las dos esferas de su intimidad: la alternativa intelectual, la única que no consistía en prepararse para que él la cogiera con el brazo por la cintura. Sin embargo, durante los dos primeros años, hubo momentos en que Nan solía tocar uno de los puntos sensibles de Herbert, aunque él se esforzara en disimularlo; también había, para hacerle justicia, otros momentos en los que Nan le invitaba a degustar no su propia sagacidad, o incluso su extravagancia, servida fría, sino un pequeño fruto de su personal y artificial cosecha.

—Me pregunto por qué si *ella* se asesoró legalmente con tanta libertad para proceder contra ti, no te asesoraste mínimamente tú también, antes de estar tan seguro de que no tenías ninguna posibilidad. Tal vez *tu* abogado te hubiera dado una opinión totalmente distinta, bueno, es sólo un decir, ya sabes. —Tan sólo era un decir, pero, no obstante, al principio, lo decía una vez cada quince días más o menos. Más tarde, especialmente después de la boda, volvió a surgir el mismo tema excluyente, según le parecía a Herbert, casi de cualquier otra cosa; en realidad, durante los años más deprimentes, los tres en los que perdió a sus dos hijas, y el largo período de sórdida vergüenza que acabó con la muerte de Nan, le quedó la sensación de que lo repetía varias veces al día. También recordaría luego que su respuesta, antes de que Nan aprendiera a desestimarla, era reiteradamente la misma: «¿Qué hubiera hecho o hubiera intentado hacer, cualquier abogado sino arrastrarme precisamente a la odiosa arena pública? —siempre lo decía así—; ése ha sido en todo momento mi orgullo y mi honor, el único jirón de autoestima que cubre mi desnudez, el haberlo aborrecido y evitado por todos los medios». Aquella frase había puesto punto final a aquel asunto mientras a él le importó el problema, y cuando dejó de importarle todo, aquello se diluyó también en la insustancial cháchara casera. Después de la muerte de su esposa, durante aquel año de soledad mortal, volvió a despertar de nuevo como un eco de cosas lejanas, muy lejanas, lejanísimas, porque entonces se sentía no ya diez, sino veinte

años más viejo. Aquello se debía simplemente al peso muerto que implicaba la carga de su deuda —la continuidad de su dilatada miseria—. A pesar de los vaivenes de la vida, el banco de la desolación aún continuaba allí, como el eterno rubor del cielo de poniente continuaba suspendiendo su indestructible cortina. Herbert Dodd no se había alejado —todo le había abandonado, pero él no había sido capaz de dar la espalda a nada—; y ahora, terminada su jornada de trabajo frente a un sucio pupitre de la compañía del gas, muy a menudo, ya que casi cualquier estación del templado Properley era adecuada para él, emprendía el lento camino sin detenerse hasta el final del espigón y, dejándose caer allí para descansar, solía quedarse sentado durante una hora seguida con la mirada fija al frente. En estas sesiones, con los ojos puestos en el mar verde gris, podría haber vuelto a pasar una y otra vez las cuentas —casi desgastadas por el uso— de su rosario de desgracias que tenía para los dedos de la memoria y las reiteraciones de la sorpresa las mismas pausas al tacto que entre las cuentas pequeñas y las grandes, y que hubiera podido acompañar una plegaria piadosa junto al altar de una capilla sombría.

Si ya hemos dicho que cuando fue consciente del naufragio total que desde mucho tiempo atrás obviamente le aguardaba, se veía a sí mismo, con fría lucidez, actuando puntual e irremediabilmente de forma tan deplorable que le impedía mantenerse a flote, así ahora podía quedarse absorto de nuevo simplemente ante el carácter grotesco de aquella vigilia. Lo único que ahora le quedaba por contemplar eran aquellos fantasmas de las estaciones muertas: las sensaciones revividas, como por ejemplo, la deprimente y vana lucidez que había acompañado a la celebración de su matrimonio. Había dejado que su hundimiento total y definitivo fuera la señal para casarse con Nan, unido a un pequeño incidente secundario: la repentina desaparición de Mr. Dean con la cajita metálica en la que había logrado comprimir los certificados de crédito de la empresa y que, por aquel entonces, tuvo consecuencias más o menos desfavorables en el negocio de Drury & Dean. Lo único que Herbert Dodd pudo hacer fue casarse con Nan o, de todos modos, fue lo único que se le ocurrió. Sin duda, podría no haberse casado, del mismo modo que podría no haber tenido que sufrir la máxima humillación y casi la miseria, del mismo modo que su esposa e hijas podrían no haber muerto debido a lo poco que él era capaz de darles, ante los espantosos y reiterados aprietos a los que se veía sometido; pero, meditándolo al fin en solitario, era extraño que no hubiera visto la manera definitiva de asegurar la subsistencia de su familia hasta que las últimas migajas de su vulgar y pretencioso negocio y el último vestigio de propiedad en la vieja estantería de madera y azulejos en la que se alojaba, hubieran sido sacrificados a los acreedores que llegaban en filas de seis en fondo.

Desde luego, lo que también había contado en el extraño estado de cosas era que, incluso al final de los dos o tres años en que había permitido que Kate Cookham se atiborrara a costa del atroz tributo que él le asignaba, nadie, ni Bill Frankle ni ningún otro —por lo que podía deducir— había logrado asediarla con éxito. Kate había considerado decente —en esto se le podía hacer justicia— desaparecer definitivamente del mundo de Herbert, como él lo llamaba, tan pronto como empezó su regular sangría;

y fuera cual fuera la lucrativa actividad a la que ella había dedicado su gran talento en Londres o en otro lugar, Herbert notaba que la curiosidad consciente que sentía por ella se enfriaba con el paso del tiempo como se había enfriado el sufrimiento de inútil protesta con el que Kate le había dejado al principio. A lo largo de aquellos años amargos, sólo recordaba dos ocasiones en las que había recibido noticias suyas y ambas le habían llegado a través de Bill Frankle, un bribón frustrado y abandonado y, en última instancia, notablemente ingenuo, que también, desde hacía tiempo, había empezado a vagar por el mundo, pero que, de vez en cuando, aparecía por allí durante unos días. La primera vez que se encontraron —todo el mundo acababa tarde o temprano por encontrarse en Properley, si es que a eso podía llamársele encuentro, en el fulgor o tenebrosidad del detonantemente atractivo malecón— Herbert Dodd se había percatado inmediatamente de que ninguna corriente de dinero, de la cual él mismo pudiera ser la fuente remota, había alcanzado el curso de la vida de este conocido despreciable. Aquello no encajaba con lo que había previsto y quedó todavía más intrigado cuando, mucho después, se enteró de forma indirecta de que se creía que Miss Cookham estaba, o había pasado «de incógnito» unos días entre ellos, y que Frankle, que la había visto y pretendía saber más de lo que decía, era citado como testigo del hecho. Pero no había visto a Frankle en aquella ocasión; sólo le había extrañado, y un cierto grado de misterio subsistía aún. Aquel recuerdo se remontaba a la época sombría de la quiebra del viejo Drury, a las pocas semanas entre la miserable huida de su socio y la reacción del propio Herbert de conducir a Nan al altar para recibir la bendición del vicario de St. Bernard una mañana de diciembre muy fría y triste, entre en círculo de siete u ocho caras largas de nariz colorada y en conjunto desaliñadas. Por entonces, la pobre Nan había llegado a resultarle poco más que otra de aquellas personas desaliñadas de nariz colorada, pero esto sólo se sumaba, según lo veía entonces y aún seguía viéndolo, a su general y particular morbosa valentía. Había cultivado la ignorancia, había pocos lujos íntimos, inmateriales, que pudiera acariciar celosamente incluso en la más cruel indigencia; y uno de ellos estaba representado por esta fácil negativa de su mente a rendir a ciertos pasajes de su experiencia, a varias imágenes horribles, el homenaje de su atención continuada. Aquello le servía y le ayudaba; pero cuando, pasados doce años de miseria, se sentaba solo y escarnecido otra vez, como si la gran ola de desgracia le hubiera arrastrado más allá de todo y luego se hubiera retirado visiblemente, era como si, varado por efecto de la marea, depositado en el solitario hueco de su destino, sintiera que incluso el orgullo que le sostenía se desmoronaba y no le ofrecía ya estímulo alguno cuando, terminada la tarea cotidiana, el viejo desconcierto avanzaba a hurtadillas en la oscuridad.

Ahora sus veladas de modesto oficinista eran completamente ociosas; pero, sin embargo, a su alrededor no había nada en absoluto con lo que su imaginación, entumecida y rígida por tan larga sequedad, pudiera jugar. En el silencio se alzaban lejanas voces temblorosas y, entre ellas, Herbert percibía con creciente frecuencia el débil gemido de su esposa. Cuando vivía, él se había mostrado sordo ante él, pero

ahora, después de tan largo intervalo, volvía a escucharlo una y otra vez, y le parecía que sonaba como al presionar un frágil muelle roto. Formulaba en su oído la eterna pregunta, la pregunta a la que Nan había llegado al fin como obsesionada por la revelación de una afrenta ultrajante, una afrenta que además tenía su origen en la actuación de Herbert más que en cualquier otro lado. «¡Y pensar que no te aseguraste de lo que ella podía hacerte, que no te aseguraste porque estabas demasiado asustado!» —esta evocación había terminado por ocupar una parte tan importante en la reducida conciencia final de Nan que hacía olvidar todo lo demás.

Sin embargo, en aquella época, había llegado a aceptarlo; tenía por entonces asuntos en que ocuparse más urgentes que el gusto de aquella pobre criatura por el dolor lacerante; pero, en realidad, lo que le impresionaba no era la pregunta en sí, sino el hecho de que aquel gusto fuera lo único que le había quedado de todo lo que la vida había traído y llevado. Así eran las cosas; no le quedaba nada en el mundo, en el banco de la desolación, sino la opción de retomar aquel eco y abundante tiempo de ocio para poder hacerlo. El que no se hubiera protegido contra lo que podían o no hacerle, el haber tenido demasiado miedo, ¿guardaría alguna relación con su actual percepción de las cosas? Por descontado que para responder a esta pregunta tendría que haber podido decir en qué consistía su actual percepción de las cosas; Herbert lo consideraba un esfuerzo aburrido, hasta tal punto tenía hundidas sus facultades mentales —aunque tal vez fuera aquella la hazaña que estaba buscando realizar mientras miraba fijamente el mar verde gris.

4

No era frecuente que se viera asaltado por oscuras meditaciones o que en sus temporadas favoritas, en especial durante el largo intervalo otoñal entre la época de los excursionistas y la de las sillas de inválidos, los paseantes rezagados que iban hacia el oeste fueran tantos como para irritar su arraigado sentido de prioridad. Para Herbert, su asiento, el límite de su paseo, era sagrado; durante años había representado para él su fin último (a pesar de que había otros bancos que, aunque a cierta distancia y colocados de modo diferente, podían haber aspirado al título); por eso, a medida que se acercaba, era capaz de distinguir con recelo y divisar a distancia cualquier ocupación accidental, y jamás se aproximaba mientras durase aquella desagradable situación. Lo que le molestaba era tener que transigir con su costumbre, tanto si se trataba de un hombre, una mujer, o una pareja embobada; los idiotas de esta última especie eran los que más le irritaban, después de las veces que, en el pasado, se había sentado allí, solo, y con Nan durante horas interminables y... bueno, con otras mujeres, cuando las mujeres, en momentos de tranquilidad, aún le interesaban o contaban para él en alguna medida; pero jamás había compartido aquel lugar con extraños pesados de voz gangosa.

Su mundo monótono en aquellos momentos era, no obstante, un mundo de agitación y sobresaltos, en el que, según Herbert concluía, sólo él poseía el secreto de la dignidad de sentarse inmóvil con su propio destino; por consiguiente si daba un paseo o descansaba brevemente en cualquier otro sitio, incluso los ridículos galanes acababan resultando por extensión tan visiblemente sosos como el modo de arrellanarse en el banco, aunque esto jamás les había pasado a él y a Nan. Entonces, cuando volvían la espalda, él se dejaba caer allí, en el banco de la desolación, en lo que él y sólo él lo había convertido por triste adopción; y donde, además, por la misma razón, una vez lo hubo establecido como su objetivo, quedó marcado como un lugar en el que nadie más volvería a sentarse. A lo largo de la dársena, veía a la gente tomarse esta libertad con otras figuras en reposo, pero, en general, la suya les parecía una vecindad o bien demasiado sombría o simplemente deslucida en exceso. Podría ser que los paseantes le tomaran por un malvado, insociable, posiblemente ocupado en tramar un delito; o lo que era más probable —porque en conjunto seguramente parecía inofensivo— dedicado a venerar algún remordimiento completamente inútil.

Cierto sábado de octubre salió temprano como de costumbre; pero la luz de la tarde, cuando su peregrinaje le arrastraba a su objetivo, le reveló, a gran distancia, el hecho extraordinario de que un usurpador ocupaba su banco. Su primer impulso, como era habitual, fue desviarse un poco y esperar, sobre todo porque la ocupante del banco era una dama, y las damas solas no permanecían mucho tiempo en aquel solitario extremo del tramo frontal; pero vio cómo aquella persona se levantaba, cuando él todavía estaba a unas cincuenta yardas, y dándole la espalda, se dirigía al borde de la amplia terraza, cuya línea exterior continuaba la espaciada sucesión de asientos, protegida por una barandilla de hierro que subía desde el abrupto desnivel de la playa. Allí se detuvo, frente al mar, mientras nuestro amigo por su parte, no viendo razón que lo impidiera, se hundió en el lugar que ella había dejado. Había otros bancos, hacia el este y a lo largo del paseo, para damas indecisas. La dama que así se imponía a la vista de Herbert podía haber resultado para un extraño no tan indecisa o indecisa con una perversa intensidad que sugería algún propósito.

No es que nuestro observador pensara estas cosas de inmediato; sólo se percató, y sin demasiado interés, de que la intrusa presencia era una verdadera dama; de que iba vestida —Herbert se fijaba en estos detalles— con cierta elegancia convencional y deliberadamente combinada, y de que permaneció completamente inmóvil durante un buen rato; tanto, en realidad, que dejó de prestarle atención; y como ella no estaba justo delante de él, sino un poco a la izquierda, lo suficiente para no verla de perfil, Herbert dirigió la vista a una de sus puestas de sol (aunque no era una de las mejores) y se quedó absorto durante un tiempo, que a ella le permitió cambiar de postura y hacerse más visible. Ahora, de espaldas al mar y el rostro vuelto hacia el extraño personaje que se había apropiado del rincón de su banco, ella le dirigió una prolongada mirada antes de que él notara que había cambiado de posición. Sin embargo, al observar aquello tuvo la inmediata sensación de que era objeto de un directo y detallado escrutinio. A medida

que su sensación se hacía más palpable se preguntaba quién sería y qué querría —qué le pasaría, como si dijésemos—; su posterior actuación le sugirió, por extraña que pareciese la idea, que en realidad ella le había estado esperando. Que alguien se interesara por él resultaba bastante raro.

Sí, ella seguía allí con toda la anchura de la dársena entre ellos, pero vuelta por completo hacia él, como para mostrarle claramente que él era el objeto de su interés. Y *era* —sí que lo era— una verdadera dama: una persona de mediana edad, de buen aspecto y mucha categoría, vestida de negro, discreto pero elegante, excepto los recién estrenados guantes blancos de cabritilla y un bonito y decoroso velo moteado, blanco en su mayor parte, ajustado al rostro, que dejaba traslucir, incluso para la mala vista de Herbert, sus hermosas y fuertes cejas negras y, lo que él hubiera calificado inmediatamente, de carácter. Pero estaba pálida; sus cejas negras parecían más negras bajo el velo favorecedor; aún mantenía una mano apoyada en la barandilla de la terraza, mientras que la otra, rematando el brazo extendido y rígido, apretaba claramente con fuerza la empuñadura de una pequeña y luminosa sombrilla, cuyo extremo inferior se asentaba, igualmente firme, como un puntal, en el paseo. Así que aquella persona madura, competente e importante, estaba allí de pie mirando al lacio, vulgar y raído hombre del banco —¡ahora valoraba su aspecto!

Por increíble que pudiera parecer, el interés de aquella mujer, por lo que tenía de sorprendente y por la alteración inmediata que le había producido, le impidió reconocer su identidad en un principio y, mientras estuvo mirándola detenidamente, no pensó en quién podría ser. Incluso entonces, al reconocerla, el impacto de la impresión, golpeando en su interior, se redujo simplemente a una especie de inmovilidad atónita. Permanecía sentado allí, quieto y débil, a punto de desfallecer por la sorpresa, y ni por un momento, entre los muchos que se sucedieron, Kate Cookham hubiera podido vislumbrar el más leve indicio de entendimiento en él. No obstante, él vio que ella advertía algo; la vio afirmarse, apoyada con las dos manos, para hacer frente al encuentro; una vez hecho eso, sucedió algo maravilloso, algo que le hubiera sido imposible repetir con claridad más tarde, aunque siguiera pensando en ello una y otra vez. Kate se dirigió hacia él, le alcanzó, se quedó allí de pie y se sentó a su lado, mientras él permanecía simplemente pasivo y estupefacto, impresionado sin animosidad, boquiabierto y perceptivo. Todo sucedía como si hubiera un acuerdo tácito entre ambos, de forma que los dos, total e íntimamente convenían sobre lo importuno de su situación —una situación que volvía a enfrentarles, tras años espantosos, cara a cara—, sobre la vanidad, el sacrilegio y la imposibilidad entre ellos de cualquier cosa que no fuera el silencio.

Más próxima a él, junto a él, a una distancia prudencial (¡era enormemente cortés!) le ofrecía, en los claros términos de su transformación —con creces, formal y ceremoniosamente— las razones que más le convinieran para no haberla reconocido de inmediato.

Sencillamente era otra persona completamente distinta y la exhibición a la que se había entregado con tanto afán iba, obviamente, en beneficio de Herbert —una vez que él, como parecía estar haciendo, había aceptado provisionalmente su acercamiento—. La recordaba propensa a la corpulencia y desprovista de gracia; pero ésta era una dama enjuta, delicada, agotada y casi exhausta —que, no obstante, había compensado su extenuación con algo que únicamente él podía valorar como una rica acumulación de buenos modales—. Parecía extrañamente envejecida, marcada por la experiencia, como si le hubiesen sucedido muchas cosas; su rostro había mejorado gracias a la contracción y concentración adquiridas; y si bien él había admitido, desde la primera vez que la vio, que sus ojos eran espléndidos, ¿le habían mirado alguna vez con aquel sombrío resplandor? Sin embargo, algo había florecido en ella, admitió sobresaltado: Kate había tenido una vida, una carrera, una historia, algo que, a pesar de su actitud expectante y su nerviosismo consciente de ahora, no podía impedir que él notara una profunda y oculta seguridad. Había florecido, lo había hecho —aunque, en cierto modo, al percibirlo de esta manera se daba cuenta también que no alardeaba de ello—. No era pues odio lo que revivía en él; de hecho, reveladoramente —como únicamente podía decirlo—, ella hacía que el viejo asunto entre los dos fuera irrelevante y que estos extraordinarios momentos, pocos o muchos, de su relación recobrada, se abrieran juntos a nuevas posibilidades.

No obstante, al cabo de unos instantes, despertó en él, como el latido de un nervio dolorido, la conciencia de que su propia actitud era la que proporcionaba a Kate el contacto; ahora sabía que no la habría dejado marchar, que no *habría podido* despedirla —que era lo que tal vez ella esperaba que hiciese— sin haberla dejado hablar; y que por tanto allí estaba él, como en aquel otro odioso encuentro, pasivo frente a lo que ella pudiera hacer. Incluso ahora, siempre había estado a su merced; había sabido dónde y cómo encontrarle; y dado por sentado que aceptaría verla y aunque él nunca hubiera imaginado un nuevo encuentro, se enfrentaba a él como si fuera ya lo único que humanamente podía hacer. Sí, Herbert había vuelto allí, guiado por la fuerza de la costumbre, para dejarse caer en el banco de la desolación como el único hombre de aquel lugar al que, con seguridad, no podía pasarle nada que mereciera la pena; y he aquí que en el gris desierto de su conciencia, la tierra se había abierto y llameaba.

Le asaltó incluso la idea de que no se había preparado para aquel encuentro y que su aspecto miserable debía revelarlo. No estaba en condiciones de recibir visitas —ninguna visita—; la conciencia de su propia miseria a la luz de la opulencia de Kate hizo aflorar el rubor a sus escuálidas mejillas. Pero permaneció sentado a pesar del sonrojo; por lo menos, en su calidad de visitante, ella podría sentirse satisfecha. Por fin, apartó su mirada de ella y retomó la contemplación del mar durante breves instantes. Aquello, sin embargo, no le consoló y un momento después consumó el desesperado y singular gesto de levantar ambas manos hacia el rostro, apretándolo contra ellas, cubriéndolo y guardándolo. Mientras mantenía esta postura, Kate habló por fin.

—Si desea que me vaya, me iré. —Y esperó un momento—. Quiero decir ahora... ahora que ha visto que estoy aquí. Deseaba que lo supiera y pensé escribirle... temía que pudiésemos encontrarnos por casualidad. Luego temí que si le escribía, usted se negara. Así que pensé recurrir a este medio, puesto que sabía que debía venir por aquí. —Siguió hablando, haciendo frecuentes pausas, dándole la oportunidad de hacer alguna seña.

—He esperado varios días; pero haré lo que usted desee. Únicamente que, en ese caso, me gustaría regresar. —Se detuvo de nuevo; pero por increíble que a él mismo le pareciera, no la hubiera interrumpido. Le mantenía en un estado de absoluta expectación.

—He bajado... quiero decir que he venido de la ciudad... a propósito. Pienso quedarme unos días, soy muy paciente y quiero darle tiempo. Pero, ¿puedo decirle que se trata de algo importante? Ahora que le he visto —manifestó del mismo modo— veo lo inevitable que era... me refiero a mis deseos de venir. Pero puede actuar como desee —resumió— al menos hasta que se acostumbre a la idea.

Hablaba así buscando la reconciliación, por discreción y por un propósito oculto que ya se había manifestado en sus modales; y tras haber comprobado, parapetado tras sus manos, que la voz que volvía a oír, era realmente su voz —¡tan refinada!— y que la oía y oía, después de tantos años, haciendo una disquisición contra el resentimiento, se descubrió el rostro y la miró cara a cara. Le resultaba más desconocida que nunca. No quedaba apenas nada del personaje cuyos rasgos tan duros le habían resultado en el pasado. Era una persona hermosa, seria, autoritaria, pero refinada y, como si dijésemos, remodelada —ella, cuya vulgaridad en su primer enfrentamiento le había dejado temblando mientras quedó temblor en su cuerpo—. Sobre la atrocidad de aquella mujer había edificado Herbert su vida, pero curiosamente, aquel sentimiento iba desapareciendo en su interior; así pues, de la manera más extraña que pueda imaginarse, al sentir que no debía dejarla marchar fue como si alargara la mano para salvar el pasado, el odioso, real e inamovible pasado, como si ella hubiera sido precisamente la causa de que hubiera sido así y de que él lo hubiera padecido. Se sentiría espantosamente *traicionado* si ahora se equivocaba respecto a ella.

—Me da igual —se oyó decir por fin a sí mismo.

La indiferencia le había parecido, de momento, lo máximo que podía conceder; pero enseguida se dio cuenta de que hubiera debido añadir: «¿Ha venido a verme a propósito?». —Estuvo a punto de ir más lejos y preguntar—: «¿Qué quiere de mí?»; pero se contuvo a tiempo para no evidenciar que le importaba. Si demostraba que le importaba, ¿dónde quedaría su venganza? Cinco minutos después, pensaba en aquella venganza con inquietud en vez de enfrentarse a ella con tranquilidad. De todos modos, cuando empezaron realmente a hablar se le ocurrió que las precauciones, el tacto, las consideraciones y reiteración de intenciones que Kate manifestaba, unidos al reconocimiento casi explícito de la parte que a ella le correspondía en aquel asunto y la delicadeza con que pulsaba las cuerdas de la sensibilidad de Herbert, revelaban que

estaba comprendiendo, que había comprendido, más cosas que los leves indicios que todos aquellos años, hasta este extraño atardecer, le habían ofrecido a él. Continuaron conversando, él no la habría dejado marcharse, fuera cual fuera el compromiso y la abyección que implicase; sin embargo se mantuvo al margen, refugiándose en esos comentarios banales que afloran con viejos conocidos, pero dejando de lado los reproches. El reconocimiento y la constatación de que había venido desde Londres por él, de que tenía motivos para ello, de que le había estado rondando y vigilando, de que se había asesorado vagamente sobre sus costumbres (de las que lograba hablar como si, en la presente situación de prosperidad en la que ambos estaban, hubieran de posponerse), les mantuvo absortos el tiempo suficiente como para ver con claridad y escuchar, tan rígido o tan sereno como le fuera posible, cómo ella se sentaba allí, al igual que al principio había estado de pie, asustada y que su temor estaba en relación con su intención de tener alguna oportunidad con él. ¿Qué oportunidad podría ser? Fuera cual fuese la intención que albergaba la prodigiosa actuación de Kate Cookham la llevó a atestiguar que el estado de la fortuna de Herbert era sencillamente magnífico. Apretó los dientes al darse cuenta de que tendría que aceptarlo. ¿Pues qué podía significar sino que a Kate le hubiera gustado mostrarle su compasión de haber podido hacerlo sin riesgo? ¡Pero Herbert no estaba dispuesto a concederle la más mínima medida de seguridad!

Pensando en esto, Herbert ya había comentado, para entonces, que probablemente ella no vería muchos cambios a su alrededor que no empeoraran las cosas —*Properley* estaba declinando rápidamente, tan rápidamente que sólo Dios sabía si se detendría alguna vez—, y también había mencionado que, aún así él permanecía fiel y seguía amándola a pesar de todos sus defectos; para entonces, ya se había rendido a ella superficialmente, añadiendo más detalles y algunas consideraciones cáusticas sobre la marcha de los asuntos locales, la desaparición de puntos sobresalientes y personas importantes, la frecuencia de vendavales, la mala política del Ayuntamiento al no dar importancia a los excursionistas de poco pelo; para cuando acabó de disculparse y ella comentó por su cuenta que se hospedaba en el *Royal* —un hotel que Herbert consideraba uno de los más vetustos, tradicionales y distinguidos— él había llegado por lo menos a una conclusión, al hecho sorprendente de que, al final, entre todas las cosas del mundo, sus problemas le habían conducido a una «relación social» y de cómo aquel lujo era para él una experiencia sin precedentes. Sólo una vez en su vida había puesto los pies en el *Royal*, en cierta ocasión en la que él mismo había ido a entregar un paquete, a falta de uno de los numerosos e inútiles chicos de recados que había tenido; se había reunido en el vestíbulo con la dama que, por la mañana, le había comprado las obras de Crabbe, gracias, según le complacía pensar, a la hábil persuasión de sus agudos comentarios sobre el autor que, en aquel coloquio, según recordaba, él había asociado hábilmente con una referencia a Charles Lamb; la dama se fue pasados uno o dos días sin pagarle, aunque recibió un cheque suyo de Londres al cabo de tres o cuatro meses.

Aquello no había sido una «relación social»; y verdaderamente, en lo más profundo de su deseo de ser serio, imperturbable e impenetrable, de ser en realidad inconmensurable, latía la intensa visión de su provocación y la consumación del sentimiento que había empezado a saborear. Lo llevaría a cabo, además —sería una filigrana de su maestría—, no sólo sin la reveladora ansiedad de una sola pregunta, sino limitándose a verla perder pie en lo tocante al efecto real que ejercía sobre él (y seguramente lo perdería, dado el profundo desconcierto que supondría para ella aquella ambigüedad). Kate, obviamente, ya había perdido pie para cuando él la obligó —le costó diez minutos— a ser consciente de los temas absurdos y ridículos de los que le hablaba, como por ejemplo el precario estado en el que se encontraba la agencia que llevaba el *Bijou Theatre* en el Pierhead —todo como una advertencia para que ella deseara que él quisiera saber el motivo de su visita—, para que lo deseara con todas sus fuerzas antes de que Herbert hubiera dejado de ser tan reservado como para no preguntárselo. No deseaba —y esto resultaba por cierto totalmente prodigioso— causar a Kate otro daño que no fuera hacerle perder pie; pero estaba dispuesto a hacerlo durante el tiempo suficiente para analizar su situación. Aún parecía estar analizándola cuando, un minuto más tarde, Kate hizo una última interrupción, que aparentaba ser firme, en la falsa conversación.

—Me pregunto si podré convencerle para que venga mañana a las cinco a tomar el té conmigo.

Herbert no pudo ni siquiera contestar, aunque apenas daba crédito a sus oídos. Mañana era domingo y la propuesta se refería claramente a la costumbre del «té de las cinco», que él sólo conocía por las novelas de costumbres contemporáneas y los fascinantes anuncios de mantelerías. Nunca en su vida había estado presente en un ritual tan lujoso, pero se mostraba indiferente para darle falsamente a entender que estaba saturado de relaciones sociales.

—Tal vez ya sabe que hace tiempo que renuncié a mi pequeña, aunque interesante, librería de segunda mano.

Kate perdió pie de tal modo que no pudo decir nada, ni encontrar la palabra adecuada a la situación; especialmente porque el tono casual e inexpresivo descartaba completamente el que aquello pudiera tomarse como un revés. Sobrevino el silencio; pero tras unos instantes, Kate volvió a insistir:

—Si *puede* usted venir, me encontrará en el hotel. Como ya le he dicho, he venido de Londres expresamente para verle y quisiera hacerlo en condiciones distintas a las de hoy; pero dejo la decisión en sus manos —concluyó.

En aquel punto, Herbert se sintió asaltado por una repentina inspiración, aunque necesitó un minuto o dos para decidir llevarla a cabo; un minuto o dos durante los cuales el temblor de su pie cruzado sobre la rodilla llegó al paroxismo.

—Desde luego, sé que aún le debo una enorme suma de dinero. Si desea verme para *eso* —continuó— puedo decirle ya desde ahora que en el futuro seré tan incapaz

de satisfacer mi deuda como lo fui en el pasado. Nunca podré saldarla —dijo Herbert Dodd.

Mientras hablaba, la había estado mirando; pero al acabar dirigió de nuevo su mirada hacia el mar y continuó agitando el pie. Ahora sabía lo que había hecho y por qué; y el sentir clavados en él los oscuros ojos de Kate durante su declaración y después de ella, no alteró su modesta satisfacción. Incluso cuando ella continuó sin decir nada, él no se volvió; permaneció sencillamente en su rincón como si, una vez expresada su opinión, no tuvieran nada más que decirse. Y era posible que así fuera por el modo en el que Kate se puso en pie, recuperando la compostura, su pequeña sombrilla y el elegante bolsito con detalles dorados; tras permanecer de pie unos instantes, se dirigió hacia la barandilla de la terraza como lo había hecho antes y se quedó, como al principio, dándole la espalda, aunque es posible que en esta ocasión con un temor diferente. Hacía un cuarto de hora ella aún no le había puesto a prueba pero había experimentado aquella ansiedad; ahora, que sí le había puesto a prueba, las cosas no eran más fáciles... pero seguía pensando en lo que aún podía hacer. Dejó que Kate lo pensara, en realidad nada más interesante para él que la decisión que ella iba a tomar; pero cuando Kate se dio la vuelta y se acercó a él, Herbert no se levantó ni le ofreció ninguna ayuda. Si su mirada, al encontrarse con los ojos de Kate en silencio, le ayudó de algún modo, era asunto suyo.

—Piénselo bien —dijo Kate—. Tómese el tiempo necesario y recuerde que yo estaré en casa.

Insistió en que le dejaba a él la responsabilidad de asumir una decisión. Y por su parte, también ella reveló una artimaña que se manifestó cuando, un momento después, Herbert se levantó. Se sonrojó al ponerse en pie porque, al hacerlo, exhibía lo andrajoso de sus ropas; no supo (ni pudo, ni quiso saberlo) si Kate abarcaba con sus ojos, de pies a cabeza, cada una de sus raídas prendas, porque tenía su penetrante mirada fija en un punto lejos de ambos.

Las palabras de aceptación de la invitación se resistían a salir de sus labios, pero la actitud de Kate le inspiraba tal curiosidad que aún le resultaba más difícil negarse a ir, así que se refugió en una pregunta que evitaba cualquier decisión frente a lo anterior:

—¿Está usted casada? —indagó sencillamente, aunque mientras esperaba la respuesta de Kate se dio cuenta de que era una pregunta absurda.

—No, no estoy casada —dijo; e hizo una pausa como inquirendo la relación que podía tener aquello con su invitación.

Seguramente él hubiera sido incapaz de responderle, así que recurrió a un torpe «¡Oh!» que les siguió manteniendo enfrentados. Aquella torpeza que, flotando en el aire, resultaba casi una vulgar perogrullada, le obligó a girar la cabeza y, cuando se volvió de nuevo, ella había iniciado la retirada, como si desistiera, deteniéndose tan sólo para mirarle por última vez. Todo era un poco embarazoso, pero súbitamente Herbert tuvo una idea feliz: levantó el sombrero en silencio, despidiéndola con toda dignidad. Desde joven, había cultivado el arte de la precisa inclinación en el saludo, y

ahora aquel destello de corrección brotaba del limbo gris de la época en que aquellas cosas le importaban; y surtía efecto. Es posible que a Kate Cookham le gustara, ya que, mientras continuaba alejándose, con su blanco rostro vuelto hacia él, le rindió un homenaje de sumisión. Herbert mantuvo la dignidad a salvo y ella se fue casi con humildad.

5

Aquel domingo por la tarde, Herbert no hubiera dejado por nada en el mundo de acudir a la cita; después de todo no estaba desprovisto de tres o cuatro prendas de vestir que, si bien no hacían honor a aquella ocasión concreta, tampoco suponían en absoluto un desdoro. Aquella deficiencia podría haberle mantenido alejado, pero no atendió a su voz interior, ni el dictado de su orgullo. En realidad, su impaciencia — porque sin duda le parecía una espera larga — se suavizaba al pensar que su orgullo se beneficiaría si aceptaba estos pasos conciliadores. Desde el momento que lo pudo formular de esa manera — que no podía negarse a escuchar lo que ella pudiera tener que decir, con todo detalle, en su propio favor —, debió de sentirse ciertamente aliviado; para demostrarlo, silbaba para sus adentros fragmentos sueltos de una dulce canción íntima que no había brotado de sus labios desde hacía mucho tiempo, mientras deambulaba en aquel domingo de otoño moteado de nubes. El intervalo de veinticuatro horas acrecentado por una noche con muchos más recuerdos que olvidos, no le había aliviado lo más mínimo; no obstante, a pesar de esto, nuestro amigo sumamente acicalado, peripuesto y repulido sentía una agitación sin precedentes mientras era conducido al salón de Miss Cookham en el Hotel Royal. Sí, era una aventura, y él no había tenido una aventura en su vida; aquel término tenía para él un valor inapreciable, de la misma manera que desacreditaba cada una de las etapas de su vida anterior.

Lo que en aquel momento le produjo la impresión de acreditar muy positivamente esta etapa fue el hecho de que, no lejos de su anfitriona, en lo que él percibió como un lujoso salón que el crepúsculo empezaba a vestir de sombra, se sentaba un caballero que se levantó al tiempo que ella se levantaba y al que Miss Cookham se apresuró a presentar. Para Herbert Dodd el caballero tenía todo el aspecto de un pez gordo: bastante colorado y calvo, pero con gran bigote, vestido con chaleco y corbata de lo más elegante, con profusión de cadenas y anillos, de dientes resplandecientes en una vidriada sonrisa monocular; una aparición prodigiosa con la que «toparse», como se decía en la novela contemporánea, o para que ella se topara contigo.

—Capitán Roper, Mr. Herbert Dodd —sí, su anfitriona les presentó; pero inmediatamente después continuó con algo aparentemente más desconcertante para el capitán Roper que para el estupefacto segundo invitado.

—Bien, así pues, hasta la próxima vez, adiós —al tiempo que extendía la mano al personaje al que se dirigía sin dejarle más alternativa que depositar en la mesa su taza de té, a pesar de que Herbert vio que no se la había terminado, y mirar en derredor buscando el sombrero.

Miss Cookham había colocado la bandeja del té en una mesita ante ella y había servido al capitán Roper mientras esperaba a Mr. Dodd; pero ahora, sencillamente le despachaba con una encantadora e inequívoca decisión, sabiendo lo que hacía, como hubiera dicho nuestro héroe, lo que ampliaba de un golpe la opinión de Herbert acerca de la cantidad y variedad de cosas distintas, en lo que se refiere a modales y maneras de la gente acomodada, que revelaba una relación de compromiso. Al capitán Roper le habría gustado quedarse, habría deseado tomar más té, pero con aquel directo proceder Kate le daba a entender que ya le había visto suficiente. Herbert había contemplado a lo largo de su vida montones de situaciones groseras; pero nunca había visto una situación suavizada con aquella suavidad particular, llevada a cabo por el exquisito comportamiento de la propia retirada del capitán Roger que incluía, en su despedida claramente crispada, la percepción del individuo por el que él había sido sacrificado; aquel tipo dudoso y ordinario que tenía delante, sin ninguna categoría, como lo confirmaba la cadena de seguridad del viejo reloj de plata, abotonada a un lado bajo el abrigo mal cortado.

Cuando el capitán abandonó la habitación, a Herbert le asaltó la curiosa sospecha —aunque aún quedaban curiosidades de sobra— de que aquel hombre había sido sacrificado públicamente y adrede; de tal forma que, cuando la puerta se cerró tras él, Kate Cookham, esperando de pie, parecía decir, con la expresión de sus hermosos ojos, al amigo de su juventud: «¡Aquí tiene... mire lo que soy capaz de hacer por usted!».

«Por él»; eso era lo extraordinario; y no lo era menos que, en el espacio de tres minutos, él estuviera ya, en cierto modo, observándolo con la intensidad de una nueva luz; una luz que encajaba con la secreta atmósfera de lujosos cortinajes y multitud de espejos del salón, donde el fuego de la chimenea y la proximidad del crepúsculo ratificaban la sensación de intimidad y en el que las cortinas sueltas del amplio ventanal estaban separadas dejando a la vista su Paseo de toda la vida, la parcela de su existencia que desde abajo, azotada por el viento y la lluvia, le resultaba tan familiar pero que, en el transcurso de todos aquellos años, jamás había contemplado desde una posición tan privilegiada.

—Es un conocido, pero es un pesado —explicó su anfitriona refiriéndose al capitán Roper—. Me tropecé con él ayer, pero no le invité y, antes de que usted entrara, le advertí que esperaba a un caballero con quien deseaba estar a solas. Como usted ya sabe, tengo por norma ir directamente al grano; además —añadió— él ya había tomado el té.

Dodd, que había estado mirando a su alrededor había observado, entre otras cosas, el esplendor y la distinguida elegancia, en su opinión, del servicio de té utilizado por Miss Cookham y el atractivo multicolor de los sabrosos comestibles en las bandejas.

—¡Pero si no se lo había tomado! —se oyó a sí mismo replicar un momento después con total seriedad; se dio cuenta inmediatamente de que aquella salida revelaba el candor de su interés, la ingenuidad que había sobrevivido a tantas vicisitudes. Si demostraba tal interés, ¿cómo podía ser orgulloso?; y si era orgulloso, ¿cómo podía mostrar tanto interés?

De todos modos, había hecho reír a Kate de buena gana y por ese motivo se dio cuenta de que, por una parte, era la primera vez desde su reencuentro que ella reía y de que, por otra, su risa no le resultaba cruel. Lo consideraba, no obstante, un signo de desinhibición ya que, inmediatamente y todavía sonriendo, ella contestó:

—¡Me parece que nos vamos a entender!

Aquello era un indicio de que había marcado alguna diferencia para ella; le había indicado un modo de relación, o algo parecido, del que ella no había estado segura el día anterior; pero además no lo había hecho intencionadamente: no había venido para facilitarle nada; así que cuando Kate continuó diciendo en el mismo tono jovial:

—Lo importante es que usted se tome tranquilamente el suyo —a Herbert no le quedó más que una respuesta posible.

Su mirada jugueteó de nuevo con el servicio de té; parecía curiosamente ayudarle; pero no se sentó.

—Como ve usted, he venido..., pero he venido, si me lo permite, para tratar de entender; y si usted necesita estar a solas conmigo, y si he de compartir mi pan con usted, creo que primeramente debería saber con exactitud cuál es mi situación y a qué supone usted que voy a comprometerme.— Había meditado con atención aquellas palabras, especialmente lo de «compartir el pan»; aunque, en presencia de Kate (naturalmente su presencia alteraba muchas cosas), no fuera tan contundente ni tuviera tanto peso como él había planeado que tuviera. Pero no obstante, la frase surtió su efecto y Kate se puso completamente seria.

—Usted no se compromete a nada. Es perfectamente libre. La única que se compromete soy yo.

Dicho esto y mientras ella permanecía en pie allí, como esperando generosa y respetuosamente que él reflexionara y decidiese, Herbert se sintió naturalmente tentado de preguntarle a qué se comprometía ella, si previamente no hubiera pensado en algo mejor que decir.

—¡Oh!, eso es otra cosa.

—Sí, eso es otra cosa —replicó Kate Cookham. A lo que añadió:

—¿No quiere usted sentarse ahora?

Herbert se hundió deliberadamente en la silla que había ocupado el capitán Roper; ella volvió a su asiento y, mientras lo hacía dijo:

—Yo no soy libre. Pero al menos lo soy para esto —añadió frente a la bandeja de té.

Rodeados de todas aquellas cosas sólidas y brillantes que tenían ante sí, Herbert se había hundido instintivamente en la silla como abrumado por la extrañeza, por su

resignada aceptación; las últimas palabras de Kate despertaron en él una rara sensación de menosprecio. «¿Sólo para esto?» «Esto» lo era todo en estos momentos para un hombre sometido a tan largo período de inanición y, como si de repente ella se hubiera burlado de él perversamente, Herbert esbozó una protesta:

—Entonces, ¿no se refiere a las riquezas cuando dice «esto»?

—¿Riquezas? —sonrió Kate, ofreciéndole una taza de té, por haber conseguido arrebatarse una pregunta.

—Quiero decir, ¿no tiene usted mucho dinero? —Ya no le importaba que su curiosidad quedara al descubierto; tenía una taza en la mano, y ¿no era eso prueba inequívoca de su interés? Había sucumbido a la relación social.

—Sí, tengo dinero. Por supuesto que le extrañará, pero he querido que le extrañara. Vine aquí para hacérselo entender. Así que ahora, ya lo sabe —dijo, recostándose en una silla más rígida para poder verle la cara y con los brazos estrechamente cruzados, en una postura característica en ella, como tratando de controlar sus nervios.

—¿Ha venido para demostrarme que tiene dinero?

—Ese es uno de los motivos. No tengo excesivo dinero... ni siquiera mucho. Pero tengo el suficiente —dijo Kate Cookham.

—¿Suficiente? ¡Ya lo creo! —respondió, sin poder evitar de nuevo un cierto sarcasmo.

—Suficiente para lo que yo deseaba. No siempre vivo así... en absoluto. Pero vine al mejor hotel a propósito. Quería demostrarle que podía permitírmelo. ¿Lo entiende ahora?

—¿Entenderlo? —preguntó atónito.

Kate alzó los brazos, y los dejó caer de nuevo en su regazo.

—¡Lo hice *por* usted... lo hice *por* usted!

—¿Por mí...?

—Lo que hice... lo que hice aquí hace tanto tiempo.

Herbert la miró fijamente intentando comprender.

—¿Cuánto me obligó usted a pagarle?

—Doscientas setenta libras, todo lo que pude conseguir de usted, tal como me lo recordó ayer, de modo que tuve que renunciar al resto. Fue idea mía —continuó—, fue idea mía.

—¿Desangrarme hasta casi matarme?

¡Ahora sí que el hielo estaba roto!

—Para obligarle a reunir dinero, puesto que era capaz de hacerlo, usted podía hacerlo. Y lo hizo, lo hizo, ¿qué mejor prueba?

Las manos de Herbert cayeron inertes; tan sólo podía mirar fijamente; y también el comportamiento de Kate era diferente ahora.

—Lo hice. ¡Desde luego que lo hice...!

Y la dolorosa simplicidad de la confesión, que de alguna manera parecía ser lo único que le quedaba, sonó monótona a sus propios oídos.

—Bueno, pues aquí tiene... ¡no se ha perdido! —contestó Kate con el rostro más serio.

—¿Aquí tiene? —balbució Herbert—. ¿Mi pobre y viejo dinero atormentado... mi sangre?

—¡Debe usted saber que también es mi sangre! —Kate irguió la cabeza como no lo había hecho hasta entonces, como invocando su derecho a hablar de lo que era su tesoro máspreciado—. Yo cogí su dinero, pero esto —el que yo esté aquí de este modo — es lo que he hecho con él. ¡Ésa fue la idea que tuve!

Sus «ideas», como algo de lo que vanagloriarse, le dejaban perplejo.

—¿Tener todo lo que puede tenerse en el mundo a costa de mi desgracia?

Kate había vuelto a cruzar los brazos y se sentó erguida, agarrándose los codos; sabía que él podía entenderlo y que había visto desde el principio lo que quería decirle, por difícil y monstruoso que pudiera ser.

—Tanto como a costa de mi propia desgracia, para hacer con su dinero lo que usted no hubiera hecho jamás por sí mismo.

—¿Por mí mismo? ¿Por mí mismo? —gemía asombrado—. ¿Sabe usted, o no sabe, lo que ha sido mi vida?

Kate esperó, y durante un instante, aunque el salón había quedado en penumbra y pronto no quedaría más luz que el destello de las farolas en el paseo barrido por el viento, Herbert vislumbró en sus ojos oscuros un plateado destello de impaciencia.

—¡Ha sufrido y ha trabajado, que, ¡bien sabe Dios! es lo mismo que yo he hecho. Por supuesto que ha sufrido usted —dijo Kate—, ¡era inevitable que sufriera! No nos queda más remedio que sufrir si queremos hacer, ser o conseguir cualquier cosa.

—¿Y qué es lo que he hecho, he sido o he logrado yo? —A Herbert Dodd le resultaba casi angustiosamente natural hacer esta pregunta. Kate se sintió obligada a protegerle de nuevo, diciéndole todo lo que pensaba.

—¿No se imagina nada? ¿No concibe usted que...?

—Y luego, mientras su reto penetraba más adentro, más hondo de lo que hasta entonces lo había hecho, haciendo enrojecer a Herbert, dijo—: ¡Fue *por* usted, por usted! —estalló de nuevo—. ¿Y por qué o por quién otro hubiera podido ser?

Su visión de las cosas se aclaraba ahora a un ritmo que le forzó a contestar rápidamente:

—En un tiempo pensé que pudo haber sido por Bill Frankle.

—Sí, así es como usted me consideraba —contestó con tristeza Miss Cookham.

Pero él pasó por alto aquellas palabras; su pensamiento estaba ya en otra cosa.

—¿Y de qué me sirve? ¿De qué me ha servido eso a mí?

—¿No le está sirviendo de algo ahora? —respondió su amiga y, antes de que él pudiera hablar, añadió con un velado juego de su atormentada lucidez—: ¡Pero si ni siquiera se ha tomado el té...! —Lo cierto es que Herbert no había tomado nada, y de

haber podido explicarlo, habría argumentado con toda sinceridad que, aunque tenía apetito al llegar, le había desaparecido súbitamente. Pero lo que aparentemente Kate deseaba que él aceptase de ella no era precisamente algo de comer o beber. De modo que si Herbert miró por encima de la bandeja que tenía ante él, fue para decir muy serio y sin ninguna gracia:

-Pero yo puedo cuidar de usted.

—¿Debo entender que me está ofreciendo devolverme el dinero?

—Le ofrezco devolvérselo con los intereses, Herbert Dodd.

Y el énfasis que Kate puso en aquella palabra fue algo maravilloso. Por un momento Herbert quedó como petrificado, mirando fijamente a Kate; luego, demasiado agitado como para permanecer sentado quieto, empujó hacia atrás la silla y se puso en pie. Era como si la simple congoja o el desaliento del principio penetraran en él, y una ola de profunda e irresistible emoción le invadió haciéndole tambalear como bajo el efecto de una gran aflicción. Intentó rehacerse y se dirigió maquinalmente hacia la ventana donde permaneció de pie, mirando sin ver nada. La carretera, la amplia terraza más allá de los bancos, el mar eterno más allá de todo, las farolas encendidas destellando en la noche borrascosa de octubre y los escasos paseantes dispersos a la hora del té; todo aquello se fundía y confundía en el acogedor calor de la sala —¿o era aquella comodidad portentosa la que se fundía con lo demás?— y parecía trabar a su alrededor y ante él experiencias en que lo inolvidable y lo inimaginable se entremezclaban misteriosamente. Lo único que salía de sus labios era el gemido de un «¡oh!» reiterado.

Y después, mientras una espesa nube envolvía todo durante unos momentos, se dio cuenta de que Kate se había levantado y le miraba, considerando todo, hábilmente paciente con él, y la oyó hablar de nuevo con calma y claridad deliberadas.

—Deseaba ocuparme de usted... eso fue lo que al principio deseaba... y a lo que usted accedió en un principio. Lo habría hecho, claro que lo habría hecho; le habría amado, ayudado y protegido; y usted no habría tenido problemas, ni sufrido una humillante ruina en lo que habría sido una vida fácil, sí, una vida alegre y cómoda. Yo se lo demostré y se lo probé; intenté hacérselo comprender; me figuré que lo había logrado y fui feliz durante un breve lapso de tiempo. Usted juró que yo le importaba, lo escribió y me obligó a creerlo —me lo aseguró por su honor y su fe—. Luego, de un día para otro, usted se transformó y cambió de repente; todo se alteró, rompió sus promesas y me hizo saber que quería acabar nuestra relación. Me miraba con desagrado y lo cierto es que incluso evitaba mirarme; se comportaba como si me odiase. Había conocido una joven, de gran belleza, lo admito, y comparada con ella yo me convertía en un esperpento y una idiota.

Estas palabras le hicieron girar bruscamente.

—No, Kate Cookham.

—Sí, Herbert Dodd.

Ella se limitó a mover la cabeza, tranquila y noblemente en la creciente oscuridad, y sus recuerdos, sus motivos y su entereza (¿o fue únicamente su prodigiosa astucia, su trayectoria, su «idea»?) le proporcionaron una seguridad extraordinariamente grande. Sin embargo, ella había alcanzado el tesoro oculto de los propios motivos de Herbert; las terribles motivaciones que volvían a tomar vida con rapidez debido a la fuerza que Kate imprimía a sus palabras y que se amontonaban todas juntas en una gran negación:

—¡No, no, nunca, nunca! Aún no la conocía, no la imaginaba ni en sueños; por eso cuando usted empezó a mostrarse dura y agresiva conmigo y a darme la impresión de que quería reñir, sólo se me ocurrió una idea, acorde con unas apariencias que usted, al menos tal como yo lo veía entonces, no se esforzó en explicar o refutar.

—¿Apariencias...? —Kate deseaba, asombrada, saber qué apariencias eran aquellas.

—¿Cómo no iba a suponer que realmente usted se interesaba por Bill Frankle si creía firmemente que el motivo por el que me reclamaba el dinero era para casarse con él, ya que no podía casarse conmigo? Pero, a medida que pasaba el tiempo, me empezó a extrañar que aquello no sucediera y pensé que tal vez —añadió de inmediato, como con un consciente desliz del más puro estilo— el casarse con Bill no había entrado en sus proyectos.

Ella le había escuchado con la mirada fija y sin decir palabra, con un silencio tal que, mientras Herbert la examinaba durante unos instantes, le pareció que algo le fallaba, como si avanzara el pie buscando un escalón y no encontrara el lugar donde apoyarlo. Otra vez se volvió bruscamente hacia la ventana y entonces ella respondió, pero sin pasión, a no ser la del cansancio que le producía el perdón de la torpeza de Herbert.

—¡Oh, el ciego y su triste locura!

A lo cual, puesto que podía perfectamente aplicarse al propio comportamiento de Kate, él no respondió nada. Además, casi inmediatamente, continuó:

—Digamos que no había mucha diferencia entre descubrir que me odiaba a causa de otra mujer o descubrir únicamente, llegado el momento, que me odiaba usted por mí misma.

Expresado de aquel modo tan tremendamente impresionante, Herbert reconoció que debía aceptar el reproche sin protestas y sin tanto embarazo... puesto que, fuera cual fuese el motivo que le había traído hasta ella, no era el de retractarse fingiendo que, con otra mujer o sin ella, no la había aborrecido durante años. Ahora estaba tomando el té con ella, aunque más bien no lo había probado; pero esto importaba poco y Herbert dejó que Kate se expresara libremente, mientras él distinguía, abajo en el paseo, a Charley Coote, un conocido suyo que, ayudado por la tarde desierta y el destello de la luz de una de las farolas, cortejaba a una joven con quien (su actitud lo hacía grotescamente evidente) jamás había hablado con anterioridad. El propio Dodd aceptaba el recuerdo de lo que había sido su amargo pasado, pero no había vuelto a ella por voluntad propia para incitar, recordar o recriminar; y en cuanto a ella, no podía ser

sino una lección para su reciente actuación, la demostración de que cualquier alusión concreta era una alusión a todo. Por supuesto, muy pronto Kate empezó a aludir a todo de modo arrollador y con creciente audacia.

—Pero no permití que ni siquiera aquello influyera en lo que yo deseaba... que era y había sido única y apasionadamente cuidar de usted —dijo—. No contaba con ningún dinero... con nada propio y no podía esperar nada de nadie; así que no podía hacerlo con mi dinero. Pero podría hacerlo con el suyo —concluyó asombrosamente—, si lograba sacárselo.

Herbert volvió a mirarla de frente, con las cejas arqueadas de asombro como jamás lo habían estado en su vida.

—¿Con el mío? ¿Tenía yo algo mío? ¿Acaso pretendí en alguna ocasión tener algo más que unos exiguos y parcos ingresos?

Kate permaneció callada unos instantes haciendo un visible esfuerzo, con la mirada conscientemente enfrascada en el asiento de una silla cuyo respaldo inclinaba ligeramente hacia sí, con las manos aferradas a él, en busca de apoyo.

—Usted pretendía tener suficiente para casarse conmigo... y eso fue lo que después le reclamé cuando rompió su compromiso.

Herbert estuvo a punto de contestar que jamás había pretendido nada y mucho menos aquel deseo que se le atribuía; durante diez segundos estuvo a punto de lanzarle a la cara: «Nunca se me había ocurrido tal idea hasta que usted se enamoró locamente de mí o, francamente, por lo menos eso parecía; usted me persuadió, me enredó y me obligó a comportarme de un modo que iba contra la evidencia de mis sentidos». Pero al mismo tiempo se dio cuenta de que, fuera cual fuese la horrible, perdida e irreparable verdad, haría mejor en morderse la lengua. Otra verdad extraordinariamente distinta, hermosa y terrible le golpeaba, una verdad que ninguno de sus lejanos recuerdos ni de sus constantes dolores podía falsificar y que tomó forma en las siguientes palabras de Kate.

—Mi propósito fue usar ese dinero en beneficio suyo y que usted mismo lo utilizara para su propio futuro. He enfocado mi vida en esa dirección y le aseguro que no ha sido tarea fácil; y tal como le he dicho, sin que usted parezca haberlo entendido del todo, le devuelvo aquel dinero quintuplicado.

La frente de Herbert se perló de sudor.

—¿Todo esto es mío? —preguntó con voz trémula, a causa del profundo y penetrante dolor que le invadía.

—¡Todo! —dijo Kate Cookham.

Aquello era una prueba de cómo le había amado ella; pero simultáneamente tuvo la tremenda impresión de que sólo estaba deslumbrado y no veía la totalidad de lo que ella era realmente; la mujer que, como en la renovada escena del día anterior, en el banco de la desolación, mil veces repetida en el pasado y a la vista de su juventud y vanidad, no le había dejado ninguna alternativa que tomar. Ante él flotaba de nuevo, trágicamente vívido, el momento en que, tras haberse conocido en la librería, Kate se

encontró por primera vez con él, solitario y accesible. Y a partir de aquel momento, su destino, el dolor y el precio que otros habían pagado aparecieron unidos, siniestramente ordenados por una sucesión de eslabones que chasqueaban en sus oídos al encajar perfectamente. Ahora, que todo era suyo, le obligaba a preguntarse qué había sido de la pobre Nan, y su constante pregunta sobre si él debía haber capitulado ante las exigencias de Kate. Su pequeña esposa muerta e insatisfecha aparecía ante él, se interponía entre ellos; y él extendía la mano para aceptar aquel regalo por encima del último sufrimiento y la humilde tumba de Nan. También vio los regalos; los vio —ella estaba exultante— en la figura valiente, sincera y autoritaria de su compañera, como la más extraña demostración de amor. Pero la otra presencia era más intensa, como si su fantasma agitara los brazos frenéticamente; no había pasado ni medio minuto cuando el único débil eco que quedaba de Nan, y que aun así, había llegado a ser un eco poderoso y trascendente, se posó en sus labios como si fuera su única oportunidad.

—¿Me da su palabra de honor de que, con un asesoramiento decoroso, yo no hubiera podido desafiarla con éxito?

Kate empalideció; pero después de lo que ya había dicho, tenía que seguir siendo sincera.

—Desde luego que hubiera podido desafiarme, Herbert Dodd.

—¿Para enterarme de que usted no tenía nada que hacer legalmente?

Aunque pálida, Kate fue audaz.

—¡Habla usted de asesoramiento decoroso...! —interrumpió; quedaban demasiadas cosas por decir y todas inútiles—. Le habrían dicho que yo no tenía nada que hacer.

—Yo ni siquiera pregunté —declaró su triste visitante.

—Por supuesto que usted ni siquiera preguntó.

—No podía permitirme ser tan atrozmente vulgar —continuó diciendo Herbert.

—¡Por amor de Dios! Yo sí que pude —dijo Kate Cookham.

—Gracias.

Herbert consiguió expresarse en un tono que le hizo sentirse más caballeroso de lo que nunca se había sentido en su vida y de lo que, sin duda, volvería a sentirse. Podría haber sido suficiente pero, en cierto modo, mientras permanecía allí con aquel inmenso espacio abierto entre ambos, se dio cuenta de que no lo era. El espacio era como una repentina hondonada o una gran abertura desolada por la que les llegaba el soplo de un frío mortal. Demasiadas cosas se habían derrumbado, demasiadas cosas nuevas se precipitaban sobre él y le envolvían, provocándole una conmoción que le sacudía de pies a cabeza. Sintió que zozobraba, y aunque Kate continuaba mirándole, cedió a la emoción y estalló en lágrimas, llorando débilmente ante ella como había llorado a solas en su juventud, cuando Kate le había inspirado un temor infundado. Kate se volvió e, incapaz de mirar, se hundió en el sofá y, sollozando como réplica, enterró su propio rostro en el brazo acolchado. Durante unos minutos sus ahogados sollozos llenaron el salón; pero en medio de aquella conmoción Herbert logró recordar dónde había dejado

el sombrero y que el bastón y sus guantes nuevos color canela —le habían costado dos chelines y tres peniques, y representaban un sacrificio— estaban en la silla contigua. Recogió las tres cosas y, jadeando silenciosa y suavemente, casi de puntillas, alcanzó la puerta y salió.

6

Una semana después, allí, en el banco de la desolación, ella le hizo una declaración todavía más singular que el intervalo de tiempo, considerablemente largo y tenso, había hecho posible. El domingo anterior, después de dejarla en el hotel, salió en un estado de renovada exasperación y anduvo sin rumbo, bajo el inclemente viento del oeste, junto a los raíles de hierro de la extensa dársena, volviendo hacia el mar su rostro demasiado revelador para los transeúntes con los que se cruzaba de vez en cuando. En el extremo de la gran terraza, incluso en la inveterada oscuridad y a pesar del inminente ventarrón, su inmemorial rincón, su pequeño refugio le había acogido de nuevo. Sin duda fue en el transcurso de aquel abstraído descanso en el banco, en el que la agitación del aire nada tenía que envidiar a su conmoción interna, cuando empezó a mirar de frente su extraordinaria suerte y a reconocer en ella a la vez un cuento de hadas y una pesadilla. Kate continuaba visible y execrablemente apegada a él (¡en realidad apegada era una palabra muy suave!), y la incuestionable prueba de aquello estaba en el ofrecimiento de un consuelo económico de semejante magnitud con el que curar sus heridas, llagas y humillaciones; en esto consistía la fábula maravillosa, el cuento del dinero a puñados; tan sólo parecía tener que quedarse allí y tragar, digerir y hartarse; pero todo el resto era una pesadilla; y la peor de las pesadillas era tener que dar las gracias a una persona por cuya causa Nan y sus hijitas habían conocido la tortura.

Ahora no se preocupaba de sí mismo, ni del hecho increíblemente romántico de aquel inextinguido y, al parecer, inextinguible encanto suyo que había seducido a Kate. Pero le resultaba insoportable, como ninguna otra cosa le había resultado jamás, la posibilidad de aceptar beneficios tan sustanciosos de la persona que íntimamente asociaba —aunque de forma indirecta— con las condiciones que habían hecho sucumbir tan lamentablemente a su encantadora esposa y a sus hijitas, que hubieran podido ser también encantadoras.

Había aceptado la relación social —e incluso aquello a título de prueba— sin saber lo que encubría de forma tan deslumbrante; como relación social había llegado a serlo con creces si, en sus ratos de ocio, como ahora, le conducía a aquel lugar, bajo esta extraña tormenta de sentimientos irreconciliables: la perpleja conciencia de la ternura, paciencia y crueldad de la que había sido objeto, de los hechos, obviamente desconcertantes, que no podían cuestionarse, ni concebirse, ni explicarse, y que aún menos, sin embargo, podían perderse de vista (y él, en realidad, desmoralizado,

trastornado e incapaz de trabajar o de cualquier otra cosa, cometió la imprudencia de tomarse libertades que podrían crearle problemas).

Aquel domingo por la noche había vagado sin rumbo, deambulando confuso y temblando; pero esto se convirtió en la tónica general de los días siguientes, ya que, ahora más que nunca, carecía de un lugar o refugio al que dirigirse y no tenía un espacio al que llevar y depositar, o donde soltar —como un ovillo— y encerrar su conciencia dolorida, a punto de partir en dos el frío caparazón de su pequeña y sórdida pensión. Únicamente la bóveda del cielo, la extensión del mar y la costa le ofrecían espacio; podía vagar consigo mismo a cualquier parte; en resumen, fuera cerca o lejos, lo único que no podría hacer nunca era retractarse. Se aferraba con fuerza a aquella certidumbre —al hecho de que para él fuese imposible, aunque ella esperase allí diez años, entre sus felpas y bronces; aquello tenía un efecto extraordinario para lo que él hubiera llamado su dignidad. Se mantendría alejado de ella como lo había hecho desde que la dejó en el hotel, a pesar de que, a veces, cuando se detenía puntualmente en algún lugar para cuestionarse con más rigor, el corazón estaba a punto de parársele.

Los días de la semana transcurrían y todo seguía como cuando él la dejó; no la había visto ni ella había dado señales de vida. Hacía falta fuerza, decía Herbert, para no volver a verla, aunque sólo fuera por curiosidad, porque después de todo, ¿cómo demonios había invertido el fruto de su extorsión para conseguir tales beneficios? ¿Acaso no era aquél el hecho más oscuro entre los extraños fenómenos ocurridos en los últimos años? Pero muerto de cansancio, Herbert se dejaba caer en aquellos bancos, media docena de veces cada tarde —precisamente para demostrarse que tenía la fuerza que la situación requería.

A medida que se multiplicaban los días sin noticias de Kate, él también permanecía sentado durante horas —por supuesto, en el banco de la desolación— firme y rígido, ante la posibilidad de haber perdido todo para siempre. Cuando pasaba delante del Hotel Royal no movía ni un pelo, y cuando se encontró con el capitán Roper en el malecón, tres días después de haberle sido presentado, fingió que no le había visto —otra prerrogativa de las relaciones sociales— antes de dar la impresión de estar interesado en saber si Miss Cookham se había marchado de Properley. A lo largo de su vida, Herbert había fingido no ver a ciertas personas, del mismo modo que otros lo habían fingido con él —ya que siempre había tenido alguien a quien no deseaba saludar— pero nunca había fingido tal distancia como con este extraño conocido, lo que le ayudaba a demostrarse a sí mismo hasta dónde llegaba realmente su preciada sinceridad. Si había perdido lo que había flotado a su alcance, lo había perdido; su único tributo a dicha propuesta era un rechinar de dientes tan violento que, como él diría, podría incluso escucharse con un crujido. No levantaría un dedo, y si en realidad Kate se había marchado el martes o el miércoles, sería absorbida de nuevo por la oscuridad de la que había emergido y, cerrado este inexplicable capítulo de su vida, no haría el menor esfuerzo nunca jamás. De todos modos, ésa era la clase de hombre que continuaba siendo —incluso después de todo lo que había pasado—, y a pesar de que,

durante unos breves momentos de ofuscación, ciertas cosas le hubieran parecido agradables. Los momentos de ofuscación habían pasado, la vieja oleada de amargura le había golpeado (¿y no se hubiera sentido avergonzado de no haber sido así?) y ahora podía sentarse allí, como antes, como siempre, sin tener absolutamente nada en el mundo a lo que poder recurrir. Por lo tanto se había equivocado al creer que estaba degradado; y la última palabra sobre él sería que no podía, según parecía, caer en la vulgaridad tal como había intentado permitir que sus desventuras le forzaran a hacerlo. Y no obstante, el domingo siguiente por la mañana, cara a cara de nuevo con él, al final del espigón, le dijo: «¡Como si yo creyera que usted ignoraba con qué cuerda sujetarme!». Completamente cierto, y precisamente aquella mañana sobre todo, no lo sabía, no hubiera podido jurar solemnemente que no le quedaba un ligero rastro — como se decía a sí mismo —, un rastro de confianza en las cosas extraordinarias que aún podían surgir de su entrevista. Era un día soleado y con brisa, y el mar tenía un tono púrpura pálido; Herbert no iría a la iglesia tal como lo hacía la mayoría de los domingos por la mañana, pues a su manera aquello también eran relaciones sociales — y sobre todo cuando tenía, recién estrenados, un par de guantes canela de dos chelines y tres peniques que conservaría durante siglos—. Se vistió reuniendo los escasos recursos que hubieran podido incluirle en la efímera buena sociedad local de St. Bernard, y con este atuendo se encaminó hacia el oeste. Caminaba absorto en las formas más o menos grotescas que su sombra proyectaba frente a él y un poco más a la derecha sobre el asfalto descolorido del paseo, balanceándose y bailando, lanzándose y luego contrayéndose, a tal ritmo que, para cualquier transeúnte que hubiera observado, vistas en sí mismas, sus excentricidades podrían haber sido la base de un interesante desafío: «¡Descubra el estado mental, adivine a qué obedece la agitación que posee al extraordinario dueño de esa sombra!» Pensando en eso, el propio Herbert Dodd, con la hiriente ayuda del sol, podría haber estado intentando una aproximación a su horóscopo inmediato.

De todos modos, aquello le revelaba que el balanceo y la danza de su imagen daban paso algunas veces a una inmovilidad perfecta, cuando él se detenía y clavaba su mirada en ella. «¡Imagínate que viene, imagínatelo!»; —está claro, al menos para nosotros, que en estos momentos se le oía respirar—, respiraba con la intensidad propia de una interrupción entre la esperanza y el miedo. Desde muy temprano, había mantenido la ilusión de que, considerando todas las cosas que podían suceder, la posibilidad de que ella apareciese estaba dentro de lo probable; y esta posibilidad seguía viva mientras avanzaba al son de un *suspense* espantoso. Las cortas etapas de su peregrinaje se sucedían unas a otras como el problema sentimental del «me quiere, no me quiere», que sus amigos de la infancia trataban de resolver arrancando los pétalos de una margarita. Pero realmente estuvo a punto de desmayarse —tan aturdido se sentía— cuando, llegado al punto del largo espigón desde el que siempre podía decir si su sitio estaba ocupado, tuvo a la vista su inmemorial objetivo. Ella estaba sentada en su banco —únicamente podía ser ella la que había tomado posesión del lugar—; para

Herbert Dodd aquello era un claro exponente de que si él había dudado de su comparecencia, ella había estado segura de que él acudiría. Aquello le hizo detenerse con un objetivo, o mejor con el propósito de hacer una pausa y juzgar si podía soportar, como el punto más conflictivo de su relación, que Kate le demostrase constantemente que podía obligarle a actuar siempre como ella quería. Lo que zanjó la cuestión entonces —y precisamente mientras se miraban reconociéndose, en el largo intervalo antes de dar por terminado el asunto, como si cada uno por su lado tratara de sacar la delantera al otro...—, lo que zanjó la cuestión fue el hecho de que cuando Kate quería algo, lo quería de un modo terrible. Si se tratara simplemente de utilizarle, como ella había dicho la última vez, y sin tener en cuenta quién de los dos saldría beneficiado, aquello podía pasar; puesto que le obligaba a esperar allí, día tras día, de aquel modo, y gastando tanto dinero, por el azar de un nuevo encuentro. ¿Cómo podía tener ella la mínima seguridad de que él volvería a consentir verla de nuevo después de lo que le había hecho hacía una semana, después de padecer su última y monstruosa honestidad? Desde luego Herbert parecía estar sometiendo esta influencia al examen más difícil y preciso para que ambos pudiesen aprender. Súbitamente tuvo una idea magnífica y genial. «¿Qué pasaría si ahora que la veo allí le demuestro que lo que ha dado por sentado, como es habitual en ella, es una equivocación?, ¿qué pasaría si le demuestro que se equivoca al pensar que lo único que ha de hacer es esperar confiada y silbarme, que mi cuerda es más larga de lo que ella calcula y de que todo es imposible entre nosotros? ¿Y si se lo demostrase dando media vuelta y alejándome de aquí? ¡Tendría que entenderlo por fuerza!» Nada había sucedido a través de la distancia que les separaba, excepto la mutua comprensión de lo que el otro pensaba; todos estaban en la iglesia, la calle estaba desierta (apenas se había encontrado un alma en su recorrido de un extremo al otro del paseo) y las rachas de viento, sazonadas de sol, seguían renovando el aire y limpiando el paisaje. A través de esta hermosa claridad, Herbert veía cómo ella le miraba tratando de ver lo que se proponía hacer. Los dos permanecían inmóviles en aquel momento de máxima tensión; Kate Cookham, con los ojos fijos en él, esperaba rígida, como para dejarle escoger, no por dignidad sino (¡el colmo de la perversidad!) por bondad. Y sin embargo, aquella actitud le conmovió como una garantía de que ella también conocía su falta de libertad, de que aquella era la menos convincente de todas las pomposas exhibiciones, la más humilde de todas las vanas extravagancias que su necesidad, su soledad, las injusticias sufridas, su agotado rencor, la condena a someterse a cualquier muestra de interés, que todo ello pesaba demasiado sobre él como para permitir a las débiles alas de su orgullo algo más que un leve temblor. Ellas no podrían, no podrían levantarle del suelo; Herbert permaneció clavado, sin retroceder ni avanzar, sólo intentando subsanar, finalmente, su propia participación en aquel desolado intercambio, desviando la vista hacia el mar. Aunque profundamente consciente de la torpeza del gesto, se agarraba a él como al último jirón de su honor, argumentando la sensación de inferioridad experimentada los días anteriores; una cosa era que él sintiera que ella era la persona con la que había que

contar, y otra, muy distinta, que Kate se diera cuenta de que había que contar con él. El acercamiento controlado de Herbert, que no había llegado a término, podía ser una demostración, en aquellas extrañas circunstancias, de que Kate no era la única en decidir —si ella hubiera dado al fin el juego por terminado y se hubiera levantado, alejándose y aumentando la distancia entre ellos, en cuyo caso, él la hubiera dejado desvanecerse en el espacio definitivamente—. Lo que en realidad sucedió cuando por fin Kate se levantó —aunque apenas tardó el tiempo que nos ha llevado contarle— no fue para confirmar la separación, sino para darla por terminada; y lo hizo acercándose lentamente a él hasta que llegó al alcance de su oído. Herbert se preguntaba, consciente de que Kate se acercaba a pesar de que él miraba al mar, qué diría y en qué tono; cómo rompería aquella semana de silencio; y cuando una vez más la voz de Kate llegó a sus oídos, tuvo que reconocer su maestría para desconcertarle.

—Hay exactamente mil doscientas sesenta libras, pero las tengo en una cuenta a su nombre; no tiene más que retirarlas.

Aquellas extrañas y deliciosas palabras se perdieron en el templado ambiente luminoso del silencio dominical, pero incluso mientras veía boquiabierto cómo sucedía, ella estaba allí, con su realidad de dama golpeada por la vida, para responder por ellas y representarlas; y —si se podía concebir mayor gracia que la sencilla belleza articulada de aquellos vocablos— para forzarlas, de forma casi desconcertante, a materializarse. Sí, su elegante bolsito colgaba de su brazo, bien cerrado, como abultado, bajo el cierre, por la portentosa suma, y Herbert se encontró devorándolo con la mirada, como la prueba más real de las afirmaciones de Kate. Habríase dicho que se disponía a abrirlo para que él hundiera en él la mano o, concebida de otra forma la situación, para imponer a la indignancia de Herbert la aceptación de una limosna sin precedentes en los anales de la caridad callejera. Sin embargo, nada, ni la importante cifra, ni la elegante fracción, contaba tanto para él como la breve, rica y redondeada palabra que la brisa había recogido al caer y que ahora parecía flotar entre ellos. «Retirar el dinero... ¿retirarlo?» Sí, estaba boquiabierto como si aquello no tuviera sentido; pero el caso es que incluso mientras estaba así, atribuía al término usado por Kate más romanticismo del que cualquier otro vocablo de la lengua había despertado en él jamás. Él, Herbert Dodd, iba a vivir tirando de su cuenta, como esa gente que no conocía los sinsabores de la vida, y de la que algunas veces había oído hablar de pasada; de hecho, cuando volvió con Kate al banco del que ella se había levantado, sus nervios destrozados estaban al límite, como si el mismísimo banco de la desolación fuera a convertirse en el escenario de aquella proeza y él fuera a morir antes de que sucediera.

Una vez sentados, Kate apretó el cierre de su bolso y sacó de él no un puñado de oro o un fajo de crujientes billetes, sino un sobre alargado y lacrado que, según dijo, había pensado enviarle por correo, que contenía la garantía y los detalles concretos de la cuenta que había abierto a su nombre en un banco de Londres. Herbert lo cogió sin mirarlo y lo sostuvo del mismo modo, ajeno y desprendido, durante el tiempo que siguió a la entrega, con la impresión de estar violento; retorciéndolo y agitándolo y, sin

embargo, reteniéndolo; incluso siendo consciente, por encima de todo, del extraño, del tremendo compromiso que representaba su quietud. Podía aceptar aquella suma de dinero, desde luego, pero no sin dar algo a cambio. ¿Y qué podía dar a cambio? Siguió preguntándose mientras Kate hablaba de otras cosas, y, por encima de todo, dejaba claro, de manera perspicaz, noble y triunfante, que no necesitaba fingir que estaba convencido de que el constante interés de Kate por él no le habría ayudado en cualquier problema que le hubiera acosado desde su separación. Ella le confesó también que una profunda intuición debía haberle revelado el lugar donde la encontraría, del mismo modo que ella había presentido dónde podría encontrarle; lo cual —¡Oh, ahora se daba cuenta mientras tocaba su tesoro sellado!— quería decir ni más ni menos que ella había igualado la experiencia de ambos. Él no era el único que había sufrido; también ella había tenido que pasar por cosas que él no podía siquiera imaginar; y, puesto que él renunciaba a hacer más alusiones a lo inolvidable, Kate le proponía de un modo tácito que se considerasen en paz y partiesen de nuevo de cero.

Herbert, tal como en cierta manera su orgullo comprometido le impulsaba a hacer, no aceptó el cargo de que él había estado tranquilo respecto a ella durante la semana anterior; a lo sumo llegó a declarar, con una ingenuidad que no le permitió ir mucho más allá, que por supuesto él se había pasado por su viejo lugar de cita, que, a través de los años, había sido el refugio de su soledad y la meta de su paseo de cualquier mañana dominical demasiado hermosa para pasarla en la iglesia; pero que no había contado con encontrársela allí —ya que esa suposición daba la impresión, así lo entendería ella ¿no?, desagradable para Herbert, de haber venido a buscarla. Las averiguaciones de Kate sobre él, una vez que Herbert se hubo sentado, hubieran sido otro asunto, pero él lo resumió así:

—Por supuesto, después de todo, usted ha venido a mí, precisamente ahora, ¿no es así?

Se dio cuenta también de que sonreía sin convicción ni gracia, como la última queja de su honor, la declaración confirmada de que él únicamente había capitulado ante la sumisión de Kate. La sumisión de aquella mujer llegó a ser para él, en aquellos momentos y circunstancias, sentado en el banco de la desolación, de una cuantía más prodigiosa e incluso más misteriosa que aquella otra cantidad garantizada en el sobre con el que su mano derecha golpeaba las yemas de los dedos de su mano izquierda; aunque lo realmente extraordinario era el modo en que Kate podía continuar siendo indulgente con él y a la vez, enfrentársele, a cada paso, con lo que le quedaba de aquella hábil personalidad suya tan admirable.

—¿Venir a usted, Herbert Dodd? —repitió imperturbable—. ¡Llevo diez años yendo hacia usted!

Antes de estos sesenta segundos supremos del más intenso aliento, había habido un momento en el que él estuvo a punto de lanzarle aquel sobre como una salvaje declaración de libertad: «No, no, no puedo resignarme; sencillamente no puedo sepultarlo todo en el fondo de mi alma para siempre, sin una cruz que en el futuro

señale su sepultura; por tanto, si eso es lo que significa nuestro acuerdo, debo declinar cualquier relación con ello». Sin embargo, las palabras no salieron de su boca, y cuando un par de minutos después Kate había hablado, la sangre acudió al rostro de Herbert como si, teniendo en cuenta su obstinación y la excentricidad de Kate, se acabara de salvar.

En realidad, todo se detuvo, incluso el manoseo del papel; Kate imponía quietud o, en cualquier caso, imponía intencionadamente un decoroso aire de silencio, y Herbert no hubiera podido decir más tarde cuánto tiempo había pasado sentado allí, en este trance, con la mirada fija simplemente en lo que tenía ante él. De todos modos, pasó tanto rato que la propia Kate se levantó como si, al cabo, su propio ritual tocara a su fin. Él no le había dado nada a cambio, por tanto, ¿a qué esperaba? En las dos ocasiones anteriores, Kate se había encontrado sin palabras momentáneamente, pero, sin duda, nunca del mismo modo que ahora, como lo corroboraba el que se levantara del banco y, una vez más, se dirigiera hacia la barandilla de la terraza. De algún modo Kate se las arreglaría para salir airosa de la situación que esperaba a pesar de las mermadas expectativas; volvería a mirarle de frente después de contemplar el mar, como si esta rígida demora, no exenta por completo de torpeza, no hubiera sido más que un delicado recelo de su cortesía. Kate había recobrado sus fuerzas; después de haberle dado tiempo para apelar, podía aceptar que Herbert se había decidido y que ella no tenía nada más que hacer.

—Bien, entonces... —dijo Kate con voz clara a través del amplio paseo— entonces, adiós.

Se había acercado mientras hablaba, como si esperase que Herbert fuera a levantarse para despedirse; pero él se echó hacia atrás inmóvil, mirándola fijamente durante un momento.

—¿Quiere usted decir que nosotros no... que no...? —Pero sus fuerzas le abandonaron.

—¿Que si quiero decir qué...? —Kate permaneció a la espera de las preguntas que él pudiera hacer, pero era casi como si, a través de su velo moteado, se trasluciera una irreprimible ironía respecto a aquella pregunta concreta—. Creo que durante todos estos largos años he dicho todo lo que soy capaz de decir. He dicho tanto que no me queda nada más que añadir. Así que eso es todo.

—Pero si usted se marcha ahora..., —dijo suplicante, en tono de absoluto fracaso, pero adaptándolo a su propia actitud— ¿no volveré a verla más?

Kate aguardó unos instantes y, curiosamente, aquella espera era ahora para Herbert como si —aunque por fin mucho más agobiado por el tributo pagado por Kate de lo que jamás le había agobiado el suyo— algo dependiera aún de ella.

—¿Le gustaría seguir viéndome? —preguntó Kate sencillamente.

Al oír esto, Herbert se levantó; aquello resultaba más fácil que contestar; al menos responder con sencillez aparente; durante un momento, volvió a mirar la carta con dureza y en silencio; pero por fin levantó sus ojos hasta encontrar los de ella, mientras

enmascaraba cuanto podía la consciente tristeza que ambos sentían, y con un cierto aire de seguridad, deslizó la misiva en el bolsillo interior de su abrigo, dejándola reposar allí a salvo.

—Es usted prodigiosa. —Pero al decir esto arrugó la frente en un gesto de extrañeza como jamás en su vida—. Pero ¿cómo lo ha conseguido?

—¿Cómo he conseguido el prodigio? —dijo Kate Cookham—. A través suyo.

Herbert movió lentamente la cabeza, sintiendo, con la carta junto a su corazón, una soltura tan nueva, casi un nuevo campo de interés.

—Quiero decir cómo ha conseguido tanto dinero... tantísimo.

Kate le mantuvo un poco a la espera.

—¿Le parece que mil doscientas sesenta libras es tantísimo dinero? Porque ya sabe usted que no hay más —añadió.

—¡Es suficiente! —respondió con una leve y pensativa inclinación de cabeza hacia la derecha y los ojos fijos en el lejano horizonte como velados por una sombra de timidez a causa de lo que estaba diciendo. Sintió la persistente proximidad de Kate en su mejilla.

—¿Es suficiente? ¡Gracias! —continuó diciendo ella bastante sorprendida.

Herbert cambió ligeramente de postura.

—Ha tenido que reunir más de cien libras al año —dijo él.

—Sí —asintió Kate—, eso fue lo que intenté hacer año tras año.

—¡Pero que usted pudiera vivir y acumular mientras tanto esa suma...!

Sí, estaba gratamente sorprendido de sentirse con absoluta libertad, como no se había sentido jamás. Todas las curiosidades de su vida habían quedado hasta entonces sin respuesta, ¿y acaso este cambio no significaba que aquí estaba de nuevo la relación social?

—Oh, pero no siempre he vivido como usted pudo ver el otro día.

—Sí —respondió Herbert, sintiendo inmediatamente que debía de haberse sonreído al contestar—, ¡el otro día parecía que vivía por todo lo alto!

—Por una sola vez en mi vida —dijo Kate Cookham. Y al cabo de unos instantes, añadió—: He dejado el hotel.

—¡Oh! ¿Ha alquilado usted una habitación? —preguntó Herbert deseando mostrarse sociable.

Una ligera sombra de duda pareció envolver a Kate, pero inmediatamente se deshizo, respondiendo a lo que aparentemente él deseaba saber.

—Sí, pero por supuesto lejos de aquí, en la colina. —A lo que, tras un instante, añadió—: En Mount Castle Terrace.

—Oh, sí, conozco The Mount. Y Castle Terrace es un lugar precioso y muy soleado.

—Un lugar precioso y muy soleado —repitió Kate Cookham.

—Aunque no sea como el Royal, por lo menos estará usted cómoda —continuó.

—Ahora estaré cómoda en cualquier sitio —respondió con cierta sequedad.

Era asombroso en lo que se había convertido la de Herbert.

— ¿Porque yo he aceptado...?

— ¡Digamos que sí! —dijo ella, esbozando una sonrisa.

— Entonces, espero que, de todos modos, ahora pueda descansar por completo.

Hablaba como si quisiera despedirse con una nota alegre, y se esforzaba en sonreír, aunque, sin duda, la mueca era poco convincente; sentía que, puesto que había aceptado, no debía hacerlo con aire abatido ni resentido. Al mismo tiempo, sabía en lo más hondo que, ante aquel rostro expectante que el velo moteado no ocultaba, no podía dar todo por acabado; al menos por su parte, no podía. En lo que a Kate se refería, en cuanto a ella — como Herbert había tenido que aceptar tantas veces a lo largo de aquella semana — la cosa era muy diferente. En cierto modo, su rostro magnífico y compasivo a la vez daba aquello por concluido, aunque de un modo extrañamente velado por las cosas que le ocultaba. ¿Qué habría hecho o qué habría dejado de hacer? Lo que le había contado — en realidad no le había contado nada — no era el relato de su vida; en cualquier caso, en medio de aquel conflicto de sentimientos dispares, era como si, hiciera lo que hiciera, Herbert diera considerables tumbos.

— Pero no puedo imaginarme... no puedo imaginarme...

— ¿No puede usted imaginarse cómo he ganado tanto dinero en este tiempo siendo honrada?

— ¡Oh, seguro que ha sido usted honrada! — admitió Herbert Dodd claramente.

La respuesta sacó a Kate de su inmovilidad e inició un gesto, que inmediatamente reprimió, como una nueva muestra de su generosidad hacia la incomprensión de Herbert.

— Todo ha sido posible gracias a la tensión bajo la que he vivido, gracias al odio que sentía.

— ¿Al odio...?, — preguntó Herbert, puesto que ella se había detenido, como dando a entender que, después de todo, aquello era enormemente difícil.

— El odio a lo que le había estado haciendo durante tanto tiempo.

Al oír esto, y a pesar de todas sus incomprensiones, algo se iluminó para Herbert con mayor claridad de la que había visto jamás.

— ¿Y eso le llevó a encontrar los medios...?

— Me obligó a pensar en todo. Me obligó a trabajar — dijo Kate Cookham. Pero inmediatamente añadió —: Pero esa es mi historia.

— ¿Y no puedo oírla?

— No..., porque yo no puedo oír la suya.

— ¡Oh, la mía...! — exclamó Herbert con el sentimiento más extraño y triste de resignada capitulación, como dando a entender que, aunque quisiera, no podría contarla, a causa del sacrificio y la miseria que implicaba.

Aquello pareció despertar en Kate un cierto sentimiento de envidia.

— ¡Oh! También la mía, se lo aseguro...

Herbert recobró el interés.

—Entonces, podemos hablar.

—Nunca —replicó curiosamente Kate Cookham—. Nunca.

Permanecieron así, cara a cara y, pasados unos minutos, Herbert fue capaz de entender la razón de aquella negativa. Aquello era fundamental.

—Sí, comprendo.

Siguieron así frente a frente; y luego, mientras comprendía con una satisfacción que emergía de muy adentro, fue ella, como era de esperar, la que, con su delicado rostro gastado, concluyó:

—Pero ya no puedo cuidar de usted.

—¡Ya lo ha hecho! —respondió él con un tierno candor de agradecimiento.

—Oh, pero en cierto sentido, usted lo necesitará ahora... —insistió Kate.

Herbert esperó un instante, dejándose caer de nuevo en el asiento. Y mientras Kate aún permanecía de pie, él levantó sus ojos hacia ella con la sensación de que, en cierta manera, había demasiadas cosas, y de que todas estaban juntas, de un modo tremendo, irresistible y sin lugar a dudas, en los ojos de Kate y en toda su persona; durante un instante, aquello le conmovió más de lo que podía soportar. Se inclinó hacia adelante, dejando caer los codos sobre las rodillas y se sujetó la cabeza con las manos. Permaneció así, inmóvil y en silencio, consciente únicamente de la maravillosa acción de renovado apoyo que Kate le ofrecía, sabiendo que un brazo le había rodeado y le sostenía. Ella estaba a su lado en el banco de la desolación.

Una Ronda De Visitas

1

Había salido Mark Monteith sólo una vez desde su llegada; eso fue un día después: había desembarcado la noche del día anterior; entonces todo se le había venido encima, como habría dicho él mismo, todo había cambiado. Había llegado el martes; había pasado la mayor parte del miércoles en el centro de la urbe, informándose sobre el atroz objeto de su ansiedad, esa ansiedad que en una súbita decisión lo había llevado a cruzar el océano hostil en pleno invierno; y fue mediante unos datos de los cuales tuvo noticia la noche del miércoles como midió el grado de su pérdida, midió, ante todo, el grado de su dolor. Eran éstas dos cosas diferenciadas, le parecía, pues, aunque ambas eran malas, una era mucho peor que la otra. No fue sino hasta que se hubieron consumido del todo los tres días siguientes, a decir verdad, cuando supo a punto fijo cuán malherido había quedado. El jueves por la mañana se había despertado, en la medida en que cabía decir que había dormido, con la sensación, al propio tiempo, de una cegadora nevasca neoyorquina y de una profunda aflicción interior. La furiosa tormenta blanca le habría impedido salir aun en el mejor de los casos, pero su estado de congoja era por sí solo razón más que suficiente.

Hasta tal punto se sentía angustiado, hasta tal punto se le entrecortaba la respiración, ante lo que le había acontecido, ante la afrenta, la amargura y, por encima de todo, la siniestra extrañeza, que, a medida que iba perfilándose y cobrando relieve el motivo de su consternación, erigiéndose allí frente a él como algo con lo que a partir de ahora tendría que vivir para siempre, le parecía estar a cargo de algo raro y alarmante, alguna violenta, asustada, infeliz criatura en cuya compañía pudiera hallar, a buen seguro, escaso regocijo, pero cuyo comportamiento quizá no lo pondría en evidencia, ni lo comprometería en manera alguna, con tal que permaneciese vigilándola. Ni siquiera una farfullante cría de simio de una de las más salvajes especies, o una joven pantera inquietante, metidas de tapadillo en el ridículo gran hotel y cuya presencia fuese imperativo mantener oculta, habrían podido antojársele más necesitadas de secreta atención. El ridículo gran hotel —el Pocahontas, con sus pretensiones de estar realizado en un estilo «Du Barry»— constituía a todo su alrededor, delante, detrás, debajo, encima, en bloques e hileras y superposiciones, una suficiente magnitud defensiva; de modo que, entre el macizo laberinto y el clima neoyorquino, la permanencia en un faro durante una tempestad difícilmente le habría procurado un mayor aislamiento. Incluso cuando en el decurso de aquel horrible jueves se le ocurrió, a guisa de extraño consuelo, que los odiosos hechos confirmados no habrían de ser su única desdicha y que, habida cuenta de su

irritada garganta y su probable fiebre, un coletazo de la epidemia, que eternamente estaba dándole coletazos, también era digno de atención... incluso entonces no supo resignarse a cama y caldo y oscuridad, sino que se entregó a dar aún más vueltas dentro de su elevada jaula y a contemplar aún más intensamente desde la décima planta la furia de los elementos.

Por la tarde solicitó que lo visitara un médico —el enorme establecimiento, que lo proporcionaba todo en grandes cantidades, tenía uno para cada grupo de las numerosísimas habitaciones— con objeto de que le confirmara que estaba demasiado *grippé* para cualquier cosa. Lo que su visitante, restando importancia a su afección, le dijo obstinadamente fue que estaba, más bien, demasiado «melancólico», y por causas que él indudablemente sabía mejor que nadie... lo cual era cosa muy distinta; pero «le mandó algo», le recetó calor y reposo y caldo y valor, y al día siguiente volvió como para administrarle una nueva dosis de esto último. Acto seguido dictaminó que iba poniéndose mejor, y el sábado lo declaró curado... tanto más cuanto que la tormenta había amainado y ya se habían ocupado de la nieve como sólo Nueva York, de la noche a la mañana, sabía ocuparse de las cosas. Ah, de cómo sabía ocuparse Nueva York —ocuparse, vale decir, de otras cantidades dejadas inermes a su alcance— era precisamente de lo que se dolía Mark; de modo que, como no dejaba de aferrarse a esta sapiencia, aquel sábado estuvo a punto de confesar abiertamente qué era lo que lo torturaba. Extrañamente, el médico introdujo el aire del hotel —un aire que el buen hombre, a instancias de su sencilla filosofía, deseaba esparcir alegre y concienzudamente—, expulsando todo eco de infortunios y sufrimientos e insistiendo sobre la sincera moraleja de que, máxime con el tiempo que hacía, ya los había de sobra para todos. Nuestro sufridor, a estas alturas, habría preferido franquearse ante alguien; el imbuirse, hasta la última punzada, de la fuerza entera de su dolor, el impregnarse de la totalidad del mismo como únicamente podía hacerlo a solas y en unas condiciones favorables al menos para esto, había sido su primer impulso natural. Pero ahora, a lo que se le alcanzaba, *debía* estar mejor; tantos deseos sentía de deshacerse de algo de la opresión de su espíritu.

La noche del jueves había hurgado entre sus pertenencias hasta dar con un marco de piel que contenía media docena de viejas fotografías, pequeña vitrina que era parte de su habitual equipaje (normalmente lo colocaba sobre alguna mesita cuando iba a residir suficiente tiempo en algún lugar); y desde una de las pulcras esquinas de rebordes dorados de este cómodo muestrario portátil, tan familiar como su espejito o sus peines, con dorsos y monogramas ahora tan bellamente desvaídos y marchitos, que mucho tiempo atrás le fuera obsequiado por su madre, Phil Bloodgood lo miraba imponentemente. La imagen, no actual y sí algo palidecida, pero tanto más terriblemente sugestiva por ello, parecía posada allí, en una ventana inmemorial, a guisa de «señuelo» de la perdición largamente efectivo y sólo al fin desenmascarado. *Porque* era tan hermosamente apuesto, tan cautivador e inteligente y desenvuelto —amén de ser su primo tercero, o comoquiera que se denominase

aquello, y haber sido uno de sus primeros compañeros de parvulario y uno de sus últimos compañeros de universidad—, había confiado en él tan sumisamente. Convivir de ese modo con su perenne, intacto, engatusador, traicionero rostro, ya había sido, deseaba nuestro viajero, convivir con la totalidad del dolor sufrido, ya había sido bebérselo de un único trago abrasador, apurándolo en seguida y no dejando sino las enfriadas heces. No obstante, si el médico, tendiendo la mirada en derredor en su tentativa de brindarle algún agrado, hubiera acertado a reparar en él, ya que tan destacado figuraba, e incluso quizá a reconocerlo, tal como Nueva York — y más o menos a sus propias expensas, sin ningún genero de dudas— ya lo había hecho tan abundante y lisonjeramente, el cáliz habría rebosado y Monteith, pese a lo segurísimo que pudiera estar de lo contrario, se habría deshecho raudamente en lágrimas.

«Oh, *él* es lo que me tortura: me tortura el hecho de que, habiéndolo dejado yo al cuidado de algunas de mis modestas inversiones, favor que se dedicó a hacerme durante mis diez años de ausencia, me haya despojado ladinamente de toda la pequeña suma, tal cual, y encima haya aprovechado la ocasión de mi regreso, lógicamente preocupado e intranquilo al fin, para 'volar', diez días atrás, hacia lugares ignotos y todavía indeterminables. No se trata de los malditos dividendos en sí mismos, sin embargo; eso es unicamente un contratiempo enojoso y aún me permitirá continuar viviendo, aun cuando no sé muy bien cómo iniciaré un nuevo rumbo; se trata del horror de que eso lo haya tenido que hacer *él*, y de que me lo haya tenido que hacer *a mí*... sin atenuantes o, como si dijéramos, sin aviso ni excusa.» Esto, ante cualquier insinuación o estímulo, es lo que habría confesado... tan sólo para lamentar después, sin duda, haber malgastado sus impulsos e incluso profanado un poco su sinceridad. Lo cierto es que el médico ni siquiera le echó una ojeada a su grupo de retratos: hecho éste que dejó adivinar a nuestro amigo la esencialmente más vívida imaginería a que estarían habituados unos ojos cuya profesión era deambular de habitación en habitación, y de un caso extraño a otro, dentro de semejante establecimiento. Ante un hombre así, *él* no lograría desahogarse conmovedoramente, impresionantemente ni nada parecido: mucho más fácil sería que un hombre así —de no mediar el secreto profesional— vaciara allí su propia alforja de asombros: proezas de la observación, flores de rareza, flores de desesperación, flores de lo monstruoso, recogidas en el transcurso de sus consultas en el hotel. Incontables posibilidades, volviendo innecesario a cualquier médico, le pareció a Mark, pululaban y bullían tras sus puertas; aquello probaba que allí había un mundo inconmensurable, y por último, el domingo, se resolvió a salir de su habitación.

Todo, mientras recorría el edificio, seguía su curso: todas las ocupaciones de la vida, el trajín mismo del mercado y, en no menor medida, sorprendentemente, también el de la guardería y el recreo, y en especial el sempiterno acto de arrellanarse al calor de la gran chimenea gregaria; aquello era por sí solo un auténtico escenario social, de ésos donde menudean los caracteres y arden las pasiones y se complican las tramas y se consuman las tragedias, sin contacto con ninguna otra esfera ni tal vez incluso con ningún otro elemento del exterior. Indicios de esto se le presentaban por doquier a medida que hollaba el laberinto, pasando de una increíble mascarada de objetos costosos, un ominoso «periodo» decorativo, una violenta etapa de publicidad, a otra; el agobiante calor, la exuberancia, la incontinencia, la profusión, el colorido, evocaban alguna fabulosa selva tropical donde alborotadoras criaturas plumíferas de brillantes ojos, y de todos los tamaños y colores, estuvieran medio ocultas entre matorrales de terciopelo y tapicería y ramajes de mármol y bronce. La fauna y la flora lo sobresaltaban por igual, y *en* medio de ellas se retrajo su magullado espíritu y plegó las alas. Pero alternó detenciones y avances, explorando y, hasta cierto punto, gozando de la vasta espesura... en cuyas profundidades se encontró de improviso con la señora Folliott, a quien viera por última vez, medio año atrás, en Londres, y que entonces le hablara, precisamente, sobre Phil Bloodgood, el cual durante algunos años previos había hecho también para ella las veces de agente confidencial norteamericano y factótum, como habría dicho ella misma, pero que en aquella fase era ya tan poco merecedor de su buena opinión, debido a las cosas inusitadas que parecía estar haciendo, que ella planeaba regresar inmediatamente a su patria, como no había tenido escrúpulo en proclamarlo, para retirar de sus manos todo asunto.

Mark recordaba lo muy intranquilo que ella lo dejara entonces, cómo aquella misma conversación con ella lo había llevado al borde de un acceso de pánico, por haberle parecido una personita sumamente aguda y perspicaz... si bien él había ratificado con gran énfasis y retórica su propia confianza y defendido, hasta el agotamiento, a su querido amigo. Ese encuentro subsistía en su memoria por una grata sensación de cálida intimidad, siendo en realidad como era su compañera de apariencia tan dulce; le agradaba pensar en cómo habían confraternizado a cuenta de su discrepancia y se habían motejado de idiotas, o casi casi, sin ofensa alguna. Siempre constituía un vínculo el haber forcejeado, sin ningún verdadero rasguño, con semejante carácter; y en el momento presente abrigó la palpitante esperanza de que algo de ello hubiese perdurado. De todas suertes, *él* no había regresado inmediatamente a su patria, en el momento en que estaba en Londres: por aquel entonces no estaba haciendo nada, y había continuado sin hacer nada; necesitaba, antes de mostrarse suspicaz —tal había sido su postura—, tener algo más, al fin y a la postre, en que basarse. También la señora Folliott, y de forma grandemente expresiva, ahora se acordó de él y celebró verlo; y como asimismo se alojaba en el hotel se sentó a su lado, bajo una amplia palmera, en un extravagante salón rococó, circundados de las más sonrosadas, o sea las más rollizas, imitaciones de lienzos de

Boucher,³ y deseó saber si *ahora* apoyaría él a su estafador. Ella misma habría podido tenderse sobre una nube, muy aceptablemente, al rollizo estilo Boucher, de no haber estado demasiado vestida para semejante actitud... pero había percibido de forma harto realista lo que tan lógicamente había acontecido: sin demora le hizo alusión a la «fuga» de Bloodgood.

Al regresar a su patria, ella había actuado con energía: había salvado cuanto había podido... lo cual no había evitado, sin embargo, su muy deplorada pérdida de alrededor de diez mil dólares. Se mostró encantadora, vivaz, amigable, simpática, vinculó perfectamente a Monteith con su discusión aquel día durante la fiesta sobre un barco que recorría el Támesis; pero, sentada con él aquí durante media hora, únicamente habló de su propio, su cruel sacrificio... ya que jamás recobraría un solo penique. Él había sentido, al toparse con ella, gran anhelo por su compañía, de tan flagrantemente como, hacia el final de la mañana y de sus sombríos deambulares dispersos, ya estaba harto de personas de escasa receptividad, pareciéndole tener a todo su alrededor seres intensa aunque insulsamente animados, pero al propio tiempo irritablemente indiferentes. *Ellos* tendrían, él y ella al menos, su común dolor; a consecuencia de lo cual, curiosamente, podría sentirse menos desamparado. No es que deseara que lo compadeciesen (francamente, no se compadecía a sí mismo); había dado un respingo, más bien, aun hasta el punto de una angustia vicaria, a cuenta de la malhadada figura del deshonorado Bloodgood, en el instante de serle mencionado de nuevo. Pero sí quería, como con una desesperada caridad, dar un sesgo más tolerable a la pura repugnancia de los hechos esenciales, librarse de su obsesión por ellos mezclándola con algún otro reproche, algún otro dolor, apenas importaba cuál... con tal que se tratara de una experiencia ajena; constituiría una oportuna ventilación por efecto de la cual su propia experiencia tendría, en cierto manera y para un hombre de generosa condolencia, un sabor más diluido y menos ponzoñoso.

Al cabo de unos cinco minutos de departir con la señora Folliott, sin embargo, sintió sellársele los resecos labios en un impostado rictus sonriente. Ella no *comprendía* nada: no asimilaba ideas más amplias o finas que las que pudieran ajustarse a su escaso talento; de modo que si bien había recordado o imaginado que él tenía aún, hasta hacía poco, intereses en juego, el fulgurante resultado de su cháchara egocéntrica fue que él deseara haber optado por conversar con el camarero francés que iba y venía al fondo de la vista que tenía al cafetín oriental como culminación, o con el policía de afuera, la parte superior de cuyo casco asomaba sobre el alféizar de una de las ventanas. Ella se lamentó hasta el exceso por su perdido dinero: ella que, seguro estaba, todavía conservaba ingentes cantidades; le dio vueltas a su desnudo agravio, con sus enjoyadas manitas de esmerada manicura, hasta crispar los nervios masculinos; desplegó todas las peripecias de su historia, la

³ François Boucher (1703-1770), pintor y grabador francés, típico representante del rococó. Cultivó preferentemente el desnudo femenino en temas mitológicos. (*N. del T*)

calamitosa fatalidad de haber dudado y vacilado, de haber planeado una cosa y hecho exactamente la contraria, de haber decidido estúpidamente no marcharse durante la temporada,⁴ cuando por primera vez tuvo la intención. Insultó al autor de los males de ambos —reconociendo de esta guisa el derecho de Monteith a aborrecerlo— por comportarse como el forajido que fehacientemente había demostrado ser, pero lo hizo con una vulgaridad de análisis y una incapacidad para la crítica elevada, como juzgó su escuchador, que lo movieron a decidir resentidamente, casi lóbregamente, que ella no tendría el privilegio de saber ni un ápice de *su* visión o su versión de lo que les había sobrevenido a ambos y de cómo, en concreto, se había producido ello; y que, por consiguiente, jamás sospecharía (¡aunque bien poco iba ella a sufrir así!) lo muy interesante que él habría podido estar. Ella no tenía, en el sentido más sutil, modales, e internarse con ella en una retrospección era —ya que su discurso versaba sobre pérdidas— ver todo el episodio despojado de cualquier dignidad. Ciertamente es que tales reflexiones, o cualquier resquicio de ironía interna, le habrían sonado a chino a la señora Folliott.

Ciertamente es también, sin embargo, y apenas más desasosegante, que cuando por último tuvo ella la comparativamente más feliz idea de decir «¡Almuerce *con nosotros*, mi pobre amigo!» y mencionó a tres o cuatro miembros de su «grupo» —un grupo nuevo, más bien, para ella, todo espléndidos almuerzos allí los domingos y gran diversión, cuyos miembros se presentarían de un momento a otro—, esto a él le pareció tan agradable como lo que más; de modo que poco después, aún más inmerso en la selva y mientras, bajo una temperatura propia de un asfixiante mediodía, con el grupo al completo «pidiendo» los platos, se secaba el sudor que le perlaba el rostro, notó que estaba dejándose llevar. Ciertamente hizo eso hasta el extremo de olvidar cualquier reflexión sobre los modales de la señora Folliott. Allí no importaban, ni importaban los de nadie; y si ella cesó de lamentarse por sus diez mil dólares fue sólo porque entre voces mucho más fuertes no podía hacerse oír. El pobre Bloodgood no tuvo ninguna oportunidad, como quien dice, no salió a colación en ningún momento; el grupo era tan nuevo que —ya que no hubo griterío por él, o hubo demasiados otros, a propósito de otros fugitivos, en los intervalos— sus miembros nunca habían siquiera oído hablar de él ni estaban más interesados en conocer la verdadera interioridad de la señora Folliott, al menos en lo tocante a aquel asunto, de lo que poco antes lo estuviera ella en conocer la de Monteith.

No hay nada como un grupo de amigos, bien lo sabía este infeliz, para que uno se sienta solo, y así fue como se sintió cada vez más, según se desarrollaba el almuerzo; pero de esta guisa logró al menos separarse hasta cierto punto de la terrible mujercita; tras lo cual, y antes de que concluyera la reunión, deseó con aún mayor ardor separarse de todos los otros. A decir verdad, ya estaba a punto de

⁴ La «temporada» londinense duraba desde mayo hasta julio, meses en que todas las personas pudientes o distinguidas que estuvieran en Inglaterra procuraban congregarse en Londres. (N. del T)

realizar esta maniobra cuando lo detuvo la jovial dama que había estado sentada a su izquierda y que por lo visto tenía más que decir sobre hoteles, dentro y fuera del centro de la urbe, que ninguna otra dama del mundo sobre ninguna otra cuestión: se expresaba empleando exclusivamente términos hoteleros, y los nombres de tales establecimientos asumían a lo largo de su discurso el papel de un *leit-motif* que se exhibiera recurrentemente y se moviera retozonamente dentro de una pieza de moderna música profana. Deseaba presentarle a la hermosa señorita a quien había traído consigo y que al parecer le había indicado que bajo ningún concepto debía dejar de hacerlo.

—Tengo entendido que conoce usted a mi cuñado, el señor Newton Winch —dijo inmediatamente la hermosa señorita; movía la cabeza y la espalda a la par, como mediante un resorte común, efecto de una tortícolis o de algo suelto en la parte de atrás de la cabellera... pero tornándose, por extraño que parezca, aún más hermosa por ello. Gracias a los periódicos se había enterado su cuñado de la llegada del señor Monteith —el señor Mark P Monteith, ¿verdad?— y de dónde se alojaba, y ella había estado en su presencia, tres días atrás, en aquel preciso instante; a consecuencia de lo cual había dicho su cuñado: «Caramba, ¿qué será lo que trae de vuelta al bueno de Mark?» Él —Newton— parecía haber creído que ese haragán, como lo llamaba, jamás *querría* regresar; y ella se figuraba que si hubiera sabido que iba ella misma a conocer a tan querido amigo («Eso es lo que afirma que es usted, caballero», dijo la hermosa señorita) le habría encargado que le preguntara la razón de su regreso. Pero, en realidad, la verdadera alegría sería, prosiguió ella, que el tan querido amigo fuera personalmente a visitarlo y contársela; últimamente parecía muy abatido.

—Oh, me acuerdo de él. —Mark no repudió su amistad, situándolo fácilmente; sólo que por entonces no estaba casado y la hermana de la hermosa señorita debió de aparecer más tarde; su ignorancia de tales cosas demostraba que había perdido el contacto. La hermosa señorita lamentó tener que decirle en respuesta que su hermana no estaba viva: había fallecido dos años después de casarse; de modo que Newton vivía solo en un apartamento de la calle 50, donde (a guisa de explicación de su «abatimiento») llevaba días y más días encerrado a causa de una fortísima gripe... aunque ahora había entrado en decidida fase de recuperación: de lo contrario no habría acudido a visitarlo, no ella, que la había pasado diecinueve veces y no quería pasarla una vigésima. Pero no parecía sino que el temible veneno se hubiera infiltrado hasta lo más hondo del espíritu del pobre Newton.

—Hasta tal punto *puede* afectarlo a uno, ¿sabía usted? —Luego, mientras con su singular contorsión orientaba deliciosamente los ojos hacia nuestro amigo, añadió—: ¿Querrá usted visitarlo?

Mark reflexionó:

—Vaya, he de ir a visitar a una mujer...

Ella le quitó las palabras de la boca:

—Naturalmente que ha de ir a visitar a una mujer: lo mismo hace todo hombre

en Nueva York. Pero Newton no es mujer, por desgracia para él hoy; ¡y una tarde dominical, en esta urbe, con este tiempo, a solas...!

—Sí, ¿verdad que es algo espantoso? —Se sentía fascinado por ella.

—¡Oh, usted tiene a una mujer!

—Sí que la tengo... ¡gracias al cielo! —El fervor de esto fue su sincero homenaje a la misiva que la mañana del viernes había recibido de la señora Ash, única cosa que había mitigado un poco su tristeza.

—Pues compadézcase de los demás. Visítelo a él también. ¡Cuénteles la razón!

—¿La razón de que haya yo regresado? ¡Estoy *muy* contento de haberlo hecho... ya que me ha permitido conocerla a *usted*! —repuso Monteith con bastante aplomo, prometiendo que haría lo que pudiera. Le había agradado la hermosa señorita, con su abordaje directo y su atrevida desmaña... amén de su diferencia respecto de los otros por algo así como una serenidad y una distinción emanadas del hecho de sentir tan visible cariño por Newton. No obstante, le resultaba increíble, y daba prueba del paso de los años, el que Winch —tal como lo había conceptualizado él antiguamente— pudiera *figurarse* ese modo en el cariño de alguien.

3

Afuera, bajo la intensidad del frío —fue un salto del Trópico al Polo—, sintió nuevamente lo que se desprendía de lo que acababa de estar diciendo: que de no ser por la grata carta de bienvenida de la señora Ash, enviada, de modo característico, tan pronto como hubo visto, al igual que el leal sufridor de la calle 50, su nombre, en un periódico, en el registro de huéspedes de un hotel, él verdaderamente no habría osado, por falta de afectos y apoyos, afrontar el vacío y el frío juntos, sino que habría vuelto a hurtadillas a la selva e intentado perderse allí. Empezó, dadas las circunstancias, el esfuerzo opuesto, resuelto a caminar, aunque demorándose algunas veces en vagas encrucijadas, irradiaciones de senderos hacia la nada, o escrutando gélidamente el prolongado aunque todavía sólo bosquejado panorama, como le parecía, de la Avenida Norte, relumbrante e inhóspita, lozana y áspera, sorprendente y previsible en cierto modo, una perspectiva equiparable a una página de audaces tópicos modernos. Apenas si sabía lo que se había esperado al regresar a su patria: desde luego, no comités de bienvenida y bandas de música; sin la señora Ash, no obstante, su correo habría carecido abrumadoramente de cordialidad, y no parecía sino que Phil Bloodgood se hubiera esfumado no sólo con una gran tajada de su pequeño *peculium*, sino también con todos los rotos fragmentos del pasado, el remanente de las viejas amistades que él había contado con recoger de nuevo. Pues bien, quizá pudiera aún recoger unas pocas... con el sudor de su frente; cuando menos, ninguna iniciativa que partiera de las mismas, según consideraba a estas alturas, habría de traérselas emocionadamente a su presencia.

Tales meditaciones no consiguieron sino avivar su presentimiento del encanto que hallaría en la renovación de una de sus más inveteradas costumbres en el viejo París (aquella preciada costumbre de nueve años atrás, cuando aún creía en los resultados de su queridísima frecuentación de las Bellas Artes): la de caminar junto al río hacia la Rue de Marignan, precisamente todos los domingos sin excepción, para sentarse al calor de la chimenea de la señora Ash, quedándose a menudo, sin duda abusivamente, más tiempo que ningún otro de sus visitantes. ¡Cómo solía desear esas horas entonces, y hasta qué punto le pareció tener otra vez ante sí, en seguida, ahora, la Rue de Marignan! Por entonces cultivaba la costumbre de ir a visitarla allá con sus problemas, fueran cuales fuesen; y a ella siempre le eran motivo de diversión... lo cual era su feliz, su inteligente forma de tomárselos: en aquella etapa no habría podido hacer nada mejor por ellos, insignificantes bagatelas en comparación con lo que habrían de llegar a ser, que sentirse divertida. Quizá fuera así como volvería a sentirse... ante sus problemas de la hora presente: ahora también podrían inspirarle el tratamiento que mejor aplicaba y en el cual era instintiva especialista; esto al menos no prometía ser algo que hubiera de molestarlo. No sería como si, sin ir más lejos, la señora Folliott, para compensar el haberlo aburrido con sus propias lamentaciones, hubiese tenido visos de divertirse adrede con las de él.

—¡Me siento *tan* contenta de verlo, tengo *tal* montón de cosas que contarle! — Veinte minutos más tarde, no bien se presentó ante ella, experimentó con la mayor esperanza la sensación de volver a estar en la Rue de Marignan al contemplar aquella acogedora estancia y los objetos que contenía, todos reconstituidos, reagrupados, maravillosamente conservados, incluyendo los asientos en idéntica disposición que antaño y el tenue husmo dulce de generaciones enteras de cigarrillos; pero todo lo demás era diferente, e incluso vagamente desconocido, y por un motivo que nada tenía que ver con el prolongado intervalo y los algo patéticos cambios en el rostro de la deliciosa y entrañable mujer. Él había tenido en cuenta los nueve años, y lo mismo, era de esperar, había hecho ella; pero lo último, por otro lado, en que habrían debido aparecer modificaciones, pensó de inmediato, era en la índole, la intensidad, de su alegría por verlo. Ella sentía alegría, oh sí, y de modo bien patente y emotivo y hasta radiante (sólo que estaba, a las claras, un poco *más* deteriorada de lo que auguraba aun el paso de nada menos que nueve años): a decir verdad, nada habría podido coronar con una más suprema ansiedad el montón de cosas que tenía que «contarle» que su peculiar matiz de decidido regocijo por tenerlo justamente a él para contárselas. Quizá no habría hecho falta la prontitud con que sacó a relucir e hizo resonar, por así decirlo, sobre la mesita de taracea que mediaba entre ambos (tesoro que él envidiaba desde antiguo), la maciza moneda áurea de historia actual con que pensaba pagarlo por su tan oportuno regreso; a esas alturas ya había él adivinado, sin necesidad de que se lo dijeran, que alguna íntima tensión doméstica, entre aquellas paredes, debía de haber llegado recientemente a su culminación y que él podría servir formidablemente —¡oh, vaya si habría de servir!— a guisa del más

comprensivo de los oídos.

El meollo entero estuvo ante él, de todas suertes, con la menor de las demoras: Bob había recibido de ella, inequívocamente, a principios de semana, y ahora era algo absolutamente definitivo, el requerimiento de que debían anunciar públicamente su separación... sin ninguna clase de horribles «pleitos», pero con el sustento de ella, su independencia, asegurado para el resto de sus días. Ella había estado pensándose, tomándose su tiempo, y había tenido que pasar por... vaya, un amigo tan antiguo adivinaría sobradamente el qué; pero al fin sabía, por fortuna, lo que quería, ya vería él si lo sabía o no; en medio de todo lo cual, y de forma tan feliz, había regresado él para presenciar el desenlace, y ella egoístamente se alegraba mucho. Bob se había ido a Washington... con el pretexto de tal o cual negocio, pero en realidad para recobrar el aliento; ella lo había, hablando vulgarmente, dejado sin resuello y le estaba concediendo tiempo para recuperarse. La señora Folliott, aparte, segura estaba, había ido a verlo: ciertamente se rumoreaba que alguien la había visto por allí cinco días atrás; y, por supuesto, la primera necesidad de Bob sería apañar, a medias con la señora Folliott, alguna coartada para su uso en público. ¿Sabía Mark lo de la señora Folliott, quien, por cierto, sólo era otra más de un verdadero «harén»? No era que importara mucho, no obstante, si no lo sabía: luego se lo contaría todo sobre *ella*.

Él aprovechó la ocasión del primer asomo de una pausa, pero no exactamente para preguntarse si sabía o no lo de la señora Folliott (aunque tal vez pudiera figurarse algo): seguramente fue en este momento cuando, tras haber adoptado definitivamente una postura, y precisamente en su *bergère* tapizada, ésa de los deliciosos «motivos» espectrales en el asiento y el respaldo, exhaló en parte, y sin embargo se las arregló también para guardarse en parte, el hondo suspiro resignado de una percatación global. Había comprendido lo que se le «avecinaba»; oyó que ella repetía (lo dijo una y otra vez, pareció que lo dijera eternamente, mientras le sonreía sin que apenas se enturbiara su peculiar encanto refinado, su decidida jovialidad apasionada): «¡Egoístamente me alegro mucho, egoístamente me alegro mucho!» Bueno, tenía sus razones para alegrarse así: ante él iba a poder exponer todo el caso, todos sus propios problemas *y* proyectos *y* cada acto de la tragicomedia de su vida reciente, cual si fuera él su mejor y más fiable seguidor en el mundo entero. No habría ninguna oportunidad para el caso *de él*, pese a que constituía la principal razón de su visita; no obstante, a él le sobrevino sólo una débil convulsión secreta: la momentánea agitación de sustituir, con un movimiento de mano, la perspectiva de un interés por la de otro.

Sacando pecho en su vieja *bergère*, *y* sellando sus labios, para el resto de la visita, en el mismo rictus pasivo que asumiera una o dos horas atrás en beneficio de la señora Folliott —y que ahora habría de despejar totalmente el escenario para la algo más prolongada representación presente—, se prohibió de un modo tajante, como lo calificó para sus adentros incluso mientras resolvía hacerlo, cualquier exigencia de un trato especial *y* rindió un riguroso esfuerzo de justicia al objeto de la locuacidad

de su amiga, Pues era toda la justicia que podía pedirse de él el que, aunque secretamente no estuviese interesado en que ella estuviese interesante, aun así estuviera ella interesante, de todas suertes, por la mera rotundidad de su precioso material (¡Bob Ash *era* un asno redomado!), y él no dejara de aparentar ser consciente de que lo estaba, sí, hasta el final. Cuando, transcurrida una hora, se levantó para marcharse, el rico hecho de que ella lo *había* estado flotaba entre ambos, dando la impresión de que hubieran gozado de un encuentro al calor del fuego, franca, valerosa e inocentemente íntimo, y superior incluso a sus mejores recuerdos del hermoso pasado. No la había «divertido», no, como en los tiempos de la Rue de Marignan: por entonces era él quien en su mayor parte hablaba, enfático, categórico, elocuente, paseándose de un lado para otro sobre el maravilloso parqué encerado mientras ella reía desde las profundidades de la segunda *bergère*, la que hacía juego, como a cuenta de la joven perversidad masculina. Hoy, ella se lo había guisado y se lo había comido todo, dejándole apenas la ocupación de exclamar perpetuamente: «¡Bravo!» Pero ello se debía al trueque básico de las circunstancias: la diversión — tan sólo otra denominación para la atención absorta — había sido inevitablemente *para él* porque ¿cómo habría podido no serlo con semejante «festín» para su curiosidad? Ahora con la hora de la merienda se presentaban otras visitas, y él se escapó arguyendo que anhelaba reflexionar sobre todo lo hablado. Nuevamente esperó no tener un rictus demasiado sospechoso al aseverarle, cual si ella pudiese comprender perfectamente lo que quería él significar, que había estado absorto hasta la médula. Pero ella repuso, de un modo espléndido, que él la había extasiado *a ella* hasta el delirio; y la sinceridad femenina quedó acreditada por su campechanía final cuando se separaron hasta la próxima ocasión:

—Mi alegría por haberlo visto a usted es egoísta, horriblemente egoísta, lo admito; ¡si *eso* no le basta...! — Al decirlo se encendió su apagada belleza.

4

Según reanudaba él su caminar, ya de nuevo en la calle, comprendió hasta qué punto *debería* bastarle eso y meditó que probablemente no podría obtener nada más en mucho tiempo. Hasta que transcurriera dicho tiempo, sin embargo, ¿cuántos problemas no habrían de sobrevenirle a él, pobre diablo, en su nueva coyuntura? Durante una buena temporada, en todo caso, ella no iba a poder preocuparse demasiado por otra cosa que los términos tan rebuscadamente excéntricos en que debería establecerse su nueva relación con su marido, por culpa de la inimitable necedad de este caballero. Tal era una de las vertientes, justamente, del peculiar encanto de ella, esa la más brillante jovialidad dentro del más exquisito apasionamiento; ¡con un despliegue de *esta* combinación, sintió Mark mientras avanzaba (ojalá hubiera podido hacerle aún mayor justicia), había necesitado

obsequiarlo! El exquisito resurgir postrero de su apagada belleza no podía menos que permanecer en su memoria; no obstante, al detenerse en seguida en una esquina de una barriada sólo redimida de la desolación por el paso en ese preciso instante de un agobiado tranvía que, mientras él se quedaba quieto para dejarlo pasar, aulló bajo el peso de su humano aditamento, le pareció sentir el mismo «vacío de estómago» de un hambriento ante la maravillosa visión de la cena de otra persona. Florence Ash había engullido, como quien dice, la cena de apreciación, apreciación del montón de cosas que tenía para «contar», que él le había aportado; y estaba saciada, sin ningún género de dudas: saciada, saciada, saciada, repitió pensativamente, melancólicamente, y al propio tiempo, sin embargo, una pizca maquinalmente, mientras se detenía otro instante por el sufrido grito de otro transporte público y por un extraño y súbito retorno espontáneo de sus pensamientos hacia la hermosa señorita, flor del grupo de la señora Folliott, que le hablara sobre Newton Winch. Extraordinariamente, no pareció sino que de improviso le recordara, desde la otra punta de la urbe, que *ella* le había propuesto una cena; de un modo realmente singular, mientras continuaba quieto, no pareció sino que ella le hubiera indicado dónde podría hallar su condumio. Allí, de todas suertes, al parecer no habría de verla a ella... y ¿cómo era posible, al fin y a la postre, que hubiera algo alimenticio en la imagen de Newton Winch? Al punto resolvió que su imagen se había visto revestida de tal cualidad, sorprendentemente infundida por la hermosa señorita, gracias al simple hecho de ser en ese preciso instante la única imagen conocida para él que la implacable urbe podía ofrendarle. Nada, reflexionó al cabo de un instante, podía ser tan «desusado» como que, dolido y asqueado, en un crudo atardecer neoyorquino, no tuviera otro lugar adonde acudir que la aludida calle 50.

Por consiguiente fue ésa la dirección que tomó, y, cuando dio con el número que le facilitara la misma notable enviada del destino también presente en su memoria, reconoció la directa intervención de la Providencia y que por fuerza se necesitaba un milagro para explicar su impensado acercamiento al más lejano de sus conocidos. A decir verdad, el milagro no tardó en perfilársele con nitidez: la Providencia había escogido, por algún oscuro designio, precisamente esta atribulada hora para salvarlo de cultivar el pecado del egoísmo, la obsesión de la egolatría, y lo purificaba dirigiendo constantemente su atención hacia casos ajenos. ¿Quién podía aventurar lo que en tan crítico momento habría sido de la señora Folliott (¡ahora tristísimamente enredada también de otra manera!) si no le hubiera sido dado ventilar ante él su agravio y su indignación?; igualmente, ¿quién podía negar que había tenido que hacerle un inmenso bien a Florence Ash el ordenar sus ideas sobre Bob gracias a la presencia de una persona para quien la visión de Bob a la luz de tales ideas (o, en otras palabras, la visión que de Bob tenía *ella* sin necesidad de nada más) poseía, venturosamente, gran poder de evocación? Era en estas mismas líneas generales como el pobre Newton Winch, viudo, solitario, enfermo, acaso agonizante, y con la desventaja de una personalidad no muy atrayente —cuando menos, tal como la

recordaba Mark que encarar en casi cualquier imaginable solicitud de ayuda humana, era en estas líneas, primordialmente, como el infortunado caso de la calle 50 se le presentaba ahora como fuente de saludable disciplina. Habría podido antojársele insólita la hora escogida para tal lección, en vista de la otra ocasión bastante especial de purificarse que había tenido su alma durante los últimos tres días en su habitación del hotel; pero, a todas luces, la lasitud de su caridad requería alguna admonición más intensa que cualquiera con que pudiera toparse azarosamente, y cuando por último, una vez localizada la morada de Winch, fue debidamente elevado hasta su piso y pulsó el timbre eléctrico de su puerta, sintió que en verdad actuaba como por impulso de un intencionado codazo.

5

Dentro del apartamento al cual fue admitido, por añadidura, la sutil inteligencia que le hemos atribuido quedó confirmada en menos de tres minutos... ya que no fue más lo que tardó en decirse para sus adentros, frente a su viejo conocido, que jamás había visto a nadie tan cambiado para bien. El sitio, que parecía poseer la luz de un lujoso estudio a la vez que el aire general de otras profusiones y amplitudes, acaso lo desanimó un poco por los diversos énfasis chillonamente falsos, los del «arte» doméstico contemporáneo, que saltaban a la vista de manera algo desaforada. El escenario era más pequeño, pero la abigarrada tez del Pocahontas, cubierta por maquillaje y lunares Du Barry, debía de haber constituido su pauta — que había sido seguida con la más costosa ingenuidad —, de modo que, a las claras, Winch era hombre adinerado en estos días, como parecía ser adinerada la mayoría de la gente en Nueva York: como lo era Florence Ash a pesar de la depredación de Bob, como lo era incluso la señora Folliott a pesar de la de Phil Bloodgood, como había de serlo incluso el propio Phil Bloodgood por muy obvias razones, como, en definitiva, conocían todos el secreto de serlo, o de creer serlo, o de parecer serlo... al menos todos excepto Mark Monteith.

Estas cosas dejaron de importar, sin embargo, frente a su rauda y fuerte sensación de que su anfitrión, pálido, nervioso, sonriente, rasurado, había pasado por algún extraordinario proceso de refinamiento desde la última vez que se vieran. Había estado enfermo, inequívocamente, y los efectos de una inmersión en un modo de vida terapéutico, favorecedor de toda clase de bondades, eran a menudo sorprendentes, a veces casi encantadores. Pero, con independencia de esto, y durante un periodo mucho mayor, manifiestamente había tenido que despuntar en él algún principio de inteligencia, algún arte de saber vivir. Recordado de los tiempos escolares y de esos dos o tres desdichados y engañosos años de la Facultad de Derecho como constitucionalmente vulgar, como constantemente, y por lo tanto incluso sin duda poderosamente, muy ramplón, avispado tan sólo para asuntos

zafios y chabacanos, ahora era, no obstante, como si súbita y misteriosamente se hubiera reformado. Hubo encanto en su sonrisa amplia, «ojerosa», convaleciente, y en la forma en que sus delicados dedos —¿antiguamente tenía algo parecido a unos dedos delicados?— se movieron, y aun se ajetrearon, al ofrecerle al visitante, con prontitud y acaso con una pizca de confusión, cigarros, licores, ceniceros; al indicarle un lugar para el sombrero, el bastón y el abrigo; al brindarle las mejores atenciones y comodidades. Así, pues, ¿cómo diantres había conseguido el encanto, para aparecer como lo más destacado, se preguntó Mark, «arrinconar» los otros ingredientes de antaño? Para que en este corto lapso hubiera logrado impresionarlo hasta ese extremo, ¿qué fuerza lo había estimulado, qué patentado proceso, de ésos tan prodigiosos que Nueva York producía en cantidades industriales, le había sido certeramente aplicado? ¿Eran éstas las cosas que hacía Nueva York cuando uno le entregaba *todo* su ser y que él mismo, en tal caso, se había perdido con quizá excesiva complacencia? Extraña casi hasta el punto de anonadarlo en un primer momento —cual exhibición de algo preternatural— fue esta sensación como de que Newton, por su parte, no se hubiera perdido nada ni hubiera dejado escapar nada, y hubiera alentado, con miras a este *coup de théâtre*, las antiguas expectativas de una decidida abyección. Realmente habría podido interpretarse como un acto de mala fe, como una de esas insólitas demostraciones de sutileza que rara vez se hacen con un propósito honrado o normal.

Al menos era eso lo que bullía en el agitado cerebro de Monteith: una rarísima intensidad de aprehensión, admiración, ofuscación, extrañamente propiciada y agudizada por la entreclara luz septentrional de la tarde de marzo y por el atractivo espléndidamente vulgar de medio centenar de efectos excesivos de decoración. Todo había sido sobrepasado ya, sin embargo, al instante siguiente, pues ¿acaso no era el hombre a quien tan confiadamente había acudido a visitar de modo paternalista el que lo estaba desarmando con las extraordinarias palabras: «Oye, ¿sabes una cosa?: estás enfermo, o has sufrido un terrible disgusto, o alguna brutal desilusión; ¿estás segurísimo de que podías salir?»? Sí, al cabo de un instante dio crédito a sus propios oídos: el vulgar y ramplón Newton Winch, a quien había acudido a visitar porque al fin y a la postre, como caballero, podía permitírsele, el vulgar y ramplón Newton Winch, que había tenido graves problemas y sido envenenado por la gripe, enfermando lamentablemente, y que exhibía en su rostro, y en la tensión misma —o sea, precisamente el «encanto»— de su proceder, las trazas de su reciente calvario y, por añadidura, de una gallarda recuperación no del todo completa... este sorprendente ex-camarada sencillamente se mostraba de improviso (al menos en la enardecida imaginación de nuestro amigo) como el más distinguido de los hombres. Oh, *él* iba a estar interesante, no menos de lo que lo había estado Florence Ash; pero Mark sintió que, merced a una gran diferencia patente, ello sería por efecto de que él mismo estuviera minuciosamente interesado. En seguida se dio cuenta de que las lágrimas visitaban sus ojos; a través de ellas clavó la mirada en su amigo con un

intenso «Córcholis, ¿cómo lo sabes?, ¿cómo *puedes* saberlo?» A lo cual añadió antes de que Winch pudiera despegar los labios:

—Conocí a tu encantadora cuñada hace un par de horas, almorzando en el Pocahontas; y me hizo saber que estabas tristemente enfermo y que me habías mencionado. Conque he acudido a visitarte.

El destinatario de este propósito permanecía allí, considerablemente inquieto, desplazando su peso de un pie al otro, mudando de emplazamiento, iniciando y abortando gestos, prendiendo fósforos para un nuevo cigarrillo, ofreciéndole una otra vez a su visitante, con redundancia, para después no encender el suyo... pero todo el rato con la sonrisa de un hombre distinto del que conociera Mark, todo el rato brillándole con la mayor donosura la circunstancia de que algo le había sucedido. A partir de ahora, Mark tuvo conciencia de dos constataciones bien diferentes en su fuero interno: la de su prácticamente instantánea rendición a los efectos de esa comprensión por parte de su anfitrión de la cual habían sido totalmente incapaces las dos mujeres presumiblemente educadas en el arte de agradar; y la de alguna otra condición en Newton que burlaba aplastantemente sus pobres facultades adivinatorias. Desde luego que fue éste el caso cuando el anfitrión, muy simpáticamente, casi radiantemente, a guisa de comentario a aquella exposición de la razón de su visita, dijo:

—¡Ah, vaya, cuán interesantísimo!

Ésta fue la nota sorprendente, después de todo lo que había tenido que soportar: ni la señora Folliott ni Florence Ash le habían siquiera sugerido o insinuado que *él* pudiera merecer tal elogio. Por consiguiente no es de extrañar que ahora estuviese extasiado, habida cuenta de tan inmediata estimación y apreciación por parte de su nuevo acompañante... si bien, a decir verdad, no iban a transcurrir muchos minutos antes de que cada uno pareciera estar intentando decidir quién podía imputarle al otro un mayor milagro de percatación. En otras palabras, Mark estaba tan impresionado ante la conjetura extraordinariamente certera con que Winch lo había obsequiado que, al sumársele otras raudas impresiones, no pudo menos que exclamar:

—¡Has tenido que vivir, mi querido amigo, algo más bien pasmoso!

Posteriormente habría de recordar la aún más intensa e irresistible sonrisa ojerosa, el aún más inequívocamente profundo escrutinio de la atenta mirada oscura, que acompañaron a la no instantánea réplica a aquella observación:

—¿Cómo lo sabes... o por qué lo supones?

—¡Porque has *tenido* que vivirlo... para mostrarte tan perspicaz! Jamás lo habría esperado.

—Entonces, ¿me considerabas tonto de remate? —dijo riéndose el pasmoso Newton Winch.

No era capaz de decir nada que, o por el fondo o por la forma, dejara de mejorar la opinión que de él tenía Mark, y nuestro amigo, al poco rato, mientras persistía este efecto, fue consciente de estar mirándolo de hito en hito casi en demasía. Todo, momento tras momento, excitaba su curiosidad: la interrogante, sin ir más lejos, de si los muy ordinarios ojos del Newton Winch de su primera juventud habrían podido parecer, ante alguna incitación, más atentos o más oscuros; la interrogante, sobre todo, de cómo *este* imprevisto aspecto nacía del sorprendente poder de sugestividad de sus extraordinariamente reactivas comisuras labiales... exhibidas, con gran ventaja (ahora ensayó una explicación), gracias a la eliminación del que probablemente había sido el más vulgar de los bigotes. Tras esto, al propio tiempo, se le hizo vívida la rareza de esa precisa consecuencia, sin dejar de entregarse francamente al escrutinio propio de su curiosidad mientras recordaba cómo notara una vez en Phil Bloodgood la consecuencia contraria de tal experimento. De antemano habría pensado que el pobre Winch no podía permitirse el riesgo de exhibir su «verdadera» boca, al igual que habría pensado que, a pesar del exquisito ornamento que tan considerablemente se la embozaba, Phil sólo podía salir ganando si exhibía la suya. Pero ver realmente afeitado a Phil —como una vez le había acontecido— equivalía a rogar de todo corazón que su pilosidad rebrotase sin demora: bajo el bigote de Phil no había nada que «compensara» en caso de su eliminación. En tanto pensaba estas cosas, la línea del gesto, como sólo podía denominarla, la línea movable, interesante, irónica, cuya gran curva doble iba, *en el* rostro que tenía frente a sí, desde los recios orificios nasales hasta la parte inferior de los carrillos, se convirtió en la explicación misma de su primer asombro ante la adquisición de distinción por parte de Newton. Éste se había rasurado y estaba felizmente transfigurado. Phil Bloodgood se había rasurado y se había poco menos que perdido; no obstante, ¿por qué tenía que entregarse justamente ahora a esta reminiscencia con tanto ahínco?

También esta interrogante, por una extraña asociación de ideas, se le planteó a Mark aun ante la presencia de tantos indicios de que el estado de su propia alma estaba siendo escrutado a cada instante. Phil Bloodgood había ocasionado el estado de su alma; por consiguiente había cierta justificación para asociar ideas; sólo que se volvió aún más llamativa la circunstancia de que desde el momento en que su compañero lo había sondeado, y sondeado, se percataba él, hasta lo más hondo, su disposición a hablar, su necesidad de hablar, el deseo que por la mañana rompiera el conjuro de su reclusión, el impulso que lo llevara con gran derrota a los brazos de la señora Folliott y a los de Florence Ash, estas fuerzas parecían haber visto decrecer su ansiedad y crecer súbitamente su discreción. Su compañero estaba hablando de nuevo, pero por lo mismo, justo ahora, incongruentemente, desapareció del todo su necesidad de franquearse ante alguien. No parecía sino que su propio caso ya

hubiera sido tratado por unas manos sensibles; y esto, al fin y a la postre, era lo máximo a que había aspirado su modesto anhelo.

—Ya sé la razón de tu regreso; ¿te contó Lottie que me la preguntaba yo con intensidad? Pero toma asiento, toma asiento (¡aunque permíteme que, bruto nervioso como soy, permanezca de pie!), y créeme si te digo que ya he dejado de preguntármela. ¡Mi querido amigo, la he *adivinado*! No puede ser sino a causa del malhadado Phil Bloodgood. Se te ve el influjo del muy bestia... y ¿cómo no iba a ser así, después de lo que te ha hecho? Ayer vino a visitarme un tipo, Tim Slater, a quien creo desconoces, que siempre está «en el ajo» de todo dos minutos después de que acontezca (¡nunca he visto hombre igual!) y que confirmó mi suposición (toda mía, sin embargo, fíjate, en un primer momento) de que eres uno de los damnificados. Así, pues, ¿cómo diantres *no* vas a sentirte abatido? ¿Por qué *debería* parecer que disfrutas de los mejores días de tu vida? ¡Qué cerdo por haberte hecho esa jugarreta *a ti, a ti*, entre todos sus amigos! —Así prosiguió Newton Winch, y así la atmósfera entre los dos hombres habría podido ser, para un momentáneo observador —lo cual es en verdad lo que yo invitaría al lector a volverse—, la de una demostración nerviosa, aunque del todo respetuosa, así como sumamente aguda, de interés por una de las partes y, por la otra, en seguida, la de una finalmente fascinada aceptación de tan generosa, y sobre todo tan acertada, curiosidad—. ¿Te *molesta* que te pregunte? Porque si te molesta no insistiré; ¡pero como hombre cuyas responsabilidades, algunas de ellas al menos, no difieren mucho, pienso, de algunas de las de él, me gustaría saber cómo es que contaba con autorización para...! Pero ¿estoy haciéndote mal?

Mark estaba retrepado en su asiento, agitándose aunque reprimiéndose, con ambos codos en ángulo recto y las manos crispadamente entrelazadas ante sí: de muy análogo modo, por cierto, a como había estado sentado una hora atrás en la vieja *bergère* tapizada; no obstante, así como entonces toda su rigidez había sido la de un duro esfuerzo por atender y aceptar, ahora era en su mayor parte por miedo de entregarse demasiado histéricamente a hablar por los codos. Extrañamente, por lo demás —puesto que su herida continuaba muy abierta—, había dado un respingo al oír aquellos calificativos contra el autor de la misma. No lo habían inquietado tanto los epítetos que empleara la señora Folliott, pues habían ido dirigidos contra el despojador de su fortuna. En cuanto despojador de la de él mismo, no deseaba tanto insultarlo cuanto —¡incluso aún más «divertidamente», si falta hiciera!— comprender, acaso con una sagaz ayuda, cómo semejante hombre, en semejante relación, había *podido* tomar semejante senda; lo cual era precisamente la interesante luz para alcanzar la cual podrían quizá auxiliarlo la curiosidad y la compasión de Winch. En todo caso, declaró inmediatamente que no deseaba hacerse el mártir:

—Me siento dolido, lo admito, y es una cosa horrible para que le haya acontecido a uno; no obstante, cuando lo llamas bestia y cerdo, más bien me rebelo, pues jamás habitaron bestias ni cerdos, creo, en la clase de infierno que ahora debe él

de vivir.

Newton Winch, junto a la chimenea, hundidas las manos en los bolsillos, en los cuales su visitante advertía que los largos dedos tamborileaban contra los muslos, Newton Winch se balanceó con suavidad, y echó hacia atrás la cabeza y lanzó una carcajada:

—¡Vaya, he de decir que te lo tomas de un modo admirable... tanto más cuanto que volver a verte así equivale a sentir que si alguna vez ha habido un hombre cuya delicadeza *y* confianza *y* general actitud le hayan otorgado derecho a un trato especial, ese hombre eres tú!

Y de nuevo quedaron más directamente encarados... con Newton sonriendo *y* sonriendo con *tantísimo* aprecio, casi dando pie a que nuestro amigo se preguntara si alguna vez habría habido un hombre que sonriera de oreja a oreja con un efecto tan favorecedor. Repuso, sin embargo, que lo que Newton describía con esos halagadores términos era un cliente tentadoramente necio; después de lo cual, y del intercambio de una o dos declaraciones más en pro de la justicia y la decencia, y de uno o dos argumentos más en pro de la aún más exquisita idea de que hasta la más vil fechoría tenía siempre en uno u otro lugar, con tal que uno supiera localizarlo, su lado propiciatorio, nuestro protagonista se halló otra vez de pie, bajo el influjo de la súbita desaparición de todo excepto del horror: un horror producido por cierto giro de su conversación y verdaderamente por la audacia de la misma. No pareció sino que de improviso hubiera irrumpido un distante eco de una persecución encarnizada, una visión de su viejo amigo acorralado y angustiado... pues la vívida imaginación de ello suscitada por este otro amigo, este otro compañero irresistiblemente inteligente, había hecho parecer consumado lo más horrible.

—Oh, el mero hecho de poder esbozar una mueca de disgusto ante alguien, *y* que tú me lo permitas *y* me comprendas *y* te intereses, eso —dijo Mark— es lo que me hace bien, y no las preguntas incómodas. Me refiero a que no siento ningún interés por *mi* caso; lo que me pregunto yo, ¿sabes?, es qué se podría hacer por Phil Bloodgood. Quiero decir, o sea... —Y perdió el hilo, sin saber finalmente lo que quería decir, pues un gran aluvión de meros recuerdos, un gran sonido susurrante como de reverberaciones densas, densas, se elevó ahora hasta precipitarse sobre él, que lo recibió con semblante en verdad convulso. Si no tenía cuidado acabaría aullando; así, pues, tuvo cuidado más o menos exitosamente, si bien su anfitrión lo contempló vívidamente mientras él atajaba de momento ese peligro—. Da igual... aunque realmente se trata de *eso*: de que anhelaba esta mañana, después de tres calamitosos días encerrado y solitario, que mis amigos se interesaran por mí. Lo único de lo que soy consciente ahora, palabra de honor, es de que me gustaría verlo.

—¿Te gustaría verlo?

—¡Oh, no digo —sonrió pesarosamente Mark— que me gustaría que él me viese *a mí*. ...!

Newton Winch, desde donde estaba —y ahora estaban juntos sobre la gran

alfombra de chimenea, que constituía un triunfo del orientalismo moderno—, extendió una de las ya aludidas manos sensibles, y con un expresivo ademán de cabeza se la posó en el hombro:

—¡No le desees eso, Monteith, no le desees eso!

—Bien, pero así —y Mark enarcó aún más las cejas— vería cómo sigo en pie; ¡lo vería sobradamente!

—¡No quiera Dios que lo vea, mi querido camarada! —exclamó Newton como por el dolor que supondría eso.

Mark tuvo a cuenta de su idea, de todas suertes, la más extraña sensación de una exaltación que le creciera con el recurso a la franqueza:

—Me entran ganas de buscarlo. ¡Que me aspen si no me entran ganas... dondequiera que se halle!

La mano de su acompañante aún descansaba sobre él:

—¿Irías a buscarlo?

Mark lo ratificó, aunque intentando deshacerse de la solemnidad por antojársele pretenciosa:

—Iría como una bala. —Y luego añadió—: Y probablemente (en cuanto haya terminado contigo) *iré*.

—¿En cuanto hayas terminado «conmigo»?

—Vaya. —Había quedado una pizca desconcertado ante aquel tono—. Lo digo porque tú me habrás ayudado.

—¡Oh, yo no siento otra cosa que deseos de ayudarte! —repuso Winch, lo cual pareció devolverlo todo a la normalidad... máxime porque nuestro amigo aún se sentía efusiva y alentadoramente asido. Pero Winch prosiguió—: *¿Irías a buscarlo... con benevolencia?*

—Vaya, para comprender.

—¿Para comprender cómo fue capaz de estafarte?

—¡Vaya —ahondó Mark—, para intentar comprender con su colaboración por qué, después de cosas como...! —Pero guardó silencio; no se sentía capaz de nombrarlas.

Pareció que su compañero las supiese:

—Cosas, naturalmente, como todas las que hiciste por él, los favores con que lo agasajaste.

—Oh, desde muy jóvenes. ¡Si yo te contara —se dolió vanamente nuestro amigo —, si yo te contara!

Newton Winch le dio una palmadita en el hombro:

—¡Cuéntame, cuéntame!

—¡La clase de relación que sosteníamos, quiero decir: tantísimas cosas irrepetibles...! —De nuevo se interrumpió, no obstante; notaba que le temblaba la voz.

—Cuéntame, cuéntame —repitió Winch con otra palmadita.

Ahora el tono de ello hizo que una vez más se encontraran sus miradas, y Mark, con su nuevo escrutinio del transformado rostro de su amigo, calibró como nunca hasta ahora, comoquiera que fuese, el alcance de los recientes estragos:

—Debes de haber estado enfermísimo.

—Sin ningún género de dudas. Pero ahora estoy mejor. Y tú estás haciéndome bien. —Con lo cual se restableció la luz de la convalecencia.

—¿No te fastidio intolerablemente?

Winch hizo un ademán negativo con la cabeza, y dijo:

—Me enriqueces... y ya ves que no tengo a nadie más que quiera estar conmigo.

La mirada de Mark discernió que ahora *estaba* mejor... pero que no era del todo como si ya nada lo torturara. ¡Si alguna vez había habido un hombre a quien algo aún lo torturara...! Sin embargo, no cabía insistir sobre esto y, por otra parte, a todas luces necesitaba compañía.

—Henos aquí, pues. Yo tampoco tenía a nadie a quien acudir.

—Me estás salvando la vida —sonrió Newton renovadamente.

7

—Pues bien, la culpa es sólo tuya —comentó Mark ante aquello— si me empujas a aprovecharme de ti. —Winch había retirado la mano, que, ya de vuelta en el bolsillo del pantalón, removía violentamente llaves o monedas; y en esta actitud quedó bruscamente inmóvil, con una perceptible abstracción que podía significar ora un extraño decaimiento de su interés, ora una transición a un nuevo pensamiento, ora simplemente el súbito acto de prestar atención. A decir verdad, su visitante había tenido la impresión —ante tamaño indicio— de oír un ruido:

—¿No estarán (si es que has oído algo) llamando a la puerta?

Mark lo dijo tan despreocupadamente, sin embargo, que quedó sorprendidísimo al advertir que su anfitrión parecía palidecer; y ahora, por otra parte, éste *estaba* prestando atención.

—¿Tú has oído algo? —dijo.

—Creía que lo habías oído *tú*. —Era el propio Winch quien, cuando Mark pulsara su timbre, le había abierto la puerta del apartamento: prueba, a todas luces, de que las tardes dominicales eran de asueto para criados o asistentes o aun enfermeras tituladas. Ello también había revelado qué etapa de su convalecencia atravesaba, y en este sentido —tras el inicial acceso de sorpresa— le había allanado el camino a Monteith. En el momento presente no se tomó la molestia de comprobar si llamaba alguien: desentendiéndose de ello como por algún extraño impulso contrario, abandonó su emplazamiento y se paseó nerviosamente de un lado para otro por la espaciosa estancia... tan sólo, no obstante, para volver al cabo de un momento sobre la recién expresada lamentación de su amigo ante el riesgo de estar

fastidiándolo—: Si te empujo a aprovecharte de mí (a, vale decir, hablarme placenteramente) es porque ello es justamente lo que deseo. ¡Háblame, háblame! — Llegó al extremo de gesticularle para que continuara hablando; cambió nuevamente de asunto, sin embargo, para decir con cierto apremio—: ¿No estarías mejor sentado?

Mark, que permanecía junto al fuego, no tuvo más remedio que declinar el ofrecimiento:

—Muchas gracias; así estoy muy bien. Pienso en cosas y no puedo estarme quieto.

Durante unos instantes, Winch bajó la mirada, y luego inquirió:

—¿Estás segurísimo?

—Desde luego: así estoy estupendamente si a ti no te molesta.

—¡Como gustes, pues! —Tras lo cual, balanceando otra vez de modo extravagante las largas piernas, Newton se giró en redondo sobre sus talones... sólo que con un movimiento que, ahora que le presentaba la espalda, le pareció a su visitante la más caprichosa de todas las manifestaciones de su más bien enigmático proceder. Era curiosamente distinto con la espalda vuelta, como ahora lo advertía Mark por vez primera: se movía oscilando un poco, como por un exceso de incertidumbre en el andar; y esta impresión fue tan extraña, suscitó en nuestro amigo, de inmediato y con gran inquietud, tal necesidad de explicación, que enmudeció el suficiente rato como para que Winch tuviera tiempo de volverse de nuevo. Lo cierto es que para entonces había llegado éste último hasta uno de los extremos de la estancia, el gran mirador, donde se plantó, con la espalda hacia la calle y el rostro nuevamente a la vista, para dejar que sus pasajera y abatidos y excitados ojos abarcaran lo más que pudieran del amplio piso, escudriñándolo fugazmente con tanta libertad de búsqueda como permitía la disposición del mobiliario. Buscaba algo, aunque este patente propósito de su ojeada no duró más que un segundo. Mark lo percibió, no obstante, y, con toda su propia sensibilidad en acción, en seguida se halló pensando que ello significaba algo y que lo que ello significaba estaba relacionado con la algo enfática sugerencia de su anfitrión, la sugerencia de un momento atrás, al efecto de que no permaneciese de pie. A estas alturas ya había advertido Winch con bastante claridad que lo había dejado en suspenso; lo cual motivó que de improviso se miraran con una nueva tesitura desde extremos opuestos del amplio espacio.

Todo había cambiado: había cambiado extraordinariamente tras la simple exhibición de aquella espalda, *cuyo* traicionero aspecto seguramente no había sospechado su poseedor. Si el quid era el grado hasta el cual podían excitarse sus respectivas sensibilidades, de todas suertes, no iba a ser la de Mark la que vibrase con menor operatividad. Saltaba a la vista que su anfitrión había advertido que notoriamente había acontecido algo en aquellos pocos instantes, pero en él mismo despuntó una inducción que lo movió a no alterar su proceder. Ya podía el propio Newton recurrir a cualquier proceder que se le antojase. Sus ojos habían escudriñado

el piso para localizar algún objeto caído o descolocado, algún objeto, más exactamenté, turbador o comprometedor; y había querido que su visitante no presenciara esta escena desde la gran alfombra de chimenea —esa alfombra donde antes había estado él controlándolo, hipnotizándolo hasta cegarlo—, *porque* desde ahí debía de ser más visible el objeto de marras. Mark asimiló esto con un renovado estancamiento —mientras lo invadía la aprensión— de su facultad de hablar y, al propio tiempo, con un inmenso deseo de que sus ojos pareciesen mirar únicamente a su amigo, quien espetó ahora, por cierto, una nueva sugerencia:

—¿No vas a aprovecharte de mí, hombre, no vas a *aprovecharte*?

Todo había cambiado, ya lo hemos hecho constar, y nada podía probarlo mejor que la circunstancia de que, merced a ese mismo criterio, la calidez hubiera desaparecido de las cuerdas vocales de Winch, en tanto que cierta irritación, abrupta y casi imperiosa, había ocupado su lugar. «¡Eso es que advierte que advierto algo!», se dijo Mark para sus adentros; pero no le hizo falta añadir que ello no impediría que continuara advirtiéndolo cosas... sencillamente porque, de modo milagroso, fue exactamente esto lo que hizo al mirar con aún mayor intensidad. Fue inexplicable, pero el acto mismo de pestañear ahora en medio de una tentativa de exhibir una perceptible firmeza coincidió de todo punto con una excursión óptica que duró una milésima de segundo pero que lo hizo percatarse de que el borde de una alfombrilla, en el sitio donde la cubría parcialmente una butaca algo desviada de su idónea posición, no acababa de tapar bien cierto objeto raro y pequeño, pulcro y brillante, curvo y compacto, a pesar del enérgico empujón subrepticio que se le había dado para dejarla de una determinada manera. Nuestro hombre, desde donde permanecía, y mientras miraba de frente al director de escena, aun así miró, como a causa del minúsculo destello de un reflejo de pulido metal, *bajo* el asiento. Lo que identificó, al menos conjeturalmente, como algo siniestro, lo dejó helado unos instantes, y aún le duraba este escalofrío cuando Winch lo interpeló otra vez, en un estilo radicalmente distinto de cuantos hasta ahora había empleado:

—¡Por el amor de Dios te suplico que me hables, que me *hables*!

Esto tuvo una entonación de pura alarma y angustia, pero por lo mismo resultó, cuando menos, más humano que los cegadores fogonazos de inteligencia con que el pobre lo había obsequiado hasta el momento.

—Eres tú, mi buen amigo, el que tiene graves problemas —repuso Mark con preocupada rapidez—, y te presento disculpas por haber estado tan embebido en mi deplorable asunto.

—Desde luego que tengo graves problemas. —Tras lo cual tornó Winch a aproximársele—. Pero lo que precisamente deseaba era que te desahogases.

Ante esto, Mark Monteith, pese a toda su creciente consternación, no pudo menos que echarse a reír; su sentido de lo grotesco se tragó entero, en esta breve convulsión, su sentido de lo siniestro. ¡Tan conveniente era en momentos de sufrimiento, por lo visto, el sufrimiento de otra persona, y tan valiosísima era

asimismo la expiatoria compasión!

—Entonces, ¿estabas interesado en...?

—Estaba interesado en que estuvieses interesante. ¡Y *lo estás!* ¡Pero mis nervios...! —dijo Newton Winch con un semblante del cual se había borrado la desconcertante sonrisa, pero en el que el refinamiento, como tan persistentemente lo denominaba Mark, subsistía en medio de los estragos.

Mark no cesaba de maravillarse; discernía cosas extrañas.

—Tus nervios están necesitados de compañía. —Ahora fue capaz de posar su mano en él, incluso aunque poco antes hubiera sentido la posesiva y controladora presión de la de Winch—. Para ti mi compañía resultará igual de buena, o todavía mejor —insistió—, que la tuya para mí *y* mi agravio. ¡Háblame *tú*, háblame *tú*, Newton Winch! —añadió con enorme inspiración caritativa.

—Lo mío es algo muy distinto: ¡nadie puede consolarme! Pero sí voy a decirte una cosa. ¡Si piensas ir a buscar a Phil Bloodgood...!

—¿Y bien? —dijo Mark al callarse el otro. El otro continuó callado, y ahora tenía Mark una mano en cada uno de los hombros de Winch y lo asía desde la longitud de sus brazos, lo asía con un sutil propósito nada ajeno a su visión de la elegante pistola pequeña que éste último había estado empuñando en la lujosa butaca de marroquí —era del más exquisito color naranja— y que luego había depositado en el piso... donde, después de dejar entrar a su visitante, al volverle su existencia a la memoria y comprender que no podría recogerla sin ponerse en evidencia, había esperado disimular, con el empujón de un pie o alguna otra maniobra subrepticia, su visibilidad.

Ahora estaban más juntos que nunca y Winch se mostraba enteramente pasivo, con ojos en los cuales ya no parecía quedar secretismo alguno, y dejando percibir a las sensibles manos que lo asían un intenso, un extraordinario temblor generalizado. Ante el requerimiento de Mark opuso nuevamente una breve pausa, pero la índole de la misma, sumada a su semblante tan elocuente, fue la de una herida profunda.

—Vaya, pues que bien puedes ahorrarte *esa* molestia. Entérate de que yo soy exactamente igual.

—¿Exactamente igual que Phil...?

No pestañeó:

—No estoy seguro, pero me parece que soy peor.

—¿Quieres decir que tú también participaste en la estafa...?

—Quiero decir que seguramente me buscan. Sólo que me he quedado a verlo.

Mark echó hacia atrás la cabeza, pero intensificó el asimiento de sus manos. Inexpresablemente comprendió, y nada en el mundo se le había antojado nunca tan singular y terrible como este acto de imbuirse mediante un largo y tenso abrazo a distancia, por así denominarlo, del monstruoso motivo del «refinamiento» de su amigo. Había sido, con su incalculable influjo, el refinamiento de los negocios financieros, cuyos frutos estaban a la vista ante ellos. No obstante, prodigioso era el

interés, pues verdaderamente prodigioso —según se le perfilaba a Markhabía tenido que ser el proceso.

—¿A «verlo»? —hizo de eco; y luego, aunque balbuceando un poco, inquirió—: ¿A ver el qué?

Apenas había hablado cuando en la puerta sonó de improviso un penetrante sonido agudo, de tono tan elevado y perentorio que con el susto que le dio se relajó un instante su asimiento de los hombros de su anfitrión, aunque sin la consecuencia de movimiento alguno por parte de los mismos como no fuera el producido por un temblor claramente más intenso del hombre entero.

—¡Por *eso*! —dijo Newton Winch.

—¿O sea que lo sabías...?

—Me lo figuraba. Me has ayudado a aguardar. —Y luego, como Mark exhalara un irónico gemido, precisó—: Me has sacado de dudas. Mi estado *necesitaba* algo o alguien. Así, pues, para completar el favor, ¿tendrías la bondad de abrir la puerta?

Hasta lo más hondo de los ojos lo miró Mark, pero sin lograr descubrir en sus profundidades ningún vestigio del hombre pretérito. Era al hombre pretérito a quien incómodamente había recordado; sin embargo, ¡ojalá hubiera sido simplemente a *ése* a quien hubiera tenido que visitar! Acto seguido orientó derechamente la mirada hacia la butaca bajo la cual yacía el revólver y que tenían a menos de un par de metros. Notó que su compañero reparaba en ello, y eso los llevó a otro largo intercambio mudo.

—¿Qué vas a hacer?

—Nada.

—¿Tengo tu palabra de honor?

—¿*Mi* palabra de «honor»? —repuso su anfitrión con una entonación que él pensó, aun en el momento mismo de escucharla, que jamás olvidaría.

Eso le produjo un intenso sofoco; desasíó las protectoras manos. Luego, como por efecto de una última mirada que le lanzó, exclamó:

—¡Eres pasmoso!

—*Somos* pasmosos —dijo Newton Winch mientras, al propio tiempo, el timbre eléctrico horadaba, otra vez y más prolongadamente, el cálido ambiente de cigarrillos.

Mark se giró sobre sus talones, alzó al cielo los brazos, y sólo cuando hubo pasado al vestíbulo y puesto la mano en el picaporte cesó el horrible sonido. Al instante siguiente estaba frente a dos visitantes: un personaje indefinible de sombrero alto y cuello y puños de astracán, y un enorme policía armado, un espléndido y macizo «agente» neoyorquino de la tipología que ya había tenido ocasión de readmirar durante su caminata, esa tipología que por derecho propio —como le sugería su atenta observación— figuraba entre los pacificadores de la tierra. La pareja pasó adentro sin mediar palabra; pero cuando Mark cerraba la puerta tras ellos oyó la inconfundible detonación de un disparo y, tan inmediato a ella como para fundirse

en una sola violencia, el ruido de un batacazo: cosas éstas cuyo efecto fue llevarlo en volandas, por así decirlo, junto con sus acompañantes, hasta el umbral de la estancia en menos de lo que se tarda en contarlos. Pero de poco sirvió su conjunta precipitación: Newton yacía boca arriba junto al fuego; se había descerrajado un tiro en la sien y su rostro aparecía horriblemente desfigurado. Los emisarios de la ley, mirándolo, profirieron simultáneamente una imprecación blasfema, y luego, mientras el prócer del sombrero alto se arrodillaba junto al destinatario de su visita, el del casco alzó una severa mirada hacia Mark:

—¿No le parece, caballero, que habría podido evitarlo?

Mark asimiló un centenar de cosas, a su propio sentir: cosas de la escena, del momento y de todos los insólitos momentos precedentes; pero un aspecto se le impuso con aún mayor vividez que los demás:

—En realidad me parece que a efectos prácticos lo he causado.